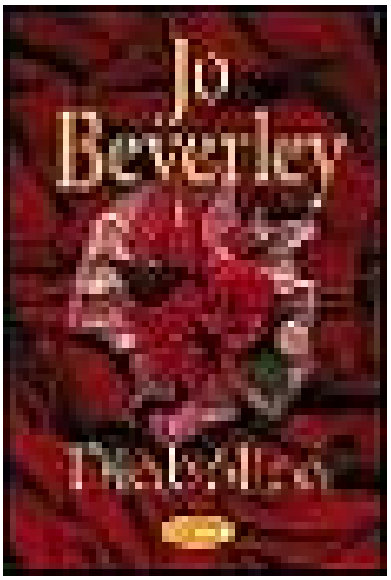

Diabólica
Jo Beverley

Serie Malloren 05

Capitulo 1

Londres, junio de 1763

Las puertas del club Savoir Faire se abrieron arrojando un rastro de luz a la calle en medianoche, provocando una repentina agitación entre los sirvientes que hacían tiempo en el exterior. Unos cuantos mozalbetes con antorchas se adelantaron corriendo y sus hachas flamearon para ofrecer luz a los caballeros en su camino a casa. No obstante, un estático lacayo hizo sonar un silbato, y desde uno de los carruajes alineados en la calle llegó una respuesta aguda. Los farolillos del carruaje se encendieron al instante, y se pudo ver cómo un mozo retiraba los morrales de los dos caballos.

El lacayo de librea se volvió para asegurarse de que los cargantes mozalbetes no molestaban a su señor, el gran marqués de Rothgar, y su medio hermano, su señoría lord Bryght Malloren. Con un par de comentarios desvergonzados, los muchachos se dispersaron de vuelta a una partida de dados que había quedado abandonada en las sombras.

Pese al refinado encaje que relumbraba pálidamente en sus gargantas y muñecas, y el destello fulgurante de las joyas, el marqués y su hermano no necesitaban protección. Ambos llevaban espadas cortas, enfundadas en vainas doradas con cintas ornamentales que no las hacían menos letales, especialmente en manos de ellos.

Los dos charlaban mientras esperaban a que el carruaje se detuviera delante de ellos. Entonces las puertas del selecto club volvieron a abrirse y un nuevo grupo surgió entre risas, con uno de sus integrantes cantando con voz muy desafinada.

En ese momento cambió de canción:

Pues la castidad es un noble estado, Lástima que no dure, ¿ eh?

La dama sí que ha protestado,

Pero el caballero estaba desnudo, ¡eh!

Los dos hermanos se volvieron, sus espadas desenvainadas con un siseo.

-Creo -dijo el marqués en voz baja- que esa canción pasó de moda hace casi dos años. ¿Os disculparéis, claro está, por ir tan desfasado, señor?

La canción era una de las tonadas groseras que habían circulado por la ciudad cuando lady Castito Ware fue descubierta

en su cama con un hombre desnudo. La joven había declarado su inocencia, pero fue necesaria la intervención de los Malloren para demostrarlo y que volviera a ser aceptada en sociedad. Chastity era ahora la esposa del medio hermano mas joven del marqués, lord Cynric, ahora lord Raymore.

El hombre rubio que había cantado, trastornado tal vez por la bebida, hizo un gesto despectivo a las espadas.

-Que me caiga muerto antes que disculparme. Un hombre puede cantar si quiere.

-¡Esa canción, no! -replicó bruscamente lord Bryght, moviendo la punta de su hoja para tocar la garganta del hombre. El cantante no se amedrentó, pero sus compañeros retrocedieron con expresión de no dar crédito a lo que estaba sucediendo.

El marqués empleó la punta de su hoja para apartar la de su hermano.

-No tendremos disputas callejeras, Bryght, o asesinatos. -Echó una ojeada al insolente cantante-. ¿Vuestro nombre, señor?

La mayoría de los hombres de Londres se acobardarían ante el tono gélido del hombre al que muchos llamabas el Marqués Siniestro, sin embargo, éste sólo mostró más desdén.

-Curry, milord. Sir Andrew Curry.

-Entonces, sir Andrew, os disculparéis por cantar desafinado-. Las ventanas de la nariz del hombre se agitaron, pero la expresión de mofa continuó allí.

-No me digáis que seguís intentando lanzar flores a la pila del estiércol, milord marqués. La riqueza y el poder lo permiten, pero el hedor siempre perdurará.

-Especialmente el de un cadáver -señaló el marqués-. Me temo que tendremos que batirnos, sir Andrew. ¿Vuestro padrino?

En vez de mostrar alarma, Curry sonrió.

-¿Giller?

Uno de sus secuaces, excesivamente engalanado y con nariz respingona, pareció tragar saliva, pero dijo:

-Por supuesto, Curry. A vuestro servicio.

-Lord Bryght actuará en mi representación -dijo el marqués-. Pero sin duda nos pondremos de acuerdo en los detalles. ¿Armas?

-¿Espadas?

-Espadas a las nueve, entonces, en el estanque del parque de St. James. Ese tan popular entre los suicidas. -Tras enfundar la espada, Rothgar subió a su carruaje coronado.

Lord Bryght enfundó su propia espada, inquieto por el buen humor de Curry.

-¿Giller? Haceros a un lado conmigo, por favor.

-¿Por qué? -preguntó el hombre regordete, lleno de alarma.

-Porque sois mi padrino, cabeza de chorlito -le aclaró Curry-. Es evidente que lord Bryght es meticuloso con esas cosas. Id a asegurarle que no me disculparé.

Giller avanzó trastabillando sobre sus tacones altos, con aspecto de temer ser atravesado.

Bryght dijo:

-Es nuestro deber, señor Giller...

-Sir Parkwood Giller, milord.

-Mis disculpas, sir Parkwood. Es nuestro deber intentar procurar una reconciliación. Hablad con sir Andrew y, si cambia de idea, contactad conmigo en la mansión Malloren, Marlborough Square.

-¡Cambiar de idea! -declaró Giller-. ¿Curry? No creo. Intente más bien convencer al marqués de que evite su suicidio. -Se dio media vuelta, con la nariz al aire, y volvió a trompicones junto a sus amigos.

De modo que era lo que suponía. Curry era un duelista profesional.

Bryght subió al carruaje y éste se puso en marcha, pero tras ellos, los cánticos volvieron a iniciarse. Bryght maldijo, pero su hermano le puso una mano en el brazo.

-Mañana se solventará de la manera apropiada, Bryght.

-¿La manera apropiada?¿Por qué diablos te enfrentas a un hombre como ése? Podías haberle dado su merecido por cantar esa canción y nadie habría puesto reparos.

-¿Crees que no? Esto no es la Francia autocrática, y, además, parecía decidido a buscar un duelo.

-Normalmente no eres tan complaciente con quienes lo buscan -respondió Bryght bruscamente, pues aquello tenía que ver con una cuestión para la cual había venido a Londres. No obstante, ahora, decididamente, no era el momento. Si su hermano se lo tomaba mal, pondría fin a la cuestión de forma tajante.

Rothgar esbozó una leve sonrisa bajo la luz vacilante de la lámpara del carruaje.

-Habría resultado difícil evitar el duelo, Bryght, y siento curiosidad por saber quién me quiere muerto.

Bryght miró a su hermano.

-¿De modo que ya conoces la reputación de este hombre?

-Un camorrista y probablemente un tramposo que se sale con la suya por el miedo de la gente a su habilidad con la espada. Necesita una lección.

-Pero, ¿por qué tienes que dársela tú? -Rothgar era bueno, realmente bueno, pero siempre había alguien mejor. Inculcó aquella lección a sus medio hermanos pequeños como preparación para salir al mundo.

Rothgar no contestó, y Bryght recordó lo que su hermano acababa de decir.

-¿Crees que es un asesino a sueldo? Al diablo, Bry, ¿quién te querría muerto?

Rothgar dedicó a su hermano una de sus miradas engañosamente apacibles.

-¿Crees que no merezco odio y temor?

Bryght se rió -Rothgar conseguía a menudo ese efecto en él-, pero replicó:

-No conseguirá que el duelo sea un asunto mortal. Los duelos mortales pueden llevar a un hombre a prisión en estos días.

-¿Y qué otra cosa puede importar en este caso? Y él es exactamente el tipo de granuja desarraigado al que no le importa huir a Francia, especialmente si lleva consigo una buena bolsa de dinero ensangrentado para consolarse.

-¿El dinero de quién?

-Esa es una pregunta interesante. No soy consciente de ningún enemigo capaz de llegar a tanto. Lo cual ciertamente es bastante deshonroso. Sin duda, la pasión de los enemigos de uno debería calibrar la altura de sus triunfos.

-Probablemente tienes enemigos que ni siquiera conoces. -El ánimo casi juguetón de Rothgar estaba irritando a Bryght-. El problema de ser el «Marqués Siniestro» y la *éminence noire* de Inglaterra es que resulta muy fácil que cualquiera te haga culpable de sus desgracias-.

Rothgar se rió.

-¿Como una bruja de pueblo llena de verrugas? ¿A la que la gente sencilla culpa por cada niño deformado u oveja que muere repentinamente?

Bryght tuvo que reírse también, ya que era difícil imaginarse una representación más improbable de su elegante y sofisticado hermano. No obstante, mientras el coche se paraba ante el patio de la mansión Malloren, el humor decayó. ¿De verdad alguien quería ver muerto a su hermano?

Tras una noche inquieta, a la mañana siguiente, Bryght se planteaba todavía esa pregunta cuando el carruaje de ambos llegó a la zona del parque de St. James cercana al reluciente estanque.

-¡Por todos los demonios! ¿Por qué hay tanta gente aquí? Es un duelo, no una actuación teatral.

-¿Hay alguna diferencia? -preguntó Rothgar con sequedad mientras descendía del coche. Bryght no podía saber si su hermano había dormido bien, pero éste mantenía su aspecto normal y calmoso.

Bryght descendió y miró fijamente a la multitud. La mayor parte de la sociedad londinense parecía estar aquí; al menos la parte masculina. Tras el círculo elegante de personas con encajes y galones, se encontraban los rangos inferiores, estirándose para intentar ver. Algunos, maldición, llevaban niños a los hombros, y había unos cuantos hombres, mujeres y niños que ya se habían subido a los árboles próximos. En la distancia, la gente se agolpaba en las ventanas de las casas que daban al parque. Los destellos que reflejaban la luz del sol le comunicaron que algunos tenían telescopios.

Aunque todo lo que hacía su hermano provocaba gran excitación popular, esto era por completo impropio de un duelo de honor.

¿Quién demontre habría alertado a todo el mundo? Casi convertía el duelo en una pantomima.

Entonces Bryght divisó a lord Selwyn delante de la multitud. Selwyn sentía una morbosa debilidad por las ejecuciones públicas y viajaba a Europa para poder contemplar las más horripilantes. No se habría levantado temprano para presenciar una pantomima.

Selwyn, como mínimo, esperaba disfrutar hoy de alguna muerte en este escenario.

Bryght se percató de que él mismo estaba mirando a su alrededor de manera demasiado reveladora. Se obligó a relajarse, sacó una caja de plata y extrajo un pellizco de rapé. Aunque al casarse había abandonado los juegos londinenses para trasladarse al campo, no había olvidado las reglas. Uno no daba muestras de temor, ni tan siquiera de preocupación por la seguridad personal. Rara vez en privado. En público jamás.

Si no, como sucede en el mundo animal, eres rechazado.

Volvió su atención al oponente de Rothgar. Curry ya estaba en camisa y pantalones, y mostraba un cuerpo delgado y fuerte como una trenza de látigo. Su altura y envergadura debían de ser similares a las de su hermano.

Bryght deseó terriblemente que Cyn estuviera aquí. Pese a la falta de altura, Cyn tenía ese algo adicional, ese instinto y reflejo que hacían al genuino espadachín. Posiblemente era incluso mejor que Rothgar. Hasta podría decirse que esta pelea era de Cyn, puesto que el insulto había ido dirigido a su mujer.

Curry tomó el estoque que sostenía un asistente para empezar a practicar pases y estocadas.

-Maldición -murmuró Bryght-. Es zurdo.

-Una ventaja verdaderamente siniestra -comentó Rothgar mientras su asistente personal le quitaba la casaca-. Lo sé.

Era una especie de reprimenda. Por supuesto, Rothgar lo sabía. Su hermano jamás mantenía ni el más insignificante encuentro casual sin investigación previa. Entre la noche pasada y ahora sin duda habría descubierto cuántos chinches tenía Curry en la cama.

-Como pensé, es bueno -dijo Rothgar mientras su asistente le libraba del largo chaleco-. Se ha enfrentado en tres duelos en Inglaterra y los ha ganado todos, dejando a sus contrarios con heridas feas pero no letales. Dicen los rumores que ha matado a dos hombres en Francia.

Bryght recurrió a su formación para actuar del mismo modo despreocupado que su hermano, pero una inquietud verdadera le sacudía interiormente. Rothgar practicaba con regularidad con un maestro, y había insistido en que todos sus hermanos hicieran lo mismo, precisamente como protección contra esta clase de incidentes. Una excusa fraudulenta para un duelo.

Pero, ¿sería su hermano lo bastante bueno?

Fettler, el asistente personal del marqués, estaba doblando calmadamente la casaca y el chaleco que él se había quitado. El lacayo de librea que sostenía la funda dorada con incrustaciones del estoque de su señor no parecía alarmado. Estaba claro que Rothgar, a ojos de sus criados, ya era el vencedor. Bryght deseó disponer de aquella seguridad ignorante. Ningún enfrentamiento entre espadachines avezados era certero.

Rothgar se volvió a él.

-Vamos. Cumple con tus funciones secundarias. ¿Cuáles son las primarias?

Su hermano hizo girar su sello de rubí para sacárselo y a continuación se lo pasó.

-Asumir mis responsabilidades si las cosas se tuercen. -Con una leve sonrisa, añadió-: Reza, querido mío, por mi victoria.

-No seas tan estúpido, pardiez. -¿Ansías el marquesado?

.-Sabes que no. Quería decir que, por supuesto, rezo por tu victoria.

-Pero dudo mucho que alguna de nuestras voces sea escuchada por los ángeles. Entonces, adelante, y haz un último intento de firmar la paz.

-¿Hay alguna posibilidad de que aceptes?

Rothgar estaba metiéndose los volantes de encaje por dentro del puño.

-¡Pero, por supuesto! ¿Me crees un animal? Si ese rufián se arrastra hasta aquí de rodillas rogando perdón, podrá huir ileso al exilio.

Aunque Bryght habría establecido exactamente las mismas condiciones, sintió ganas de entornar los ojos mientras caminaba un tramo entre los dos grupos y esperaba. La posibilidad de una disculpa era inexistente, pero uno siempre tenía que dar los pasos correctos.

Sir Parkwood Giller se adelantó con aire afectado para reunirse con él, disfrutando claramente de su papel protagonista en este drama popular. Incluso sacó un pañuelo llamativo, ribeteado de encaje, para sacudirlo al aire mientras hacía una inclinación demasiado baja en medio de una nube nauseabunda de perfume barato.

-¡Milord!

Bryght ocultó su disgusto con la más leve de las inclinaciones. -Vengo a preguntamos si vuestro delegante se ha percatado de su error.

-¡Error! -El pañuelo volvió a flotar. Tal vez constituyera un arma secreta-. Cáspita, no, milord. Pero si el marqués comprende que su ofensa estaba fuera de lugar...

-Bromeáis.

-En absoluto. Todo el mundo sabe...

-Giller, los días en que los padrinos se enzarzaban también en combate han quedado atrás, pero os complaceré si insistís. Pañuelos a veinte pasos. No, mejor treinta.

El color blanco apareció en los ojos de Giller, o más bien, para ser precisos, un rosa inyectado en sangre.

-No... en absoluto, milord. ¡Podéis estar tranquilo!

-Qué inteligente. -Bryght expresó entonces los términos de su hermano, ante los cuales la nariz chata de Giller se estrechó. El hombre se puso tieso con gesto de agravio.

-¡Entonces que el duelo continúe, milord!

-Es vuestro deber transmitir las condiciones a vuestro delegante, como yo transmitiré las de Curry al mío. -Con una brusca inclinación, Bryght regresó junto a su hermano.

-Aceptación completa de que Chastity es una ramera, por supuesto.

Rothgar, que estaba calentando y distendiendo sus músculos, ni siquiera contestó. Bryght no dijo nada más, pues sabía que su hermano tenía su propia manera de prepararse y concentrarse mentalmente antes de la esgrima. Era algo que no había sido capaz de lograr con la misma eficacia. Lo cual era sin duda el motivo de que Rothgar y Cyn siempre acabaran derrotándole.

Si pensaba en ello, el valentón Cyn tampoco parecía hacer mucha preparación mental antes de una disputa. Con él era el puro talento del rayo. Bryght deseó otra vez que Cyn estuviera aquí. Habría hecho rodajas a Curry disfrutado de cada minuto. Seis años de soldado le habían endurecido de forma destacable a la hora de enfrentarse a la muerte.

Todo el mundo estaba esperando entonces a que Rothgar indicara que estaba listo. Bryght ciertamente no quería darle prisas, pero tenía ganas de que procedieran, que acabaran con aquello. Por supuesto, era bastante probable que este retraso

estuviera ideado para desequilibrar a Curry. El hombre ya había detenido sus ejercicios y había empezado a marchar adelante y atrás con obvia impaciencia, actuando para la multitud.

La multitud, aunque inquieta, no daba muestras de hacer costado a Curry. Cuando rondaba la muerte, la impaciencia no estaba bien vista.

Rothgar hizo una pausa, como si considerara el momento, luego te estiró, dedicó a Bryght una de sus poco habituales sonrisas y se encaminó al centro del espacio.

Dios, sí que estaba magnífico.

Siempre se movía con gracia fluida, pero antes de la esgrima cambiaba ligeramente, como si el equilibrio de todo su cuerpo se desplazara una fracción letal. Por supuesto, se había quitado sus zapatos de tacón, pero, además, había dejado la gracia estudiada del cortesano para desatar la belleza del predador que escondía debajo.

Alto, de hombros anchos, delgado y musculoso: la verdad ya no quedaba disimulada la elegancia y el artificio del noble vestido a la moda. Un mutismo se apoderó de la multitud, y Bryght supo que era algo más que la anticipación del duelo. Era admiración reverente. Todo el mundo estaba familiarizado con el aristócrata que tanta influencia ejercía en Inglaterra sin ocupar ningún cargo político. No obstante, eran pocos los que habían visto con anterioridad qué había bajo los modales, el ingenio y la seda.

Bryght se preguntó si la renuencia de Rothgar a participar en duelos se debería a algo más que el simple hecho de que tenía cosas mejores que hacer. Tal vez no le agradaba dejar al descubierto esta capa adicional de poder. En estos momentos se hacía evidente en su fuerte cuerpo y rasgos delgados, inmóviles y concentrados en su mortal oponente.

Curry no pareció percibir el cambio. Con un enojo audible, avanzó con seguridad para reunirse con su oponente, y sólo entonces adoptó la postura del floretista, y una versión bastante rígida.

Bryght se relajó levemente. Tal vez no estuvieran igualados después de todo.

No exactamente. Desde el primer choque ligero de las espadas, Curry también cambió, y estaba claro que su reputación era merecida. Era más temerario que científico, pero era fuerte, rápido

y experimentado, y tenía esa ventaja de ser zurdo. Incluso poseía algo de esa chispa mágica que llevaba la esgrima más allá de la velocidad y la técnica, un sentido especial que le hacía capaz de evitar lo inevitable y aprovechar el menor desliz.

Las hojas ligeras pero letales resonaban y resbalaban, los pies calados con medias pisaban sordamente la flexible hierba hacia delante y atrás, cuerpos ágiles se flexionaban y doblaban, se recuperaban, se tiraban, se contraían, se abalanzaban...

Las hojas atacantes eran repelidas, pero no siempre sin contacto.

Enseguida, pese al fresco aire de la mañana, los dos hombres estuvieron sudando profusamente, con el pelo ondeante, desatado de las cintas. Las camisas de ambos estaban marcadas de cortes rojos. No eran más que rasguños por el momento, pero el corazón de Bryght latía aceleradamente, como debía de hacerlo el de su hermano. Maldición, por poco. Un desliz podía zanjar el enfrentamiento, o tal vez fuera cuestión de aguante.

Los dos hombres luchaban en silencio al ritmo de la música de las cuchillas, todo concentración en la mirada y en la mano. Y en la espada: la extensión flexible de la mano, brazo y cuerpo. Pies ágiles y fuertes piernas les llevaban adelante y atrás a una velocidad letal. Los dos debían de saber que la contienda estaba igualada, pues ahora arriesgaban más, buscando desequilibrar al oponente.

Curry embistió por arriba para forzar un quite dificultoso, que de todos ocasionó un corte con la punta en el hombro de Rothgar. Curry tenía dispuesta ya una segunda estocada esta vez al corazón, pero por algún milagro, Rothgar mantuvo el equilibrio y apartó bien lejos la espada con un golpe.

Ambos hombres retrocedieron, jadeando y chorreando sudor, luego volvieron a abalanzarse hacia delante. Aquello no podía durar mucho más. Luego, Rothgar rechazó otra estocada inteligente y se estiró, se estiró casi más allá de la fuerza y el equilibrio, hasta que la punta de su estoque penetró en el pecho de Curry justo debajo del esternón. No con suficiente profundidad como para matar. Ni siquiera lo bastante profundo como para que la herida fuera seria. Pero el instinto hizo que el hombre se tambaleara hacia atrás, conmocionado, con la mano en la herida, y la multitud soltó un resuello.

Pensando, tal vez, que le había matado.

Tal vez él pensara lo mismo.

Con un suave latigazo, Rothgar le picó en el muslo provocando que la sangre corriera libremente. Curry intentó recomponerse, recuperar su equilibrio y control, pero la espada de Rothgar pasó rozando una confusa defensa del corazón y perforando en profundidad el hombro izquierdo.

La herida mutiladora. Curry viviría, pero, a menos que tuviera mucha, mucha suerte, no volvería a usar nunca más la espada con su brazo izquierdo.

Bryght se percató de que había dejado de respirar y tomó aire. Alrededor de él, los vítores y aplausos volvían todo aquello tan absurdo como una escena popular en la ópera.

Curry, había que reconocérselo, cogió con su mano derecha la espada caída e intentó continuar, pero Rothgar le desarmó con unos pocos movimientos. Su espada finalmente descansó en el pecho agitado del hombre, colocada con intención sobre la leve herida. Aún aspirando aire, dijo:

-Doy por supuesto que ahora estáis decidido a cantar canciones puestas al día y afinadas.

La rabia llameó en los ojos de Curry, la rabia de quien nunca ha sido derrotado, de quien se considera invulnerable, y en cierto modo sigue pensándolo.

-Al infierno las canciones. Lady Chastity Ware era una puta y aun es...

Murió, con su corazón atravesado, antes de que pudiera vomitar más inmundicia.

Capítulo 2

Rothgar extrajo su espada y el doctor se adelantó, sin demasiada prisa, para confirmar que aquello había concluido. Ninguno de los sobrecogidos amigos de Curry mostró intención alguna de reunirse en torno al cadáver para llorarle y, de pronto, como una bandada de pájaros liberada de sus jaulas, el gentío se puso a charlar.

Rothgar miró al público que le rodeaba.

-Señores -dijo, consiguiendo al instante silencio y atención-, como habréis comprobado, sir Andrew Curry intentó comprometer el nombre de una dama, ofendiendo de este modo no sólo el honor de mi familia, sino el de nuestro gracioso monarca y su esposa. El rey y la reina han aceptado a lady Raymore en la corte como mujer de virtud. La sabiduría y juicio de nuestras majestades no pueden cuestionarse.

Tras un primer momento de conmoción, crecieron los murmullos de apoyo, salpicados de gritos de «¡Sí!», «¡Dios salve al rey!» y «¡El diablo se lo lleve por pensar así!» Los compinches de Curry compartieron rápidas miradas de pánico y se apresuraron a escabullirse.

Mientras los hombres se reunían en torno a Rothgar para felicitar y reconstruir algunos momentos de la lucha, Bryght vio que nadie se quedaba para ocuparse de la retirada del cadáver. Se acercó al doctor con el lacayo de los Malloren y se ocupó del tema. Con suerte, el doctor Gibson o uno de sus colegas necesitarían un cadáver que despedazar. Cuando eso estuvo resuelto, Fettler estaba ya ayudando a su hermano a volverse a poner la casaca.

-¿Has pasado tantos apuros como parecía? -preguntó Bryght.

Rothgar dio un largo trago de un jarro. Sin duda era el agua pura que hacía traer a diario de un arroyo situado en las colinas de greda.

-Era bueno. Pero no pasó de la superficie.

Subieron al carruaje, con el asistente sentado frente a ellos, y el vehículo se puso en marcha de regreso a la mansión Malloren.

-¿Hay alguna herida seria?

-Sólo rasguños.

-No creo que se le ocurriera envenenar la espada-. Los labios de Rothgar se estiraron levemente. -No seas melodramático.

-Es el tipo de cosas que una escoria como ésa sería capaz de hacer...

Pero su hermano había apoyado la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, de modo que Bryght interrumpió sus palabras. Incluso Rothgar tenía que acusar de alguna manera los efectos del peligro, del uso de la fuerza y de la muerte de alguien. Bryght consideró su propia reacción nerviosa y supo que había perdido el gusto por ese tipo de cosas. Se preguntaba si su hermano sentía lo mismo.

Cuando llegaron a la mansión Malloren, no pudo dejar de seguir a Rothgar al piso superior, hasta sus espléndidas habitaciones. Sabia que el sentido común y un tropel de sirvientes excelentes se ocuparían de él, pero tenía que seguirle. Rothgar alzó las cejas, pero no le echó mientras se quitaba la camisa echada a perder. Ciertamente sólo eran cortes leves y rasguños. El peor era el tajo de la espalda, y ése no era profundo.

El cerebro de Bryght volvió a ponerse en funcionamiento.

-De modo que -dijo-, ¿crees que se trataba de un hombre atolondrado, o más bien de un complot?

Su hermano, vestido sólo con calzones, se estaba lavando.

-Si se trataba de un complot, supongo que volverán a intentarlo. Será instructivo ver como lo hacen.

-¿Otra vez? Pero, qué diantres, no puedes esperar al siguiente ataque.

-¿Cómo sugieres que lo impida? No es que no quiera. Pero prefiero sacar de las sombras a mi sanguinario enemigo y ocuparme de él. -Rothgar se secó con la toalla y dio órdenes tajantes en lo referente a vendas y ropas-. A ti te interesan las matemáticas. Un punto no nos dice nada. Tres deberían señalar el origen.

-La siguiente ocasión, tal vez haya veneno, o una pistola en la oscuridad.

Rothgar se sentó para que su barbero pudiera colocarle la venda en la espalda.

-Hago lo que puedo para protegerme de ese tipo de cosas.

-Aun así...

-¡Que el cielo me proteja de los nuevos padres de familia! -Rothgar se volvió bruscamente hacia su hermano-. No encuentro otra explicación a tantas protestas. Nada ha cambiado especialmente, Bryght. Excepto tú.

El barbero se desplazó pacientemente para trabajar desde un nuevo ángulo.

Al infierno con todo, pensó Bryght. Plantearía ahora la discusión que pretendía.

-Mis circunstancias han cambiado -dijo al tiempo que pasaba otra vez a su hermano el selló de rubí-. Puesto que he encontrado el bienestar del hogar, tiemblo ante la perspectiva de tener que asumir tus responsabilidades.

-Haré lo posible para librarte de ese destino hasta que seas lo bastante viejo como para que pueda importarte.

-¿También puedes librarle a Francis?

Se estaba refiriendo a su hijo. Durante una pausa reveladora, Rothgar se concentró en volver a deslizarse el anillo en su mano derecha, y luego en flexionar su espalda vendada hasta que asintió con aprobación. Tras un murmullo del barbero, Rothgar se volvió otra vez y el hombre empezó a afeitarle.

La mandíbula de Bryght se puso en tensión. Lo que aquí se estaba planteando era la cuestión del matrimonio -el matrimonio de Rothgar, para poder engendrar un hijo y heredero-, y su hermano le estaba previniendo que se mantuviera al margen del tema. Puesto que la madre de Rothgar se había vuelto loca, él había decidido no perpetuar aquella sangre manchada en su descendencia. Siempre se había dado por supuesto que Bryght o uno de sus hermanos, hijos de otra madre, procrearían las futuras generaciones de Malloren.

Aquel tema estaba prohibido, pero esta vez Bryght no iba a hacer caso de la advertencia. En cuanto el barbero dejó la hoja y empezó a limpiar los restos de jabón, quiso algo más:

-¿Bien?

Rothgar se levantó para ponerse la camisa y los pantalones que le ofrecieron los criados auxiliares.

-Tal vez un día el alto rango y el poder sean el deleite de tu hijo.

-¿Y si no fuera así?

-De cualquier modo, recibirá formación, supongo, para cumplir con ese deber. -El chaleco de seda gris con exquisitos bordados fue lo siguiente, y un asistente se dispuso a abrochar la larga línea de botones de plata cincelada.

Bryght estaba sudando como si, de hecho, estuviera participando en un duelo.

Durante mucho tiempo había aceptado el puesto de heredero de Rothgar. Fue educado como hijo de un marqués y aprendió de buen o mal grado muchas cosas sobre sus deberes, y Rothgar había insistido en que aprendiera más. Aunque reacio, era capaz de ocuparse de aquellas obligaciones en caso necesario.

Cuando se casó el año anterior, había aceptado que algún día su hijo mayor heredaría el marquesado. Ahora, no obstante, el heredero teórico era un niño de nueve meses con rizos cobrizos y una sonrisa encandilante. Francis. Bryght y Portia querían que creciera libre para explorar todo este excitante mundo moderno. ¿Cómo podría Francis dar forma a una vida propia, y al mismo tiempo estar listo para asumir aquellas tremendas responsabilidades mañana mismo, o el próximo año, o cuarenta años después?

0 nunca.

Intolerable.

¿Pero cómo debatir la cuestión... ?

Se percató de que había dejado que Rothgar se saliera con la suya. Había dejado escapar la ocasión. Tal vez le había faltado coraje, pues sabía que su hermano haría frente a cualquier presión en su matrimonio con toda la crueldad con la que se había opuesto a Curry.

El peluquero trajo una peluca gris, con el pelo recogido por detrás en una bolsa de seda también gris sujeta por una cinta negra. El fausto de los preparativos de su hermano finalmente atrajo la atención de Bryght.

-¿ Dónde demonios vas?

-¿Has olvidado que es viernes?

Sí, lo había olvidado. Todos los miércoles y viernes el rey organizaba una recepción matutina. La asistencia no era precisamente obligatoria pero se esperaba que cualquier hombre importante de la corte o del gobierno asistiera si se hallaba en Londres en esos momentos. Si no lo hacía, el rey podría dar por sentado que hacía costado a una de las facciones opuestas a su política.

-¿Y pese a todo tienes intención de ir? -inquirió Bryght-. El rey seguro que está al corriente de que acabas de librar un duelo.

-Deseara comprobar mi buen estado de salud.

-Habrá allí una docena de hombres que podrán...

La mano izquierda de su hermano se alzó entonces reluciente de joyas y le hizo callar.

-La vida en el campo te está desgastando el instinto, Bryght. El rey deseará verme, y es necesario que el mundo compruebe que estoy completamente ileso e impertérrito. Aparte de esto -añadió, lanzando una ojeada a la bandeja con alfileres de corbata que le ofrecían para escoger-, los Ufton están en la ciudad y he prometido presentarles.

-¿Quiénes demonios son los Ufton?

-Poseen una pequeña finca cerca de Crowthorne. -Tocó una perla negra de forma irregular-. Gente de confianza. Sir George está enseñando a su heredero las maravillas licenciosas de Londres, sin duda del mismo modo que le enseñó lo que es la podredumbre de los cascos de los caballos, la sarna y la tierra maleada. Carruthers les está atendiendo.

Bryght abandonó sus protestas. Rothgar sería capaz, si se sintiera predispuesto, de defraudar al rey. Jamás defraudaría a los Ufton.

Hoy no defraudaría a nadie. Se estaba preparando para realizar una entrada grandiosa. El afeitado casi imperceptible sin duda era el segundo del día, y eliminaba cualquier rastro de vello oscuro como preparación para el polvo y la pintura. Esencial, por supuesto, para lograr el efecto de refinamiento de la nobleza. Aunque era lo normal para la corte, éste cuidado extremo tenía hoy el propósito de recuperar el disfraz tras la exhibición anterior de fuerza letal.

Bryght pensó en Shakespeare. «El mundo entero es un escenario...” Primero la violencia del duelo, luego el artificio estudiado de la corte. Tal vez más tarde el ingenio de un salón, la magia seductora de un baile o el peligro de las mesas de juego. El mismo Bryght había interpretado estos papeles en los mismos escenarios antes de su matrimonio y había disfrutado con ello, pero siempre le faltó el arte consumado de su hermano.

-¿Has pensado en que tal vez el rey desapruebe la muerte de Curry? -preguntó.

-Si desea reprenderme, hay que darle la oportunidad.

-¿Y qué si desea mandarte a la Torre? ¿Si quiere obligarte a ir a juicio?

-Eso también. De todos modos, el asunto se ha llevado correctamente, delante de muchos testigos.

-Tu estocada mortal podría considerarse poco ortodoxa.

Rothgar se volvió a Bryght.

-¿Quieres que me refugie aquí furtivamente hasta que me entere de qué piensa el rey? ¿O tal vez piensas que tendría que huir a Holanda, o incluso que me embarque con destino al Nuevo Mundo?

Expresado así, asistir a la recepción era la única vía, y había que hacerlo con toda magnificencia. Debería haberío sabido. ¿Cuándo había hecho Rothgar un movimiento errado en una mano de este juego?

Su hermano era fascinante y admirable, pero a veces casi no parecía humano. Su atención al detalle, incluso el detalle de su atuendo para esta aparición, el hecho de que casi siempre estuviera en escena e interpretando papeles complejos, tenía que tener un precio. No era un estilo de vida deseable para un querubín risueño. Rothgar, al fin y al cabo, había sido moldeado por terribles pérdidas y exigencias.

Tal vez el oscuro acero siempre había estado ahí, pero cuatro muertes trágicas le habían convertido en el hombre que era hoy: un hombre que se había entregado a sus poderes y responsabilidades a los diecinueve años. Un hombre que había creado un pequeño imperio que ahora controlaba, quien tal vez necesitaba ese imperio y el control del mismo como protección contra los temores de la pérdida.

0 como protección contra los temores de la locura.

Su madre se había vuelto loca y había asesinado a su bebé recién nacido. Rothgar, aún niño, había sido testigo impotente de aquella atrocidad. Bryght pensaba en ocasiones que la necesidad de control de su hermano era una especie de locura en sí misma. Intentaba que el mundo fuera un escenario de teatro, con él como director. 0 tal vez uno de los autómatas complejos que tanto le gustaban. Una máquina controlada por él; que él, y sólo él, mantuviera en funcionamiento; un mundo donde él pudiera mantener verdaderamente a raya el desastre.

Era una actuación imponente, y Rothgar hacía cosas notables por su familia y por Inglaterra, pero Bryght no deseaba que una

experiencia tan severa y dolorosa convirtiera a su hijo en el igual de su hermano. Sin embargo, había dejado escabullir el tema.

Antes de que pudiera hacer acopio de valor para intentarlo de nuevo, Rothgar se metió la chaqueta entallada. La seda de discreto gris acero se ajustaba sin una sola arruga, profusamente adornada de bordados negro y plata de quince centímetros por toda la parte delantera. Fettler alisó la seda en los hombros y espalda abajo, buscando irregularidades inexistentes. Aunque Rothgar llevaba una espada corta ornamentada, Bryght sabía que nunca lucharía con un atuendo tan restrictivo. No obstante, su aspecto era, sin duda por diseño, el de una hoja ornamental de acero.

Sus pantalones eran del mismo gris, igual que las medias. Se metió los zapatos negros con tacones y hebillas de plata, y escogió un pañuelo de seda nívea con encajes de seda. Finalmente, Fettler prendió la estrella de plata de la Orden del Bath sobre su pecho izquierdo, cuya cruz central de oro era el único color en él.

Luego se volvió, y sacudiendo el pañuelo al estilo en boga, se inclinó con gracia perfecta.

Belleza y amenaza, mezcladas con precisión.

Bryght aplaudió, y los labios de su hermano se torcieron levemente. Aunque Rothgar podía interpretar a fondo su papel en este escenario, él, a diferencia de muchos, no se perdía en el artificio. Como había comentado con frecuencia a su familia, su mundo era un baile de disfraces, pero un baile en el que se decidían asuntos trascendentales.

Salieron de la habitación y un perfume sutil se trasladó con ellos. Rothgar había puesto un toque en el pañuelo, y el contraste con la sustancia barata que empapaba a aquel petimetre esta mañana casi provocaba lágrimas.

Igual que el hecho de que Bryght hubiera dejado pasar una oportunidad de oro.

-En cuanto a Francis... -dijo, pese a saber que no era un buen momento.

-¿Sí?

Esa sola palabra sonó fría como el acero, pero Bryght insistió. -Podrás conocerle mejor, durante el viaje al norte para la boda de Brand.

-Tiemblo de deleite. -Pero Rothgar dirigió una rápida ojeada y sonrió-. Es un niño encantador, Bryght. ¿Crees que funcionarán los planes de Brand de vivir en el norte?

-Probablemente. Nunca le ha gustado la vida sofisticada.

Bryght, no obstante, era consciente de que su hermano evitaba sus inquietudes. Esta vez más amablemente, pero con igual firmeza.

-No podrá evitarla del todo -dijo Rothgar cuando llegaban al rellano situado en lo alto de la majestuosa escalera principal-. La prima de su novia tiene una gran mansión allí. Su hogar rivaliza con Rothgar Abbey.

-¿La condesa de Arradale?

-Una formidable doncella guerrera del norte, con armas de rizos, luminosos ojos, seda, y pistolas. Y experta en todas ellas.

-Bey...

-¿Te ha contado Brand que casi le mata? Y, por supuesto, nos plantó cara a mí y a mis hombres con su pequeño ejército.

La charla ociosa como arma defensiva, esgrimida como un espadín para que Bryght no pudiera encontrar la manera de decir lo que necesitaba decir.

-Condesa por derecho propio -estaba diciendo su hermano mientras empezaban a descender por las escaleras hasta el vestíbulo espacioso-. Ejerce considerable poder, y tiene intención de conservarlo.

¡Ajá!

-No a todo el mundo le gusta el poder -intercaló Bryght con firmeza-. Bey, no quiero que Francis se vea agobiado por la responsabilidad de ser tu heredero.

Fue como si una bruma gélida descendiera sobre ellos.

-Entonces asegúrale, cuando tenga edad suficiente, que haré todo lo posible para vivir más que él.

-Ojalá te casaras, Bey.

-Ni siquiera por ti, Bryght, no.

-No existen más casos de locura en la familia de tu madre. Tal vez fuera una enfermedad, ¡un caso raro!

-Todo tiene que empezar en algún momento. Prefiero no correr el riesgo.

-¿Y mis preocupaciones no cuentan nada?

Habían alcanzado el pie de las escaleras y entonces Rothgar se volvió a él.

-Asumo todas las preocupaciones de mi familia. Una solución sería que me entregaras a tu hijo para que yo lo criara como heredero. Bryght aún no había encontrado palabras para responder a eso cuando Rothgar continuó-: La otra es que yo muera pronto. Entonces tú serías el marqués y Francis podría crecer seguro de su futuro papel. ¿Tal vez debiera dejar que los asesinos cumplan con su trabajo?

Condenado sea su hermano, por ser un demonio tan desalmado. Más allá del amor y la amistad, esto era algo que siempre subsistía: una rivalidad y oposición que respondía a sus papeles, sus caracteres y su historia.

Bryght perseveró, aunque temía que fuera inútil.

-Podrías casarte. Corre ese riesgo.

Rothgar alzó las cejas:

-Generaciones mancilladas por ese riesgo, meramente para ahorrarte a ti cierta preocupación, y cierta incertidumbre a tu hijo. Creo que no. Educa a Francis para que acepte las responsabilidades que recaigan sobre sus hombros, sean las que sean. Es la única manera. Porque, por más que lo mimes, esas responsabilidades recaerán sobre él. Al menos, eso es lo que yo he aprendido.

Se dio la vuelta y aceptó la capa y el sombrero que le tendía un lado inmóvil, luego atravesó las altas puertas de doble hoja y entró en su silla pintada de oro para realizar el breve trayecto que le separaba del palacio de St. James. Por una vez, no hizo caso a los peticionarios que rondaban con la esperanza de un momento del tiempo del gran marqués, de una pizca de su poder e influencia dedicada a su causa.

Los porteadores de librea alzaron los palos y se pusieron en marcha mientras lacayos armados caminaban a ambos lados.

El marqués de Rothgar una vez más entraba en escena.

Bryght se dio media vuelta, agitado por la rabia y la pura tensión del nerviosismo. Había ocasiones en que le gustaría espetar con sus propias manos a su hermano, si fuera capaz de ello.

Harrogate, Yorkshíre

¡Condenados vuestros ojos! -La condesa de Arradale retrocedió ante la punta del florete que habría puesto en peligro su corazón de no ser porque ésta estaba abotonada y porque llevaba un protector acolchado para el pecho.

El maestro de esgrima se retiró la careta de su rostro nudoso. -No practicáis lo suficiente, milady.

Diana se quitó su careta, y se la pasó a su atenta doncella.

-¿Y cómo puedo, Carr, si no venís a Arradale para practicar conmigo? -Clara colgó la careta y volvió apresuradamente para desatar las lazadas que sujetaban el peto protector.

William Carr se sacó por la cabeza su propio equipo de protección.

-Sabéis que os adoro, milady, pero no voy a permitir que me absorbáis por completo.

Diana lanzó una mirada al guapo irlandés, con su oscuro pelo rizado y ojos chispeantes. En una o dos ocasiones, había pensado en permitir que coqueteara con ella, pero sabía por instinto que era demasiado peligroso jugar con él. A él también le gustaría, como a la mayoría de los hombres, poseerla, su poder y su riqueza, y convertirla en una esposa sumisa.

-Al menos mi tiro no os parecerá inferior -replicó ella mientras se acercaba al espejo y se arreglaba el cabello castaño.

-Pero tampoco os proporciona un rubor tan atractivo en las mejillas, ay.

-¿Qué no? Hace latir mi corazón más deprisa.

-Eso es poder, milady -dijo con una sonrisa breve-. Sois adicta al poder y, sí, os convierte en una hermosa mujer. Pero peligrosa. Muy peligrosa.

Diana le dedicó una mirada dominante, aunque él siempre sabía qué decir. Peligrosa. Le gustaba la idea de ser peligrosa.

El espejo le comunicó que Carr no mentía en cuanto a su aspecto; el ejercicio le encendía las mejillas y hacía que sus ojos brillaran. Qué lástima que todo fuera para nada. Sí, era el tipo de mujer que atraía a los hombres, los atraería incluso sin rango, riqueza y poder. Su tragedia era que el rango, la riqueza y el poder se convertían en un obstáculo a la hora de que ellos se animaran.

Se volvió.

-Vamos, permitidme mostraros lo peligrosa que me he vuelto. Con una pistola no necesito pareja para practicar a diario.

-Os creo -contestó él, abriéndole la puerta para que entrara en el patio iluminado por el sol-. Os gusta ganar.

-Sí.

-Y aún estáis furiosa con vos misma por fallar aquel disparo el año pasado, pese a que disparabais contra un hombre que no queríais ver muerto.

-Por supuesto que me alegro de no haber matado a lord Brand, Carr, pero no debería haber disparado a lo loco. Fue una debilidad. -Se volvió para mirarle de frente-. Debéis enseñarme a evitar eso. Cómo hacer un disparo seguro en una emergencia.

Habían llegado ante la puerta que daba entrada a la galería de tiro, y él se detuvo.

-Sin duda, ¿y cómo es que sobrevendrá tal emergencia a una gran dama como vos?

-Sucedió en una ocasión -replicó ella-. Si vuelve a suceder, debo estar preparada. Si las circunstancias hubieran sido como yo pensaba, podría haber perdido la vida, ¡y también Rosa! ¿Por qué otro motivo iba a dedicar tanto esfuerzo a esto?

-Por el puro y tremendo reto que representa, lady Arradale.

Ante ese seco comentario, Diana se rió ruidosamente.

Cierto, me conocéis demasiado bien, Carr. Pero también responde a que estaré lista para defenderme a mí misma y a los míos si alguna vez se presentase la ocasión. Enseñadme. Enseñadme como si fuera un hombre.

El maestro abrió la puerta con su llave, pero dijo:

-¿Quién os amenaza? Sería un honor matarle por vos.

-Nadie -contestó ella mientras entraba en la larga habitación, cuyos olores persistentes a pólvora y humo despertaron como con un murmullo sus sentidos. Era cierto que amaba el poder de la pistola.

También era cierto que no estaba amenazada; al menos físicamente. Su vida fluía de forma calmada y grata, a excepción de la idea de cierto marqués.

Sacó del estuche sus armas hechas por encargo y se dispuso a prepararlas, algo que siempre hacía ella misma. Mientras vertía la pólvora en el barril de la primera, reconoció que era el marqués quien la había traído hoy aquí. Hacía meses que no había visitado a Carr, pero las noticias de que el Marqués Siniestro iba a viajar pronto al norte la habían traído aquí para pulir sus destrezas.

Mientras envolvía la bala en tela y la introducía con fuerza en el barril, recordó su último encuentro. Había sido a punta de pistola. Le había derrotado, y no era un hombre que olvidara las derrotas.

Dejó la pistola a un lado y empezó con la otra. El encuentro violento no era la única causa del hormigueo de advertencia en sus nervios.

Oh, no -introdujo la siguiente bala a fondo-, era el recuerdo de él, del efecto que tenía sobre ella, que acechaba. El año pasado, cuando él vino al norte y visitó su casa, se habían desafiado constantemente, casi siempre con palabras. La esgrima verbal, no obstante, había derivado en una pugna de coqueteo.

Abrió la cazoleta para meter la fina pólvora, pero se detuvo, pensando.

Una noche inolvidable, él había querido seducirla. No hablaba en serio -era parte de una batalla incesante, la había estado poniendo a prueba-, pero aquel momento estaba consumiendo desde entonces su sentido común y su juicio.

Tras la negativa de ella, el marqués había dicho: «Si alguna vez cambiáis de idea, lady Arradale...”

Aquellas eran las palabras que persistían de día, y la obsesionaban de noche, y eran ya muchos los momentos de desvarío en que había deseado haber aceptado aquella cínica oferta.

Sacudió la cabeza y vertió con cuidado la pólvora en la cazoleta de cebadura. El marqués no era una amenaza física, no, pero aun así, durante el último año, había practicado el tiro con pistola con más dedicación que nunca antes.

Ahora practicaba a diario, y había buscado tiempo en su apretada agenda para venir hasta aquí, para ver a Carr. Porque el marqués venía al norte una vez más, regresaba para convulsionar su tierra, y su paz mental.

Cerró la tapa de la cazoleta, luego llenó la de la otra pistola. Seguidamente amartilló el arma, lista para disparar.

-Si alguien me dispara, Carr, yo misma me ocuparé del atacante.

Pero mientras se colocaba frente a las dianas -siluetas poco definidas con un corazón rojo sujeto a cada una de ellas- supo que el proyectil de una pistola, incluso apuntada al corazón, no era suficiente defensa contra la amenaza a la que se enfrentaba.

Capitulo 3

Se acercaba el mediodía y ríos de gente cruzaban la casa del guarda que daba entrada a Pall Mall y que constituía el acceso al populoso grupo de edificios antiguos conocido como el palacio de St. James. Los ministros de la Corona se hallaban presentes, junto con cargos militares, cortesanos veteranos en estas lides y gentilhombres de campo deseosos de vivir esta experiencia única de una audiencia con el rey. Todos vestían sus mejores galas cortesanas al completo -ropas elegantes, espada corta y pelo empolvado- ya que de otro modo no les recibirían.

Quienes estaban acostumbrados a pasar por esto dos o tres veces a la semana rondaban por el patio charlando, o con sus mentes divagando en otras cosas. Por otra parte, los caballeros que venían del campo miraban a su alrededor con ojos muy abiertos, brillantes de expectación. Ver al rey tan de cerca. Ser reconocido. ¡Intercambiar una o dos palabras con él!

Los porteadores del marqués le llevaron a través de la casa del Tarda hasta el interior de la Gran Corte, donde apareció ajustándose el sutil encaje de las muñecas. Aceptó varios saludos, evaluando cómo estaban los ánimos. Curiosidad, y también cierta expectación excitada ante la posibilidad de que acabara en la Torre. Podría suceder. El joven rey era impredecible, y era consciente en exceso de su posición como líder moral del reino.

Avistó a su secretario Carruthers y se acercó majestuosamente para unirse a él y a los dos hacendados que observaban con ojos muy abiertos. Antes de que Carruthers pudiera presentarles, el hombre de mayor edad, alto y vigoroso, aunque algo incómodo con sus espléndidos ropajes, se adelantó para hacer una inclinación.

-¡Mi señor marqués! Estamos infinitamente agradecidos.

Rothgar devolvió la inclinación.

-De nada, sir George. Estoy encantado de veros en Londres. Éste debe de ser vuestro hijo... -Mientras hablaba, sus ojos se desviaron levemente a su secretario, quien esbozó con los labios «George». Ocultando una sonrisa, añadió-: George.

El guapo y deslumbrado joven también hizo una inclinación, con la mano apoyada por prudencia en su espada corta. Estas armas, notorias por lo delicadas que resultaban a la hora de controlarlas, habían hecho tropezar a muchos, incluso habían atizado a damas en lugares desafortunados en alguna ocasión. Daba la impresión de que el joven George se convertiría probablemente en un hombre tan serio como su padre.

El marqués indicó que deberían pasar al interior del edificio. -Espero que mi gente haya hecho vuestra visita a Londres todo lo grata que podríais desear, sir George.

-¡Efectivamente, así ha sido, milord! -declaró sir George, y relató todas las maravillas visitadas mientras avanzaban hacia el salón de audiencias. No obstante, mientras se acercaban al salón, el caballero empezó a tartamudear a causa del nerviosismo y la excitación.

-Por mi alma, milord, que no sé que debo decir en una ocasión como ésta.

-Dejad que el rey lleve la iniciativa, sir George, pero habladle de todos modos. Su mayor queja referente a estos actos es que la gente se queda mirando y diciendo: «Sí, señor», «No, señor».

-¡Por supuesto, milord! -Sir George pareció tragar con dificultad-. Bien, por San Jorge que lo haré lo mejor que pueda. Pero tú, Georgie- dijo a su hijo, que iba detrás admirando la serie de armas en las paredes cubiertas de paneles-, tú mejor te limitas al sí señor y no señor. ¿Me oyes?

-¡Sí, padre!

Rothgar ocultó una sonrisa. Las recepciones matinales eran una obligación aburrida, de modo que le resultaba bastante divertido presentar a sus vecinos procedentes del campo. Desde su punto de vista, esto aportaba cierta frescura y aroma, y le recordaba que era primordial para el gobierno inglés que hombres buenos tuvieran acceso al monarca. Lamentaba no haber pospuesto el duelo un día. Se preocuparía de que los Ufton no se vieran atrapados en alguna situación desagradable, pero si el rey decidía

insistir en el duelo y la muerte de aquella mañana, el disfrute de sus dos invitados se echaría a perder.

Entraron en el salón de audiencias, magnífico con tapices y cuadros pero carente de muebles, y ocuparon un lugar en el círculo que se formaba pegado a la pared. Rothgar escogió un lugar próximo a otras personas también procedentes del campo, y pronto los Ufton estaban charlando confortablemente con sus congéneres. Entretanto, unos cuantos hombres se acercaron a charlar con él. Ninguno de estos hombres desaprobaba el duelo, pero unos cuantos estaban ciertamente inseguros de las consecuencias. También tomó nota de otros tantos que de súbito parecían estar ciegos a su existencia.

Cuando finalmente entró el rey, no hubo manera de discernir su estado de ánimo. Con tan sólo veinticinco años de edad, Jorge III era alto y de aspecto agradable, con una tez lozana y grandes ojos azules. Puesto que se tomaba en serio sus obligaciones, se desplazaba lentamente por la estancia y se detenía a hablar con cada uno de los hombres presentes. Aunque su mente estuviera pensando en Rothgar, no permitiría que se le fuera la atención. No obstante, a medida que el monarca avanzaba por la estancia, la atención de todos los presentes se iba desplazando.

El rey habló brevemente con el conde Marlbury situado al lado de Rothgar, y luego sus ojos continuaron, graves y reflexivos. Rothgar pudo percibir que la sala contenía la respiración y se preguntaban si iban a presenciar un acontecimiento digno de ser narrado a sus descendientes.

Luego el rey inclinó la cabeza.

-Mi señor marqués, nos satisface veros aquí, en buena forma. Nos satisface en suma.

Mientras la agitación vibraba en la atmósfera de la sala, Rothgar se inclinó:

-Vuestra majestad es condescendiente como siempre. ¿Me permitís presentaros a sir George Ufton, de Ufton Green, Berkshire, y su hijo George?

A partir de ahí, todo se sucedió de forma grata. Sir George habló breve y sensatamente sobre las condiciones cercanas a su lugar de procedencia. Luego el rey inquirió al joven George si estaba disfrutando de su visita a Londres y recibió como respuesta un nervioso: «Sí, señor»

Luego, el monarca continuó.

Sir George soltó una sonora exhalación. Rothgar se contuvo de mostrar un signo de alivio similar. No se permitió exhibir ninguna señal de victoria mientras devolvía las inclinaciones a los ministros de la Corona que pasaban, pese a que algunos de ellos persistían en verle como un rival.

Aunque era perfectamente permisible marcharse después de haber saludado al rey, Rothgar concedió un momento a los Ufton para recuperarse de su experiencia antes de acompañarles al aire fresco del exterior. Carruthers esperaba allí para poner al servicio de los Ufton un lacayo de librea que les llevaría hacia más deleites, pero se hizo a un lado para comunicar a Rothgar que el rey le ordenaba asistir a una audiencia privada.

-Ah, de modo que no he escapado del todo -murmuró Rothgar, provocando una mirada irónica incluso en su discreto secretario.

Se encaminó a la alcoba de su majestad, que en la actualidad se empleaba únicamente para audiencias, sabedor de hecho de que no iba a ser regañado, sólo sería alabado, y a continuación le harían trabajar asesorando al rey en los muchos asuntos complejos pendientes en ese momento.

A veces le cansaba su papel. A veces incluso deseaba ser como sir George, responsable únicamente de una pequeña finca y de su familia. No obstante, había nacido para sus obligaciones, y Dios le había concedido talentos útiles para su país. Por honor, no podía abstenerse.

Nada más regresar a la mansión Malloren, Rothgar se despojó con alivio de su rígido traje de cortesano, y se puso manos a la obra con unos cuantos asuntos que habían surgido durante su encuentro con el rey.

Aunque el tratado de paz con Francia estaba firmado, aún había personas en París que anhelaban volver a la guerra, resarcirse de la derrota. Era necesario saber qué planeaban, y tener cuidado con sus espías en Inglaterra. Con frecuencia, él era capaz de descubrir cosas que las investigaciones más oficiales no lograban desvelar, especialmente gracias a la red propia de espionaje que mantenía.

A continuación, se ocupó de una pila de documentos que requerían su sello y firma, y luego se dedicó a asuntos más ociosos,

a cartas y catálogos de personas que esperaban su intervención o su auspicio. Los ojeó rápidamente, pues no estaba de humor para cuestiones de este tipo, pero se detuvo con un paquete que le había enviado un editor.

Contenía diversos poemas a los que echó un vistazo, separando algunos a un lado, por su interés. Luego llegó a unas hojas tituladas: «Diana, una cantata» El texto se atribuía a monsieur Rousseau, pero estaba traducido al inglés. Una pieza ligera, pero intrigante, pues otra Diana le vino de inmediato a la mente.

El sol había descendido ahora sobre la inmensidad, Cuando la casta Diana y su séquito de vírgenes...

Lady Arradale. De espalda recta, ojos claros y un cuerpo hecho para el amor. No obstante, casi con toda certeza, era una virgen casta, y descontenta de ello.

Una copia de este texto constituiría un regalo divertido.

Entendía que ella había elegido no casarse, pero aquella decisión tenía su precio, especialmente para una mujer. No le resultaría fácil encontrar la manera de satisfacer su naturaleza sexual, y para mucha gente, una mujer soltera era una afrenta al cielo, alguien de hecho destinado a quemarse en el infierno.

Hoy, por algún motivo, el rey se había interesado por ella y, claramente, su majestad era uno de los que se sentían ultrajados. A Jorge incluso le indignaba más la noción de una joven soltera en la posición peculiar de paresa del reino.

Rothgar había ofrecido respuestas insustanciales confiando en que el convencional monarca se olvidara por completo de su existencia. Los reyes de Inglaterra estaban limitados por muchas leyes, pero aún conservaban recursos.

Leyó rápidamente la cantata. Describía un ataque por parte de la diosa Diana a Cupido, y, por consiguiente, al amor. La condesa, pensó, apreciaría eso. ¿Serviría también como advertencia? Al final del texto, una flecha se pierde, y Diana sucumbe al amor.

Tal vez, pensó, mientras colocaba las hojas junto con las demás que le habían parecido de interés, debería mantener una copia cerca y a mano para él mismo.

Era consciente -siempre era consciente de tales cosas- de que lady Arradale podía ser una flecha amenazadora. Era guapa y enérgica, aunque éstos eran sus encantos menores. Desde su rango

inusual en una mujer, se había convertido en una joven excepcional, lista, audaz y valiente.

También era voluntariosa, impulsiva y tal vez, incluso consentida. Normalmente, tales cualidades suprimirían cualquier interés que él sintiera, pero en el caso de ella, despertaban su instinto protector. Como prima de la novia de Brand, casi se situaba dentro de los límites sagrados del marqués: su familia.

Un hombre inteligente evitaba el peligro. Deslizándose el sello por su dedo, consideró la posibilidad, después de todo, de no asistir a la boda de Brand en Yorkshire. Aquello le mantendría fuera del alcance de la flecha.

Sin embargo, el resto de la familia planeaba asistir, y él quería estar ahí, ver el final feliz de la aventura de Brand.

Comprobó que no quedaba ningún documento sin atender y se levantó del escritorio. Debería sentirse lo bastante seguro. Las complicaciones surgidas tras el final de la guerra con Francia le obligarían a regresar deprisa a Londres. También hablaría con Carruthers para que le enviara cualquier documento mediante un rápido mensajero para que la situación estuviera controlada.

Una maniobra defensiva, pero inteligente. La supervivencia se lograba más fácilmente evitando el peligro. Llegaría el día anterior a la boda y se quedaría otro día después de ésta. Tres días. Podría evitar enredos con la condesa sin dificultad durante tres días repletos de actividad.

Sin embargo, mientras se disponía a prepararse para sus compromisos de la noche, fue consciente de muchos dramas históricos, incluso tragedias, que probaban que aquello era una tontería.

Tres días era tiempo suficiente para el más completo de los desastres.

Tres días, se dijo Diana a sí misma mientras esperaba a que la corneta de su portero anunciara la llegada de los carruajes Malloren. Él permanecería aquí durante tan sólo tres días. Podría superar esos tres días sin acabar estrellada contra algún tipo de desastre.

No obstante, pese a toda razón, cuando la distante corneta sonó alborozadamente, todos sus nervios se tensaron. En el pasado, la corneta había pertenecido al centinela del castillo y servía para

avisar de la llegada de enemigos. Tal vez, aún corría por su sangre algún recuerdo de todo aquello, que aceleraba su corazón y le secaba la boca.

Se esforzó por recuperar el sentido común. No se trataba de ninguna invasión. Era una fiesta y una boda. Iba a ser la dama perfecta, el marqués sería el caballero perfecto, y después de tres días volverían a marcharse.

Con suerte, esta vez para siempre.

-¿Diana?

Se dio la vuelta para mirar a su madre. La viuda del conde estaba complicándolo todo pues oía campanas de boda, pero no de una sino de dos. Había decidido que el nerviosismo de Diana se debía al afecto que le inspiraba el marqués.

-Eso, supongo, son los Malloren -dijo su madre con tono indefinido-. ¿Nos vas a bajar a recibirles?

-Sí, por supuesto, madre.

Los labios de su madre se curvaron en una sonrisa casi maliciosa. -Has puesto Arradale patas arriba para que esté a punto, cariño, durante la última hora no has dejado de recorrer la habitación de un faro a otro. Sin embargo, ahora te demoras. ¿Qué es lo que te sucede?

«No son caprichos de niña»

-Nada -dijo Diana, forzando una sonrisa y apresurándose a alejarse de aquella mirada sabedora.

La madre de Diana nunca había llegado a comprender los motivos de su hija para permanecer soltera. Veía las responsabilidades del condado como una carga terrible, no un reto excitante. Estaba resueltamente convencida de que su hija simplemente estaba buscando el hombre adecuado, y tenía la esperanza de que lo hubiera encontrado en el marqués.

El último hombre apropiado en el mundo.

Descendiendo con un silbido las escaleras que bajaban hasta el vestíbulo principal cubierto de paneles, Diana confió en que los siguientes días no empujaran a su madre a extremos comprometedores. Se aferró a algo que le producía alivio. El marqués estaba tan decidido como ella a evitar el matrimonio.

Los carruajes aún estarían completando su recorrido por la calzada, de modo que Diana se detuvo para estudiarse en el espejo

fastuoso y dorado. Había cuidado su aspecto para la ocasión con gran celo.

La última vez que ella y el marqués se vieron, él intentaba secuestrar a su prima Rosa. Ella se lo había impedido con su propia pistola y el ejército de hombres de su finca. No lo lamentaba. Posiblemente fue el momento más glorioso de su vida. No obstante, hoy se había vestido para recordarle que por encima de todo era una dama.

Su vestido era amarillo pálido con capullos bordados de color crema; llevaba unas perlas sencillas en la orejas y en la cinta también crema que rodeaba su cuello. Su cabello formaba rizos debajo de un gorro de muselina y de cintas lo bastante frívolas como para resultar tontas, y llevaba incluso uno de los mandiles tan de moda, puramente ornamentales, confeccionado en gasa de seda y encaje. Su cutis reluciente estaba levemente apagado con polvos.

Levantó las manos y se acercó las palmas al rostro, de tal modo que sus anillos destellaron en el espejo. Por muy apacible y dulce que quisiera aparecer, no podía soportar ir sin ellos, aunque en una ocasión la habían desenmascarado ante el marqués. De hecho, llevaba exactamente las mismas fruslerías delatoras que se había puesto la última vez que ella le había recibido en Arradale.

El marqués era reputado por su observación prodigiosa y su omnisciencia, de modo que seguro que recordaba cada una de ellas. Reconocería el desafío. Era una dama, pero también era la condesa de Arradale.

Y él estaba en su tierra.

Evaluando aquel momento, caminó hacia las grandes puertas. Sus lacayos las abrieron de par en par, dejando que el sol entrara a raudales, y pudo ver cuatro carruajes de viaje que acababan de detenerse delante de los dos tramos curvos de escaleras. Otros tres, que sin duda contenían equipaje y criados, habían girado para ir hasta la parte posterior de la casa.

¡Siete! Y escoltas, advirtió. Ella también viajaba con gran pompa, pero esto era excesivo, incluso para toda una familia. Además, traían niños, lo cual había requerido reacondicionar los cuartos infantiles que tanto tiempo llevaban sin usar. Sólo los Malloren harían algo tan absurdo por su extravagancia.

Sólo tres días, se dijo mientras salía sin prisa por las puertas abiertas, disimulando una rápida palpitación. Con la sonrisa

encantadora en su sitio, se cogió un poco las amplias faldas y bajó las escaleras para dar la bienvenida a la gente que descendía de los carruajes. En silencio, ensayó serenas y corteses palabras de bienvenida, pero luego vio a una dama a quien estaban ayudando a bajar del segundo coche y olvidó todo decoro.

-¡Rosa! -exclamó, y echó a correr para reunirse con su prima y más querida amiga, y fundirse en un estrecho abrazo. No se habían visto durante nueve meses.

Escasos momentos después cayó en la cuenta de que había abandonado por completo sus deberes de anfitriona. Sonrojada, apartó su atención de su feliz y saludable amiga para disculparse. Mientras se secaba algunas lágrimas de los ojos, se encontró cara a cara con un divertido lord Brand Malloren.

El joven, con su pelo castaño recogido hacia atrás con sencillez y el bronceado rostro moldeado por su sonrisa, era perfecto para Rosa. Incluso había perdonado a Diana por intentar dispararle.

De todos modos, mientras hablaba con lord Brand, Diana se sintió de pronto casi incapaz de pensar o hablar con coherencia. Él estaba cerca. No podía verle, no obstante lo sabía. Ridículo, pero le sentía tras ella como un repentino hormigueo ardiente descendiendo por su columna.

De algún modo consiguió finalizar de forma sensata, con la esperanza de estar equivocada, de que él estuviera en algún otro lugar y de que sólo hubiera sido su imaginación, o el sol.

Capitulo 4

El marqués, no obstante se hallaba ahí, esperando pacientemente a escasos centímetros. ¿Había tenido siempre ese tipo de efecto sobre ella, o se trataba de algún nuevo tormento?

-¡Lord Rothgar! -declaró Diana, rogando para que no fuera obvia la aceleración de su corazón mientras seguía desesperadamente su guión-. Cuán afortunados somos de teneros una vez más aquí en Arradale.

Le besó la mano. Fue el roce más leve y correcto, en el aire comprendido sobre sus nudillos, y aun así los dedos de él sobre los suyos provocaron otra impresión impactante.

Maldición. ¡Esto era lo que pasaba por pensar tanto en un hombre durante un año!

-La buena fortuna es sólo nuestra, lady Arradale. Especialmente por estar dispuesta a alojar a toda una formación de Malloren.

Ni un indicio de que él estuviera afectado. Diana soltó la mano. -¿Por la boda de Rosa?-dijo con tono alegre. Por eso, acogería a toda una formación de monstruos, milord.

-Entonces tendríais que lograr sobrevivir a nuestra visita. Permitidme que os presente.

Con un ligero toque en el codo de Diana, la dirigió hacia una familia que salía de un carruaje situado más allá, pero incluso aquel toque formal parecía levantar chispas. Buscando ayuda, dirigió una mirada hacia Rosa, pero su prima estaba sonriendo a lord Brand, cegada al mundo.

-En efecto -murmuró el marqués como si Diana hubiera hablado-. Se comportan así todo el rato. Qué suerte tenemos nosotros los que hemos renunciado a tal insensatez debilitadora.

Si tenía planeado ayudarla a estabilizar su mente, no podía haber encontrado mejores palabras. Hizo acopio de toda pizca de serena dignidad mientras se aproximaba a la familia.

Se componía de marido, esposa y cuatro niños que iban del niño que empieza a caminar, a los ocho años de edad.

-Lord y lady Steen -dijo-, la dama es mi hermana Hilda. Los niños siempre me causan gran confusión, de modo que dejaré que ellos hagan los honores.

Pese a esto, el niño más pequeño, coronado por un tieso pelo marrón, se acercó trotando con una gran sonrisa y brazos abiertos, anunciando algo que sonó como:

-¡Tibee! ¡Tibee!

El marqués asombró a Diana cogiéndolo en brazos, aunque con un suspiro audible.

_ Este es Arthur Groves, lady Arradale, un mozalbete que no hace distinciones, como podéis ver. Haría tentativas amistosas hasta con un tigre. -Era evidente que el niño, que había rodeado con seguridad el cuello de su tío, no era consciente de ninguna amenaza.

Diana casi se sintió defraudada. Se había preparado para reunirse con el Marqués Siniestro, pero, ¿qué iba a hacer con este hombre? ¡El Marqués Siniestro no llevaba niños en brazos!

-Mi hermano está desesperado.

Diana se volvió aturdidamente a lady Steen. Era lo que Diana estaba empezando a calificar como una «Malloren pelirroja» aunque su pelo era de un marrón claro resaltado por tonos más cálidos. No obstante, su sonrisa fácil era igual que la de lord Brand. -Es difícil ser la *éminence noire* de Inglaterra -continuó la dama- con un niño desaliñado siguiéndote a todas partes.

Una breve ojeada reveló a Diana que, lejos de estar desesperado, la *éminence noire* parecía completamente cómodo, y había iniciado una especie de conversación sobre caballos con el niño. Por parte del pequeño Arthur, la charla implicaba una buena cantidad de balbuceos e indicaciones, pero cualquiera pensaría que eran frases de sabio a la vista de la atención y respuestas racionales del marqués.

Diana decidió que no debía hacer caso, cuando ya era muchos segundos demasiado tarde. No debía mirar, escuchar o mostrar la menor atención a cosas así. Él era el Marqués Siniestro, y ella no le

haría el menor caso en la medida de lo posible durante los próximos tres días.

Lady Steen empujó hacia delante a dos niñas que parecían intentar esconderse tras las faldas de su madre.

-Me gustaría presentaras a mis hijas, lady Arradale. Sarah y Eleanor. -Las dos niñas hicieron, con gran timidez, unas pulcras inclinaciones-. Y éste -añadió, tendiendo la mano a un muchacho que se portaba lo mejor posible, de pie junto a su padre es Charles, lord Harber. -Una inclinación correcta y mirada inteligente, juiciosa. -No puedo prometer que todos se porten bien -comentó lady Steen, lanzando una mirada a una de las hijas cuando ésta soltó una risita-, pero espero que no molesten demasiado en la casa. Les hemos traído porque desde aquí continuamos luego todos nuestro viaje hacia Escocia.

Mientras intercambiaban trivialidades acerca de viajes, Diana se fue relajando. Era asombroso que entre los Malloren se incluyera esta mujer agradable de trato fácil, y su afable y devoto esposo.

Un momento después cayó en la cuenta de que aquello era peligroso. Podría minar toda su cautela. Le satisfizo bastante pasar a los pasajeros del siguiente coche.

El marqués, cargando aún sin protestar con el niño parloteante, le presentó a un hombre tan moreno e impresionante como él mismo. Mientras Diana saludaba a lord Bryght Malloren, pensó que esto era lo que había esperado de todos ellos.

Posiblemente era el hombre más guapo que había visto en su vida. Moreno y delgado, con unos preciosos ojos y talante ligeramente cínico, estaba diseñado para derretir a cualquier mujer de forma instantánea. Pero se sentía suficientemente acorazada para resistir esto.

Su esposa resultaba un choque, pues era baja, delgada y casi vulgar, con pelo rojo y una confusión de pecas. Para empeorar las cosas, mientras ella les daba la bienvenida, los dos compartieron un brevísimo momento de contacto visual que perfectamente podría haber proclamado a gritos amor, pasión y comprensión constante.

-Sí -murmuró el marqués mientras continuaban adelante-. Más enamorados. Os advierto, parece ser contagioso. Ha arrasado de pronto mi familia. Yo estoy inmune, por supuesto, pero vos debéis conocer a lo que os arriesgáis.

-Yo también estoy inmune, milord, os lo aseguro.

-No podéis imaginar mi alivio, ya que soy el único varón sin compromiso aquí presente. Podremos sentarnos juntos y pasar la velada en un enclave de desinfección.

Diana se rió, pero se preguntó si en su risa no resonaría algo de su pánico. Tenía razón. ¡Él y ella eran los únicos que no tenían pareja entre toda la concurrencia! No podían arrojarse uno en brazos del otro por aquello. No podían. Unos pocos minutos en compañía del marqués la estaban convenciendo de que él no había imaginado el efecto que llegaba a tener sobre ella.

Y luego, ¡santo cielo!, estaban los preparativos que había hecho ella para instalarles en los dormitorios.

Incluso en una casa tan grande como Arradale, tal cantidad de invitados requería todas las habitaciones disponibles. Ella dormía en las habitaciones del conde, pero su madre hacía tiempo que había abandonado las habitaciones de la condesa para instalarse en otras más alejadas. Alguien tenía que ser alojado en las «Estancias de la Condesa» y, por consiguiente, había decidido que el marqués podía dormir ahí; no sin un toque de malicia. Estaban decoradas en un estilo extremadamente femenino.

No había reparado en que en realidad estaban pegadas, ni en la impresión que causaría a los demás.

¡Caramba! ¿Había alguna posibilidad de cambiar las cosas a estas alturas?

El joven Arthur de pronto exigió que le bajaran y corrió a reunirse con un muchacho de pelo rojo que sólo alcanzaba a aguantarse en pie, aferrado a la mano de una doncella.

-Nuestro hijo, Francis -dijo lord Bryght, acercándose pausadamente para dar su propia mano al niño y balanceándolo luego para cogerlo en sus brazos, con los consiguientes gritos de deleite de la criatura-. No esperamos que recordéis cuál es cuál o de quién es cada uno, -lady Arradale continuó jugando a aquel balanceo que hacía que el niño profiriera un ruido sibilante de placer-. Siempre queda la esperanza de que se mantengan fuera de la vista y del oído.

Su esposa resopló de risa. Diana intentó no quedarse boquiabierta. Se suponía que los hombres enigmáticos, impresionantes, gallardos, no ejercían de padres con adoración.

Lord Rothgar la guió hacia el último coche.

-Temo que Portia tenga razón, aunque, al menos, vuestra casa es mucho más grande que las posadas, algunas de las cuales preferirían no volver a vernos nunca más.

Ahora humor y tolerancia. Diana iba peligrosamente a la deriva. Ya no sabía qué podría ser lo siguiente, o cómo debería comportarse o cómo protegerse.

0 incluso, de qué necesitaba exactamente protegerse.

-Creo que ya habéis conocido a mi hermana Elf -dijo el marques, sacándola bruscamente de su estupefacción mientras indicaba otra pareja. En efecto, en uno de sus dos viajes a Londres, Diana había conocido a lady Elfied Malloren, de quien tenía que decir le había caído muy bien.

-Permítame presentarle a lord Walgrave, su esposo.

Lady Elf era otra Malloren pelirroja, de color más claro y también de carácter más alegre. Su marido era moreno y guapo, pero no de la manera impresionante de lord Bryght. Más robusto. Pero en esta compañía, resultaba casi ordinario.

¡Casi un espíritu semejante! Quizá podría pasar el rato con lord Walgrave hablando de los Malloren en vez de estar con lord Rothgar como si fueran una pareja. Al fin y al cabo, en los actos públicos no era lo apropiado que las parejas casadas buscaran hacerse compañía uno al otro.

No obstante, estaba empezando a reconocer que los Malloren eran bastante indiferentes a las pautas aceptadas y que hacían exactamente lo que les apetecía. ¿Cómo iba a responder a eso?

Al menos en este caso no había niños, y los Walgrave eran los últimos de la familia. Había otro hermano, lo sabía, lord Cynric. Él y su esposa estaban en Canadá, gracias al cielo. Aquello ya era suficiente.

Tres días, repetía en silencio en su cabeza como conjuro protector mientras se volvía y guiaba a los Walgrave hacia la casa.

-No os imagináis lo aliviada que estoy de que este viaje haya acabado -dijo lady Elf-. Estoy encinta, y está resultando más tedioso de lo que había creído.

Diana debería haberío sabido. Enamorados y fértiles, todos ellos.

¡Tal vez su plan fuera tomar Inglaterra por la fuerza numérica!

Excepto el marqués, que había dejado claro que no tenía intención de casarse ni de engendrar hijos. Aquello garantizaba su

protección de aquel tipo de locura perniciosa, pero por algún motivo no la tranquilizaba del todo.

Se sacó de la cabeza todo pensamiento relacionado con él. -¿Náuseas? -preguntó.

-En circunstancias impredecibles. Si en algún momento abandono vuestra compañía, dad gracias de que haya escapado a tiempo.

-Entonces, es todo un detalle por vuestra parte haber hecho el esfuerzo de estar en la boda.

-Oh, de ninguna manera íbamos a. perdernos una boda familiar, ¿verdad que no? -preguntó, dedicando una fugaz sonrisa a su esposo.

Por supuesto que no -respondió él, aunque Diana tuvo la sensación de que no estaba del todo conforme. Ser cónyuge de un Malloren sin duda constituía un papel exigente.

-Hemos estado disfrutando de una profusión repentina -continuó lady Elf, y Diana recordó que le gustaba charlar-. De bodas, quiero decir. Al menos ésta ha sido planeada de forma pausada y sin presencia real.

Diana resistió el apremio a preguntar. Se había enterado por Rosa del chismorreo sobre la familia. No pudo evitar preguntarse, no obstante, si lady Elf había tenido que apresurarse a acudir al altar a causa de su estado embarazado.

-Y estoy encantada de visitar el norte -añadió lady Elf. No, Diana debía recordar que ahora ella era lady Walgrave-. Qué maravilloso es todo esto. Tantos prados y flores silvestres. Las colinas. ¡Qué vistas! Si pudiera pintar, intentaría capturarlo todo. Lo cierto es que tengo planeado explorar alguna industria mientras estamos por aquí.

-¿Industria? -Diana temía que su mente se hubiera perdido y no hubiera entendido el significado.

-Talleres de lana. Manufacturas de algodón. Ese tipo de cosas.

Diana la miró parpadeante. Un viaje por Escocia no era algo inusual, ¿pero un recorrido por fábricas?

-Es uno de mis intereses -dijo lady Elf, con lo que parecía una sonrisa maliciosa-. Continuaremos el viaje con Bryght y Portia ya que ellos quieren ver el acueducto del duque de Bridgewater. Y todos estamos interesados en el puerto de Liverpool.

Diana dio alguna respuesta vaga, pero empezaba a preguntarse si todo esto no era un sueño. Tendría algunas pesadillas acerca de esta reunión.

No era ninguna sorpresa que los visitantes que llegaban del sur desearan ver el famoso acueducto -ella misma había estado presente en la inauguración cuatro años antes- pero, ¿el puerto de Liverpool? ¿Y manufacturas?

Diana había organizado un convite de varios días en su casa, pensado para sureños aburridos que mirarían con desprecio el norte menos lujoso. Ahora no sabía qué esperar. ¿Que el marqués quisiera bajar a una mina de plomo, tal vez, o que propusieran una excursión para excavar en los pantanos de turba?

Miró a su alrededor. De todos modos, aquello era real. Se sintió a punto de salir corriendo para ocultarse ella misma en los pantanos durante los siguientes tres días. En vez de ello, recurrió a toda una vida de instrucción y ocultó su inquietud mientras ponía a la formación de Malloren en manos de sus sirvientes. Aquello le permitió cierto respiro, al fin.

Revisó los planes para el resto del día.

Todos pasarían un tiempo ahora en sus alojamientos recuperándose del viaje. A continuación la cena, y ya había dispuesto los asientos para ella y el marqués en extremos opuestos de la mesa. Después, música y cartas, que podrían mantener ocupado a todo el mundo y permitirle a ella mantenerse fuera del camino del marqués.

Mañana era la boda. Iba a salir bien...

Un chillido repentino llenó el aire. Rebotó en el alto techo, luego siguió como un proyectil por las paredes y columnas de mármol para unirse a nuevos gritos.

El pequeño Arthur había cogido una pataleta, el tipo de rabieta incontrolable, debida al cansancio excesivo, que no podía silenciarse fácilmente.

El pequeño Francis, en brazos de su padre, también había decidido gritar poniendo su cara roja en señal de solidaridad. Mientras lord Bryght se apresuraba a dejar a su hijo en los brazos de una doncella y otra recogía al culebreante y enrabietado Arthur para llevárselo a toda prisa, Diana se resistió a la urgencia de cubrirse las orejas con las manos.

Las doncellas habían desaparecido a una velocidad sobresaliente. Los padres ansiosos, y tal vez azorados, se apresuraron tras ellas. Los ecos se apagaron y regresó la paz. Con miradas irónicas, los Walgrave te encaminaron escaleras arriba.

Ratificando las predicciones del marqués, él y Diana fueron los únicos que se quedaron.

Diana se volvió para decir algo trivial antes de escaparse, pero se detuvo al ver la expresión de él.

-¿Os encontráis bien, milord?

La mirada de tensión se desvaneció, aunque aún continuaba pálido.

-Un leve dolor de cabeza, eso es todo -contestó, añadiendo con una sonrisa desconsolada-: La acústica de este vestíbulo, no obstante, es asombrosa.

Diana se encontró devolviendo aquella sonrisa, una sonrisa que transmitía la noción de que ellos eran la única gente sensata en un mundo demente.

Oh, pero esto era peligroso. Se apresuró a emprender la escapada en dirección al despacho de la finca, donde ningún invitado podría seguirla.

No pareció servir de nada. Aquella sonrisa daba la impresión de tejer una hebra peligrosa, sedosa, entre ellos, una hebra que no se rompió, ni siquiera cuando estuvo a salvo, con la puerta firmemente cerrada tras ella.

Capitulo 5

Eran catorce a la mesa aquella noche -los Malloren adultos, Rosa, Diana, su madre y algunos miembros del personal de la casa-, y el marqués se hallaba donde Diana había planeado que estuviera: en el extremo opuesto de la mesa, a la derecha de su madre.

A pesar de todo, aquella hebra de seda se mantenía ahí.

Se recordó a sí misma que ni siquiera debía mirarle, de modo que se concentró en los hombres sentados a ambos lados de ella: lord Steen y lord Brand.

Los Malloren resultaban una buena compañía, y, además, parecían mantener relaciones amistosas entre ellos. Sus cónyuges también se llevaban bien. La conversación era animada en muchos momentos, y saltaba alegremente de un lado a otro de la mesa, incluso a veces de a punta a otra, en vez de hacerlo de un vecino a otro como dictan normas de cortesía.

El marqués era tal vez el más tranquilo, aunque sus comentarios ocasionales eran ingeniosos. Diana, pese a sus intenciones, se encontró dirigiéndole furtivas miradas incluso mientras continuaba con su aportación a la alegre charla que fluía a su alrededor.

Él formaba parte de esta familia, y aun así no lo hacía por completo. A medida que la noche avanzaba, Diana llegó a la extraña conclusión de que él representaba más a un padre que a un hermano para el resto de la familia, pese a no poder tener muchos más años que lord Bryght.

Sabía que la madre del marqués había muerto cuando él era niño; la infame madre loca que había asesinado a su bebé recién nacido. Y que su padre se había vuelto a casar. No se había enterado hasta instantes antes de la cena, cuando Rosa se lo había contado, de que su padre y madrastra habían muerto por enfermedad en cuestión de días, cuando el marqués sólo contaba diecinueve años;

y que el marqués se consideraba responsable de haber traído a la casa las fiebres.

Rosa le había explicado que Brand creía que su hermano conservaba algún recuerdo del asesinato de su hermana recién nacida, ya que había estado allí presente, y que se sentía culpable también de aquello. Sin tener en cuenta eso, diecinueve años era una edad difícil para asumir responsabilidades tan enormes. El propio padre de Diana había muerto de forma repentina cuando ella tenía veintidós años, lo cual ya le había parecido una edad bastante joven, y sin culpabilidades ni hermanos menores de quienes preocuparse.

Los familiares y amigos más entrañables habían intentado aliviar a lord Rothgar de la responsabilidad de los cinco jóvenes. Sin embargo, el marqués se había mantenido firme y había conseguido retener a todos los hermanos bajo el mismo techo. Sin duda fue entonces cuando adoptó el papel de padre. ¿Cómo iba a apañárselas si no?

No era de extrañar que de vez en cuando se detectara un matiz díscolo en los comentarios de lord Bryght. Debería de tener unos dieciséis años entonces, justo la edad para ser un joven que sobrelleva con dificultad su dolor.

Tampoco era de extrañar que el año anterior lord Rothgar se hubiera mostrado tan protector con lord Brand. Diana contempló el pedazo de empanada de alcachofas en su plato y perdió repentinamente el apetito. Ella y Rosa habían narcotizado a lord Brand y le habían dejado abandonado en un granero, pese a saber que cuando él despertara se sentiría violentamente enfermo. Eso, básicamente, también había sido culpa de Diana, ya que Rosa se habría quedado a ayudar de no haberse encontrado también mal por haber tomado la bebida narcotizada.

Lord Brand las había perdonado a ambas, pero ¿las habría perdonado lord Rothgar? Diana no quería las atenciones del marqués, pero tampoco quería su enemistad.

-¿Os encontráis bien, lady Arradale? -preguntó lord Steen.

Diana esbozó una sonrisa y cortó un trozo de empanada.

-Sí, por supuesto, milord. Simplemente mi cabeza se había perdido tras un recuerdo errante. -Se atrevió a hacer una pregunta-, ¿Sin duda resulta interesante formar parte de la familia Malloren?

Los labios del caballero se contrajeron levemente.

-Lo bastante interesante como para disfrutar de la vida en un lugar apartado de Devon.

Ella soltó una risita y pasó a otros temas, pero fue incapaz de evitar que sus dos ojos y mente volvieran repetidamente al marqués, atraídos por el misterio enigmático que representaba.

Era elegante, cortés por naturaleza y también muy querido, pensó Diana. No obstante, en él había algo que no encajaba.

Finalmente, se percató de qué se trataba.

Se mantenía apartado.

Para cuando las damas dejaron a los caballeros para que bebieran relajadamente, Diana tenía la desconcertante impresión de que el marqués de Rothgar, en muchos aspectos, podía encontrarse tan aislado y solo como ella misma. Tal vez fuera ése el hilo que transcurría entre ellos, del que ambos estiraban, al tiempo que sentían como les amenaza.

Durante el té, Diana charlando con Elf y Rosa, y tras media hora de jugosos y humorísticos cuchicheos sobre Londres, Elf le pidió que la tuteara. Diana estaba empezando a sentir que tal vez hubiera encontrado una nueva amiga, y lamentó que esta visita durara tan sólo tres días. Le habría complacido que los hombres se demoraran con el brandy y el rapé, pero éstos no tardaron en reunirse con las mujeres. Diana organizó las mesas de juego, y lady Steen tocó el arpa.

Al cabo de un rato, Rosa asumió los deberes musicales desde el clavicordio, y lord Brand se unió a ella para interpretar un dúo. No tenía la misma habilidad, pero al escuchar las notas fundidas, al ver los cuerpos uno al lado del otro, las miradas ocasionales, Diana sintió un profundo estremecimiento de envidia.

Nunca se había percatado de lo acertada que era en verdad la expresión «miradas elocuentes» Tragó saliva y apartó la mirada.

¿Tenían sus invitados todo lo que necesitaban?

¿Aún seguía aislado el marqués?

¿La estaba observando misteriosamente y tramando su venganza?

Por supuesto que no. Estaba jugando al whist con lord Bryght, Elf y lord Walgrave. Cuán interesante comprobar que lord Walgrave jugaba como pareja del marqués, y no de su esposa.

Diana se acercó pausadamente para observar y, como buena aficionada a las cartas, enseguida vio que lord Bryght y el marqués

eran jugadores de extraordinaria habilidad. Sin duda su familia sabía que nunca se les podía dejar formar pareja.

Cuando finalizó la mano, el marqués alzó la vista.

-¿Deseáis jugar, lady Arradale?

Mientras él empezaba a levantarse y ella ponía pegas, lord Walgrave se puso en pie.

-Por favor, querida dama, rescatadme. Es como si se comieran un pollo entre tres tigres.

Su esposa soltó una risita y se volvió a Diana.

-De veras, nos haríais un favor. Él no tiene suficiente instinto letal.

Puesto que lord Walgrave ya se había vuelto a hablar con lord Steen, resultaría delicado poner más objeciones. Diana ocupó su asiento enfrente del marqués.

Otro nexo inesperado, o ¿había alguna conspiración aquí? Rechazó aquel pensamiento rápidamente. Lo de las habitaciones contiguas era obra de ella misma, y nadie les había adjudicado la soltería solitaria de ambos o este emparejamiento para las cartas.

-No sabía que el whist fuera tan peligroso -comentó alegremente mientras Elf repartía las cartas.

-No habéis preguntado qué nos apostamos -señaló el marqués, descansando en ella su mirada con actitud casi especuladora.

Diana contrajo los hombros con un gesto nervioso, y para contrarrestar aquel ademán, se sentó con la espalda aún más recta. Pensó que ésta era la situación más íntima en la que se habían encontrado, sentados próximos, inevitablemente cara a cara.

-¿Y qué apostamos, mi lord? -preguntó, abriendo en abanico sus cartas para evaluarlas.

-Amor.

Diana alzó la vista de las cartas con mirada perspicaz.

-Puntos -dijo Elf simultáneamente y con tono por completo diferente-. Mi hermano no permite el juego dentro de la familia.

Diana continuó mirándole sólo a él, mientras el hilo se tensaba mucho.

-No es peligroso lugar con el amor, milord... dentro de la familia?

-0 tal vez sea el lugar más seguro para hacerlo.

-Oportuno, por lo tanto -dijo poniendo una carta sobre la mesa- que saque el as de corazones.

Diana observó entonces las cartas, en vez de al marqués, comprobando que todo el mundo descartaba cartas inferiores.

-¿Y no el rey de corazones? -preguntó ella con tono alegre mientras entendía la jugada.

-Tal vez, eso también -contestó él, y sacó la carta.

Mientras Diana ponía esas cartas delante de ella, miró directamente al marqués.

-Oh, decid que también tenéis el caballero, milord-. Él torció ligeramente los labios.

-Tenga lo que tenga, pongo pequeño.

Le tocaba jugar a ella. No había manera de que él pudiera saber que tenía la reina, pero cuando la echó -el único corazón que le quedaba- se sintió como si él hubiera forzado la jugada. También fue consciente, durante el resto de la mano, del interés especulativo que mostraban el hermano y la hermana del marqués sentados a ambos lados de la mesa.

Maldito fuera aquel hombre, ¡estaba coqueteando con ella! ¿Por qué? Tuviera los motivos que tuviera, maldita también su forma absurda de reaccionar. Diana aceptó la última baza y le sonrió con calma.

-Nuestra mano, con amor o no.

Él recogió las cartas y las barajó con aquellos dedos diestros entre el sutil encaje, y un largo rubí centelleante a la luz de la vela. Diana, consciente del modo en que estaba observando la belleza de sus manos, y de su repentina curiosidad por saber qué sensación producirían en contacto con su piel, bajó la vista para mirar sus propias manos, relucientes con anillos en cada dedo.

Él empezó a dar las cartas.

-No quiero imponer mis propias normas estando en vuestra casa, lady Arradale. Si preferís jugar con apuestas...

Ella encontró la mirada del marqués, sonriendo con calma,

-En absoluto, milord. El placer del juego reside en la habilidad para jugarlo.

-Comparto por entero ese pensamiento, milady -contestó mientras cogía su mano-. Y vos jugáis con gran destreza.

Diana, cuyo corazón latía de pronto con fuerza, tragó saliva y se concentró con determinación en las cartas. Destreza o no, era demasiado sensata como para tomar parte en juegos de coqueteo con él.

Tres días, no obstante.

Pese a su nueva amistad con Elf, Diana deseaba que acabaran los tres días.

Ella y el marqués ganaron de forma indiscutible. Tenían suerte con las cartas, pero también había un gran engranaje de habilidades, casi la capacidad de leerse la mente uno al otro. Vio a Elf y a su hermano intercambiar más miradas, y quiso protestar. Esto no es nada. Sólo es una buena partida de cartas:

Sin embargo, no estaba segura de que fuera cierto. De modo que, cuando se retiró a su habitación, su inquietud por el dormitorio que había adjudicado al marqués había llegado al punto más irritante. No era más que una habitación, y alguien tenía que dormir en ella, pero de todos modos, mientras su doncella esperaba de pie para desvestirla, se quedó mirando la puerta anexa sintiendo deseos de poder ver a través de ella.

A este lado, la puerta era de un caoba reluciente con incrustaciones decorativas de madera. Al otro lado, lo sabía, estaba cubierta de una centelleante pintura blanca con adornos florales en los paneles y detalles destacados en oro.

Tras la puerta se ubicaba la alcoba de una dama, y del tipo más florido. Los colores eran siempre blanco, rosa y oro, con colgaduras rosa concha sostenidas por cupidos de yeso. Los habían hecho para su madre y no se habían cambiado con los años, tal vez en recuerdo a tiempos mágicos.

¿Cómo reaccionaría el marqués?

La curiosidad pugnaba con la cautela, y la curiosidad venció.

Al fin y al cabo, el marqués también se había retirado al piso superior detrás de ella. Difícilmente podía haberse desvestido aún.

Dio la vuelta a la llave y llamó.

Tras un momento, la puerta se abrió, y allí apareció él sin su casaca. La corbata estaba aún anudada, el chaleco seguía abotonado, y no obstante, la impresión de que no iba vestido con la suficiente etiqueta quedaba acentuada por aquellas mangas de la camisa expuestas por completo.

También mostraba una leve, pero clara, sorpresa.

Diana tragó saliva y puso su mejor sonrisa de anfitriona.

-He dudado antes de molestaros, milord, pero quería estar segura de disponíais de todo lo necesario.

Los ojos del marqués descansaron en ella durante un momento, luego se desplazaron hacia detrás, donde ella sabía que estaría viendo su cama, oscura, sólida y masculina. Él, por otro lado, estaba enmarcado en blanco, rosa y oro. Con su chaleco y pantalones grises, y con esa otra oscura cualidad esencial que le envolvía, era verdaderamente la medianoche envuelta en puntillas.

-La hospitalidad de Arradale es perfecta, como siempre, milady.

Oh, maldición. Esto había sido una locura y ahora resultaba embarazoso, pero retirarse apresuradamente y cerrar la puerta de un portazo aún agravaría más las cosas.

-Hemos tenido que usar todas las habitaciones, milord. Espero que no os encontréis incómodo en un ambiente tan femenino.

Alzó una ceja.

-Creo que he dormido en ambientes como éste con anterioridad.

¡Demonios! Diana se ruborizó, y se apresuró a hablar.

-Esta habitación era la de mi madre, por supuesto, antes de la suerte de mi padre. Sin duda tendría que volver a decorarla con un estilo más neutral.

-¿Por qué no esperar, y dejar que vuestro marido escoja su propia decoración?

Diana levantó la barbilla.

-Sabéis que tengo tan pocas intenciones de casarme como vos.

-Ah, sí. -Sus ojos reposaron en los de ella-. En ese caso, sin duda deberíais cambiar la habitación, y la vuestra también.

-¿La mía? -Se volvió y miro, como si de pronto algo pudiera haber cambiado de sitio.

-Tomad posesión de ese dormitorio. No sois vuestro padre. Esperad, no os mováis de ahí.

Se volvió y Diana vio cómo ordenaba a su asistente que moviera el largo espejo móvil para ponerlo ante ella. De pronto, Diana se vio a sí misma de pie en el umbral de la ornamentada puerta blanca. No se le había ocurrido antes, pero iba vestida de blanco con bordados rosas como siempre, intentando mostrar una feminidad suprema-, con adornos de oro y perlas. Diana hacía juego con la habitación que él ocupaba, y contrastaba marcadamente con su propio dormitorio, situado a su espalda, en la misma medida en que le sucedía a él.

-No quiero una habitación de rosa y blanco -se comentó a sí misma.

-Tenéis riqueza y poder. Vuestras opciones son infinitas. -Un simple gesto de su hermosa mano pareció abrir puertas a todo su alrededor.

Diana seguía ahí de pie, contemplándose a sí misma en aquel entorno inapropiado -encajes en contraste con la medianoche- cuando él dijo:

-¿Han quedado satisfechos vuestros instintos de anfitriona, lady Arradale? Me temo que mañana nos quieren a todos nosotros levantados temprano para participar en las festividades prenupciales.

Ella se despabiló.

-Sí, por supuesto. Buenas noches, milord. Hizo una inclinación. Estaba acostumbrada a las inclinaciones, pero tuvo la sensación intimidatoria de que el marqués de Rothgar había perfeccionado la reverencia en todo grado.

-Buenas noches, lady Arradale. Y, aunque vuestro entorno sea oscuro, deseo que disfrutéis de alegres sueños.

Cerró la puerta.

Ella giró la llave.

¡Y vos de pesadillas, maldito! Incluso así, no estaba enfadada, a excepción del hecho de que él había conseguido decir la última palabra. Más bien, había un lugar muy profundo en ella que sugería que dejara la puerta sin cerrar.

Disparate. ¡Total disparate! ¿No había decidido mantener las distancias?

No obstante, mientras Clara comenzaba a desvestirla, Diana tuvo que aceptar que en el momento de abrir esa puerta, una parte de ella había esperado que él continuara con el coqueteo de antes.

Qué debilidad tan pasmosa. ¡Había trazado un rumbo y debía seguirlo con firmeza!

Aun así, mientras le despojaban del vestido y luego del corsé, no consiguió evitar acariciar ideas atrevidas.

Una puerta sin cerrar.

Lord Rothgar invadiendo su alcoba durante la noche.

Invadiendo la cama, tocándola con sus manos largas y hábiles.

Seguro que controlaba la situación con su destreza y que nunca la intimidaría con fervor o falsa pasión. Y esa imagen de dominio

imperturbable le provocó un estremecimiento, un estremecimiento de puro anhelo.

Tal vez, como él, ella se rendiría con serenidad. Rendición a la seducción, para experimentar finalmente todos los misterios físicos que ansiaba conocer, sin perder su dignidad ni el control.

Sintió un estremecimiento y se echó encima el chal que Clara tendía. No debía pensar en cosas de este tipo. Eran perversiones, y aún más peligroso, la podía llevar a cometer locuras.

Y aun así, los pensamientos perversos no cesaban, provocados, lo sabía, por la peculiaridad de tener un hombre ahí -y vaya hombre- donde debería estar su esposo.

Si no hubiera cerrado con llave, ¿lo habría entendido él como una invitación? No tenía idea de cómo se hacían aquellas cosas. Sacudió la cabeza. Él no estaba interesado en ella. Podría haber dejado la puerta abierta de par en par y dormir sin ser molestada. Y, se dijo para sus adentros, ella tampoco sentía ningún interés por él aparte del hecho de que era un hombre muy atractivo, y Diana estaba cansada de su ignorancia virginal.

Si pudiera experimentar la unión del hombre y la mujer una sola vez, tal vez aquello detuviera aquel zumbido en su mente y le permitiera concentrarse en otras cuestiones. Cuestiones importantes que tenían que ver con el condado y sus negocios, y el bienestar de su gente.

No obstante, él tenía razón en lo referente a su habitación. Nunca antes se había fijado en que no era verdaderamente suya. Seguía tal y como su padre la había dejado. Diana se había instalado en ella, pero había quedado intacta, para que la ayudara a convertirse en lo que él había sido: el conde.

Mientras contemplaba la sobria habitación, sintió las lágrimas irritando sus ojos, y sintió ganas de maldecir a aquel hombre que le había abierto los ojos a esto. Sin embargo, el momento no podía revocarse.

Comprendió que estaba intentando ser dos personas al mismo tiempo: conde y mujer. De algún modo, por su propia cordura, tenía que fundir ambas, para convertirse en la condesa femenina. Ése era el papel que había escogido para el resto de su vida, y debía asumirlo al cien por cien.

Una condesa femenina, virginal.

Qué ridícula se sintió al notar sus lágrimas derramándose ante aquel pensamiento.

Capitulo 6

La boda transcurrió a la perfección, incluso la recepción posterior en casa de los padres de Rosa. Era algo que había tenido preocupada a Diana, ya que Coniston Hall no era más que una granja. Una granja grande, eso sí, perteneciente a un próspero hacendado, pero de todos modos, carecía de las estancias

espaciosas destinadas a las celebraciones, y especialmente a las celebraciones con invitados de la nobleza.

Diana había ofrecido Arradale, por supuesto, pero todo el mundo se había negado. La opinión general, al típico estilo norteño, era que la ilustre familia Malloren debía aceptarles tal y como eran.

Y la ilustre familia Malloren así lo había hecho. Habían mostrado buen juicio al escoger las galas nupciales para la ocasión, y se mezclaban cómodamente con todos los presentes. Incluso estaban participando en el baile campestre en el granero que se había despejado y decorado especialmente para la fecha, aceptando con alegría a todas y cada una de las parejas. La misma Diana había formado pareja con el vicario, con el hacendado Hobwick, con el cuñado de Rosa, Harold Davenport, y con el gestor de su finca, sintiendo en todo instante la comezón del deseo de que apareciera el marqués y le pidiera un baile.

Todavía le sentía como una amenaza sombría, pero, además, como una promesa tentadora, insistente.

«Si alguna vez cambiáis de idea, milady...”

Gracias a Dios, él no apareció, y cuando regresó a la casa repleta de gente para buscar algún refresco, le vio sentado con varios caballeros locales en un salón cubierto de paneles. Sintió una necesidad absurda de rescatarle, de arrastrarle a diversiones más juveniles. No era un hombre mayor y serio.

Se sacó la idea de la cabeza -¡tenía que dejar de pensar en él todo el tiempo!- y se unió al grupo de mujeres acomodadas al otro lado del salón, donde una doncella estaba sirviendo limonada con jengibre. La bebida, conservada en hielo procedente de la nevera de Arradale, tenía una temperatura deliciosa. Diana sorbió su bebida e intentó integrarse en la conversación que se mantenía a su alrededor, pero versaba primordialmente sobre maridos y niños, por lo que su mente y ojos no dejaron de vagar en dirección a lord Rothgar.

Él no intentaba en modo alguno ser uno de los hombres del lugar. Por supuesto. Nunca se propondría algo tan ridículo, igual que ella tampoco lo haría. Aparte de esa aura de distancia que siempre le rodeaba, todo el mundo aquí conocía su rango y poder. Sin embargo, tampoco estaba proclamando su rango.

Había escogido un atuendo de un tono más claro: un traje de tela color de ante que sugería con acierto actividades rurales,

mientras el corte y los elegantes galones sugerían el Londres más a la moda. Los volantes en su cuello y muñecas eran comedidos y estaban confeccionados en elegante lino en vez de encaje, algo que por sí solo le diferenciaba de los demás. Los hombres del lugar, ataviados con sus mejores galas, vestían con más ostentación, pero ninguno de ellos estaba tan soberbio.

La mayoría de los hombres llevaban pelucas empolvadas, pero también era cierto que habitualmente seguían la vieja moda de la cabeza afeitada y la peluca. Era más sencillo que llevar su propio pelo largo, y disimulaba el pelo ralo por el paso de los años. Lord Rothgar, y de hecho todos los hombres de la familia Malloren, cuidaban su propio pelo y, para esta ocasión, todos ellos habían escogido pasar sin la peluca y los polvos.

Un toque informal agradable que, de todos modos, les diferenciaba. Por supuesto, todos tenían la suerte de disfrutar de cabelleras excelentes.

Y fuertes, pensó, considerando el cabello oscuro del marqués que formaba ondas desde su alta frente, atado con pulcritud con un lazo negro en la nuca. Suelto debería combarse bajo los dedos...

Se volvió para pedir otra copa de bebida helada, por un momento incluso la presionó contra su mejilla, intentando bloquear a aquel hombre el acceso a su mente. Tras un momento o dos, no obstante, no pudo evitar volver a echar una ojeada. En honor a la verdad, había que decir que evaluar las cualidades del eminente marqués era demasiado divertido como para dejarlo.

Los rasgos de su rostro también eran fuertes, aunque su osamenta elegante les restaba dureza. La larga y recta nariz y el delicado arco sobre el ojo quedaban resaltados por las cejas oscuras, bien formadas.

Los ojos eran un poco profundos, lo cual les dotaba tal vez de aquel efecto de poder. Pestañas también oscuras, por supuesto, que atraía la atención hacia aquellos ojos. Una boca que podía parecer fría, pero bordeada por arrugas que se marcaban con sus ocasionales sonrisas contenidas pero de extraño encanto.

La conversación se transformó de súbito en una discusión entre dos de los hombres, y el marqués echó una mirada a su alrededor. Diana se apresuró a apartar la mirada y se centró en las damas, sintiendo que le ardía el rostro. ¿Había sido lo bastante rápida, o sabía él que le había estado observando? Alguien sí lo

sabía. Rosa, que se había unido al grupo sin que ella se diera cuenta, le dedicó una mirada pensativa.

Maldito fuera aquel hombre. Y maldita ella por dejarse llevar por tanta insensatez. Era la boda. Las bodas no eran buenas para los nervios de una mujer resuelta a una castidad de por vida.

Rosa se acercó caminando con un vaso empañado.

-Si sigues mirando así a ese hombre -dijo con calma- provocarás rumores.

-No seas tonta.

Rosa la apartó un poco del resto de las mujeres.

-Elf ya me ha hecho un par de preguntas indirectas.

-¿Acerca de mí y el marqués? Qué peculiar.

No obstante, era Rosa, y la conocía demasiado bien como para engañarla. Diana inició la salida por la puerta para tomar el pasillo que llevaba al aire libre.

-Es un hombre fascinante -dijo Rosa cuando estuvieron fuera-. Y guapo, si alguien admira una cuchilla bien elaborada.

Diana se detuvo para mirarla cara a cara.

-Eso no es justo. Es más cosas que un arma. -Cuando vio a su prima alzar las cejas, maldijo su impulsivo lengua-. Maldición, Rosa, simplemente me inspira lástima.

-Lástima... -repitió Rosa- por el marqués de Rothgar.

-¡Eres tan mala como los demás! Pensaba que habías dicho que fue él quien resolvió tus problemas e hizo posible todo esto. Deberías estar agradecida.

-Lo estoy, pero...

-Sí, es brillante, elegante, y tiene Inglaterra en la palma de la mano, pero... -Pese a saber que iba a lamentar sus palabras, Diana no pudo detenerse-: Está solo, Rosa. ¿No te das cuenta de eso? Ha creado una familia encantadora, pero no forma parte de ella...

-Por supuesto que es parte de ella.

-Bien, sí. Pero no como hermano. No del todo. Y la locura de su madre supone no crear una familia propia. Debes comprender, Rosa, cómo resuena todo eso dentro de mí. No tengo hermanos, y nunca tendré una familia.

-Nada impide que...

Diana descartó aquello con un ademán.

-Sus cualidades, su poder, sin duda le aíslan del resto de los hombres. ¿Cuántos hombres en Inglaterra se sienten de veras

tranquilos junto a él? ¿Y con cuántos hombres puede permitirse el placer de encontrarse cómodo?

Rosa estaba estudiándola con gesto ceñudo.

-Pero el marqués conoce a todo el mundo, y le conocen en todas partes. No puede andar por una calle de Londres sin que le reconozcan.

Diana conocía bien los «deleites» de todo eso. Sin duda, él, como ella, tenía también su rostro en los letreros de las posadas. Cierto, la imagen de ella colgada del exterior de la posada Condesa de Arradale de Ripon no era exactamente lo mismo, pero se aproximaba bastante. No podía viajar por ningún lugar del norte sin pasar desapercibida.

A menos que adoptara un disfraz, pensó, recordando la ocasión en que el año pasado interpretó el papel de doncella de Rosamunde. Cuando conoció al marqués de Rothgar por primera vez...

Se obligó bruscamente a dejar aquello.

-¿Y qué hay de sus amistades más íntimas?

¿Y qué de las mías?, repitió interiormente, mientras se obligaba a seguir andando, caminando de nuevo hacia el granero y el baile.

Sí, ella también contaba con un amplio abanico de amistades, y la reconocían en todas partes, pero ¿con quién podía contar como amiga verdadera? Sólo con Rosa, quien hoy iniciaba una nueva vida que sin duda absorbería todo su interés.

-Tiene una amante estupenda.

El corazón de Diana dio un brinco, pero se recuperó al instante. -¿No le preocupa transmitir su locura a través de ella?

-Según los rumores ella es estéril.

-Muy conveniente. -Diana comprendió que una vez más estaba absorta en el marqués y sus asuntos. Parecía un matorral con espinas, en el que se enredaba cada vez que se daba la vuelta, fuera en la dirección que fuera.

-Es una mujer impresionante, también -estaba diciendo Rosa- .Con un estilo exótico.

De pronto, Diana reparó en algo.

-¿Estás diciendo que los Malloren te la han presentado? ¿A una mujer mundana?

-Por supuesto que no. No debería haberla llamado su amante. Es sólo algo que se insinúa. Es una erudita y poeta que organiza reuniones selectas. Fui a una de ellas con Brand.

Una erudita y poeta. Aunque tenía una buena educación, Diana no era ninguna de las dos cosas. Un pequeño nudo de dolor se formó en su interior, y tuvo la horrible sensación de que tal vez fueran celos.

La curiosidad obsesiva ya era lo bastante negativa. ¡Los celos serían la ridícula gota final!

-¿Una mente formidable? -preguntó, sólo porque tenía que decir algo-. De modo que eso es lo que atrae al marqués de una mujer.

Habían llegado hasta las grandes puertas abiertas del granero, donde la alegre música de baile les dio la bienvenida.

-Ciertamente parecen tener muchas cosas en común -continuó Rosa-. Elegancia. Intelecto. Ambos son autosuficientes como gatos sedosos y aristocráticos.

-¿Gatos? -inquirió Diana con sorpresa-. Es difícil imaginarse a lord Rothgar estirado, ronroneando y sin oponer resistencia, sobre el regazo de alguien.

Rosa reprimió una risotada.

-Oh, no sé. Tendrá que ser humano de vez en cuando.

Diana forzó una sonrisa, pero sabía que estaba sonrojándose. Comentarios como ése la hacían sumamente consciente de lo poco que en realidad sabía de cuestiones de intimidad.

¿Hombres estirados sobre regazos? ¿Ronroneando? ¿Lord Rothgar?

No pudo evitar intentar imaginárselo, pero pese a haber leído libros del tipo más explícito, no lo consiguió. Pero, era igual, como noción imaginaria, no dejó de darle vueltas en la cabeza...

La flauta, el violín y el tambor resonaban a su alrededor, y las felices parejas daban brincos formando hileras dentro del granero. Alrededor de las hileras, otras personas permanecían sentadas charlando. También avistó unas cuantas parejas jóvenes en rincones apartados, buscando un momento para sus conversaciones de cortejeo, e incluso algún beso. Un pretendiente frotaba su cabeza contra la de su acompañante con un movimiento que le recordó extrañamente al de un gato...

-¿Satisfecha tu curiosidad? -preguntó Rosa.

-No siento curiosidad -protestó Diana de manera instintiva, pero luego hizo una mueca. No tenía sentido disimular. Al ver a un grupo de niños pequeños, se permitió una indulgencia más-. Le vi con su sobrino pequeño.

-Asombroso, ¿verdad? Resulta incluso impactante en cierto sentido. Igual que ver a un niño con un tigre. Pero parece sentir un afecto genuino por todos ellos.

El hijo de pelo cobrizo de lord Bryght dormía repantigado en los brazos de su madre mientras ella permanecía sentada junto a otras matronas locales como si fuera simplemente una esposa más de otro caballero.

Una de las damas, la señora Knowlsworth, interrumpió lo que estaba diciendo para prestar atención a la niña que había llegado corriendo con alguna clase de protesta.

Una niña que bailaba -la segunda hija de su prima Sukey, pensó- tropezó, fue recogida y consolada...

Otro mundo.

El mundo de las madres y los hijos.

No era para ella.

Nunca sería para ella, pues tenía un rango y privilegios que se concedían a pocas mujeres.

-Tienes razón -dijo con tono resuelto-. El marqués debería casarse. Me sorprende que nadie le haya convencido.

-¿De que su madre no estaba loca? -De que merece la pena el riesgo.

-Aparentemente, lord Bryght lo intentó no hace mucho. Supongo que no fue una escena agradable.

Diana podría haberse dejado llevar por la debilidad y sondear un poco más a su prima para obtener nuevos detalles si lord Brand no hubiera entrado en el granero en ese instante. La mirada en los ojos del novio en el momento de descubrir a su esposa casi corta la respiración a Diana.

-Creo que tu marido se está poniendo impaciente, Rosa.

Rosa se volvió, y un color encantador sonrojó su sonriente rostro.

Se rió como una persona invadida repentinamente por el deleite y tendió ambas manos a su sonriente esposo.

-¿Después de casi un año? Hemos perfeccionado la paciencia, ¿verdad que sí, milord?

Diana sabía que, tras la breve llamarada de pasión lícita de la pareja, los dos habían acordado esperar hasta que pudieran casarse.

Con una intensidad sobria, lord Brand se llevó las dos manos de su esposa a los labios.

-Después de casi un año, milady, mi paciencia escasea.

Los dos se quedaron durante un instante quietos como estatuas.

Un momento cargado de un profundo deseo. ¿No merecía la penaperderlo todo por que un hombre te mirara de ese modo?

Sólo una vez.

-Es la hora -dijo Rosa, con un sonrojo más intenso, deslizándose suavemente contra su esposo, entre sus brazos, sin apenas parecer consciente de ello. Tendió una mano a Diana-. Gracias por todo lo que has hecho en el último año. Y -se soltó y abrazó a Diana-, ¡que seas feliz, Diana! Hagas lo que hagas, que seas feliz. Mira. Es real. Se puede alcanzar. Quiero que tengas lo que yo he encontrado para mí.

Diana devolvió el vigoroso abrazo, parpadeando para contener las lágrimas.

-Por supuesto, ¡seré feliz! -declaró-. Soy feliz. Sabes que nuestros gustos a menudo difieren. Disfruto con la política y la administración y las fiestas grandiosas. Incluso me gusta la contabilidad y las cuestiones legales. -Se apartó y sonrió con expresión radiante-. Seré maravillosamente feliz siendo la Grande Seigneuress del Norte, y dejando aturdido al cargante mundo de los hombres.

Parecía como si Rosa fuera a protestar, pero se limitó a sacudir la cabeza y dar un beso a Diana en la mejilla, luego dejó que su impaciente marido la llevara de regreso a la casa. Sin duda sus coches estaban listos, esperando en la entrada. Había cierta distancia hasta su nuevo hogar en Wenscote, y difícilmente podía llamarse carretera a lo que había en medio.

Diana pidió que la música se detuviera para que los invitados despidieran a la pareja con mieses y flores. Recogió sus pálidas faldas y corrió hasta la casa para tomar también ella uno de los cestos de flores que habían preparado. Luego se metió entre el gentío congregado para que todos cogieran su manojo. Despediría a su prima hacia su nueva vida con sonrisas y flores.

Cuando llegó hasta el marqués, le ofreció el cesto con gesto de broma, pero para sorpresa de ella, él cogió una masa de capullos con ambas manos. A continuación, él se acercó a zancadas hasta donde Brand y Rosa se despedían de sus padres y vertió las flores sobre la cabeza de su hermano.

Brand se volvió, riéndose, protestando e intentando sacudiese los pétalos multicolores del cabello. Entonces se detuvo sonriente y, tras un momento, abrazó a su hermano desahogadamente. Sorprendentemente, al menos para Diana, el marqués devolvió el abrazo, incluso bajó la cabeza un momento para apoyarse contra la de su hermano.

Gran parte de este feliz desenlace había sido obra de lord Rothgar, pero en un principio, Diana había pensado que la intervención del marqués estaba motivada por el orgullo, el deber y su amor a la eficiencia. Ahora comprendía que se había equivocado. Tampoco todo respondía a la desazón de la culpabilidad. Él quería. Aunque generalmente lo enfundaba en acero y terciopelo como el arma peligrosa que era, él quería a sus hermanos y hermanas de manera admirable.

Tragando saliva, Diana avanzó deprisa, ofreciendo sus flores con los ojos aún empañados. ¿Qué importaba? Aquello no tenía nada que ver con ella.

Se quedó con el último manojo de flores y lo arrojó a Rosa mientras la feliz pareja partía. Desechó la idea de que estaba diciendo adiós a su amiga más íntima, a alguien que había sido como una hermana, como una hermana gemela incluso...

-¿Es el matrimonio una tragedia tan grande, lady Arradale?

Diana dio un respingo y encontró al marqués a su lado. -En absoluto, milord.

-Ah, lágrimas de felicidad, deduzco.

Él no lo pensaba ni por un momento.

-No estoy llorando -manifestó ella, y de hecho, no lloraba, aunque, las lágrimas formaban un nudo en su garganta.

-Las lágrimas no son siempre visibles.

Diana le plantó cara, con los ojos intencionadamente muy abiertos y secos.

-Os ponéis metafísico, milord.

-Tal vez todas las cosas importantes sean metafísicas, milady.

-Es verdad, pero si todas las cosas importantes están más allá de nuestros sentidos, somos como plumas al viento.

-¿Nunca os habéis sentido precisamente así?

Ella contuvo el aliento, ya que aquello describía su estado aquel día.

-¿Y vos?

Le salió por pura curiosidad. Aunque Diana hubiera vislumbrado alguna de las vulnerabilidades del marqués, nunca le habría imaginado volando con el viento. Ni siquiera con un huracán.

-Los carruajes esperan -dijo él, cogiéndole el cesto y volviéndola hacia la carretera con un leve toque en su brazo-. Hago todo lo posible para atarme a alguna piedra, milady, aunque en ocasiones, ni siquiera las piedras son fiables. Echaréis de menos a vuestra prima, creo.

Como movimiento instintivo de defensa, ella replicó: -Echaréis de menos a vuestro hermano.

Una mirada penetrante le reveló que había acertado.

-Vuestro último hermano -continuó con repentina comprensión-. Toda vuestra familia a excepción de vos está casada ahora, ¿no es así, milord?

Si le había alcanzado, él ya se había recuperado.

-Una tarea hercúlea, pero cumplida, sí.

-¿Y qué haréis ahora con vuestros instintos de casamentero?

-Dedicaré toda mi tierna atención a mi país, querida dama.

-¿Intentaréis emparejar a Britannia... con quién?

-Vaya, con la paz, por supuesto. ¿No os parece deseable un periodo de paz? -Pasó el cesto a un criado, pero antes sacó algo de él. Diana vio que había quedado una amapola escarlata en el fondo. La amapola, que ayudaba a conciliar el sueño sosegado o se convertía en una adicción peligrosa.

-La paz es excelente -contestó ella.

-¿No lamentáis la oportunidad perdida de dominar todas las posiciones francesas?

-¿Vos sí?

-Pensé que el coste era demasiado grande.

Con la más leve de las sonrisas, metió el tallo en el corpiño de Diana por dentro de la ballena del corsé, provocándole cosquillas

entre los senos. Al final, sólo quedó visible el vibrante capullo, descansando contra el volante de encaje.

Y ella permitió que lo hiciera.

Diana se quedó mirando aquellos ojos oscuros, inquietantes, y comprobó que no eran de color marrón oscuro, sino de un acerado gris oscuro.

-¿Qué queréis de mí, milord?

Él murmuró algo en griego.

Ella dijo:

-Aristóteles.

Aquellos ojos entornados se abrieron, y Diana, llena de considerable satisfacción, supo que le había sorprendido.

-Más fácil estudiar a los demás que a nosotros mismos -tradujo ella-. Más cómodo juzgar las acciones del prójimo que las nuestras propias.

Tras un momento, el marqués repuso.

-Por supuesto. Vuestro padre os dio una educación masculina, como única hija, que, además, iba a heredar.

-Y una educación atrozmente aburrida en ocasiones. De todos modos -añadió con malicia-, tiene compensaciones ocasionales.

Una sonrisa sincera adornó los labios de él.

-En efecto. Sois muy buena conmigo, lady Arradale. Un recuerdo constante de que no tengo que menospreciar a las mujeres.

Continuaron hacia los carruajes.

-Pensaba que la poeta Safo actuaba como recordatorio de eso. -Al instante, lo lamentó.

Él no pareció molesto.

-Nada de lo que haga Safo sorprende a la gente. Tal vez debiera haber dicho «a las mujeres aparentemente convencionales»

Diana se volvió para mirarle, con gesto intencionado de sorpresa. -¿Me encontráis convencional?

La sonrisa de él era incluso más marcada esta vez y llenaba de calor su mirada.

-Un error. Me disculpo con efusión. Y bien, lady Arradale, ¿ qué clase de mujer sois?

-Milord Rothgar, volved vuestro microscopio sobre vos mismo.

Diana encontró fuerzas para alejarse entonces. Mientras dejaba que un lacayo le tendiera la mano para subir al coche que

esperaba, dio gracias de que los hombres viajaran a caballo. Ella también hubiera preferido cabalgar, ya que la carretera francamente no era lo bastante plana para los carruajes, pero había aceptado la necesidad de comportarse como una dama durante el día y en estos momentos se sentía agradecida.

¿Convencional?, pensó, apretujándose al lado de su tía Mary. El marqués la había visto sobre todo representando su papel, pero seguro que no había olvidado las aventuras vividas el año anterior, especialmente cuando le acorraló a punta de pistola.

Oh, maldito hombre. ¡Tenía que detener esto!

No obstante, sería más fácil dejar de pensar en él si no tuviera la sensación desconcertante de que él estaba reaccionando a ella igual que ella a él. Se quedó mirando la amapola roja, particularmente llamativa contra el atuendo amarillo pálido y crema, y tocó un pétalo rizado.

Un movimiento temerario. Que tenía que significar algo. ¿Qué?

Rothgar era un hombre que no hacía nada sin intención.

Lord Rothgar era como un gato, sí. Pero no un gato doméstico. En absoluto un gato doméstico. Y los gatos grandes, predadores, no se tendían ronroneando sobre el regazo de nadie.

Devoraban.

Rothgar tuvo la cautela de no mirar el carruaje mientras iniciaba su recorrido oscilante hasta Arradale. La verdad, había sido una estupidez demasiado abominable el jueguecito de la flor. Las bodas parecían tener un efecto reblandeciente sobre el cerebro, sobre todo las alegres bodas campestres como ésta.

Durante un momento miró a su alrededor, a los rostros sonrientes y poco complicados, a viejos amigos, familias cercanas, y vecinos conocidos. Era un mundo diferente a aquel en el que él se movía, un mundo descartado para él desde su nacimiento.

Y para ella, también, y no obstante ella mantenía un vínculo con aquello a través de su madre, quien había crecido en esta agradable casa.

Se encogió de hombros y se acerco a donde estaban los caballos reparados. Pero no era posible descartar con un encogimiento de hombros su nueva percepción de la condesa de Arradale. Una mujer guapa, ingeniosa y, al parecer, instruida. Por sus conversaciones con los hombres del lugar, había quedado claro que desempeñaba un papel importante en los asuntos locales. Aunque

algunos hombres se sentían incómodos al respecto, nadie había insinuado que llevara mal los asuntos.

Y había llamado a su puerta la noche anterior.

Mientras se subía a su caballo de un salto, reconoció que lady Arradale era aún más peligrosa de lo que había pensado, pero el verdadero peligro residía en su propia reacción hacia la mujer.

Capítulo 7

De vuelta en Arradale, Diana comprobó cómo se dispersaba todo el mundo a sus habitaciones para cambiarse y descansar antes de la cena. Una vez estuvo segura de que todo estaba en orden, se retiró a sus propios aposentos.

En la sombría habitación de su padre, dio un repaso a la boda. Revisó la conversación con lord Rothgar y decidió la estrategia para el siguiente par de días.

El problema era que ya no estaba segura de su objetivo. Oh, sabía cuál debería ser, pero, como si estuviera ablandándose por el sol estival, su propósito se estaba transformando en otras cosas peligrosas.

Tras la cena ofrecería más música y cartas. Para el día siguiente había organizado unas cuantas actividades al aire libre. Pesca con caña en el río, paseos en bote por el lago y un viaje a las cascadas

locales para quienes estuvieran interesados. Y al día siguiente, los invitados se irían.

Contando con que él iba a marcharse, ¿no podía permitirse entregarse a este estudio fascinante? ¿No podía coquetear para conseguir un beso? Qué desperdicio de mañana sin ni siquiera probar un beso.

Sintiéndose acalorada y polvorienta, si se quitara todo lo que llevaba puesto y ponerse una floja bata de seda para una, sólo un beso...

Se quitó la idea de la cabeza. Cada partícula de juicio e inteligencia le decía que jugaba con fuego.

Por otro lado, él se iría pronto. Era una oportunidad irrepetible... ¡Oh, ya bastaba de aquello! Necesitaba una ocupación racional, así que entró en su salón, donde una pila de papeles esperaban su atención. Se sentó a su escritorio y se obligó a concentrarse en ellos, y sólo en ellos.

Los revisó, garabateando la firma que se requería en la mayoría de los documentos, aunque dejó unos pocos a un lado para ocuparse de ellos cuando tuviera un poco más tiempo. El trabajo consiguió sosegarla, hasta que llegó a una carta personal de una prima segunda que le informaba, como cabeza de familia, de su compromiso de matrimonio. Vaya, ¿todo el mundo estaba emperrado en casarse, mientras ella languidecía sin que tan siquiera la besaran?

Dejó caer la carta.

¿Sólo un beso...?

De joven había permitido algún beso de vez en cuando a los jovenzuelos locales más atrevidos. A veces, en algún baile de disfraces, permitía a algún galanteador ciertas libertades cuidadosamente controladas. Había sido lo bastante seguro.

El marqués de Rothgar no sería seguro, de eso estaba convencida, y, para ser sinceros, eso era parte de su atractivo. Por supuesto, lo más prudente era evitarlo, pero, no obstante... desde la gélida eminencia de Diana, él era una llamarada sumamente tentadora. Y, por otro lado, tal vez fuera una tentación segura.

Con la barbilla en la mano, se permitió considerarlo.

Pese al calor y las llamas, él era seguro porque no tenía intenciones de casarse, incluso menos que ella. Un fuego seguro, como el contenido en un sólido hogar.

¿Podría ella?

Ordenó las pilas de papeles, luego caminó otra vez hasta su habitación retorciendo la amapola que se marchitaba, con intención de descansar en su meridiana junto a una ventana abierta. En medio del canto de los pájaros y la brisa estival, dejó que su mente regresara al minueto de hacía un año.

-¿Qué hubiera pasado, milord, si no me hubiera opuesto a... ?

-¿A que os besara la mano? Vaya, nos hubiéramos entregado a galanteos, milady.

-¿ Galanteos?

-Un paso más allá del coqueteo, pero un paso anterior a la seducción.

-No sé nada de galanteos, entonces.

-¿Os gustaría aprender?

Con el corazón un poco acelerado por el recuerdo, se frotó los pétalos de la amapola por los labios.

-Si alguna vez cambiáis de idea, milady... Si alguna vez cambiáis de idea.

-Clara -dijo a su doncella, que estaba enfrascada extendiendo las ropas para la noche.

-¿Sí, milady?

-Di a Ecclesby que ofreceremos un baile esta noche tras la cena.

Rothgar, sólo con pantalones y camisa sin cuello, estaba en el coqueto saloncito que formaba parte de sus habitaciones, ocupándose de la correspondencia enviada por Carruthers. Disimulado entre las cuestiones rutinarias se hallaba un informe codificado sobre asuntos en París y las actuaciones del embajador francés en Londres. Frunció el ceño por el hecho de que D'Eon estuviera congraciándose paulatinamente las simpatías de la reina. Necesitaba regresar y ocuparse de aquello.

A continuación abrió una carta bien sellada y descubrió que era una misiva escrita a mano por el rey. Evaluó rápidamente que no contuviera nada urgente, y luego llegó a un párrafo en el que hablaba de lady Arradale. Al cabo de un rato, se recostó en su silla mirando por la ventana los terrenos tan artísticamente organizados de la propiedad de la dama.

El rey Jorge debería prestar más atención a su reina y menos a la condesa, pero por algún motivo estaba obsesionado con ella. Esta novedad iba a representar dificultades en cierto sentido...

Alguien llamó a la puerta.

Dobló la carta.

-Adelante.

Medio esperaba a la impetuosa condesa, pero fue su hermana Elf quien entró sigilosamente con una sonrisa que no ocultaba del todo cierta inquietud.

-Una boda encantadora, ¿cierto? -dijo, pero a continuación se detuvo para observar la habitación rosa y blanca. -Oh, cielos.

-Las habitaciones de la viuda del conde -dijo sin darle importancia-. El rosa alegra e ilumina los pensamientos. Si has venido a decirme que nos has hundido a todos en la pobreza con una adquisición excesiva de estameña, me limitaré a sonreír.

Eso provocó la risa de Elf.

-Supongo que no había suficientes aposentos señoriales, pero... -Volvió a mirar su habitación-. Bey, ¿verdad que me permites asomarme al dormitorio?

El marqués se levantó y le abrió la puerta. Ella permaneció en pie mientras estudiaba encandilada la cama enfundada, las colgaduras de seda rosa y crema sostenidas por querubines de yeso, los prístinos postes blancos con flores talladas, la colcha sobrecargada de encaje blanco.

-¿Podríamos cambiar? -dijo finalmente-. Siento una enorme necesidad de ser tomada con violenta pasión sobre esa cama virginal.

El marqués se rió.

-Tal vez ése sea el propósito. Tengo que decir, no obstante, que no ha tenido el mismo efecto sobre mí. -Al mismo tiempo, le asaltó una repentina visión erótica que tenía que ver con la condesa.

-Hubiera sido muy extraño -replicó Elf, sentándose en una silla blanca de finas patas.

-0 tal vez me mantienen cuerdo las bebidas frescas -contestó, sirviéndose un poco del jarro de plata colocado en un cuenco de cerámica con hielo-. ¿Hordiate de limón? -le preguntó.

-¡Oh, qué delicia! -Sorbió la deliciosa bebida fría-. ¿Cómo has conseguido eso?

-Lo pedí. Al fin y al cabo, traje una gruesa de limones al norte conmigo.

-¿No esperabas que la condesa estuviera bien aprovisionada?

-Teniendo en cuenta los cálidos días y mi afición a los limones. Y bien, Elf, ¿qué te trae a mi femenino cenador?

Elf se tomó tiempo para sorber su bebida, sintiéndose extrañamente nerviosa. Su hermano no la intimidaba, pero de pronto, se percató de que nunca antes había intentado entrometerse en sus asuntos íntimos.

-Le he tomado bastante afecto a lady Arradale -dijo al fin . Vi cómo le metías la flor en el corpiño. ¿No estarás coqueteando con ella, verdad que no?

El marqués tenía la mirada fija en los ojos de su hermana.

-¿Y si estuviera?

-Me opondría.

-Tu oposición siempre será tenida en cuenta, por supuesto, pero, ¿por qué? No creo que pienses que vaya a buscarle la perdición.

-Hay muchas clases de perdición.

-¿Y a cuál temes tú?

Se sentía más estúpida a cada momento, y no obstante más preocupada también.

-Podrías romperle el corazón.

-No tengo ninguna duda de que ella ya sabe lo que es el coqueteo, Elf.

-Pero, ¿por qué estás coqueteando con ella? Estoy enterada de lo que sucedió el verano pasado. Te derrotó al menos en una ocasión...

Él alzó las cejas.

-¿Crees que mi intención es una siniestra venganza? -Elf le estudió.

-Siniestra, no. Y tal vez ni siquiera una venganza. Pero... un castigo merecido, quizás.

-Haciendo que la pobre dama se enamore de mí, para luego dejarla con una risa cruel. ¡Elf, la verdad!

Su hermana sonrió, sintiendo que le ardían las mejillas. -Entonces, ¿qué? Nos vamos pasado mañana. Él se encogió de hombros.

-Tal vez sea precisamente porque nos vamos pasado mañana. Una boda fomenta el espíritu del coqueteo, y lady Arradale y yo somos las únicas personas sin compromiso aquí aparte de la viuda del conde.

-Entonces, pasa más tiempo con la viuda.

-Pero lo que ella quiere es que me case con su hija.

Elf se hundió un poco en la silla.

-No puede haber nada más ridículo.

-¿Ridículo?

Elf le miró frunciendo el ceño.

-No me digas que estás buscando por fin una esposa, y en esa dirección.

-No, no te lo digo. Simplemente sentía curiosidad por saber por que te parece tan ridículo.

Ella hizo una mueca de impotencia.

-Si Diana se casa, y jura que no lo hará, necesitará un hombre que pueda entregarse a sus propiedades y responsabilidades aquí en el norte. Tú necesitarás una mujer que sea tu anfitriona en el sur.

-Por lo tanto, no tienes que temer un compromiso entre nosotros. Sólo albergo buenas intenciones hacia esta dama.

Aquello tendría que haberla tranquilizado, pero Elf no podía apartar la inquietud que la corroía.

-Entonces no le prestes especial atención, Bey. Ha escogido un camino duro, y podría ser vulnerable a la tentación. Por los comentarios de casi todas las damas que conozco, eres la tentación en persona.

El marqués se rió, sacudiendo la cabeza. Elf se levantó.

-A veces me pregunto si conoces tus poderes.

Él se levantó cortésmente para abrirle la puerta.

-Pensaba que dedicaba toda mi vida a su estudio.

-Pues no a todos, si no sabes lo devastador que puedes ser para el buen juicio de una mujer.

-Tendré eso muy presente -replicó y cerró la puerta que les separaba.

Elf se detuvo en el pasillo contemplando una gran urna griega, aunque en realidad ni siquiera la veía. Todo lo que Bey había dicho era tranquilizador, pero su instinto aún la alertaba. Continuó hasta llamar a la puerta situada un poco más allá.

Una doncella rolliza de rostro cuadrado la abrió. -¿Sí, milady?

-Me gustaría hablar con la condesa, si está disponible.

-¿Elf? -la voz de Diana-. Entra, por favor.

La doncella abrió la puerta de par en par, y Elf vio que Diana se levantaba de una meridiana vestida con una bata suelta de color verde claro.

-Lo siento, estabas descansando.

-El tipo de descanso del que disfrutas más con una conversación -la tranquilizó Diana, al tiempo que indicaba el asiento mullido de la, ventana-. ¿Te apetece un poco de limonada?

Elf miró la jarra de plata idéntica y la hielera de cerámica también idéntica.

-Qué delicia.

La doncella sirvió la bebida, y luego Diana dijo:

-Puedes marcharte, Clara, hasta que sea la hora de vestirme.

Elf dio un sorbo.

-El limón es tan refrescante en un cálido día de verano, ¿verdad que sí?

-Y exquisito. Tu hermano ha sido lo suficiente amable como para traer provisiones adicionales al norte, de otro modo sin duda se nos habrían agotado para ahora.

-Bey tiene cierta capacidad para planificar las cosas.

Diana soltó una risita.

-Eso es insuficiente. Es un hombre sobresaliente. -Lo dijo de forma casual, pero no podía engañar a Elf.

Diana era de su misma edad -veintiséis-, pero parecía en todo caso algo más madura a causa de su formación y responsabilidades. Durante años había evitado pretendientes adecuados y no tan adecuados y no debería de correr ningún peligro a estas alturas, ni siquiera por Bey. Aun así, aunque su barbilla cuadrada y mirada firme hablaban de fuerza, los suaves labios y la tristeza ocasional en esos ojos le decían a Elf otra cosa.

Comprendía, desde luego que sí. Sabía demasiado bien cómo la frustración, la impaciencia y el deseo incontrolado podían sacar a una mujer sensata de sus cabales.

Diana ladeó la cabeza.

-Un reino por tus pensamientos.

-El año pasado -dijo Elf, abandonando su búsqueda de sutileza y lanzando una advertencia directa-, decidí resueltamente perder mi virginidad.

Diana soltó un resuello.

-¡Estaba muy cansada de protegerla! Y demasiado cansada de ser, buena. Fue sorprendentemente difícil. Con Fort, quiero decir.

-¿Él quería esperar al matrimonio?

Elf soltó un bufido a causa de la risa.

-¿Fort? No. Él... Oh, es complicado. Fort odiaba todo lo que tuviera que ver con los Malloren. Fue una locura escogerle a él entre todos los hombres.

La mirada de Diana sugería que veía adónde iba a parar esto. -No obstante, acabaste casada. ¿Un resultado feliz, sin duda?

-Nos casamos cuatro meses más tarde, después de muchas pruebas y tribulaciones -dijo Elf con franqueza-. Bien podría haber terminado de otro modo, y tuve mucha suerte de no acabar inconvenientemente embarazada.

Las mejillas de Diana se habían puesto un poco sonrosadas al llegar a este punto.

-En tal caso, tu hermano le habría obligado a casarse contigo, y te encontrarías en el mismo estado feliz.

-No me habría casado con él por ese motivo. Y Bey, todos mis hermanos, incluso Cyn, estaban preparados para evitar que yo obligara a Fort a ir al altar.

Diana se quedó mirando.

-¿Lord Rothgar sabía lo que habías hecho? ¿Qué hizo?

-Darme una breve y severa reprimenda por utilizar a la gente. -Elf sacó un pañuelo y se sonó la nariz-. La cuestión es, me asustaba lo que pudiera hacerle a Fort, pero nunca temí por mí. Siempre supe que nunca me rechazaría ni me castigaría. ¡Cáspita, éste no era el mensaje correcto, tampoco!

Diana bajó la vista y pasó su mano nerviosa por la seda verde.

-¿Acabo de recibir una advertencia contra el desasosiego de las doncellas? -Levantó la mirada-. Tus travesuras tuvieron un resultado feliz.

-Pero bien podría no haber sido así. -Elf se inclinó hacia delante para coger la mano inquieta de su nueva amiga-, Me preocupo, Diana. Lo siento si te parece una indiscreción, pues nos conocemos muy poco, pero entiendo de veras cómo te sientes, y conozco los peligros. Recomiendo la vía convencional. Puedo atestiguar los deleites del estado marital.

Diana soltó su mano.

-Estoy segura de que puede ser delicioso -dijo con frialdad-. No obstante, el precio siempre será demasiado elevado para mí.

¡Vaya!, pensó Elf. Diana podía advertir que no se metieran en su vida con las mismas maneras gélidas que Bey. Pese a eso, persistió.

-Seguirás siendo la condesa, aunque te cases.

-Pero no el amo y señor. Créeme, Elf, en cuanto un hombre se convierta en mi marido, será el conde a los ojos del mundo. Aparte de eso, tendrá todos los derechos legales de un marido. La mayoría de las mujeres no pierden ningún poder, pero yo sí, y no pienso entregarlo tan fácilmente. No me casaré, sean cuales sean los deleites.

Elf se la quedó mirando. Había visto la faceta social de la condesa de Arradale, pero ahora veía una voluntad y firmeza de acero digna de un rey. No debería de estar sorprendida, pero lo estaba.

Y preocupada. Si el matrimonio era imposible, entonces se sentiría atraída por el amor ilícito. Lo sabía. No hacía tanto tiempo que había sentido el mismo anhelo ansioso: por saber, por disfrutar, pero también la necesidad de alguien que reemplazara el vacío dejado por su hermano gemelo cuando se casó.

Diana acababa de perder a Rosa.

Era como si Elf se encontrara sobre una colina observando un jinete a caballo encaminándose hacia una zanja oculta. Nada que pudiera decir podría evitar la caída, no obstante, debía gritar su advertencia.

Se levantó y dijo:

-Si es ése el caso, debes tener cuidado. Tengo algo que podría ser de ayuda. Enviaré a una doncella con ello.

Hizo una pausa, pues sabía que sería más prudente dejar el tema, no obstante se vio obligada a añadir:

-El problema es -dijo- que a nosotras las mujeres nos resulta difícil tener relaciones sin el afecto de los hombres implicados, especialmente cuando es nuestra primera vez. Y eso, querida mía, es una bajada muy resbaladiza.

Diana también se levantó.

-Rosa dijo lo mismo. Pensaba que podría hacerlo con Brand sin quedar afectada emocionalmente...

-Brand afectaría emocionalmente a una estatua de piedra. Mis hermanos son bastante peligrosos en ese sentido. -Puesto que sólo quedaba un hermano sin casar, Elf no abundó en lo dicho, sino que se dispuso a marcharse.

De vuelta en su habitación, encontró una copia del panfleto que ella y Safo habían publicado de forma anónima para distribuir cuanto pudieran. Era un breve tratado sobre las cosas que podía hacer una mujer para reducir las posibilidades de quedarse encinta. Lo envolvió

Con un papel y se lo envió a Diana.

Por supuesto que Bey estaba al corriente de esas cosas. Él mismo era el primero que estaba interesado en no dejar encinta a ninguna mujer. Pero, aunque Diana lo deseara, Bey no sería el hombre que la introdujera a los placeres femeninos. Aquello no podía surgir en un día y medio.

Elf no podía dejar de pensar que era una lástima. No albergaba ninguna duda sobre las habilidades y generosidad de su hermano como amante, pero, por naturaleza e intención, era el último hombre que intentaría llevar a la condesa al altar.

Pero en la mente de Diana, aquello no acabaría con la exploración motivada por la curiosidad.

En la mente, nunca acababa.

Diana se retiró a su dormitorio aquella noche en un estado de fastidio y frustración considerables. No había esperado exactamente que el marqués repitiera su seductora invitación del año pasado, o que continuara con el coqueteo tras la boda, pero sí había esperado algo. Algo sobre lo que apoyarse tentativamente para alcanzar, al menos, un beso interesante.

En vez de ello, podría haber sido una de sus hermanas. Ni siquiera eso. Había sido de un amable escrupuloso y, de hecho, ¡fue algo más afectuoso con sus hermanas!

En el baile habían participado cuatro damas y cuatro caballeros: una cifra confortable, que permitía líneas y círculos. Las damas habían cambiado de pareja con cada baile, pero en un grupo tan pequeño, aunque ella y el marqués habían coincidido, se habían dado la vuelta y pasado una y otra vez.

¿El resultado?

Ni siquiera una mirada que tuviera algo que ver con el momento en que había deslizado el tallo de amapola por su corpiño.

En un instante entre bailes consiguió sentarse junto a él, ¡y hablaron del tiempo! Se había enterado de más cosas de las que le interesaba saber sobre las causas de las variaciones climáticas en Inglaterra, y su posible influencia en la prosperidad nacional. Tenía el pensamiento alarmante de que el marqués había intentado aburrirla de forma deliberada.

Mientras Clara la despojaba de su vestido más favorecedor -satén azul oscuro ribeteado de encaje de seda, y de escote muy bajo- Diana tuvo que aceptar que el coqueteo anterior seguía el espíritu juguetón de una boda campestre. Eso era todo. Había leído demasiado al respecto. El marqués de Rothgar no pensaba en ella. ¿Por qué iba a hacerlo? No eran más que conocidos.

Se echó la bata de seda y se sentó para dejar que Clara le cepillara el pelo. Como siempre, aquello la sosegó y le devolvió el sentido del equilibrio y del humor.

No obstante, no podía desterrar su azoramiento. Elf había adivinado algunos de sus sentimientos. Rogó al cielo para que nadie más lo hubiera hecho, especialmente el marqués. Desechó la noción de que el hombre era reputado por su endiablada percepción. Gracias a Dios, se habría ido pronto.

No podía, de todos modos, superar su decepción.

Cuando despidió a Clara, bebió un vaso de agua contemplando sus vastos dominios a la luz de la luna próxima al cuarto creciente. Señora de todo lo que divisaba, sin embargo, no era señora de ningún hombre. Apoyó el vaso frío contra su mejilla, intentando enfriar la insatisfacción que la corroía, despertado por la boda, y por un año que había provocado grandes cambios. Al día siguiente los Malloren partirían otra vez, y volvería la paz y la rutina.

Parecía un futuro tan sombrío como la vida en la fría luna. ¿No decían que todos los tesoros perdidos o desatendidos en la tierra se amontonaban allá? Sueños abandonados, esperanzas perdidas, oportunidades desperdiciadas y amores trágicos. Y la luna llena era su símbolo, símbolo de la diosa Diana. Tal vez estaba destinada a esto desde su nacimiento.

Oh, disparates. El mundo sin duda contenía muchísimas Dianas felizmente casadas.

Se volvió a la cama, pero vio el papel que Elf había enviado antes. Lo había dejado a un lado cuando la llamaron para ocuparse de una cuestión relacionada con el vino. Rompió el sello y

desenvolvió el delgado librillo que había dentro. ¿Un tratado sobre el autocontrol y la castidad?

Luego leyó el texto sencillo y directo que incluso iba acompañado por unos pocos dibujos de ayuda a aquellos que podían tener problemas para leer. Escandalizada, dejó el panfleto. Pero luego lo volvió a coger y lo leyó de cabo a rabo.

Fascinante.

Mientras leía, no obstante, sonrió con gesto irónico. Algo estaba claro: Elf no esperaba que ella fuera a perder la ignorancia que le quedaba con lord Rothgar. Sin duda él conocía todas estas técnicas interesantes.

Capitulo 8

Como para emular el estado alterado de la vida de Diana, ésta se despertó a la mañana siguiente con la lluvia salpicando en su ventana. Un vistazo mostró el tipo de día gris plomizo que no dejaba esperanza para sus proyectos al aire libre, tan cuidadosamente planeados. Ahora que quería librarse de los Malloren, les tendría en el piso inferior todo el día.

Con un suspiro, llamó a Clara y consideró diferentes actividades dentro de la casa. La mesa de billar podría entretener a los caballeros, y tal vez algunas de las damas jugarían también. ¿Estarían las damas contentas todo el día con charla, música y cartas? ¿Qué harían los niños? Aunque había hecho renovar el suelo del cuarto infantil, preparado para los niños, no había contado con tener que ofrecerles entretenimiento. Preguntándose

qué habría pasado con sus juguetes de la infancia, mandó llamar a su ama de llaves.

Los pensamientos lóbregos sobre el poco interesado marqués la llevaron a escoger un sencillo vestido de color ante y verde, y a llenar el bajo escote con un recatado chal. Así, si él tenía alguna sospecha sobre sus deseos la noche anterior, este atuendo las aquietaría.

Tomó el desayuno mientras se ocupaba de documentos y cuestiones de la casa y, luego, equipada con una de las llaves del ama de llaves, se aventuró a subir a la sala de los niños.

Los dos pequeños parecían estar felizmente entregados a armar un revoltijo con su desayuno. De todos modos, los tres hijos mayores de los Steen -Eleanor, Sarah y lord Harber- miraban desconsoladamente el horrible tiempo. Oyó a la niña mayor decir «Odio Yorkshire» antes de que se percataran de la presencia de Diana y empezaran a hacer reverencias aturulladas y una inclinación.

Diana sonrió.

-El mal tiempo es un inconveniente horrible, ¿verdad? Y yo he sido tan tonta como para no preverlo. No obstante, hace tiempo tenía bastantes juguetes y confío en que aún quede alguno en los trasteros que se hallan al final de esta planta. ¿Os apetecería venir conmigo a explorarlos?

Con sonrisas regocijadas, los tres niños corrieron hasta la puerta y Diana les siguió, con sonrisa sin duda igual de entusiasmada. No había pensado en sus juguetes durante años, pero lo cierto era que tenía algunos espléndidos. Dirigió la marcha hacía la puerta situada al final del pasillo, hizo girar su llave y la abrió de par en par. Tuvo que admitir cierta decepción. Aunque sabía que el lugar estaría limpio y ordenado, una parte de ella había esperado cierto misterio.

-Ay -comentó-, ni rincones tétricos; ni cadáveres corrompiéndose.

Consolada por las risitas de los niños, les llevó hasta un gran armario y abrió un cajón.

-Ropas. Podríais jugar a disfrazaros.

Los niños sonrieron con cortesía, pero quedó claro que ésta no era su idea de una verdadera aventura. Se volvió a las cajas amontonadas cerca, todas ellas esmeradamente etiquetadas.

-¿Guantes? -preguntó.

Los tres sacudieron la cabeza.

Estudió la siguiente.

-¿Flores artificiales?

Tres sacudidas más, pero comenzaba a percibirse un relumbre de excitación. Se habían percatado de que estaba bromeando.

Pasó a una caja más grande.

-¿Calcetines de invierno... ?

-¡Lady Arradale! -se quejó Eleanor entre risas.

-Oh, creéis que tal vez haya juguetes en algún sitio por aquí. Muy bien, venid conmigo-. Abrió una puerta para descubrir otra habitación bien iluminada, con muchas más cajas, y unos cuantos objetos grandes cubiertos por sábanas.

-Os doy permiso para destapar estas cosas -dijo-. Pero sed cuidadosos. Podrían romperse.

Los tres se adelantaron, claramente deliberando cuál tenía más probabilidades de ser excitante.

Sarah declaró que, como la mayor, tenía que escoger la primera y levantó una pesada tela.

-¡Un caballo de balancín! -exclamó-. ¡Y espléndido!

Los otros dos se volvieron para rodear a Bella, y Diana acarició la cola blanca auténtica del caballo rodado con el que tanto había disfrutado de niña. La silla de cuero escarlata y las riendas aún estaba en un estado excelente, todavía colgaban las campanillas de planta que tintinearon cuando Sarah las meneó un poco.

-¿Puedo montar, milady?

Diana comprobó que ningún objeto entorpeciera los balancines y luego dijo:

-Claro que sí. Todos podéis subir a turnos.

Sarah montó con agilidad, se arregló sus faldas de gala y llevó al caballo a un movimiento brioso.

-¿Qué es? -preguntó Charlie.

Se volvió para ver que él y su hermana estaban desenvolviendo lo que había elegido. Sarah se bajó de su caballo y se acercó a mirar desde el suelo la vitrina de madera.

-Es una caja de imágenes mágicas. -Diana se colocó delante y abrió las puertas para mostrar el tubo-. Hay que mirar por aquí.

Charlie pegó tentativamente sus ojos al ingenio, pero dijo: -No se ve nada.

-Necesitas luz y también algo que ver. -Abrió un cajón, sacó uno de los discos y lo colocó en su sitio. Luego hizo girar la caja, que se hallaba junto a la ventana-. Se ve mejor con una vela, pero si miras a través del vidrio y das vueltas a la manivela, verás imágenes de gente en movimiento.

El muchacho pegó la cara otra vez a la caja para poder ver y empezó a hacer girar la manivela.

-¡Ahí está! ¡Se mueve! -Retrocedió un paso-. Pruébalo, Nell.

Su hermana, mordiéndose el labio inferior con los dientes, apretó su cara al visor y dio vueltas a la manivela.

-¡Esa gente parece que se mueve!

Tras un rato, el muchacho dijo.

-Si no me dejas otra vez, Nell, voy a elegir yo por ti.

La muchacha dio un brinco hacia atrás.

-¡No te atrevas! -Se apresuró hasta la forma que le correspondía y empezó a tirar de la tela que la cubría.

-Con cuidado, Eleanor -le recordó Diana.

La muchacha obedeció y retiró la sábana con más cuidado.

-Es una muñeca -dijo-. Una muñeca grande. -Un muchacho de tamaño real de unos cinco años estaba de pie contra una roca, con un tambor colgándole del cuello-. Su pelo es real, Charlie -dijo Eleanor, tocando con suavidad los rizos rubios-. Y las ropas también. -Se volvió a Diana-. ¿Qué es?

La muchacha parecía un poco inquieta, y Diana también se sintió así. Suponía que habían tirado este objeto hacía décadas, ya que a su madre nunca le había gustado. Una vez se le pasó la novedad a Diana, el juguete había desaparecido.

Sonrió a los niños.

-Lleva una manivela en la parte posterior de la roca. Si le das vueltas con cuidado, exactamente veinte veces, verás.

-Sé lo que es -declaró Charlie, alcanzando la manivela el primero-. ¡Es un autómata como los que tiene el tío Bey!

¿El marqués tenía unos cuantos autómatas? No hubiera pensado que fuera un hombre aficionado a los juguetes, y estos mecanismos eran caros y escasos. Al menos, puesto que estaban familiarizados, los niños no se alarmarían con el comportamiento casi vivo de la figura. Recordó haberse asustado la primera vez que vio este autómata en acción en su sexto aniversario.

Cuando llegaron a veinte, les dijo que se apartaran y luego empujó la palanca que lo accionaba.

El resuello de la maquinaria era audible, pero logró sorprenderles en el momento en que el niño volvió su cabeza rizada para mirarles, parpadeante, e hizo una inclinación de saludo.

Un niño susurró.

-Oh.

Enseguida el muñeco se volvió, primero los ojos y luego la cabeza, hacia un pájaro que cantaba en la piedra tras él. El pájaro cobró vida extendiendo las alas por un momento y luego levantó la cabeza para iniciar un trino. El muchacho se volvió de nuevo hacia delante y comenzó a marcar el compás con su tambor, siguiendo el ritmo con la punta del pie, mientras todo el cuerpo se movía al compás de la música. A veces los ojos iban del tambor a la audiencia como si calibrara su apreciación.

De pronto, con el ruido de un muelle saltándose, una mano se paró mientras la otra seguía golpeando.

-¡Oh! -exclamaron los tres niños al mismo tiempo.

Diana se levantó de un salto a apagarlo. Se hizo un silencio mientras la figura permanecía parada misteriosamente, mirándola a ella como con reproche.

-Oh, cielos.

-Oh, cielos, desde luego -dijo una voz a su espalda, y Diana se volvió para ver al marqués en la entrada-. Imprudente poner en marcha un instrumento así sin revisarlo antes cuidadosamente, lady Arradale.

Se acercó y tocó el pelo rizado al autómata.

-*Pauvre enfant.* -Palpó el brazo que se había detenido, siguió con sus dedos el traje azul y luego levantó la chaqueta-. Si me permitís, *mon breve.*

Uno de los niños soltó una risita, pero todos se apretujaron para mirar las varillas y ruedecillas que desaparecían por dentro de la piedra donde se hallaba el mecanismo principal.

Una varilla estaba suelta.

-No es un problema demasiado serio -dijo alzando la vista a los niños, no a ella-. Pero no habría que ponerlo en marcha hasta que pueda revisarse a fondo.

Se levantó con calma y habló con Diana.

-Un objeto de gran calidad, milady. ¿Elaborado por Vaucanson, tal vez?

-No lo sé. Mi padre me lo regaló cuando cumplí seis años. No sabía que aún siguiera aquí. -Se volvió a Eleanor-. Creo que deberías escoger otro juguete, querida.

En cuestión de momentos, Eleanor había destapado un pequeño teatro completo con marionetas y los tres niños se lanzaron a inventar una obra. Diana se volvió de nuevo al marqués lamentando -aunque sólo por un momento- el sobrio vestido. ¡Basta, tonterías!

-¿Deseabais hablar conmigo, milord?

-He subido a visitar a los niños.

Diana agradeció su poco sugerente vestido.

El marqués se volvió al autómata.

-Siento curiosidad por esto. Sin duda sabéis lo valioso que es. ¿Por qué está aquí, abandonado?

-No tengo ni idea. Me gustaba, pero tenía algo que me incomodaba, de modo que cuando desapareció, supongo que no pregunté. Ahora que lo pienso -añadió-, creo que a mi madre no le gustaba.

-Veo por qué.

Diana se colocó al lado de él para compartir su perspectiva de la figura, pero no vio nada inusual.

-¿Por qué?

La miró desde su altura.

-Es un niño.

Diana se quedó mirando al inocente.

-Mi padre nunca habría querido hacer referencia a eso -replicó, pero entendía lo que su madre podría haber interpretado. Había sido la esposa de un hombre de gran título y considerable herencia, esposa un poco indigna, además, pues no era más que la hija de un hacendado local. En diez años de matrimonio, sólo había tenido un vástago, y era una chica.

¿Habría pretendido su padre este sutil planteamiento? Diana siempre había sido consciente, pese al amor de sus padres, de su viva esperanza de la llegada de un hijo algún día. Fue a los doce años cuando empezó su educación para las responsabilidades futuras. Aquello había marcado el punto de la esperanza abandonada.

El marqués levantó con delicadeza la barbilla del muchacho del tambor. A causa del mecanismo, supuso Diana, se movió con vacilación, en cierto modo como podría moverse la cabeza de un niño tímido. Los amplios ojos azules acabaron mirando directamente los de él.

-Un niño guapo -dijo-, con un parecido destacable a vuestro retrato de cuando erais niña, colgado en el dormitorio de la condesa.

Conteniendo el aliento, Diana se acercó. En efecto, con el pelo más corto, se parecía.

-¿Encargó que lo hicieran a partir del retrato... ? -Aquello era aún peor. A su madre debía de parecerle exactamente el hijo que no había engendrado.

-Probablemente no fue más que un capricho agradable -dijo el marques. -Desde una parte de su mente.

Aquellos ojos oscuros la miraron, comprendiendo demasiado bien. -Sí, a veces actuamos desde lugares más secretos, ¿no es así? -Volvió a estudiar el muñeco-. Un niño guapo -repitió- con temple y fuerza de voluntad ya a su edad, pero con evidencias de cordialidad y gran encanto. Pensé lo mismo del retrato, también.

«Oh, no, no hagáis esto ahora. Estoy demasiado afectada por el autómata como para saber qué hacer, qué decir»

El marqués soltó cuidadosamente la barbilla y se volvió a ella.

-Si no conocéis a nadie capaz de arreglarlo y ocuparse de él, puedo llevarlo a Londres y dejarlo en manos del señor Merlin. Es una de mis aficiones.

-Eso deduzco -dijo Diana, esforzándose por conseguir un tono indiferente-. Confieso que estoy sorprendida. ¿Juguetes, milord?

-Máquinas, lady Arradale. De las que, cuando están bien hechas, hacen cosas complicadas según órdenes precisas. Una noción agradable, ¿no creéis?

-¿Con un toque de magia? ¿Merlin?

-Es su nombre verdadero. Y el duque de Bridgewater construye canales y acueductos que atraviesan ríos.

-¿Y Byrd compuso música coral para rivalizar con el canto de los pájaros?

Las comisuras de los labios del marqués se estiraron con humor. -Obliga a uno a preguntarse, ¿no es cierto?, sobre el poder de los nombres.

-Arradale no encierra ningún significado especial aparte de valle del Arra. Rothgar, no obstante, sugiere cólera, milord. Y Bey, que entiendo que es como os llama vuestra familia, apunta un potentado oriental.

-Y Diana es la cazadora. ¿Qué cazáis, me pregunto yo? -Antes de que ella pudiera pensar en una respuesta ingeniosa, el marqués continuó-: Entiendo que tenéis una galería de tiro aquí. Confieso que siento curiosidad acerca de vuestra habilidad con la pistola.

Recordando con cierta incomodidad los sucesos del año pasado, Diana recurrió a los niños como excusa y se volvió a ellos.

-Vamos. Tenéis que regresar al cuarto infantil. Haré que os lleven allí estos objetos y algunas de las cosas. -Les acompañó al salir de la habitación y organizó los preparativos, luego se volvió y encontró al marqués tras ella, esperando aún cortésmente.

-¿Estáis sugiriendo un concurso de tiro, milord?

-¿Por qué no? Los caballeros sin duda disfrutarán de ello, y Elf es bastante diestra. Y yo tengo ganas de veros disparar.

Como anfitriona, difícilmente podía negarse, pero mientras abría la marcha hacia el piso inferior, dijo:

-¿Por qué este interés en mis habilidades, milord? El año pasado ya os encañoné con una pistola. Difícilmente hubiera fallado.

-Fallasteis con Brand.

-Estaba aturdida y él se movía demasiado deprisa.

-¿Hubierais preferido acertar?

-Por supuesto que no, pero me irrita haber cometido un error. ¿Y si hubiera sido un villano a punto de dispararme?

-Me temo que estaríais muerta.

Diana le dedicó una rápida mirada.

-Exactamente. No es mi intención aturdirme la próxima vez.

Rothgar observó con diversión mientras la condesa organizaba la competición de tiro. Se ponía el listón alto, y estaba acostumbrada a restarlo. Muy interesante. Por desgracia, todo lo relacionado con la condesa de Arradale era interesante, y buena parte de ello era peligroso.

No ponía poner en duda que durante el último año ella habría trabajado su puntería, y desde luego, también su mente. De todos modos, el marqués no creía que hubiera que poner límites a ninguna destreza. Había muchos motivos para que un muchacho

recibiera formación en armas y griego, y en este mundo, también había motivos para que una muchacha no la recibiera. Tal vez si no hubiera permitido que Cyn y Elf crecieran juntos, Elf no se hubiera lanzado a tantas aventuras alocadas. Había salido bien, pero podría haber sido una tragedia.

La condesa, desprendía también aquel desasosiego efervescente de frustración y temeridad. En cierto modo, sería un hombre excelente, pero no lo era. No era el tipo de mujer capaz de anular su feminidad y seguir el estilo masculino. Esto la convertía en una mujer peligrosa, turbadora para él y para otros y para ella misma. Y ahora tenía órdenes del rey referentes a ella.

Lady Arradale aparentemente había solicitado al rey que se le permitiera ocupar el asiento de su condado en la Cámara de los Lores. Por supuesto, aquello era imposible. El Parlamento era sólo para solo para hombres. Rothgar podía entender que la condesa quisiera que esa tradición se modificara, pero estaba seguro de que el rey no podía hacerlo. Jorge era muy convencional respecto a esos temas.

Jorge era tan convencional que se encolerizó sólo de pensarlo. Tampoco ayudaba que de pronto se enterara de que una mujer joven y soltera poseyera un gran poder en su reino. Eso también era intolerable. La carta ordenaba a Rothgar que estudiara a esta criatura poco natural y le informara a su regreso sobre lo que se podía hacer para tenerla bajo control.

Pensándolo mejor, esta competición de tiro tal vez no fuera una sugerencia prudente. Lo último que hacía falta era que el rey se enterara de que tenía destreza para un deporte tan masculino. Siguió la recta espalda de la condesa por un pasillo, turbado por haber sido tan irreflexivo, consciente de que podría ser un síntoma de algo peor.

Tendría que advertir a los demás de que no hablaran de ello.

Para cuando llegaron a la gran estancia iluminada por altas ventanas, los sirvientes habían sacado cuatro pares de pistolas que ya estaban cargadas. Los blancos, se percató, eran figuras humanas, dos hombres y dos mujeres con dianas con forma de corazón sujetos a sus pechos.

-Por mi alma -dijo Steen-. ¿Vamos a disparar a mujeres?

-Las mujeres -señaló Rothgar- no siempre son inofensivas.

-Desde luego que no lo somos- convino la condesa sin rastro de modestia femenina o finura-. Si una mujer fuera a dispararos, lord Steen, sería una estupidez vacilar antes de dispararle.

-¿Dispararme? -repitió Steen, claramente confundido.

-Portia me disparó a mí -dijo Bryght.

-Elf sólo me arrojó un cuchillo -dijo Fort.

-No lo hice -objetó Elf-. Apunté al papel que estabas sosteniendo, ¡y di exactamente en el blanco!

-Un truco ridículo, de todos modos -dijo Rothgar. Se volvió a la condesa-. ¿Cómo se decidirá esto?

-Quien más se aproxime al centro del corazón, gana.

Rothgar miró las pistolas.

-¿Son vuestras, lady Arradale? -preguntó indicando el par levemente más pequeño.

-Sí. Elf también las puede usar, si así lo desea.

-En ese caso, los caballeros deberían emplear las suyas, ¿no creéis?

-¿Lleváis pistolas de duelo con vos? -preguntó, claramente sorprendida ante la idea. Rothgar se dio cuenta de que le proporcionaba un placer singular asombraría.

-Uno nunca sabe... -murmuró. Pero luego admitió-: No, pero tengo mis propias pistolas de viaje hechas por encargo.

Miró a los otros hombres, y Bryght, tal y como el marqués había esperado, admitió tener también las suyas. Sus hermanos estaban bien enseñados. Encogiéndose de hombros, Elf confesó llevar su propio par con ella, lo que provocó que Fort entornara los ojos, pero con humor. Esta pareja estaba funcionando sorprendentemente bien sin necesidad de que Elf tuviera que intentar ocultar lo que era. Una Malloren, de cabo a rabo.

Enviaron criados para que trajeran las armas con las que estaban familiarizados, y mientras esperaban, Rothgar preguntó:

-¿Y el premio, condesa?

Diana se volvió a él, cautelosa de pronto.

-¿Qué sugeriríais vos, milord? Creo que a ninguno de nosotros le interesa una bolsa de dinero.

-Entonces, por amor -exclamó, con clara intención de desconcertarla-. Al fin y al cabo, somos familia.

-Yo no.

-Por parentesco, sí. ¿Echamos a suertes quién dispara primero?

El color de Diana se intensificó de manera interesante antes de que se volviera para coger un cubilete de dados.

-Lancemos el dado para determinarlo.

El marqués le hizo una indicación y ella lanzó el dado, sacando un ocho. El marqués sacó un uno, de modo que cuando llegaron sus pistolas, fue el primero. No renunció a poner la bala en el centro exacto de los dos corazones, uno masculino, uno femenino.

Si se trataba de una competición, quería que ella supiera a qué se enfrentaba.

Entre las felicitaciones, la miró y vio la chispa de sincera competición en sus ojos. «Ah, mi señora, no es prudente preocuparse tanto por simples juegos»

Elf, Fort y Bryght eran los siguientes en el orden de tiro. Elf mostró sin recato su placer por superar a su marido, y Bryght, como Rothgar, hizo dos centros. Luego lady Arradale se colocó en la marca, con la espalda recta y la barbilla firme. Podría igualmente haber declarado su intención de ganar. Cada una de las balas fue directa al centro. Se volvió para encontrar los ojos del marqués como si se tratara de un reto personal.

Él no se sorprendió, pero tal vez sí se quedó un poco conmocionado por el grado de destreza. Incluso, en el más sutil de los sentidos, se sintió excitado. Le deleitaba la excelencia.

Steen no era un gran tirador y renunció afablemente a disparar.

-¿Y ahora qué? -preguntó Rothgar-. ¿Disparamos de nuevo para deshacer el empate?

-Sobre las mismas dianas -dijo ella-, con papel blanco detrás. Intentemos hacer exactamente el mismo agujero.

-Dios santo -dijo Steen, e incluso Bryght pareció sorprendido.

Rothgar, no obstante, fue el primero en coger su pistola.

-Una prueba sumamente interesante, lady Arradale, aunque tal precisión no puede tener sentido alguno en una situación real. Una bala en el corazón cumpliría su objetivo. De hecho, una bala en cualquier punto del torso es normalmente eficaz.

-Pero esto es la perfección por la perfección, ¿o no, milord? ¿Cómo con las máquinas?

-Ah. Entonces, por favor, veamos quién es la máquina más perfecta.

Cuando sujetaron el papel blanco tras los corazones rojos, Rothgar suspiró. Un reto interesante que estimulaba su sentido de lo absoluto, de la precisión. Su primer disparo estuvo ligeramente desplazado, pensó, aunque era difícil distinguirlo desde aquella distancia. El segundo, también. Cuando le acercaron los papeles, todo el mundo se aproximó a estudiarlos.

-¡La marca exacta! -exclamó Steen. Rothgar sentía afecto por Steen, pero el hombre no pensaba en términos de perfección absoluta. -No, se ve un fragmento de blanco -dijo él-. Brygh t, tu turno.

Bryght sacudió la cabeza.

-No veo el objeto de esto. ¿De qué sirve?

-Me decepcionas. Piensa en ello en términos matemáticos. Hay lo correcto y lo no correcto.

-Con cifras, te doy la razón, pero no con esto. Me retiro.

-¿Elf?

Elf sacudió la cabeza también.

-Sé que no puedo conseguirlo.

Rothgar se volvió a la condesa.

-Confió en que no me decepcionaréis, milady.

Ella ya tenía la primera pistola en la mano.

-Por supuesto que no. Fue sugerencia mía.

De nuevo adoptó una postura resuelta. El marqués se preguntó quién sería su maestro de armas, porque el hombre era bueno. Al mismo tiempo, no podía evitar desear encargarse de su formación. Necesitaba profundizar un poco más en la mente, en el alma, para lograr el nivel que buscaba.

Pero por otro lado, tal vez no. Observó que las dos balas alcanzaban el punto exacto. Entre vítores, los papeles se retiraron para ser estudiados.

-También se ve un poco de blanco -dijo ella con enfado.

-Pero menos, creo yo -opinó Bryght-. Llevémoslos a la casa y busquemos la forma de medirlo. Eso sí incita mi mente matemática. ¡Caramba, Bey, creo que ella te ha superado!

-Lo cual sin duda aporta consuelo a tu resentido corazón. Lady Arradale, ¿practicáis esgrima?

-Bey... -protestó Bryght, pero la condesa se limitó a sonreír. -Sí, pero no tan bien como el tiro. No dispongo de una pareja para practicar a diario.

El marqués contuvo a tiempo su oferta de un asalto. Su altura, su envergadura y destreza negaban toda posibilidad de contienda, pero, incluso sin eso, no sería prudente. Le gustaría, de cualquier modo, ponerla a prueba también con la hoja. Estaba seguro de que era endiabladamente buena.

Capitulo 9

Diana dirigió la marcha de regreso a la casa, adelantándose deliberadamente a los demás para evitar la conversación. Las cuestiones sencillas se volvían de inmediato complicadas; con el marqués de Rothgar. Percibía una mezcla de aprobación y desaprobación en él, y se regañaba a sí misma por preocuparse de él.

De todos modos, sí le importaba. Le importaba lo que él pensara de ella, y quería ganar.

Una hora después, tras muchas tazas de té, y el uso de varas de medir y una lente de aumento, la competición se declaró empatada.

-¿Te has dado cuenta -preguntó Bryght a su hermano mayor, y Diana creyó haber visto un destello de especulación divertida en su mirada- que los dos os habéis desplazado una fracción hacia el nordeste? -Cogió los cuatro corazones y se los tendió a los demás.

Diana los cogió y los estudió rápidamente. No eran idénticos, no. Aquello sería absurdo. Pero él tenía razón. El error seguía la misma dirección en los cuatro. Cogió las dos que pertenecían al marqués y se las ofreció.

-¿Un recuerdo?

-Un tesoro -dijo, poniéndolos en un bolsillo con una leve sonrisa-. Esta vez, al menos he podido conseguir un empate.

Elf se levantó de un brinco.

-Diana, me han dicho que eres muy diestra en ese juego horrible del billar. Estoy decidida a aprender, pero» los hombres no pueden enseñarme. No tienen ni idea.

Diana permitió ser arrastrada por una marea de charla, y por un asimiento muy firme de la mano de Elf. Se resistió a la necesidad de mirar atrás. No había nada íntimo en la actitud de él. Nada. Todo eran imaginaciones suyas, y debería estar agradecida a Elf por rescatarla.

Ayudó a Elf a aprender a jugar y luego se escabulló de otro desafío. Aunque probablemente podría vencer a los hombres también al billar, estaba empezando a sentir la incomodidad de lo inusual de sus habilidades. Peor aun, siempre había la posibilidad de que el marqués la igualara y se creara esa conexión extraña que se esforzaba por pasar por alto.

Intolerable que la derrotara.

Se refugió de nuevo en el trabajo. Dos pacíficas horas con su secretario y su papeleo eran exactamente lo que necesitaba. La estabilizaron, pero aquello parecía dejar entrar pensamientos más claros. Cuando Turcott se fue para enviar la correspondencia, se quedó en el estudio sobrio y masculino para ocuparse de forma prosaica de sus asuntos personales.

Hecho número uno. El marqués de Rothgar era un hombre fascinante. Negar eso sería insensato. Por lo que ella entendía, medio mundo estaba fascinado con él.

Hecho número dos. Había algo entre ellos que iba más allá de lo ordinario. Había conocido otros hombres atractivos, al fin y al cabo. Brand Malloren tenía el atractivo de un fuego cálido. Bryght Malloren era mas parecido a una joya centelleante. Ambos le atraían, pero de modos diferentes, pero nadie le provocaba escalofríos en la piel, ni le aceleraba el corazón, ni le encogía el estómago, como hacía lord Rothgar. ¿Era algo que él provocaba allí donde iba? Pensaba que no. Aquello tenía que ser más particular que eso.

Recordó a Rosa el año pasado, intentando negarse una última noche con Brand, decidida en mente y alma a una cosa. Por supuesto, Rosa había enamorado de Brand, pero Diana no había pensado que aquella fuera la fuerza motriz en aquel momento. Era deseo, pero un deseo muy específico.

Como una llave y una cerradura.

Una llave especial para cada cerradura.

Aunque las imágenes sexuales de todo aquello provocaron en ella un respingo, consideró más a fondo el hecho de que Rosa y Brand formaran una pareja ideal, que, sin embargo, podría no haberse conocido nunca. ¿Tenía todo el mundo una persona especial, pero no se conocían? ¿ 0 concedía el destino al menos una posibilidad a cada pareja? ¿,Cuántas oportunidades se perdían y se almacenaban en la gélida luna?

¿Podría ser el marqués esa persona especial para ella? Con un encogimiento frustrado de hombros decidió que era preferible pensar en él como una llave maestra, adecuada para muchas cerraduras.

Se reclinó en su sillón de cuero intentando evaluar los sentimientos que transcurrían entre ellos. ¿Viajaban en ambos sentidos? Había conocido suficientes casos de amor no

correspondido como para saber que no siempre era así. Recordaba a un joven que se había, enamorado con tal fuerza de una mujer que no podía creer que el objeto de su devoción no sintiera nada. Se había arrojado de Hardraw Force y se había llevado a la pobre Maddy Stawkes con él.

Antes moriría que revelar ese tipo de necesidad no recíproca. Y, además, no la sentía. Cuando el marqués partiera al día siguiente, difícilmente volvería a pensar en él después de aquello. Por el momento, no obstante, había algo candente en su interior.

Hecho número tres. Lord Rothgar era un amante en potencia. A menudo consideraba a los hombres así. ¡De hecho, estaba llegando al punto en que consideraba a todos los hombres entre veinte y cuarenta años como amantes potenciales! Pero ninguno como el marques parecía serlo con tal claridad.

Era consciente del cuerpo de él de una manera que no había experimentado con anterioridad. Ciertamente había admirado a otros hombres: la anchura de sus hombros, los músculos de las piernas, su elegancia, fuerza o agilidad. Con el marqués, no obstante, era como si pudiera ver a través de sus ropas. Constantemente era consciente de su piel, músculos y formas que en realidad no eran visibles.

Era un fastidio turbador, pero la visión de él desnudo en una cama, postrado sobre ella, resultaba asombrosamente fácil de crear.

Hecho número cuatro. Aunque pareciera ridículo, era el amante potencial más seguro que había en toda Inglaterra para ella. No tenía intención de casarse. Aunque perdiera todo el juicio y fuerza de voluntad y le rogara que se casara con ella, se negaría.

Hecho número cinco. No le haría falta volver a verle. Se iba mañana.

Hecho número seis. Se iba mañana. Lo cual significaba que si algo iba a suceder, sería esta noche.

Se levantó Para recorrer inquieta la habitación, pasando la mano por encima del escritorio, por el estante, por el globo terráqueo...

Esta noche.

Soltó una leve risita. No, en realidad no. Era imposible.

Aún a mitad de camino de la puerta, volvió a hacer una pausa. ¿Era aquello prudencia o cobardía? ¿Qué posibilidades volverían a

presentársele de manera tan perfecta? Su perfecto amante potencial en la habitación contigua.

Perfecto, excepto que...

¿Cuál sería la reacción de él hacia ella?

Durante el resto del día, Diana se esforzó afanosamente por parecer normal, pero ya no estaba segura de lo que era normal. Al menos el marqués no se dejó ver demasiado. Había llegado más correspondencia de Londres.

-¿Vuestro hermano siempre se ve tan perseguido por sus actividades? -preguntó a Elf cuando se reunieron antes de la cena.

-No siempre, no. Entiendo que en este momento hay mucha actividad relacionada con Francia y la reciente paz.

-Pero el marqués no está en el gobierno.

-No.

-0, ¿no exactamente?

Los labios de Elf sonrieron levemente.

-Más bien. Bey tiene una maquinaria destacable para recoger información, y una peculiar habilidad para advertirlo todo y mantenerlo en su mente para analizarlo. Al rey le resulta muy útil.

-Entiendo que la relación va un poco más allá de eso.

-El rey siente admiración por él y busca su consejo en muchos asuntos. -Pero Elf llevó entonces la conversación a otros temas, y Diana comprendió que había un límite en lo que podía revelar sobre su hermano. Mejor así, ya que el marqués entró en la habitación instantes después, y habría detestado ser atrapada hablando de él.

Después de la cena, bajaron el pequeño teatro del cuarto de los juguetes y los niños interpretaron una pequeña obra que fue acogida con cálidos aplausos. Cuando hablaron de los demás juguetes, decidieron traer también al salón la caja mágica de imágenes y el autómata roto. La caja de imágenes proporcionó gran diversión, pero el autómata sólo permitía ser observado.

Diana echó una rápida mirada a su madre. La viuda del conde sonreía con cortesía, pero creyó detectar un indicio de tensión en sus ojos. Sintió ganas de acercarse y ofrecer cierto consuelo, pero no tenía ni idea de qué decir. Probablemente era uno de esos asuntos que mejor se mantenían en silencio.

No obstante, Diana se acercó al marqués.

-Si aún estáis dispuesto, milord, me gustaría que os llevarais el autómata a Londres para que lo reparen. De hecho -añadió por impulso- me gustaría ofrecéroslo como regalo.

Era un regalo extravagante, pero él no protestó.

-Sois sumamente generosa, milady. Me encargaré de que sea convenientemente cuidado.

La velada transcurrió jugando a cartas, amenizada por los propios músicos de Diana. Ésta tuvo la precaución de no sentarse en la misma mesa que lord Rothgar, pero de todos modos su mente zumbaba dando vueltas a su perverso dilema, como una abeja atrapada en un frasco de vidrio. Aquella insistencia no era buena, sin embargo, se sentía incapaz de detenerla.

Era la última noche.

¿Debería, no debería?

¿Querría él, no querría?

Se encontró a sí misma admirando la línea del cuerpo del marqués cuando se volvió a hablar con lord Bryght. Un brillo en sus ojos mientras bromeaba con lady Steen. Sus manos diestras, con largos dedos sosteniendo las cartas.

Casi podía sentir esos dedos sobre su piel por la noche...

¡Oh, cielos! Oportunidades perdidas, almacenadas en la luna.

Cuando el grupo finalmente se separó y Diana pudo buscar el santuario de su habitación se sintió mentalmente agotada.

Pero no físicamente.

No, su cuerpo bullía de inquietud y exigente energía.

Una vez estuvo lista para dormir, vestida con sólo el camisón de noche de seda, despidió a Clara y se quedó de pie mirando la puerta anexa. No había oído ruidos en la otra habitación, pero seguro que el marqués se encontraba ahí.

Recorrió durante un par de momentos la habitación y luego cogió la bata que formaba conjunto con su camisón. Era ligera, pero de damasco marfil y la tapaba igual de bien que la bata de día.

De todos modos, era ropa de noche, y nadie podía negar aquello.

Incluso así, se acercó a la puerta y llamó.

Tras un momento se abrió, mostrando al asistente de mediana edad del marqués.

-¿Milady?

Una fugaz mirada reveló que no había nadie más visible en la habitación tras el asistente. ¡Maldición! Quiso cerrar al instante la puerta de un golpe y ocultarse debajo de las mantas, pero tenía que rescatar una pizca de dignidad.

-Tengo una pregunta sobre los planes de viaje de lord Rothgar mañana.

El hombre permaneció cuidadosamente impasible. -¿Debo darle el mensaje cuando llegue, milady?- Con los nervios hechos polvo, Diana dijo: -No, no. Puede esperar.

Cerró la puerta, luego se tambaleó y se arrojó finalmente sobre la cama. ¿Por qué, oh, por qué había sucumbido a aquel impulso alocado? ¡La había puesto en evidencia!

¿Podía esperar que el hombre no mencionara en absoluto su visita? Rogó para que fuera así, maldijo su cuerpo hambriento, que la había lanzado a una situación tan embarazosa.

Se dio media vuelta hasta quedarse con los miembros totalmente extendidos sobre la cama, mirando la seda gris del lado inferior del pabellón de su cama. Gris oscuro, como los ojos de él... Siempre había temido esto, que su impetuosa obsesión la llevara a situaciones embarazosas.

Debería dominar sus urgencias licenciosas. Debería resignarse a la castidad verdadera, eterna. Como una monja.

A través de la ventana, podía ver la luna creciente.

Qué pérdida tan, tan terrible sería, de todos modos.

Una golpe en la puerta hizo que se incorporara de golpe. Se quedó mirando la puerta anexa como si se hubiera convertido en el portal del infierno. Debería haberío imaginado. Debería...

Otro golpecito seco.

Salió de la cama y se dirigió hacia allá, con el corazón golpeando con fuerza. Si él acudía a ella con intenciones lascivas, ¿qué debería hacer? ¿Por qué de pronto todo parecía diferente?

Tragando saliva, abrió la puerta.

Él seguía aún completamente vestido, lo cual la llevó a sujetarse la bata que la envolvía.

-¿Sí, milord?

-Me disculpo por la intrusión, lady Arradale, especialmente a una hora tan avanzada. Pero solicito unos breves momentos de vuestro tiempo.

Diana volvió a tragar saliva, y esta vez se tragó su decepción. No, él no había venido con intenciones lascivas, y apenas parecía consciente de que ella ya estaba vestida para acostarse.

Diana dio un paso atrás y le invitó a entrar con un ademán, de condesa a marqués.

-Por supuesto, milord. ¿Algún asunto en el que pueda ayudaros? Tengo oporto aquí si os apetece un poco.

Él declinó su ofrecimiento, lo cual significaba que no podía buscar valor en una botella tampoco. Tras un momento, ella indicó las dos sillas, una a cada lado del hogar vacío, y se sentaron.

Como marido y mujer.

«Déjalo, Diana»

-Me ordenan que os lleve a Londres, lady Arradale.

Despertada bruscamente de sus fantasías alocadas, Diana se sentó muy recta.

-¿Qué? ¿Quién?

-El rey, por supuesto. A través de la reina. -Le tendió una carta doblada y sellada.

Diana la abrió y leyó una invitación de la reina Charlotte para pasar un breve tiempo como dama de honor.

-¿Por qué? -Quiso saber, luego añadió-: No voy a ir, por supuesto.

-No sería prudente desafiar al rey.

-No tiene ningún derecho... -Se detuvo, obligándose a devolver el orden a su juicio embrollado y sorprendido. Esto iba más allá de toda expectativa acerca de esta noche.

-¿Por qué? -preguntó otra vez, y un germen de temor real se agitó en su interior. Algunos de sus ancestros, rebeldes norteños, habían recibido órdenes de acudir a Londres, para no regresar nunca. Los poderes de los reyes de Inglaterra habían quedado restringidos desde entonces, pero aún podían convertirles en enemigos y rebeldes.

-Fuisteis vos quien llamasteis su atención, lady Arradale. -Tal vez su confusión se hizo evidente ya que añadió-: Le solicitasteis que os permitiera ocupar el sillón de vuestro condado en el Parlamento.

-¿Y por qué no? -Quiso saber, aunque sentía cierto azoramiento. Siempre había sabido que era inútil, pero la irritaba tanto que tuvo que intentarlo-. Mis tierras carecen injustamente de

representación. El condado tiene derecho a un escaño en la Cámara de los Lores, y yo tengo derecho a exigirlo.

-Los niños piensan en términos de derechos y exigencias.

-¿Me estáis llamando niña, milord?

-En esto, sí. 0 tal vez poco preparada.

La furia empezó a quemarle.

-He tenido una educación extensa y completa.

-Habéis permanecido demasiado tiempo en el norte.

-Me gusta el norte.

-Porque aquí podéis jugar a juegos infantiles sin consecuencias.

Le lanzó una mirada feroz, pero debajo de la ira, el miedo acechaba, encendido por la evidente seriedad de él.

-¿Qué pretende el rey? -Se obligó a pronunciar las palabras aterradoras-. ¿La Torre?

-Espero que no. En ese caso, yo tendría que solicitar el habeas corpus a vuestro favor.

-¿Respetaría eso el rey?

-Se ha visto obligado a hacerlo en el caso del señor Wilkes. Aquí, a diferencia de Francia, una persona no puede ser encerrada por capricho del rey, sino que debe ser sometida a juicio. No obstante, los problemas del señor Wilkes sirven para recordarnos que el rey tiene los dientes afilados y puede morder.

Wilkes había escrito un texto para el North Brotton en el que criticaba al rey. Había acabado en la Torre por ello, y lo único que le protegió fue su posición como miembro del Parlamento.

Diana calmó sus nervios, tranquila, recitó para sus adentros. Su gran antepasado no se dejaría cohibir por un monarca más joven incluso que ella misma.

-No hay similitudes, milord. Yo no he escrito artículos criticando al rey. De hecho, no he hecho nada en absoluto ilegal ni ofensivo.

-Precisamente es lo que yo he argüido, si recordáis. No obstante, estáis en cierta posición de peligro.

-¿Por qué? ¿Simplemente por pedir que se considere una solicitud de ocupar el escaño de mi condado? ¿No es el derecho de todo... ?- Descartó la idea con un ademán, y el rubí de su anillo centelleó.

-Dejemos los derechos. Vuestra petición molestó al rey como molestaría a la mayoría de los hombres. Creo que ha utilizado

palabras como poco natural y rebelde. Y lo que aún es más peligroso, vuestra misiva le ha hecho percatarse de vuestra existencia e influencia aquí: vos una mujer joven, soltera, en una parte del país que aún parece mostrar tendencias a la agitación. Una parte del país próxima a Escocia, que aún representa una amenaza.

-No soy una rebelde -protestó ella-. Soy tan leal y fiel como cualquiera. Y no puede deshacerse de mí. ¡Los pares, la nación, nunca lo apoyarían!

-Ni tampoco, si vamos al caso, lo haría yo.

Diana quiso reírse, pero tuvo la sensación poco agradable de que el apoyo del marqués tendría más potestad.

-Entonces, ¿a qué peligro me enfrento, milord? Este peligro que presumiblemente no podéis impedir.

Relajado, con los largos dedos ligeramente enlazados, dijo:

-Primero, presiones para que contraigáis matrimonio. -Antes de que ella pudiera estallar al respecto, el marqués añadió-: Y en segundo lugar, que os declaren demente. Me sentiría muy decepcionado si tampoco pudiera protegeros de estos peligros.

-No más decepcionada que yo -murmuró, de pronto con un nudo en la garganta y un escalofrío propasándose por toda su piel.

Enviando al infierno la etiqueta, se levantó y se sirvió una copa de oporto de color rubí. Mientras el segundo trago reconfortante descendía y la aliviaba, se volvió a él.

-No puede hacerlo, ¿verdad que no? ¿Declararme demente?

El marqués no se había movido, ni siquiera había desenlazado sus manos relajadas.

-De ningún modo. No obstante, la definición de demencia es una cuestión interesante. ¿Habéis seguido el reciente informe del comité parlamentario?

Diana asintió.

-Muchos de los «dementes» en manicomios privados no son más que personas molestas. Personas allí encerradas mientras sus enemigos puedan pagar. Una cantidad escandalosa de los recluidos son mujeres encerradas por padres o maridos. He tomado medidas para asegurarme que eso no suceda aquí.

-Ese tipo de locura inventada no podría sucederme a mí.

-Cierto. No obstante, el comité no abordaba el problema de la gente encerrada por órdenes de un doctor. No es difícil encontrar

un médico que piense que la extravagancia, el juego excesivo, la asistencia frecuente al teatro, son formas de locura en una esposa. 0 que el deseo de un hijo o una hija de llevar a cabo un matrimonio imprudente sea síntoma de trastornos mentales.

-¿0 el deseo de una mujer de hablar en el Parlamento? -Se sintió orgullosa de su tono calmado-. ¿Su intención de no casarse nunca?

-Precisamente.

Diana se apoyó en la mesa y sorbió el vino. No daría muestras de temor delante de él.

-Sigo sin creer que el rey, pese a la ayuda de doctores pueda encerrar a una paresa por eso.

-Por eso necesitáis ir al sur. ¿Cuántas veces habéis visitado Londres?

-En dos ocasiones. Una vez, hace seis años para pasar un tiempo con mi tía. Y otra, para la coronación.

«Donde os vi de lejos -pensó-. Tan seguro y poderoso. Tema de cuchicheos y advertencias misteriosas. Me quedé intrigada, pero nunca sospeché que algún día tendríais tal presencia en mi vida»

-Es preciso que os mostréis en sociedad, y que todo el mundo aprecie que sois leal y cuerda. También os beneficiará pasar cierto tiempo en la corte. Necesitáis entender el mundo y aprender cómo funciona, o me temo sinceramente que acabará perjudicándoos.

-Pero, no obstante, en ese mundo es donde reside el peligro.

-Los tiempos en que los barones del norte podían pasar por alto la existencia del sur han acabado. Apenas nos separan días de viaje, y con los caminos de pago y las mejoras en los carruajes, eso se acortará en el futuro.

Ella volvió a llenarse la copa y regresó a la silla para sentarse frente a él.

-¿Por qué he de confiar en vuestros consejos?

-Hablo de lo que conozco. ¿Por qué pensar que intentaría aconsejaros erróneamente?

-Las tácticas de la *éminence noire* van más allá del entendimiento humano.

El marqués sonrió levemente.

-Eso espero. En este caso, no obstante, estoy en mi faceta más benigna. Rosa se enojaría terriblemente si sufrierais algún daño, y eso afligiría a Brand. Debéis saber que intento proteger a mi familia

de todo daño. Además, creo que no es deseable que el rey trate a un par del reino meramente como una mujer. Aunque sea una mujer.

-¿Pero os parecería razonable que una mujer se viera forzada a elegir entre el matrimonio o el manicomio si no fuera una paresa?

-¿No estaría loca una mujer que rechazara un buen matrimonio?

-No, y éste no es momento para bromas, milord. Os pregunto directamente, ¿creéis correcto que una mujer se vea forzada al matrimonio por un padre, hermano, guardián o rey?

-No. Fui un firme defensor de la Ley Hardwicke, y he intervenido en otras cuestiones legales concebidas para proteger a las mujeres de los abusos. No obstante, por cuestiones prácticas, debemos ocuparnos del mundo que tenemos ahora mismo. Si el rey escoge a un hombre adecuado para convertirse en vuestro esposo, os costará mucho negaros sin ofensas, y sin peligro de que se os considere demente. No obstante, podemos evitarlo, si estáis dispuesta a ser prudente.

Diana le observó con desconfianza. Iba contra su naturaleza tan siquiera fingir que aceptaba esto.

-¿Prudente?

-Habéis mostrado vuestra capacidad para interpretar el papel de criada, lady Arradale, y también actuáis muy bien como una dama decente.

-Soy una dama decente, lord Rothgar.

-Eso es extremar con el vocablo. Si venís a Londres y actuáis con prudencia, calmaréis los temores del rey. Será así de sencillo.

-¿Y si me ofrece un esposo?

-Entonces, aún como dama decente, podéis exponer vuestro deseo de elegir vos misma. El rey ama a su reina, y es defensor del ideal del afecto conyugal. Acabará por convencerse.

-¿Y si no es así?

-Vuestros días en Londres serán limitados, como dice la carta. La reina espera retirarse en el mes de agosto, y para entonces tanto el rey como la reina dejarán de interesarse por otros asuntos. Son padres sumamente entregados. Si les sosegáis para entonces, sin duda se os permitirá el regreso aquí.

-Ah. -Bebió un poco más del reconfortante oporto, aunque lo que más la estaba serenando era el calmado sentido práctico y la experiencia de él-. Entonces, seré el mayor de los sosiegos.

-Veo que entendéis.

Entonces surgió la amargura.

-Me permitirán volver a casa, pero con las alas cortadas, para que nunca vuelva a cuestionar nada.

-Si no amenazáis las convenciones del rey, seréis capaz de vivir vuestra vida aquí como siempre.

-Un pájaro enjaulado sabe que está rodeado de barrotes.

-Lady Arradale, estoy ofreciendo el regreso a lo que tenéis ahora.

-Pero no el regreso a lo que tenía hace una hora.

El marqués la estudió, luego asintió.

-Cierto. Pero hace una hora, pensabais como una niña. Pensabais que podríais vivir sin restricciones.

Lo mortificante era que tenía razón. Tenía razón incluso, supuso, en que le hacía falta este encierro en el sur para poder entender completamente el mundo en que quería desempeñar un papel.

Vació la copa.

-¿Qué sucederá -preguntó- si las cosas no van como esperáis? ¿Si el rey insiste en un matrimonio, con uno de sus favoritos, sin duda? ¿Si intenta tacharme de loca por negarme?

-Entonces -dijo-, os casaréis conmigo.

Encendida la alarma, Diana casi suelta una palabrota, pero se obligó a pensar.

-Inteligente -reconoció finalmente.

El marqués inclinó la cabeza.

-Me complace que podáis saltar más allá del instinto, a la razón.

-La seguridad definitiva- dijo ella intentando disimular cómo la desequilibraba aquella noción-. Me libra de la amenaza de un matrimonio forzado, y del encierro por motivos de demencia, un marido tendría la última palabra en ese tema.

-Y por supuesto, llegados a eso, sería un matrimonio sólo nominal. Conservaréis el control completo de vuestra propiedad, vuestra persona y vuestra vida.

Diana apoyó la barbilla en la mano, observándole.

-En ese caso, milord...

Él se levantó.

-No. Para salvaros de un sino calamitoso, lady Arradale, pero no para convergencia vuestra.

Ella también se levantó, sonriente, y fue una sonrisa sincera, pues él estaba ofreciendo un sacrificio.

-Os doy las gracias milord.

-Si sois prudente e inteligente, no será necesario.

-Temo que me sienta tentada a ser imprudente, sabéis, sólo para hacer que miles de mujeres se tiren de los pelos.

Un toque de humor se sumó al suyo.

-No lo hagáis. Prometo que os azotaré todos los días.

-No lo haréis. Se lo diría a Elf.

Él de hecho se rió.

-«Un regimiento monstruoso de mujeres» Lady Arradale, recordad, en la corte, vais a actuar como una perfecta dama aburrida...

-¿0... ?

-0, os abandonaré a vuestro destino.

Se volvió para marcharse, pero ella puso una mano sobre el brazo de él, sorprendiéndole tal vez tanto como a ella misma.

-Podríamos sellar este pacto con un beso, milord.

Los ojos de él descansaron por un momento en los de ella, pero entonces apartó la mano de Diana.

-Creo que no, lady Arradale. ¿Podréis estar lista mañana? Puedo demorarme unos pocos días, si lo creéis necesario.

El rechazo la ofendió un poco, pero la expresión de él le hizo pensar que tal vez fuera autodefensa más que rechazo. Había coqueteado con ella, y existía una conexión entre ellos. Diana incluso podría pensar que él tenía razón. Si tenían que viajar juntos a Londres, sería peligroso llevar la relación a terrenos más íntimos.

Consideró la oferta de él y sacudió la cabeza.

-Como una visita al dentista, cuanto antes, mejor. Si partimos un poco más tarde de lo que habéis planeado, podré cancelar mis compromisos, hablar con mi personal y estar lista.

-Muy bien. Lamento, esta incidencia, lady Arradale, pero tendrá muchos beneficios.

-Exactamente, como una visita al dentista. Desagradable, pero beneficiosa en última instancia.

-Vos lo habéis dicho. Sólo quedan los detalles del viaje. ¿Querréis vuestro propio coche?

Aquello la empujó directamente a algunos pensamientos sorprendentes. ¿Días al lado de él en un carruaje cerrado? Y, no

obstante, qué ridículo rodar por la gran carretera del norte en vehículos separados.

-Me encantaría viajar con vos, milord. Mi doncella, por supuesto, compartirá el carruaje.

-Y mi asistente. -Un buen parapeto. Casi como si temiera un asalto por parte de ella.

-Y precisaré mis propios sirvientes y equipaje, o sea, que al menos habrá un coche más y un carruaje para el equipaje.

-Por supuesto.

Asintió.

-Entonces deberíamos ser capaces de salir al mediodía.

La miró, y aquellos ojos oscuros fueron verdaderamente capaces de expresar un afecto elusivo pero confortador. Le cogió la mano y se la llevó a los labios.

-Podréis contar conmigo como vuestro amigo, lady Arradale, os doy mi palabra. Y os enviaré de vuelta a casa y a salvo, aún libre para volar.

Ella dejó que su mano se demorara sobre la de él por un momento, deleitándose en la calidez y lamentando sinceramente el beso que él no permitía.

-Me ofende necesitar vuestra protección, lo sabéis.

Los labios del marqués hicieron una mueca.

-Una emoción casi universal -comentó, y soltando la mano de ella, regresó a su propia habitación.

Diana permaneció en pie durante un momento, contemplando la puerta, pero acariciándose la mano que él había besado. De modo que, al fin y al cabo, ésta no era la última noche, pronto estarían juntos como nunca antes, durante días. No estaba segura del resultado de esto, ni de lo que quería.

Con un suspiro, se quitó la bata, apagó las velas y se metió en la gran cama, donde un repentino ataque de escalofríos se apoderó de ella. ¡Declararla demente! Vivía en tiempos modernos, y en una nación donde el poder de los reyes se suponía que estaba restringido por los lores y comunes, y no obstante corría peligro. De no ser por el marqués de Rothgar, podría correr un peligro muy serio.

Dio gracias al cielo por su ayuda, por los acontecimientos que habían enredado a la familia de él con la suya, pero, al mismo tiempo, como había dicho, se sentía ofendida. No era justo que su

sexo le acarreara tales problemas. Tal vez lo que le producía más temor y resentimiento era el hecho de que cuando pidió el beso, no lo hizo por deseo ni tan siquiera por curiosidad. Había sido algo más profundo, un sentimiento de objetivo común y entendimiento. Aquel hilo sedoso, se hacía más fuerte y cálido.

Se sentía fascinada por el marqués de Rothgar, y él la veía tan sólo como otra persona dependiente que necesitaba su protección.

Había algo seguro. Pese a las bromas, Diana no haría nada para arriesgar que él tuviera que hacer el sacrificio definitivo de casarse con ella. Una cosa era regresar a casa como condesa virgen, libre para gobernar otra vez en el norte. Regresar a casa como la esposa virgen de lord Rothgar sin duda era más de lo que sus sentidos sobreexcitados y frustrados podrían soportar

Rothgar había mandado a Fettler a la cama antes de visitar a la condesa. Su asistente era extremadamente discreto, pero no había motivos para poner a prueba al pobre hombre más allá de lo soportable.

Se desvistió sin ayuda. Era absurdo tener criados para hacer esas cosas, excepto que era lo esperado y que proporcionaba un empleo valioso. Todo era imagen. A veces sentía la necesidad imperiosa de rebelarse, pero había dejado atrás hacía mucho tiempo aquel tipo de rebelión.

De hecho, junto a la tumba de su padre.

Mientras se desanudaba la corbata y la cinta que le recogía el pelo, sus ojos fueron a parar al pequeño retrato de una niña que colgaba sobre la chimenea de mármol blanco, y se acercó hasta allí. A su pesar. Lo cierto era que había pasado demasiado tiempo mirando aquella imagen.

Aunque no había indicación de quién era el artista, la ejecución era excepcional. Captaba a una niña en una pose natural, sentada en una orilla cubierta de hierba, sosteniendo dos inquietos gatitos en unos brazos rollizos. Los oscuros rizos rubios sin duda eran sedosos, porque la cinta azul que se suponía que debía sostenerlos hacia atrás, se había escurrido por un lado. Su sencillo vestido blanco se había fruncido hacia arriba, mostrando una pierna calzada hasta la rodilla con una media. La media se había cedido y formaba pliegues en torno al tobillo.

Inconsciente del desorden, o sin importarle lo más mínimo, miraba al mundo, sonrosada por su risa y alegría, sus tiernos labios

separados, los ojos azules centelleantes. El tipo de criatura que cualquiera quiere coger y abrazar. Se percató por primera vez que le impedía acercarse algo cubierta por una sábana. Lo había olvidado; algo en sí mismo hecho alarmante. Tras la exhibición del autómata aquella velada, hizo que lo subieran aquí para poder supervisar su embalaje por la mañana.

Retiró con cuidado la tela y estudió a ambas criaturas.

Idénticas, aunque el niño era más solemne. Incluso había un detalle que no había advertido antes. A espaldas de la niña, un pájaro azul estaba posado sobre una rama.

El hijo que nunca podría ser. La hija que, aunque perfecta en sí misma, nunca sería el hijo tan desesperadamente anhelado.

¿Habría sido más feliz la condesa si el niño hubiera sido real? Muy probable.

La gente normalmente era más feliz en situaciones convencionales. Con suerte, se habría casado con un hombre que apreciara su espíritu e inteligencia, y habría sido una adorada esposa y madre para entonces. Madre tal vez de otra feliz niñita, y de un muchacho solemne, travieso.

Niños que nunca existirían, a causa de la dura elección que Diana había hecho.

Elección comprensible.

El matrimonio representaba peligros tremendos para ella. Pocos hombres podrían aceptar la condición de subordinado a su esposa, y aunque lo desearan, la sociedad no lo permitiría. Si se casaba, los hombres de los alrededores suspirarían de alivio y podrían tratar con el marido, quien legalmente sería su representante nada más desposarse. Al fin y al cabo, cualquier decisión o acción administrativa a la que él pusiera reparos se volvería nula al instante.

«Un marido y una esposa son una persona -decía la ley-, y esa persona es el marido»

Los hombres no le harían caso, y las mujeres esperarían que se sometiera a los intereses masculinos y se convirtiera en una de ellas.

Aunque podían establecerse acuerdos matrimoniales para conservar su propiedad con garantías, el marido tendría muchos derechos de accesos a la misma. Si la esposa protestaba y él le

pegaba, no tendría recursos a menos que demostrara una crueldad excesiva.

Estos asuntos no eran obstáculo para que la mayoría de las mujeres se casaran. Tenían menos que perder, y los ingresos y propiedades de dote podían protegerse bien mediante sólidos acuerdos matrimoniales. Ellas también eran una inmensa barrera para una mujer en la posición inusual de Diana.

Si ella pudiera crear de forma mágica un hermano en este mismo instante, y dejar de tener los problemas de la condesa de Arradale, ¿lo haría?

Poco probable. Era antinatural retirarse de lo que se logra con esfuerzo, aunque representara una carga. Hacerlo restaba valor a las penalidades padecidas a lo largo del camino.

El marqués tocó el cabello del muchacho y se permitió pensar por un momento en los niños que nunca tendría. No había sido consciente del sacrificio hasta hacía poco, una vez los pequeños Malloren empezaron a multiplicarse repentinamente a su alrededor. No es que no se solidarizara con la postura de Bryght, eso tampoco. En su situación, sentiría el mismo sentimiento protector hacia su hijo, y la misma rabia si otros no lo aceptaran.

No obstante, él, al igual que la condesa, podía cambiar de rumbo.

La decisión que él había tomado era lógica, y cualquier vacilación se debía únicamente a la reciente serie de bodas y nacimientos. Ésta, gracias al cielo, era la última boda.

Tal vez, admitió, también la condesa de Arradale tuviera que ver con su vacilación. Podría describírsela como única, y su naturaleza única la atraía. Atrevida, inteligente, directa, valerosa. Y terriblemente vulnerable.

Recordó lo que había dicho Fettler, sobre su llamada a la puerta antes. Creyó saber lo que ella tenía en mente, y aquello sugería que un matrimonio exclusivamente nominal no sería nada fácil para ninguno de los dos.

Pues bien. Volvió a echar la tela sobre el autómata y se despojó rápidamente del resto de las ropas. Un matrimonio así debería evitarse a toda costa. Era preciso que se ocupara personalmente de que ella volviera de Londres sin casarse.

Capitulo 10

A Diana no le costó levantarse temprano ya que apenas había dormido, abrumada por pensamientos sobre manicomios, el marqués, tareas inacabadas, el marqués, besos, el marqués, trayectos en carruajes, el marqués...

Antes de que el reloj marcara las dos, supo que debería haber decidido viajar en su propio carruaje, pero entonces era demasiado tarde. Al menos, en parte, porque ella no quería. La idea de pasar días al lado de él le provocaba escalofríos, buenos y malos.

Y noches en posadas. Al menos dos noches en posadas. Comerían juntos, los dos a solas. Hablarían de forma íntima de un lado a otro de la mesa como en la partida de cartas. Sin duda, ella aprendería más cosas de él. Tal vez fuera capaz de satisfacer parte de su curiosidad vehemente por su naturaleza, su mente, su visión del mundo.

A las tres se levantó para encender las velas y escribir listas con las instrucciones que borboteaban en su cabeza. Consiguió quedarse dormida después, pero se despertó con la primera luz del día y se rindió. Llamó a Clara y puso en marcha los extensos y complicados planes para su marcha y ausencia.

Envió una nota a Wenscote, convocando a Rosa y a Brand aquí. Detestaba molestarles tan pronto tras su boda, pero sabía que Rosa nunca la perdonaría si se marchaba sin despedirse convenientemente.

Con las habitaciones en un torbellino de equipaje a medio hacer y el señor Turcott supervisando instrucciones y planes para un mes más o menos, mandó preguntar si su madre estaba ya

despierta. Cuando la doncella regresó para decir que sí, se apresuró a acudir a informar a la viuda del conde sobre su viaje a Londres, preguntándose cómo explicarlo sin preocuparla.

Sin embargo, a su madre, que tomaba el desayuno recostada en la cama mientras el señor Turcott le leía algún tipo de memoria, un viaje a la corte le pareció delicioso.

-Qué amable por parte de la reina. Y qué amable el marqués por escoltarte. Es muy desagradable viajar sin un caballero. -Sus ojos brillaron con otros significados y esperanzas.

-Normalmente viajo sin dificultad, madre. Y me temo que la corte será un fastidio terrible.

-Por supuesto -convino la madre, sorprendiendo a Diana-. Pero habrá oportunidades de entretenimientos más animados, y la diversión de Londres.

-Londres estará vaciándose para el verano.

Aquello desalentó un poco a su madre, pero luego sonrió.

-Estoy convencida de que encontrarás alguna diversión, querida. Siempre lo haces. Y también estoy segura de que el marqués querrá ocuparse de que estés bien. Al fin y al cabo, casi eres familia ahora, ¿no es así?

Eso se aproximaba demasiado a la cuestión. Por la noche, Diana había comprendido que, pasara lo que pasara, siempre habría un parentesco a través de Rosa. Nunca sería capaz de expulsar al marqués de su vida por completo.

Renunció a intentar explicar las cosas, y se apresuró a seguir los preparativos. Un lacayo le trajo noticias de que Rosa había llegado, de modo que, tras una pausa en la oficina de la finca para ocuparse de unas pocas cuestiones relacionadas con el condado, acudió al salón y allí encontró a todos sus invitados.

Consciente de las miradas curiosas y a la vez especulativas, se unió con Brand y Rosa y cogió las manos de su prima.

-Tienes un aspecto radiante.

-Pues claro, por supuesto. -Rosa sonrió a Brand situado a lado, pero luego se volvió a Diana-. ¿Qué es todo esto de Londres? Pensaba que no querías volver allí.

-No me dejan muchas opciones. La reina...

-¡Diana! -Elf la arrastró a sus brazos-. ¡Oh, pobrecita!

¿Qué le había dicho el marqués? Diana no quería explicar a nadie la amenaza del manicomio.

-¡La corte! -exclamó Elf-. ¡Morirás de tedio! Especialmente ahora que a la reina le falta tan poco para dar a luz.

-Al menos eso quiere decir que sólo será para unas pocas semanas -dijo Diana.

-Parecerá una eternidad, te lo prometo. Le he dicho a Bey que volveremos a Londres con él, pero no le parece apropiado.

Diana echó un vistazo a donde se encontraba el marqués charlando con lord Bryght y lord Steen, preguntándose si había algún motivo oscuro en aquello. Pero tranquilizó a Elf.

-Por supuesto que no. Tienes cosas que quieres hacer aquí.

-Pero regresaremos pronto. Fort está conforme. -Con una mueca añadió-: Acortar una visita a las manufacturas de tejidos no es ninguna penalidad para él.

Diana sintió que la tensión se aliviaba.

-Confieso que teneros cerca sería un consuelo.

Elf sonrió, pero sus ojos se desviaron fugazmente hasta el marqués.

-¿Te importa viajar al sur con mi hermano?

-No más de lo que a él le importa viajar conmigo -contestó Diana, esforzándose por conseguir un tono de aburrimiento-. Planeo llevarme unos cuantos libros que hace tiempo quiero leer.

-Al menos, su carruaje es muy confortable. Pero recuerda, ¡no apuestes nada a las cartas con él que no sea amor! -Entonces pareció que se pensaba mejor sus palabras y se sonrojó, pero los Steen irrumpieron en ese momento para decir que estaban listos para marcharse.

Los niños ya estaban inquietos, ansiosos por iniciar el viaje, de modo que Diana se acercó para despedirse. Lady Steen sonrió.

-No envidio vuestras semanas en la corte, lady Arradale, pero mi hermano se ocupará de vos.

Lord Steen le besó la mano y le dio las gracias por su hospitalidad. -Si Rothgar se pone mandón, lady Arradale, decidle que se vaya al infierno.

Todo el mundo salió a despedirles. Enseguida, lord y lady Bryght con su vástago, y Elf y su marido se habían subido a los carruajes que había para el viaje a Lancashire. Sólo unos pocos días atrás, Diana se había sentido invadida, sin embargo, ahora se sentía privada de su compañía, como si fuera su propia familia la que partía.

Entonces sólo quedaban Rosa, Brand y el marqués. En el patio del retablo ya estaban cargando a los carruajes y carros las pertenencias que había escogido para su viaje al sur.

-No quiero ir -dijo ella, pero luego sacudió la cabeza-. Eso es una insensatez.

-Por supuesto que no quieres -dijo Rosa-. Ni yo tampoco quería. Pero igual que sucedió conmigo, sólo es para corto tiempo. Estarás de vuelta en casa antes de que las hojas cambien de color. Vamos, déjame ayudarte con los últimos bultos de tu equipaje.

Rothgar observó a las dos mujeres alejarse apresuradamente, rodeándose con el brazo, y se volvió a su hermano, preparado a recibir preguntas.

-¿Es esto de veras necesario, Bey? -pregunta Brand mientras regresaban andando al interior de la casa.

-¿Las órdenes del rey?

-Normalmente puedes conseguir que el rey haga lo que tú quieras.

-Aprecias en exceso mi poder. Conoces la obsesión de lady Arradale por el escaño de su condado en la Cámara de los Lores.

Brand hizo una mueca.

-Rosa lo mencionó. Para ser una mujer tan inteligente, puede ser alocada; la condesa, quiero decir.

-Si ni siquiera tú eres capaz de entender sus motivos -Brand se volvió a mirarle.

-¿Estás diciendo que respaldas su causa?

-Respaldo su lógica esencial.

-Y por la misma regla, una hija mayor debería heredar un título cuando hay más hijos.

-¿Por qué no? -Rothgar no pudo resistirse a hacer la pregunta. El juicioso Brand rara vez se agitaba de este modo.

-¡ Cáspita! Pero entonces todo pasará a través de su marido a otra familia.

-La propiedad continuará en la familia de ella. De forma bastante más fiable que a través de un hombre.

Brand le miró frunciendo el ceño. -¿No hablas en serio, verdad?

-Considera un mundo en el que la herencia dependa de la edad, y si el heredero es hembra, su marido adopta su nombre.

¿Por qué no?

Brand sacudió la cabeza.

-Bey, si vas por ahí predicando esta idea, acabarás en Bedlam.

Rothgar se rió.

-Ahí, querido mío, es precisamente adonde quería ir a parar. No obstante, no tiene nada que ver con la razón de la causa de la condesa. Y bien -continuó el marqués, mientras se sentaban en el salón para esperar a que la condesa estuviera lista para partir-, quiero que te mantengas alerta en esta región, atento a los revoltosos franceses.

-¿Aquí? -preguntó Brand.

-En cualquier lugar del norte. Sé que tienes planeado vivir con tranquilidad, pero las noticias vuelan, especialmente las de extranjeros. Con la paz, algunos franceses están visitando Inglaterra, y algunos, ay, son espías. La invasión a través de Irlanda sigue siendo una amenaza, tal vez oigas algo de la situación en la costa de Lancashire. Si oyes algo sospechoso, envíame un mensaje.

-¿Nunca acabará? Supongo que Bryght y Elf tienen órdenes, también, para su viaje a Liverpool.

-Por supuesto, aunque tengo mi propia gente allí. El rey Luis arde en deseos de vengarse por la derrota en la pasada guerra.

Brand se sentó muy recto.

-Demonios. Estaría loco si volviera a iniciar las hostilidades.

-No si espera a que llegue el momento adecuado. La misión de uno de sus embajadores es encontrar, tal vez crear, ese momento. No hay que menospreciar al *chevalier* D'Eon.

-Un espadachín notable, según Bryght. Un hombre que sin duda conoce a más personajes de esa clase. ¿Tuvo algo que ver con ese duelo con Curry?

Rothgar no quiso entrar en esas cuestiones, especialmente con Brand, quien debería estar disfrutando de un matrimonio despreocupado. Un error haber solicitado su ayuda. Demasiados errores estos días. Cualquiera pensaría que estaba distraído.

-El *chevalier* y yo tenemos relaciones extremadamente cordiales -repuso.

Brand frunció el ceño, sin dejarse engañar.

-Ten cuidado, Bey. Por lo que he oído, ese duelo fue una contienda bastante igualada.

Los ruidos procedentes del vestíbulo indicaban que era hora de partir. Rothgar se levantó.

-Lo son todas las aventuras interesantes en la vida. -Abrazó a Brand-. Pasa por alto lo de los espías franceses. Cultiva nabos y criaturas, y sé feliz.

-Ojalá pudiera darte la misma orden. Pero tengo una. No lastimes a la condesa. Es más vulnerable de lo que parece.

-Te disparará por decir eso. No tengo intención de lastimarla, Brand. Mis intenciones son sólo buenas.

Brand le miró.

-Eso es lo que me preocupa.

Rothgar se rió y se dispuso a iniciar un incitante viaje hacia el sur.

Para cuando se detuvieron a pasar la noche en el Swan de la bulliciosa localidad de Ferry Bridge en la que repostaban las diligencias, Diana estaba agotada. Les estaban esperando. Tenían toda una planta reservada, que ya estaba preparada para ellos. Pero en vez de reconfortarla, esto le creó aún más tensión. Estaba acostumbrada a viajar con cierta pompa, pero no con un despliegue como éste.

No obstante, había sido el largo viaje lo que la había agotado; eso y la completa falta de interés que mostró el marqués hacia ella. Tal y como había planeado, Diana llevaba consigo unos cuantos libros, pero también esperaba hablar con él. La presencia de los sirvientes convertía la situación en segura, y ella anhelaba conocer más cosas de su mente.

Sin embargo, Rothgar había pasado todo el tiempo revisando lo que parecían documentos importantes. Éstos incluso se habían incrementado a media tarde tras la aparición de un mensajero que les interceptó y entregó un grueso paquete sellado.

Durante los descansos para cambiar de caballos, él había paseado cortésmente con ella, ofreciéndole una conversación cordial y poco esforzada relacionada con el campo o con los aspectos más livianos de las cuestiones nacionales. Incluso cuando se detuvieron a comer, la cosa siguió igual.

Diana había comprendido que se trataba de barreras entretejidas con destreza, y se sentía mortificadla. Estaba claro que Fettler le había hablado de su visita a sus habitaciones la noche anterior y había adivinado los motivos.

¡Maldito fuera!

Dos días más así, pensó con un suspiro mientras Clara la arreglaba para la cena, que sin duda incluiría más de aquellas banalidades cuyo objeto era distraer. Sintió la tentación de cenar en su habitación, ¡pero iría abajo y de algún modo dejaría claro que no tenía la mira puestas en su cuerpo!

Sin embargo, cuando entró en el comedor privado, le sorprendió encontrar a dos personas extranjeras con el marqués.

Rothgar se volvió a ella.

-Ah, lady Arradale, ¿me permitís que os presente a monsieur de Couriac y su señora?

La joven pareja hizo una inclinación y una reverencia, y Diana inclinó su cabeza ocultando su asombro. ¿Franceses?

¿Aquí? Pero luego recordó que estaban en paz. Oficialmente, al menos.

Entonces las mejillas le ardieron. Ahora no sería cuestión de hablar de banalidades. ¡Había juntado distracción y carabina! Diana sonrió alegremente a la miserable gente y se declaró encantada.

Madame de Couriac no era exactamente guapa, sino intrigante, con una barbilla puntiaguda y brillantes ojos oscuros.

-Lady Arradale -declaró con marcado acento-, ¡estamos disfrutando tanto de vuestro país tan precioso!

Su alto esposo, de mandíbula cuadrada, añadió:

-Ha sido una tristeza no poder visitar Inglaterra durante tantos años.

Su inglés era bueno, pero no parecía sentir lo que decía. A Diana no le sorprendió. Los franceses rara vez suspiraban por la comida o los paisajes ingleses.

Diana pasó a su excelente francés.

-La guerra siempre es una tristeza, ¿no es cierto? ¿Cenaréis con nosotros madame, monsieur? Qué deleite. Debéis contarme las últimas novedades de París.

Trajeron la sopa y ellos ocuparon sus asientos, pero monsieur de Couriac dijo:

-Ay, milady, vivimos tranquilamente en Normandía y no hemos viajado recientemente a París.

La sopa transcurrió con conversación sobre viajes, pero cuando sirvieron el pescado, Diana captó una mirada intencionada del francés a su esposa. Diana había estado charlando casi

exclusivamente con De Couriac, pero entonces siguió la mirada. Madame de Couriac había colocado su mano en el brazo del marqués y se inclinaba hacia él como si estuviera fascinada.

Aquello planteó la existencia de un motivo aun menos grato para que la pareja francesa estuviera cenando con ellos. ¿Intentaba lord Rothgar seducir a la guapa y joven esposa? Pese a la punzada de dolor, Diana se volvió animada al marido y le pidió su opinión sobre Londres.

Pero, vaya, el marqués debía de estar loco. ¡Corrían peligro de tener que librar un duelo!

¿Podía de verdad ser tan insensato un hombre tan listo? Se las ingenió para observarle mientras intentaba atraer la atención del marido. Pronto supo que no eran imaginaciones.

Nunca había visto a nadie comer con la sensualidad descarada que exhibía madame de Couriac. La mujer comía poco, pero era debido a que hacía un espectáculo de ello. Mordía lentamente la comida y la mascaba despacio, a menudo lamiéndose los labios rojos. Una o dos veces, incluso se lamió los dedos, mirando fijamente a los ojos del marqués.

¡Delante de las mismas narices de su marido!

Pese a los esfuerzos de Diana, De Couriac era claramente consciente, de modo que, ¿cómo era que no hacía nada al respecto? Tal vez pensara que un francés no tenía poder aquí contra un inglés, especialmente un marqués. La aristocracia francesa tenía poderes muy superiores a la inglesa.

Fuera cual fuera el motivo, sin duda tendría que emprender alguna acción antes o después. Puesto que no conseguía distraerle, Diana volvió su atención a madame de Couriac y le dio conversación acerca de temas de moda.

Quedó claro que a la mujer no le complacía aquello, pero tenía que hacerle caso. Durante el resto de la comida, Diana acaparó la atención de la mujer con su charla sobre peinados, babuchas, lociones para el cutis y sistemas para pulirse las uñas. Nunca antes en su vida había hablado tanto rato sobre estos temas.

Para cuando concluyó la comida, madame de Couriac, pese a sus esfuerzos, sólo había conseguido algún aparte ocasional con lord Rothgar. Diana no podía distinguir qué sentía el marqués al respecto. Hasta parecía divertido. Se resistió con dificultad a la

necesidad de lanzar miradas feroces al hombre. ¿No podía sentir la fiera tensión que llegaba de monsieur de Couriac?

Por entero disgustada, finalmente lanzó una sombría mirada fugaz al marqués y le encontró en su faceta más enigmática. No obstante, no parecía en absoluto irritado. Por supuesto que no. Todos los esfuerzos de Diana habían servido tan sólo para demorar lo inevitable. Si sentía ganas de estallar en lágrimas al respecto era por completo problema de ella. Aunque él fuera un tenorio atolondrado, aun así ella haría todo lo posible para protegerle de sí mismo.

Diana se levantó de la mesa sonriendo a la pareja francesa. -Estoy segura de que querréis levantaros temprano, para poder empezar mañana vuestro viaje en perfectas condiciones.

-Por el contrario -dijo madame de Couriac con una sonrisa suficiente-. Estamos pasando unos días aquí.

-Bien, pues nosotros continuamos mañana -dijo Diana.

-Y, por consiguiente, ¿nosotros sí debemos retirarnos, querida señora? -preguntó el marqués, haciendo que la frase sonara libidinosa.

Diana le lanzó una mirada feroz, pero tuvo que abandonar la lucha. Si él estaba decidido a cometer disparates, no podía hacer nada.

-Yo sí -replicó con tono gélido, e inclinó la cabeza a todos ellos-. Buenas noches.

Todos se levantaron, pero mientras salía, estuvo segura de que volverían a sentarse de inmediato, aunque no podía imaginarse por qué monsieur de Couriac no aprovechaba la excusa para llevarse a su mujer. Tal vez, pensó de pronto, planeaban uno de esos encuentros *ménage a trois* sobre los que había leído. Inconcebible, pero, ¿qué sabía ella en realidad sobre esos temas?

Tras cerrar la puerta de su habitación con un golpe brusco, reconoció que buena parte de su malestar se debía a los celos. Tenía celos de madame de Couriac por los placeres de la noche venidera, pero también de su libertad para seducir a un hombre del que se encaprichaba.

Oh, qué locura, pensó, quitándose los alfileres que sujetaban su gorro y retirando las horquillas que contenían sus rizos. La dama tenía un marido, y por lo tanto no debería ser tan libre.

Aunque malhumorada, se fue hasta la ventana para mirar a la calle. Estaba tranquila en el momento de la puesta de sol, excepto por el traqueteo ocasional de un carruaje que buscaba ya tarde repostar antes de continuar en dirección a York o Doncaster. Se sintió tentada de salir y disfrutar de un poco de aire fresco y ejercicio, pero sería un objeto de curiosidad. Todo el mundo debería saber aquí que la condesa de Arradale descansaba en el Swan, y con el gran marqués de Rothgar ni más ni menos.

Recordó sus pocas horas de libertad el año pasado cuando interpretó el papel de la doncella cubierta de granos de Rosa. Había encontrado un intenso placer en que no le hicieran caso y en no destacar. Ahora mismo, la doncella podría estar ahí fuera, charlando con otros criados, comiendo un bollo con dedos pringosos, tal vez incluso coqueteando un poco...

Echó una ojeada a Clara, que más o menos tenía su tamaño, pero luego dejó a un lado la idea. No serviría. Sin la pintura para el rostro, las ropas de sirvienta no tenían ningún sentido.

El marqués sí podía salir, por supuesto. Le reconocerían, pero no tendría importancia. No sabía explicar por qué era diferente para una dama, pero sabía que era así.

Existía el simple peligro del secuestro. Las nuevas leyes hacían menos probable un secuestro para asegurar un matrimonio, pero las leyes que daban a un marido control sobre la propiedad de su esposa significaban que siempre existía un riesgo. Por supuesto, si algún hombre intentaba eso con ella lo lamentaría, pero ¿cómo dejarlo claro para que a ningún cazador de fortunas se le ocurriera siquiera considerarlo?

Era una mujer, y por lo tanto, el mundo lo daba por supuesto, era débil y vulnerable. Con una sonrisa irónica contempló la posibilidad de andar con una pistola atada a la cintura. Y un cuchillo o dos...

Lo habría hecho de no ser porque en estos momentos no podía permitirse más notoriedad. Tenía que ser una perfecta dama vulnerable o arriesgarse a que la metieran en un manicomio..

Oh, Dios. Apoyó la cara en sus manos. Durante sus investigaciones recientes, había visitado el asilo de York. Era un lugar bien gestionado, pero era el infierno en la tierra, con gritos y sollozos, internos con rostros inexpresivos o risas maníacas, y otros que parecían normales hasta que empezaban a hablar.

¿Y si la mujer que había susurrado ansiosamente que era una princesa extranjera ... ?

No, no. Por supuesto que no lo era. Hablaba con acento de Yorkshire. De cualquier modo, Diana podía imaginarse a sí misma, totalmente perdida por el mero hecho de encontrarse en aquel lugar, intentando convencer a un extraño de que era una gran dama, encerrada de modo injusto.

Se enderezó para combatir un acceso de pánico. Había algo que sí sabía. El marqués nunca permitiría eso. Diana hablaba en serio al afirmar que le ofendía necesitar de la protección de él, pero también estaba agradecida. Agradecida especialmente por su promesa de casarse con ella como seguridad definitiva.

Luego entornó los ojos mientras se imaginaba obligada a ser una esposa complaciente mientras él buscaba el lecho de mujeres como madame de Couriac. Y la exótica Safo. Maldición, aquello ciertamente era otro motivo para evitar aquel extremo. ¡Acabaría matando a alguien de un tiro!

Se apoyó en la ventana abierta, con los codos en el alféizar, preguntándose si él y la maldita francesa estarían ya enredados en las sábanas del marqués. Luego oyó un parloteo rápido en francés bajo la ventana.

Bien, pensó, y su ánimo se recuperó, al menos no estaban liados todavía. Madame de Couriac y su marido estaban abajo en la calle, hablando rápidamente en voz baja.

¿Discutiendo? Tal vez finalmente él había adoptado una actitud firme.

-¡Lo he intentado! -exclamó la mujer.

-No lo suficiente. Vi el interés de él.

-¿Qué querías que hiciera? ¿Ir desnuda a su dormitorio?

-Si eso sirve al rey, sí.

La mujer profirió un sonido sibilante.

-No es ese tipo de hombre, Jean-Louis. Tiene que ser él quien dé el primer paso.

-Entonces haz que lo dé.

Una repentina amenaza en el tono de voz del hombre hizo que Diana se apoyara hacia fuera lo suficiente para ver. Había agarrado a su mujer por el brazo con un asimiento que parecía cruel, y ella le miraba fijamente, furiosa pero asustada.

-No sé... -Soltó un grito. Él debía de haber apretado el brazo-. ¡Lo intentaré!

El hombre la soltó y echó una rápida ojeada a su alrededor. No miró hacia arriba, pero Diana se refugió hacia dentro por si acaso.

¿En qué andaban metidos? ¿Por qué el hombre estaba tan desesperado por que su esposa se convirtiera en la amante de lord Rothgar? ¿Por dinero? ¿Una amenaza de contarlo al mundo si no pagaba? Sacudió la cabeza. No podía imaginar por qué el marqués iba a preocuparse por aquello.

Pero entonces soltó un resuello. ¿Por sangre? Si monsieur de Couriac descubría a su esposa en la cama del marqués, tendría un motivo para forzar un duelo. Sabía que lord Rothgar era un espadachín formidable, pero habría alguno mejor en el mundo. Elf había mencionado cierta preocupación por que el duelo anterior hubiera sido un intento de matar a su hermano.

¿Era éste otro?

¿Con un espadachín más dotado?

Con el corazón latiendo fuertemente, se asomó otra vez, pero la pareja francesa se había marchado.

Capitulo 11

-Clara -dijo Diana-. Vete a la habitación de lord Rothgar y di que quiero hablar con él.

Mientras esperaba, intentó pensar cómo expresar aquella delicada advertencia, pero Clara regresó casi al instante.

-No está en este momento, milady.

¿Ya estaba ocupado en alguna cita amorosa? No, no había habido tiempo. De todas formas, cuán desconsiderado por su parte, abandonar la posada.

-Regresa y di que tengo que hablar con él en cuanto vuelva.

Clara se apresuró a salir y Diana volvió a darle vueltas a aquella conversación. ¿Había dicho De Couriac algo acerca de servir a al rey? Maldición. No lo recordaba bien. Pensaba que sí.

Tal vez no era un intento de asesinato, pero sí de espionaje. Todos esos documentos. Sin duda, algunos eran delicados, tal vez incluso secretos. Tal vez madame de Couriac era la encargada de robarlos.

Un plan menos peligroso que el asesinato, pero aun así había que advertir al marqués. Y el muy maldito había salido.

Esta habitación elegante y confortable en la mejor hostería empezaba a parecerle una cárcel. Cuando Clara regresó, Diana le pidió una capa ligera y la presencia de su lacayo, y salió para disfrutar de la noche,. La gente se percataba de su presencia, pero no era insoportable.

Andaba alerta por si veía a la pareja francesa o al marqués, y al primero que vio fue a este último, que se despedía de un hombres que parecía un abogado rural. Diana se apresuró hacia él, pero, teniendo en cuenta las ventanas de la posada que quedaban situadas sobre sus cabezas, dijo:

-Solicito un momento de vuestro tiempo, milord.

-Pongo cien, un millar, a vuestras órdenes, querida dama.

Entornando los ojos al oír sus modales cortesanos, se volvió para caminar calle abajo, hasta que se encontraron lo bastante lejos de la posada.

-He alcanzado a oír a los De Couriac hablando, milord.

-¿Y?

Diana le miró rápidamente, azorada por las implicaciones de lo que estaba a punto de decir.

-Parecía que la instaba a ella a... a insinuarse a vos.

-La dama parecía un poco atrevida.

-¿Y tal vez peligrosa? -señaló ella, pues quería sondearle. ¿Eran todos los hombres tan distraídos cuando una mujer guapa les ponía ojos amorosos?

-Todas las mujeres son peligrosas, lady Arradale, como ya hemos establecido.

-No es probable que yo os mate.

-Ojalá pudiera estar seguro de eso. Pero -continuó-, ¿por qué pensáis que los encantos de madame de Couriac son fatales?

Sus temores empezaban a parecer injustificados.

-Por ningún motivo aparte de su apremio. Creo que él mencionó algo sobre servir al rey. ¿Podrían ser espías? ¿Andar detrás de vuestros documentos? ¿O soy una insensata al pensar que no pretenden nada bueno?

-Insensata, no. -El marqués cambió de nuevo el rumbo para regresar a la posada.- Gracias por vuestras advertencias. Me ocuparé de ello.

Pese a sus palabras, él estaba pasando por alto el peligro más serio.

-¿Y qué si el plan es forzaros a un duelo, milord? Asesinaros. -Él la miró a los ojos.

-Soy difícil de liquidar.

-¡Pero no imposible! Oí lo de vuestra última disputa en Londres, Si alguien planea una treta así, ahora habrán evaluado vuestra habilidad.

-¿Pensáis que monsieur de Couriac ha sido enviado como ejecutor?

-Creo que un hombre prudente no le daría motivos para un desafío.

Puso ojos risueños.

-Ah, pero ella es encantadora, ¿no es cierto... ?

Antes de que Diana pudiera discutir más, madame de Couriac salió apresuradamente por la puerta del Swan.

-Ah, lord Rothgar. ¡Gracias al cielo estáis aquí! -declaró ella en rápido francés-. Jean-Louis padece un dolor verdaderamente horrible. Hemos mandado llamar al doctor, pero nuestro inglés no es demasiado bueno y, en momentos así, aún peor. Es una molestia horrible pero, por favor...

Con las manos apoyadas en el brazo del marqués, puso mirada piadosa.

-Tal vez yo pueda ayudar, madame -dijo Diana con dulzura-. Mi francés es tolerable.

La francesa se volvió con una sonrisa falsa, bastante frenética. -Ay, lady Arradale, mi pobre marido, está medio desnudo...

-Ya veo. Espero que no sea nada serio, madame. Por favor, llamadme si necesitáis algo. Consuelo femenino, tal vez.

Diana se resistió a la necesidad imperiosa de lanzar una veloz mirada de advertencia al marqués. Sin duda no era necesario. Era famoso por ser endiabladamente listo. Tenía que ser capaz de ver una estratagema como ésta.

Rothgar se fue con madame de Couriac, con cautela pero también curioso por saber con exactitud detrás de qué andaban ella y su marido. La condesa podía tener razón al pensar que iban detrás de sus documentos, pero igualmente podía estar en lo cierto al pensar que pretendían acabar con su vida.

Si así fuera, sería otro argumento matemático. Sospechaba la implicación de D'Eon en el duelo con Curry. Si los De Couriac estaban tramando algo malo, era probable que estuviera relacionado con el francés.

Sonrió al pensar en la agudeza de lady Arradale y su rápida actuación, aunque no lo acogía especialmente bien ahora que ella debía interpretar el papel de la dama perfecta: la clase de dama ciega a las conspiraciones y a tramas políticas. Una dama que gritaría ante un ratón, se desmayaría por un susto y reaccionaría ante el peligro arrojándose en brazos del varón más próximo.

No una dama que intentaría su rescate.

Probablemente las próximas semanas iban a ser más difíciles de lo que había, previsto.

Pero interesantes.

Monsieur Couriac estaba tendido sobre la colcha, gimiendo. El alcance de su desnudez se limitaba a una cinturilla suelta y una camisa desabrochada.

-¿Ya habéis llamado al doctor, habéis dicho? -quiso saber Rothgar.

-Sí. -Madame de Couriac se llevó la mano a la cabeza-. Al menos, eso creo... estoy tan asustada... -Ella se acercó y él la complació rodeándola con el brazo. Ella se volvió para apretar el rostro contra el pecho de él. Una llamada a la puerta no le afectó lo más mínimo.

-Vaya.

El marqués la apartó a un lado y fue a abrir.

-Doctor Ribble -dijo el hombre que estaba allí. Flaco y serio, al menos parecía probable que interpretara su papel convenientemente.

-Entrad, doctor. Podéis ver a vuestro paciente. Soy lord Rothgar, y os serviré como traductor si es necesario.

La mirada perspicaz del doctor le comunicó que reconocía el nombre, pero por suerte, su actitud no se alteró. Se acercó a la cama y le hizo unas preguntas que Rothgar tradujo, y luego examinó al paciente.

Al final el doctor dijo:

-No encuentro los motivos del dolor, señor, aunque sí hay cierta sensibilidad. Lo único que puedo sugerir es descanso. A menudo estas cosas se pasan solas, y las medicinas sólo sirven para empeorarías.

Rothgar hizo un gesto de aprobación, pero madame de Couriac se puso rígida.

-¡Y creéis que pagamos por eso! -soltó en su imperfecto inglés-. ¡Tenéis que hacer algo!

-Madame, no se puede...

-¡Sois, un... un charlatán! -Se volvió a Rothgar-. ¿Cómo se dice?

-Exactamente así, madame. Charlatán. No obstante, el doctor probablemente tenga razón. Sin duda es algo que ha comido vuestro marido.

-¡Pero vos, pero yo, hemos comido lo mismo! Insisto en un tratamiento, o yo... no voy a pagar.

El doctor Ribble, sin abrir la boca, sacó de su maletín un frasco vertió un poco de líquido oscuro en una copa.

-Esto, madame. Si le dais una cucharada disuelta en agua cada hora, servirá para aliviarle, y no le hará daño.

-De modo que -declaró la dama, con sus magníficos ojos oscuros centelleantes-, primero no hay nada, y ahora hay algo. ¡Yo creo que odiáis a los franceses! ¡Queréis que todos nos muramos!

-En absoluto, madame. Serán cinco chelines por la visita, y otros dos por la medicina. Si necesitáis más, podéis enviar un criado a mi casa para buscarla. No obstante, no dudéis en llamarme si el estado de vuestro marido empeora.

Madame de Couriac sacó un monedero de seda de su bolsillo y se lo pasó a Rothgar con mano vacilante.

-Por favor, milord. Estoy tan alterada... Por favor, buscad las monedas para él.

Mientras ella regresaba tambaleante hasta el lecho para vigilar a su marido, Rothgar la complació, y se resistió a la necesidad imperiosa de compartir una sonrisa con el doctor. Se acordaría del doctor Ribble si alguna vez necesitaba un médico en esta localidad. Estaba seguro de que la medicina era un jarabe inofensivo con algunas hierbas para conseguir que su sabor fuera desagradable. ¿Quién, al fin y al cabo, creería en una medicina agradable? Tal vez incluso un toque de opio para que el paciente se quedara dormido.

Cuando se fue el doctor, se volvió y descubrió a madame de Couriac dando con ternura un poco de medicina a su reacio marido. El hombre vio que Rothgar les observaba y dijo en francés:

-Tiene un gusto asqueroso, milord.

-Estas cosas normalmente saben así, monsieur. No obstante, recomiendo que lo toméis. El doctor parecía saber de lo que hablaba.

De Couriac vació el vaso y luego se encogió de hombros.

-Y ahora -arrulló su esposa-, tápate bien, querido mío, y descansa. Pronto, estoy segura, volverás a estar completamente recuperado.

Aunque Rothgar no tenía motivos para quedarse, permaneció allí, Intrigado por ver lo que sucedía a continuación. Su viaje no era ningún secreto. Su noche aquí se había organizado con antelación. Le había adulado pensar que madame de Couriac estaba haciendo todo lo posible por meterse en su cama, pero lo más probable era que se tratara de otro intento de atentar contra su vida.

La pregunta interesante era, ¿por qué? ¿Por qué los franceses estaban tan desesperados por deshacerse de él? Tenía cierta influencia sobre el rey, y era sabido que le recomendaba que se

mantuviera firme contra ellos. Instaba a poner límites a las exportaciones de cualquiera que les ayudara a reconstruir su flota, igual que insistía en la destrucción apresurada de las fortificaciones de Dunkerque.

Nada de aquello parecía una justificación para su asesinato. Siempre quedaba la posibilidad de que madame de Couriac arrojara cierta luz sobre los asuntos.

Cuando la mujer consiguió que su esposo se quedara postrado como ella quería, se volvió a Rothgar, una imagen de feminidad agradecida, y se adelantó para tomar las manos del marqués.

-¿Cómo puedo daros las gracias, milord? Habéis sido tan amable, tan generoso... -Entonces se tambaleó-. Oh, me siento... oh.

El marqués la sostuvo contra su cuerpo como claramente se esperaba que hiciera. En aquellos momentos hubiera sido sumamente tentador hacerse a un lado y dejar que la dama se desplomara sobre el suelo. Ya lo había hecho una o dos veces con anterioridad.

En esta ocasión, no obstante, la sostuvo con ternura.

-Madame, por favor. Venid a mi salón para tomar un poco de coñac. Debemos dejar dormir a vuestro marido.

-Sois muy amable -susurró ella, desmayada sobre él. Ahora el papel de él era recogerla en sus brazos, pero se limitó a sostenerla mientras se dirigían a la puerta y bajaban las escaleras. En el piso inferior, echo una ojeada a la puerta de lady Arradale, esperando verla husmeando. Estaba seguro de que lo habría hecho de haber sabido el momento exacto en que iba a regresar.

Aunque comprendía su curiosidad, confiaba en que no interfiriera antes de descubrir con exactitud qué estaba sucediendo.

Guió a la dama francesa hasta el salón y hasta la meridiana, le sacó los zapatos y le subió los pies para que se quedara reclinada. Una vez que vio que era imposible sentarse al lado de ella, se fue a servir un poco de brandy de su propia reserva, que transportaba con él y que sirvió para ambos.

Ella sorbió, suspiró y dijo:

-Vuestra amabilidad es extraordinaria, milord, os estoy muy agradecida. Encuentro que muchos de vuestros compatriotas no son tan comprensivos.

-Nuestras naciones han estado en guerra recientemente, madame.

-Ay. ¿Pero vos? -Mirándole fijamente, bebió de su copa frunciendo los labios en exceso, apretando el labio inferior contra la copa mientras la vaciaba lentamente . ¿Vos -ronroneó- sentís todavía enemistad hacia el pueblo de Francia?

-Intento que mis sentimientos por una nación no afecten a mis sentimientos por los individuos, madame.

-De modo que -dijo ella con otro sorbo sugerente y una mirada entornada desde debajo de sus largas pestañas oscurecidas-, ¿no sentís enemistad hacia mí?

-Con toda certeza, no.

-Me alegro muchísimo -murmuró ella, tendiendo una mano. Cuando él la tomó, recogió sus piernas y, como era predecible, le atrajo para que se sentara en la meridiana al lado de sus pies-. Yo no siento ninguna enemistad hacia vos, lord Rothgar. Ninguna en absoluto...

-¿Y por qué deberíais sentirla, de hecho?

Aquello pareció desconcertaría durante un momento, pero dejó a un lado su copa y apretó con sus pies calzados en medias el muslo del marqués, flexionando allí sus dedos.

-De hecho, más bien lo contrario... -Tendió ambas manos, balanceándose para acercarse un poco más-. Oh, milord, esto es una locura... pero... no puedo resistirme a vos. ¡Os he deseado durante toda la velada!

Ágil como un gato, ella se colocó sobre él, extendiendo sus manos por el cuello del marqués.

-¡Tomadme!

Él le siguió el juego, y tomó por lo menos su boca ansiosa, perfumada, pese a no ser del todo aficionado al pachulí. Las manos de ella empezaron a manosear frenéticamente los botones del chaleco de él.

El marqués se las cogió.

-Despacio, madame, despacio. Soy un hombre al que le gusta beber la copa del placer sorbo a sorbo...

Sentada totalmente recta en una silla en su habitación, Diana hervía de Inquietud. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué debería hacer?

Había puesto a vigilar a sus propios sirvientes, y sabía que el doctor había visitado al francés, no había encontrado nada particularmente anómalo en él, y se había marchado. También

sabía que el marqués se había llevado a la francesa, víctima de un desfallecimiento, a su salón privado.

¿Por qué? Podía adivinarlo. Si ella estuviera en su lugar, también querría descubrir con exactitud qué tramaban los De Couriac. De tolos modos, una pequeña parte de su ser seguía inquieta por la posibilidad de que él fuera absorbido por la espiral viperina de la mujer. La necesidad compulsiva de correr a interrumpir aquello era casi incontrolable, pero la controlaba.

Tenía un hombre vigilando la habitación del francés, que le comunicaría si éste se movía.

Aunque sin duda era una estupidez pensar que el marqués estaba exponiéndose al peligro, especialmente después de sus advertencias, no podía pasar todo aquello por alto e irse a la cama.

No estaba molesta por lo que pudiera estar sucediendo en el salón contiguo. En absoluto. No negaba su curiosidad -hubiera pagado generosamente por un agujero en la pared-, pero no era más que eso.

No eran celos. Nunca podría sentir celos de una criatura como madame de Couriac.

En aquel momento, su lacayo llamó a la puerta y entró.

-Se oyen algunos ruidos en la habitación del franchute, milady. Probablemente se esté vistiendo.

¡Por fin! Diana se levantó de un brinco.

-Regresa al pie de las escaleras. Toma. -Le puso un pesado libro en las manos-. Si empieza a bajar las escaleras, déjalo caer. ¡Vamos!

Dejó la puerta abierta y se quedó allí de pie, aguzando el oído para distinguir el golpe, aunque sabía que sería lo suficientemente fuerte como para oírlo con la puerta cerrada.

Tal vez el francés sólo estaba buscando el orinal. Si no fuera así, o bien se estaba preparando para registrar los papeles del marqués o, más probable, para irrumpir en la estancia contigua y lanzar un desafío letal.

«Vamos. Vamos»

Si monsieur de Couriac no bajaba, ella no tendría ninguna excusa para interrumpir al marqués y la mujer francesa. Eso sería una lástima en parte por su curiosidad y en parte por sus celos.

No. No se pondría celosa o acabaría por volverse loca. Sin duda, Londres estaba lleno de amantes del marqués, incluida aquella misteriosa poeta erudita...

Un golpe seco.

Diana se levantó de un salto y, a continuación, tras respirar a fondo, siguió con su plan. Recorrió enérgicamente el corredor y entró al salón sin llamar a la puerta, preparada para soltar una exclamación de conmoción.

-Oh -dijo, encontrando al marqués sentado en la meridiana, con uno de los delgados pies de madame de Couriac en sus manos. Parecía estar aplicándole un masaje, y la dama permanecía tendida con suma languidez.

Madame, no obstante, soltó un gritito y se incorporó. Ahora estaba mirando fijamente a Diana con aturdimiento. Estaba claro que no era quien esperaba. Liberó su pie de todos modos y se volvió para sentarse erguida y ponerse los zapatos.

-Muy relajante, milord.

-Desde luego. -El marqués se levantó, con expresión ilegible -¿Necesitáis algo, milady?

«Podríais frotarme los pies», pensó, pero dijo: -Brandy.

-¿Los sirvientes no están disponibles? Tendré que hablar con ellos al respecto.

¿Estaba enfadado? Imposible saberlo. No obstante, sirvió un poco de brandy en una copa, y se volvió para pasársela a Diana. Las puertas se abrieron de par en par y un monsieur de Couriac desaliñado entró tambaleante.

Y se quedó parado.

-Monsieur -dijo lord Rothgar con su tono más benigno-, estáis recuperado. Qué maravilla. ¿Brandy?

Tras un momento de desconcierto, madame de Couriac se levantó de un brinco y corrió hasta su marido.

-Jean-Louis, cheri. ¡Cuánto me alegro! Pero vuelve a la cama y descansa. Todavía no puedes estar bien del todo.

Tras una mirada furiosa, frustrada, monsieur de Couriac permitió ser guiado fuera de la habitación.

El marqués se acercó para cerrar la puerta, dejando a Diana a solas con él. Los nervios de ésta sufrieron una sacudida.

¿Estaba enfadado?

¿Cómo era posible que estuviera enfadado? ¡Tal vez acababa de salvarle la vida!

Él dejó la copa de brandy en las manos de ella.

-Tal vez haya alguna confusión, lady Arradale, en cuanto quién protege a quién.

Estaba enfadado. Qué típico de un hombre. Calentando el brandy entre las palmas de la mano, Diana preguntó:

-¿Queréis decir que deseabais que os atraparan, milord?

-¿Masajeando los pies de la dama? Inusual, pero poco más que eso. Especialmente teniendo en cuenta que ella estaba tan afligida por el malestar de su pobre marido.

-Yo no podía saber qué era lo que ibais a hacer.

Él dio un sorbo sin hacer comentarios.

Diana saboreó el brandy, luego lo calentó un poco más.

-De modo que, ¿estabais evitando deliberadamente algo más escandaloso?

-Parecía prudente.

¿Debería disculparse? Podía irse al infierno, si esperaba sus disculpas. Al infierno también, si la despedía sin saber qué sucedía.

-Muy bien -dijo ella, sentándose en la meridiana aún caliente del cuerpo de madame de Couriac, que incluso retenía un fantasma de su perfume sugerente-. ¿Qué pretenden?

Se acercó y se sentó en el otro extremo, como se había sentado con la otra mujer, a excepción de que el metro de damasco azul que se extendía entre ellos no estaba ocupado.

-Tal vez sea lo que parece, lady Arradale. Ella es una impúdica, él está enfermo.

-Tal vez.

-¿Lo dudáis? -Dejó a un lado su copa-. Poned los pies sobre mi regazo.

Diana se lo quedó mirando.

-¿Por qué?

-Me apetece frotar pies.

Él estaba de un humor extraño y posiblemente peligroso, pero Diana anhelaba saber qué se sentía. Se desprendió suavemente del zapato de su pie izquierdo y se desplazó para poder colocarlo sobre el muslo de él. Aquello por sí solo exigió un buen trago de licor fortificante. Él rodeó su pie con ambas manos y empezó a frotar el empeine con los pulgares.

Contuvo un gemido de placer.

-Tal vez ella sea una impúdica -dijo con voz tan firme como pudo-, pero él no está enfermo.

-Lo más probable es que lo esté en cierto modo después de tomar la poción que le dejó el doctor. Pero, no, fundamentalmente tenéis razón.

-Entonces, ¿qué pretenden?

Ahora sus pulgares trabajaban a lo largo de la base de la punta del pie. Diana no pudo evitar relajarse hacia atrás y temió mostrarse tan distendida como la francesa.

-Podrían andar detrás de mis documentos -comentó él, mientras ejercitaba aquella magia con sus pulgares, pero con su mirada en Diana-, pero entonces De Couriac habría ido a mi alcoba, en vez de venir aquí. Por lo tanto...

-Por lo tanto -continuó ella- confiaba en forzar un duelo. ¿Teníais eso en cuenta?

-En parte.

-De todos modos, él podría haber exigido un duelo. Estabais a solas con su esposa.

-Su esposa, quien había solicitado mi ayuda y a quien se ha visto apurada esta noche en la entrada de la posada. No, no podía haber insistido en un duelo.

Diana tenía que creer que él comprendía estas arcanas costumbres masculinas.

-¿Y ahora qué?

Sus manos se pararon.

-Ahora, lady Arradale, debería besaros el pie. -Una mano, una uña, subió por su empeine rodeando el talón y siguió luego por el hueso del tobillo-. Pero eso requiere que os quitéis la media. Lo cual constituye un entreacto en sí mismo...

Mientras sus dedos se deslizaban desde el tobillo hacia la pantorrilla, ella miró fijamente aquellos ojos oscuros, aturdida.

-¿Deseáis que el juego continúe? -preguntó.

Los latidos acelerados de su corazón se estabilizaron. Esto, entendió, era como la invitación de seducción en el baile del año pasado. No tanto una petición amorosa como una provocación. Tal vez, incluso, un castigo menor por entremeterse en sus asuntos.

Con pesar anhelante, retiró el pie de sus manos laxas, y se sentó erguida.

-Creo que no.

-Yo también he pensado que no.

Ella apuró su brandy y se levantó, pero tuvo que preguntar:

-¿Por qué habéis hecho eso?

Contra toda norma de etiqueta, permaneció sentado. -Vuestra curiosidad era palpable.

Sí, castigo en cierto sentido. Se negó a dar muestras de azoramiento.

Tal vez debería haber desenmascarado su farsa, pero sabía que él habría seguido hasta el final Con aquello, incluso hasta el sexo. Que era una idea interesante en sí misma. Tal vez él pensara que era un castigo, pero ella podría verlo bajo una luz por completo diferente.

-Siento curiosidad -dijo Diana, pasando por alto el calor en sus mejillas- por muchísimas cosas.

-La curiosidad, no obstante, es uno de los azotes del alma, y el discernimiento puede llevar por los caminos más sombríos.

-Cuán tedioso moverse siempre a la luz. -¿Podría ella? ¿Aquí? ¿Con él?

-Pero más seguro.

-¿Queremos estar seguros?

Entonces él sí se levantó.

-Algunos peligros son demasiado serios como para jugar con ellos. Y vos, querida mía, estáis jugando. -Le cogió la mano para besarla sin más afecto que el que exigía la cortesía-. Buenas noches, lady Arradale. Partimos temprano mañana.

Tras aquella despedida, a Diana no le quedaba otro remedio que marcharse, aunque no pudo resistirse a echar una mirada atrás. ¿De verdad había querido decir lo que ella pensaba que quería decir? ¿Que aquel entreacto había sido peligroso para él?

Una vez en su habitación, permaneció inmóvil mientras Clara la desvestía, intentando asimilar lo que acababa de suceder.

Sus manos en sus pies.

Algo simple, no particularmente perverso. Podría pedir a Clara que hiciera aquello si lo deseaba.

No habría sido lo mismo.

La forma en que se deslizaron sus dedos desde el tobillo a la pantorrilla.

Aun así, nada escandaloso, a excepción de la sugerencia de que le permitiera quitarle la media. Cuando Diana había pensado con anhelo en lascivia y pecado, quitar medias no constituía un elemento significativo.

Ni el masaje de pies. ¡Cuánto tenía que aprender!

La curiosidad, no obstante, no explicaba su abatimiento mental. La sugerencia de que, pese a su actitud parsimoniosa, el marqués de Rothgar podría estar experimentando el mismo arrastre arriesgado hacia una interacción peligrosa, la superaba, la deslumbraba.

A oscuras en la cama, con Clara durmiendo a su lado, Diana permaneció despierta, con la mente revoloteando en torno a ideas, como una mariposa nocturna alrededor de una lámpara de cristal. Y eso, por supuesto, era el problema.

Una clara barrera se levantaba entre ella y la llama tentadora. Aunque se estrellara contra el obstáculo, la llama no era para ella. No podía permitirse un matrimonio, y ahora sabía que él no podía ser un amante casual.

Como él había dado a entender, precisamente ese calor entre ellos hacía que fuera demasiado peligrosa la aproximación.

Capitulo 12

Diana bajó a desayunar con cautela a la mañana siguiente. Pero, si la noche anterior el marqués había perdido el control tan sólo momentáneamente, aquel error había sido enmendado. Mientras desayunaban huevos y unas salchichas excelentes, la trató exactamente como a una dama aristocrática que era escoltada por

él a Londres. El intercambio fluido de conversación intrascendente volvía a ser un enrejado de hierro tramado entre ellos con esmero.

Diana no tuvo otro remedio que sentirse aliviada cuando el asistente del marqués, Fettler, llamó y entró en la habitación.

-¿Sí? -preguntó Rothgar.

-Referente a la pareja francesa, milord. Se marcharon por la noche.

Lord Rothgar alzó las cejas.

-Sin pagar la cuenta, cuán reprobable.

Diana se puso alerta. El marqués, de hecho, no parecía en absoluto sorprendido. Por primera vez, se preguntó si él se habría librado cruelmente de sus posibles asesinos.

-En cuanto a eso, milord -contestó el criado-, dejaron suficientes monedas. Y restos de sangre en el suelo.

Diana se quedó mirando. Hasta entonces, sus especulaciones habían sido un pasatiempo, pero ahora tenía que tomárselas en serio.

-Aún más -dijo el asistente-, un criado que se hallaba en las proximidades oyó un chillido y luego un grito.

-¿Un chillido femenino y luego un grito masculino? -quiso saber Diana. Primero un asesinato, luego el otro. Estaba empezando a sentirse conmocionada después de todo.

El hombre de mediana edad se volvió a ella. -Precisamente, milady.

-Entonces -preguntó-, ¿alguien llegó de hecho a verles marchar?

-Oh, sí, milady. Hicieron levantarse a un mozo para que les ensillara los caballos. Fue a él a quien dejaron el dinero. De otro modo, el mozo no les habría permitido partir.

-¿Heridos? -preguntó decepcionada y a la vez aliviada, al tiempo que lanzaba una rápida ojeada al marqués. Se estaba divirtiendo con ella una vez más.

-El mozo no puede estar seguro, milady, pero cree que monsieur de Couriac se agarraba un brazo, y la dama podría tener una marca en el rostro.

-¿Algo más, Fettler? -preguntó el marqués. Cuando el asistente dijo que no, le despidió, luego se volvió a ella y le acercó el plato de salchichas a su lado de la mesa-. Tomad más de éstas, lady Arradale, mientras seguís especulando.

Diana atravesó una de las longanizas con su afilado tenedor.

-No seáis tan protector conmigo, milord. -También la irritaba que él se hubiera percatado de que ya se había zampado dos salchichas.

-Os pido perdón. Ciertamente no tengo deseos de ser paternal con vos. ¿Qué conclusiones sacáis de esta pequeña saga?

Pasando por alto la punzada que le produjo pensar momentáneamente en qué tipo de relación desearía él, Diana respondió:

-Que él la pegó por no haber conseguido comprometemos, y que ella le hizo algo, tal vez con un cuchillo, como respuesta. -Cortó la carne. -Yo ciertamente lo habría hecho.

-Lo tendré presente. -Se sirvió más café-. ¿Y por qué marcharse, especialmente si él estaba herido?

Diana masticó, pensando.

-¿Por temor a vos? 0 -añadió-, ¿por temor a su jefe? -Se detuvo mientras se llevaba otro pedazo de salchicha a la boca-. ¿Para preparar alguna otra trampa?

Evidentemente, él no empalideció de aprensión, pero sí dijo: -Tenemos suerte de viajar con escoltas armados.

Diana bajó el tenedor.

-Lord Rothgar, ¿por qué los franceses iban a estar tan decididos a asesinatos? Como persona atrapada en medio, creo que tengo derecho a saberlo.

-¿Qué motivos tiene cualquiera para desear la muerte de otro?

-¿Que tenga tendencia a hacer demasiadas preguntas? -respondió con aspereza-. No sois Sócrates, milord, y yo no soy vuestra alumna.

Una sonrisa estiró los labios del marqués.

-Entonces haré de Sócrates conmigo mismo. ¿Qué motivos tiene alguien para asesinar? -Contó sus largos dedos-. Uno, venganza. Sería un motivo extremo, y no creo que haya perjudicado a Francia hasta tal grado. Dos, beneficio. La única persona que podría beneficiarse materialmente de mi muerte sería Bryght, y él no trabaja para los franceses.

-Tres -ofreció Diana-, miedo a lo que vos pudierais revelar.

-No tengo secretos. -Al oír el bufido de incredulidad, dijo-: Cuatro, temor a lo que la víctima pudiera hacer.

-Si no tenéis secretos, milord, os deleitáis siendo falsamente misterioso. -Pero siguió pensando sentada, y encontró la mirada de él-. ¿Temen los franceses lo que vos podáis hacer? ¿Sois una armada de un solo hombre?

-Me gustaría pensar eso.

-¿Hace falta que os recuerde que la armada fracasó y acabó hundida?

-Ay -dijo él, y sus ojos se arrugaron con lo que pareció hilaridad sincera-. Sólo podemos esperar que mi escuadra acorazada consiga hacerlo mejor.

-Lo cual nos presenta otro problema, milord -dijo ella, intentando ser inflexible.- La armada era nuestra enemiga. Yo, en cambio, tomo como modelo a la gran reina Bess, quien instigó la oposición a la flota española.

-¿Y despreció reiteradamente la idea de que cualquier príncipe de Europa se atreviera a invadir las fronteras de vuestro reino? -replicó él, ofreciendo otra versión del famoso discurso de la reina en Tilbury, cuando envió a su ejército a enfrentarse a su poderoso adversario.

-Precisamente, milord. Como demostré el año pasado.

La sonrisa volvió a tirar de los labios de él, pero el marqués dijo: -Oh, querida. ¿Debo recordamos nuestro plan de que interpretarais a una dama convencional?

-Maldición. -Sus mejillas le ardieron como consecuencia de la culpabilidad-. Lo haré cuando sea necesario.

-Eso dice el borracho al que se le ordena que deje el brandy.

-Es problema mío, milord, y yo me ocuparé de ello.

-No obstante, yo me he unido a vos en esto.

-¡No porque yo lo haya elegido!

-No, pero estamos unidos por el destino.

Diana se le quedó mirando.

-Hasta que esto haya terminado -replicó. El marqués dio otro sorbo al café.

-¿Y cuándo habrá terminado?

-Cuando yo regrese al norte. -Entonces ya no estaba segura de lo que estaban hablando.

-Este compromiso se habrá acabado entonces, pero, al igual que con los franceses, el problema persistirá. Entonces será

necesaria vigilancia constante. Este nexo, milady, acaba con la muerte. 0 con vuestro matrimonio.

No estaban hablando del comportamiento de Diana.

-0 con el vuestro -sugirió sin aliento.

-Yo no me casaré. Pero incluso en tal caso, eso no pondría fin a vuestra necesidad de protección. Fuera del matrimonio, vuestra situación os hace vulnerable.

Ahora no sabía de qué estaban hablando.

-No puedo hacer caso omiso de vuestra situación -continuó el marqués-. No me entremeteré, pero si en el futuro surgen problemas, estaré a vuestro servicio.

Diana no era tan insensata como para negar los beneficios de eso, pero se tragó la amarga decepción. Protección. ¿Eso era todo?

-Estábamos hablando, creo, de vuestros problemas, milord, no de los míos. Si los franceses desean deshacerse de vos, ¿qué haréis?

-Existe poca defensa contra un asesino decidido a perpetrar su crimen. No obstante, en este caso, parece que pretenden hacer que parezca un acto de pasión más que una cuestión de sangre fría.

-Oponed resistencia a la pasión, entonces, milord, y los dos estaremos más seguros.

La mirada serena de él descansó en la de Diana.

-Totalmente de acuerdo, querida dama.

De modo que no habían estado hablando sólo de los franceses. Tras un momento de interrupción, Diana bajó la vista a la salchicha que tenía a medio comer y descubrió que había perdido por completo el apetito.

Seguridad.

Siempre había pensado que la seguridad prometía una vida de lo más aburrida.

Sin apenas darse cuenta, acababan de disfrutar de un intenso intercambio de ingenio e ironía, un intercambio de carácter singular y valioso. También había surgido algo cercano a la amistad, que ciertamente nunca antes había esperado de este hombre. No la amistad íntima que tenía con Rosa, pero amistad de todos modos.

0 tal vez algo más.

Algo que sin duda resultaba seguro.

Dejó el cuchillo y el tenedor, empujó el plato a un lado y cogió la taza. Al dar un sorbo, comprobó que el café estaba frío. Dejó la taza,

alzó la vista y le encontró a él mirándola aún, como si esperara algún tipo de respuesta.

Diana tomó aliento y respondió con la misma respuesta que había dado la noche anterior.

-¿Y si no quiero seguridad?

-Me he comprometido a garantizárosla. En todo. A pesar vuestro. -Se levantó e indicó la puerta-. Deberíamos ponernos en marcha, lady Arradale, si queremos llegar esta noche a Stamford.

Diana tomó aliento otra vez y soltó el aire con cuidado. Aquello era una advertencia clara y una declaración de intenciones, y sin duda él era un hombre sensato. Pero al igual que el borracho al que le gusta el brandy, ella todavía no quería ser sensata.

Especialmente ahora que tenía la impresión de que acababa de empezar a saborear todos las suculencias de un licor potente.

Cuando aquella noche atravesaron traqueteando el puente de Stamford, Diana tenía dolor de cabeza y un deseo terrible de ser insensata, fuera peligroso o no. ¡Nunca, nunca se hubiera imaginado que el mero hecho de estar sentada junto a un hombre durante ocho horas pudiera provocar tales estragos!

Más que nada, lo que había vuelto el viaje tan insoportable era el hecho de que él hubiera regresado a la cortesía distante.

El marqués había continuado con sus papeles, aunque de vez en cuando -tal vez a modo de leve respiro- se había dedicado a leer lo que parecía un denso tomo. Por curiosidad, Diana había intentado echar una ojeada al título, pero puesto que la preocupaba aún más la posibilidad de que él la pillara mirándole, finalmente no lo había conseguido.

Al fin y al cabo, se decía milla tras milla, el marqués tenía razón. Si entre ellos había nacido algún tipo de atracción, ésta sólo prometía desastres, no deleites. Ninguno de los dos querría permitir que aquello siguiera adelante.

0 más bien, sería enormemente insensato por parte de cualquiera de los dos querer algo así.

Consciente de él en todo momento, Diana se había dispuesto a leer sus libros, aunque sin confiar en poder conseguirlo. Ni siquiera el ocurrente Pope había logrado mantenerla atenta.

La única distracción verdadera que había encontrado era la de estudiar el borde del camino y los jinetes que pasaban, manteniéndose alerta a la aparición de los De Couriac u otros

asesinos potenciales. No obstante, para mediodía había decidido que el miedo era un fantasma. La pareja francesa sin duda habría comprendido que se había buscado la enemistad de un hombre muy importante y habría huido.

Para el almuerzo, ella y el marqués compartieron mesa y conversación. Diana, por supuesto, ya no esperaba nada parecido a la breve demostración de conversación distendida de la que habían disfrutado durante el desayuno, pero sí había esperado un poco de la misma cordialidad.

Sin embargo, él se mantuvo bajo control en todo instante. Bien podían haber sido completos desconocidos.

A veces, Diana pensaba que lo eran.

De hecho, eran desconocidos, se dijo mientras el carruaje traqueteaba por una estrecha calle de Stamford. Cada uno de ellos sabía poco de la vida del otro o de sus pensamientos internos. No obstante, cuando ardía el deseo, se descomponía toda lógica, y Diana tuvo que aceptar que se había dejado poseer por un deseo embarazoso por el marqués de Rothgar.

A lo largo del día, había sido consciente de la manera en que el cuerpo de él ocupaba el espacio del coche situado a su lado. A tan sólo centímetros de distancia, en algún momento él, al moverse, incluso había sacudido las ropas de Diana. Con cualquier otro hombre, ella no habría prestado atención, pero con éste, cada movimiento propagaba chisporroteos por su piel, y cada respiración de él se hacia suya.

En un momento, fingiendo dormir, le había observado desde debajo de los párpados entornados. Había observado sus manos. Se había deleitado en ellas.

En este instante volvía a echarles una ojeada. Tan hermosas. De palma y dedos largos, pero de fuertes huesos, y elegantes tendones y músculos que se movían con flexibilidad, apartando papeles y libros. El gran rubí insertado en el anillo de oro captaba, de vez en cuando la llamarada de la puesta de sol y relumbraba con fuego carmesí. La belleza delicada de los puños de encaje resaltaba el poder de sus manos.

Medianoche de encaje, recordó. Pero las manos no eran oscuras ni amenazadoras. No eran en absoluto amenazadoras. Se las podía imaginar fuertes en torno a la empuñadura de una espada, pero también las recordaba diestras en torno a su tobillo...

Poder de acero en medio de una fragilidad sedosa.

Masculino y femenino.

La fuerza masculina de él y la fragilidad sedosa de ella. Oh, sí, pensaba mientras el carruaje se detenía tembloroso en el patio de la posada George, le encantaría, contra toda razón, sentirse toda sedosa fragilidad bajo la dedicación de aquellas manos tan masculinas.

Tras unos momentos de aturdimiento se encontró en su alcoba, que por supuesto era perfecta y estaba completamente preparada para su llegada, incluida su propia almohada de plumas. Libre de la presencia de él, reconoció que había estado columpiándose al borde del desastre.

Y seguía haciéndolo.

Tras una pugna interior, encontró fuerzas suficientes para resistir y envió un mensaje diciendo que tenía dolor de cabeza y que cenaría en su habitación. Aunque tal vez anhelara revivir fragmentos de la embriagadora compañía y atención del marqués, era lo suficiente sensata como para evitar, esperaba, sufrimientos estériles.

Y, si también aquí había otro grupo de espías franceses esperando, conspirando para liquidar al marqués, ¡seguro que él solito podía ocuparse del asunto!

De todos modos, tras una hora de descanso y una comida ligera, Diana volvió a recuperar el sentido común y el equilibrio. Incluso fue capaz de reírse un poco de sus propias reacciones desmesuradas, y deseó que Rosa estuviera con ella para poder compartir con alguien sus tonterías. Envió a su lacayo a que se enterara si había huéspedes franceses en el George, en concreto los De Couriac. El marqués no necesitaba en absoluto de su protección, no quería su protección, pero proporcionarla iba con el carácter de Diana tanto como iba con el de él.

Al fin y al cabo, pensó, él estaba causando un efecto verdaderamente debilitador en ella, pero había que tener en cuenta que él había insinuado que estaba padeciendo algo similar. Tal vez el marqués no pensara con claridad.

El lacayo regresó para decir que no había huéspedes franceses.

-¿Y el marqués? -preguntó al criado-. ¿Sabemos dónde está?

-En su comedor, milady. Con una visita.

Las imágenes de De Couriac la asaltaron de inmediato. -¿Qué tipo de visita?

-Una dama, milady, que viaja a Nottinghamshire. ¿Otra vez? ¿Acaso estaba loco?

-¿Quién?

-Bien, milady, lo extraño es que se hace llamar por un solo nombre, y además inusual. -Antes de que él lo dijera, Diana ya lo sabía-. Safo.

Su respiración se entrecortó. ¿Un encuentro planeado después de tantos días separados? Aunque fuera fortuito, ofrecía claramente al marqués una oportunidad de distraerse de cualquier efecto menor que ella, Diana, pudiera tener sobre él.

Maldito. Malditos los dos.

Lo que tendría que hacer ella era vestirse con sus mejores galas, bajar al piso inferior y encontrar a alguien con quien coquetear. En vez de ello, una sensación de vacuidad y decaimiento la sujetó a la silla. Sí que había algo seguro, esta noche no irrumpiría en el comedor, y tampoco deseaba ningún agujero en la pared.

No quería saber.

Pidió a Clara que jugara a las cartas con ella, y perdió. De modo que bebió un par de copas del idóneo oporto de la posada y se fue pronto a dormir.

Rothgar sirvió oporto a Safo.

-Siento que lady Arradale no haya venido a cenar. Te caería bien.

-¿Te cae bien a ti? -preguntó ella.

-Mucho. -Era una pena que Safo viajara hacia el norte. Sospechaba que iba a necesitar una amiga con quien hablar. Hasta que la había visto llegar, no había sido consciente de lo tenso que se había sentido durante todo el día.

-¿Por qué? -preguntó Safo.

Ah, el problema de los viejos amigos. Se percataban de demasiadas cosas.

-¿Por qué me cae bien? Por las cosas habituales. Valor, honor, espíritu, inteligencia.

-Para la mayoría de los hombres sería pechos, caderas, labios y generosidad.

Rothgar sonrió.

-Yo no soy la mayoría de los hombres. Tiene las partes requeridas en una forma muy agradable, pero no son las cosas que importan.

Ella se reclinó hacia atrás en la silla, sorbiendo el vino, mientras la luz de las velas jugueteaba en su hermoso e inusual rostro. Su piel tenia el color moreno del café con una buena cantidad de leche añadida. Tenía altos pómulos y ojos grandes, como almendras oscuras del arte bizantino. Contaba con todas las demás partes habituales, y en forma magnífica, pero no era eso lo que había forjado aquella amistad que venía durando ya diez años.

Tal vez fuera útil permitirle que sondeara. Le conocía mejor que nadie, y como cirujana del alma tenía cierta destreza.

-¿Es una atracción del espíritu? -preguntó.

-No diría eso.

Ella le estudió.

-¿Se desmorona por fin tu determinación, Bey?

-En absoluto.

-Lástima.

Ya habían hablado antes de aquello, por supuesto, y con ella no reaccionaba con perspicacia.

-¿Es la autoindulgencia ahora una virtud?

-La flexibilidad lo es. A veces, incluso retirarse es prudente.

-Sólo para combatir otro día.

-A veces se firma la paz.

-¿Tras una retirada? ¿Una paz con grandes concesiones y pérdidas?

Ella vació la copa.

-¿Quién es tu enemigo?

-En esto, la locura.

-Luchas contra un fantasma.

-No.

Safo le miró con mirada serena. Aunque se unían físicamente cuando les convenía, su conexión más profunda era la de la mente. Para ella, porque eran pocos los hombres que la amaban con sensualidad e inteligencia al mismo tiempo. Para él, porque con ella, no necesitaba amoldarse, fingir o competir. Y por supuesto, se podía suponer que era estéril después de veinte años de vida sexual sin concebir.

Safo colocó sobre la mesa sus manos enlazadas relajadamente.

-Hace muchos años, decidiste que el enemigo era nefasto y las batallas menores. Ahora, el equilibrio ha cambiado.

Sintió la punzada del escalpelo, y un impulso a encogerse. Pero dijo:

-¿Por qué crees que algo ha cambiado?

-No por esta lady Arradale, Bey. Durante los últimos años, las cosas han cambiado en torno a ti.

-¿Una plaga de matrimonios y nacimientos? Ella comentó lo mismo.

La mirada de Safo se entornó.

-Ah, entonces, ojalá la hubiera conocido. ¿Qué ha sucedido hoy que le haya provocado un dolor de cabeza?

-El viaje -contestó Rothgar, pero luego él mismo se percató de que había bajado la mirada. Cogió la copa abandonada y bebió de ella para disimular su gesto, pero sabía que no la engañaría.

-¿Has sido cruel con ella? -preguntó.

-Sólo por su bien.

Safo hizo un sonido de desaprobación.

-Sí, hay algo -soltó él con brusquedad-. Pero mi determinación no se ha debilitado, o sea, que lo mejor es que esto muera ahora.

-Que muera joven. Como tu hermana-. Él tomó aliento con un sonido sibilante: -Eso ha sido un poco crudo.

-A veces es necesaria la crudeza. Igual que con una amputación.

-¿Qué parte de mí debería perder?

-Tu exigente voluntad.

-Nunca.

-Entonces, Bey, temo que morirás.

-Todos morimos finalmente.

-Y aun así la vida no tiene que ser una tragedia.

Entonces él se puso en pie y se apartó de la mesa y de ella. -Mi vida no es una tragedia.

-Todavía no.

Él se volvió.

-Es suficiente, Safo. -Quería que sonara como una advertencia, pero él mismo pudo oír que sonaba como una súplica.

Como buen cirujano, ella pasó por alto la amenaza y la súplica. -Eres un hombre maravilloso, Bey, pero incompleto. Si mueres incompleto, será una tragedia.

-Hay cosas peores que la tragedia. Una es la debilidad. Otra la estupidez. Una tercera es la indulgencia con uno mismo. Una cuarta -dijo, sintiendo la exasperación en su réplica- son los amigos que no saben cuándo parar.

Safo se levantó, tal vez como respuesta al reto.

-No quiero que mueras.

Eso ya lo has dicho con anterioridad. No eres Dios. Ni siquiera yo soy DIOS.

-Bey, temo que un día, en un futuro no muy distante, te quites la vida.

Rothgar se quedó mirándola, la rabia suprimida por la sorpresa desconcertada.

-Eso es absurdo. ¿Qué síntomas he presentado de impulso autodestructivo?

-Te enfrentaste a Curry.

-El motivo fue otro por completo. No buscaba la muerte. -Cuando ella continuó mirándole, dijo-: Te doy mi palabra, Safo. Nunca me pondré una pistola en la cabeza.

-Por supuesto que no -lo dijo con lo que parecía un ceño de impaciencia-. Eso dejaría un buen estropicio del que alguna otra persona tendría que ocuparse.

-No buscaré mi fin de ninguna manera. Lo prometo.

Ella rodeó la mesa para acercarse a él, moviéndose con esa gracia especial que no era ni estilo estudiado ni balanceo erótico. A él le encantaba cómo se movía. Por primera vez se preguntó si ella querría hacer el amor esta noche, y le sorprendió una renuencia que no tenía nada que ver con esta batalla que estaban librando ahora.

No obstante, si ella lo pedía, la complacería. Formaba parte de la naturaleza de su amistad.

En vez de ello, Safo le puso una mano en la mejilla.

-Me preocupa, Bey. Me preocupa que un día, igual que una máquina, simplemente te detengas.

-No soy una máquina.

Él le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí. Tal vez el sexo no fuera tan mala idea al fin y al cabo. Pondría fin a esto, y tal vez le liberaría de las incómodas reacciones que mostraba ante lady Arradale.

-No, pero compartes parte de las propiedades de una maquina. -Ella ni animó su asimiento ni opuso resistencia-. Necesitas que te den cuerda antes de entrar en funcionamiento.

A él se le escapó una risa al oír aquello. -Entonces, gracias a Dios, eso se te da bien-. Safo sonrió, pero continuó:

-Ahora tu familia ya está toda establecida, ¿quién activará el resorte para que la máquina pueda dar sus pasos un día y otro?

Él la apartó.

-Los problemas familiares nunca acabarán. Nunca lo hacen.

-Pero todos tienen a alguien más que se ocupe de ellos.

-No es que exactamente me falten ocupaciones.

Ella volvió a acercarse, y descubrió que había acabado retrocediendo hasta un rincón. Puesto que, evidentemente, no podía ponerse a volar, no tenía posibilidad de escapar.

-Necesitas pasión, Bey -dijo Safo-. ¿No sabes que eres un hombre que no puede vivir sin pasión? No -dijo mientras él volvía a atraerla, con la esperanza de hacerla callar-, sexo, no. Pasión. Tu familia ha sido tu pasión desde que tenías diecinueve años. Todo lo que has hecho desde entonces ha estado motivado directa o indirectamente por ellos.

-¿Incluso tú? -Usó aquello como un ataque.

-Por supuesto, incluso yo. Yo soy segura. Tengo una vida plena y otros amantes. Y, afortunadamente, no soy exigente. Lo que compartimos físicamente es delicioso, pero la mayor parte de lo que hay entre nosotros proviene de la mente. Te he sido necesaria, ya que incluso sin tus preocupaciones por la enfermedad de tu madre, no podrías haberte casado hasta ahora. No podrías haber rebajado la total dedicación a tus hermanos y hermanas.

Rothgar, con las manos en los hombros de ella, la apartó.

-¿De qué libro ha salido toda esa insensatez?

Ella sonrió. ¿Con lástima?

-Quédate tranquila, entonces -dijo él, apartándose a un lado y alejándose de ella- Al menos durante unas pocas semanas, tendré a la condesa de Arradale para inquietarme.

-¿Con pasión? -Inquirió, aún serena.

-No, si puedo evitarlo.

Rothgar oyó el matiz desesperado en su propia voz, y vio cómo se agrandaba la sonrisa en el rostro de ella. El diablo se la llevara.

Safo tendió una mano.

-Ven. Bésame, Bey.

Por primera vez desde que se conocían, él se negó.

-Ya no estoy de humor.

-Sólo un beso. -Se le acercó y le cogió las manos entre las suyas-. Creo que podría ser el último.

Sacudiendo la cabeza, Rothgar se llevó las manos de ella a los labios.

-No tengo intención de casarme, Safo. Nada ha cambiado. Y lady Arradale tiene motivos igualmente excelentes para permanecer soltera.

-Lo sé -dijo ella, pero sin perder la sonrisa.

-De modo que ésta no será la última vez, a menos que tú desees que así sea.

Ella se acercó más, y con una mano atrajo hacia ella la cabeza del marqués.

-No te rechazaré nunca si acudes a mí en busca de amor, Bey. Nunca. -Entonces acercó sus labios a los de él para reclamar aquel beso familiar. Ella era maestra en el arte y él estaba a la altura. Fue largo y satisfactorio como un plato favorito.

Sin embargo, cuando concluyó, ella se apartó.

-No obstante, si vuelves a acudir a mí en busca de amor, me sentiré muy decepcionada. Buenas noches, querido.

Él se quedó mirando fijamente la puerta mientras se cerraba tras ella, muy tentado de coger su copa y arrojarla contra una pared.

Capitulo 13

A la mañana siguiente, Diana, no sin cierto recelo, se arriesgó a entrar a desayunar en el comedor privado, y no pudo evitar sentirse turbada al encontrar a una mujer alta y atractiva en la habitación. La desconocida vestía un convencional traje de viaje de tela rojiza y llevaba el pelo oculto bajo un bonete y un sombrero, pero nadie pensaría que se trataba de una mujer convencional.

Su lisa piel de tono moreno, los altos pómulos y ojos oscuros sugerían algún lugar de Oriente.

-Lady Arradale -dijo el marqués, aparentemente nada azorado por que le encontraran con su amante-, ¿me permitís presentaras a la poeta Safo?

Diana estaba en su derecho de negarse a reconocer a esta criatura inusual, pero eso podría transmitir un mensaje erróneo. ¿Cómo, se preguntó, se dirigía uno a un desconocido con tan sólo un nombre?

-Buenos días, señora. ¿Viajáis a Londres?

-Desde Londres, lady Arradale. -La mujer parecía contenta. ¿Complacida? ¿Satisfecha? ¡Malditos fueran los dos!-. Voy a participar en una reunión literaria en una casa en Nottinghamshire, y tengo que partir. Si aún estáis en Londres a mi vuelta, espero que honréis con vuestra presencia uno de mis salones.

Diana profirió sonidos corteses, aunque por dentro estaba murmurando: «Cuando la luna se caiga del cielo, señora»

Safo se despidió de lord Rothgar sin el menor gesto íntimo. No obstante, pese a su comportamiento formal, flotaba entre ellos y a su alrededor cierta familiaridad. Como palabras antes de partir, ella le dijo:

-Muy decepcionada.

Diana se quedó mirando la puerta. Luego tuvo que preguntar: -¿Habéis decepcionado de algún modo a la señora Safo?- Él se acercó a sacar la silla.

-Aún no. Estaba hablando de asuntos futuros.

Su futuro con la poeta. Tal vez ellos fueran a casarse. Si la mujer era estéril, ¿por qué no? Diana, consciente de que lo más probable era que dijera algo despachado y revelador, se llevó un gran trozo de jamón a la boca y se obligó a comerlo con aspecto de agrado.

Una vez tragó el jamón y su mal genio, preguntó: -¿Llegaremos hoy a Londres?

-Si el día transcurre sin incidencias. Eso os permitirá una relajante noche de descanso antes de la recepción de la reina de mañana.

Mañana. Mañana comenzaba su transformación. Eso le proporcionó asuntos más importantes en que pensar. Comió deprisa y luego se levantó.

-Mejor que partamos.

Mientras se encaminaban hacia el patio de carruajes agradeció que iniciaran el final de este difícil recorrido. Más largo y acabaría en una situación comprometida. Entonces se detuvo, sorprendida al ver que Clara subía al segundo carruaje.

-Clara, ¿qué está sucediendo?

La doncella se volvió.

-Yo y el señor Fettler vamos a viajar hoy en el coche de los equipajes, milady. Órdenes del marqués.

A Diana le pareció haber visto tal vez una luz especuladora en los ojos de su doncella. También en su propio interior resonaron las especulaciones. Se volvió al coche principal con un sonido sibilante de burbujitas de excitación en sus oídos.

Por supuesto, no es que estuviera dispuesta a permitir que él la sedujera, ¡especialmente nada más dejar los brazos de otra mujer! Pero de todos modos...

Tal vez él quería hablar un poco más de aquel sentimiento que ardía entre ellos.

Tal vez volviera a frotarle los pies.

Tal vez...

Al subir al lujoso carruaje advirtió que los asientos opuestos habían desaparecido. No tuvo que investigar mucho para ver que se recogían en el tabique frontal del coche. Un diseño ingenioso, especialmente para un propietario con las piernas largas.

¿Había enviado a los sirvientes al otro coche simplemente para poder estirar las piernas? Él subió y, efectivamente, estiró las piernas.

-Una disposición más confortable, milady. ¿Estáis de acuerdo?

Estuvo a punto de gritar.

-No es que me sintiera especialmente apretada, milord, aunque es una prestación útil en un carruaje.

-Diseño mío. Es más, esos asientos pueden disponerse de forma que todo el coche quede convertido en una cama.

Diana le lanzó una rápida mirada penetrante, pero consiguió contener otras reacciones.

-Y bien -dijo mientras empezaban a rodar y dejaban el patio-, ¿era ésta vuestra única razón para hacer este cambio, milord? ¿Estirar las piernas?

-En absoluto. Debemos ensayar vuestro papel en Londres.

¡Gracias al cielo aún no había dicho ni hecho nada que revelara la manera en que su mente se había desbocado! Recuperó enseguida la compostura.

-Creo que sé cómo actuar como una dama sin necesidad de ensayar, milord.

-Pero, ¿podéis mantener el papel si os encontráis sometida a presiones? ¿Qué haríais, por ejemplo, cuando el rey os diga que las mujeres han sido puestas en esta tierra para servir a los hombres y tener hijos, y nada más?

Diana sintió que su mandíbula se ponía tensa, pero inclinó la cabeza.

-Señor, considero dichosas a las mujeres que alcanzan una situación tan feliz.

-De modo que -dijo él, cambiando un poco su tono de voz para volverlo más penetrante, más agudo, presumiblemente imitando al rey Jorge-, ¿deseáis casaros, lady Arradale?

Diana agitó sus pestañas.

-¿Qué mujer no desearía casarse, señor, si pudiera encontrar un hombre digno de su sincero respeto?

-¿Y en qué dirección tienden vuestras inclinaciones, milady? ¿Qué? ¿Qué?

Ella se le quedó mirando.

-¿Qué? ¿Qué?

-Una peculiaridad de su majestad. ¿Qué responderíais?

Diana pensó.

-Señor -dijo, bajando de nuevo la cabeza-, mis preferencias se inclinan hacia un hombre de valor, honor y fuerza.

-¿Un soldado, entonces?

-No solamente los soldados son valientes, señor. Un hombre de inteligencia, que entienda el mundo. Alguien capaz de aconsejarme sobre muchas posibilidades, pero también amable y bondadoso, y considerado en todo. Un hombre que me ame con exclusión de todas las demás. Especialmente eso -dijo, alzando la vista para mirarle-. Requiero un marido que me sea absolutamente fiel, igual que yo le seré a él.

El marqués preguntó con su propia voz.

-¿Creéis que se trata de un arquetipo imposible? Brand será ese tipo de esposo para Rosa.

-No he acabado, milord.

-Ah, continuad.

-Requiero un marido, señor, que no necesite que yo represente un papel dócil, que no proteste por mi determinación, ni que intente restringir mis acciones.

Alzó las cejas.

-Y eso, por supuesto, es por lo que hoy vamos pasar el día ensayando.

Diana comprendió fastidiada que se había salido claramente de su papel.

-No diría eso al rey.

-Y un borracho dejará el brandy mañana mismo.

-No soy adicta a la independencia y al poder.

-¿Ah no?

-¡No más que vos!

-Pero en mi caso, lady Arradale, me está permitido.

Diana resistió la necesidad imperiosa de protestar por la injusticia de aquello. Como él había dicho antes, eso sería infantil.

-Y bien -continuó él-, cuando el rey pregunte sobre el estado de vuestras fincas y asuntos, ¿qué diréis?

-Soy capaz de explicarlo, os lo aseguro.

El marqués sacudió la cabeza.

-No, lady Arradale, profesáis ignorancia y confusión.

-¡Pero entonces tendrá la justificación para imponerme un esposo que las gestione!

-La tendrá de todos modos. Cualquier indicio de experiencia masculina sólo servirá para alarmarle un poco más.

Diana se volvió para fijar de nuevo la mirada hacia delante. -Tenéis razón. No puedo hacer esto.

Los dedos del marqués le tocaron la mejilla y le volvieron otra vez el rostro hacia él.

-Creo que fue ahí donde empezamos. Bien, intentémoslo otra vez...

Al atardecer, mientras dejaban Ware para la última etapa de su trayecto hasta Londres, Diana estaba realmente agotada. Estaba a punto de odiar a su exigente supervisor, aunque se daba cuenta de que en algunos momentos él intentaba aligerar con humor las lecciones y ensayos. El estresante día había sido más largo de lo esperado a causa del eje suelto de una rueda, que había requerido una parada en el carretero de un pueblo.

De todos modos, bajo su irritación y fatiga, corría el miedo. Si la intención del marqués era demostrarle que se enfrentaba a un momento peliagudo, que podía fracasar y hundirse en el desastre, lo había conseguido.

Bajo la luz rojiza de la puesta de sol, se llevó una mano a su cansada cabeza.

-Milord, creo que deseáis con toda desesperación casaros conmigo-. Él estaba repantigado hacia atrás, pero Diana tuvo la impresión de que tal vez pareciera tan cansado como ella.

-¿Por qué ibais a pensarlo, lady Arradale?

-Casi me convencéis de que no puedo hacer esto. Si fuera cierto, mejor sería abandonar todo esfuerzo ahora, y rendirme a vuestra merced.

-Tenéis más espíritu combativo que todo eso.

La condesa se volvió para mirar por la ventana al rosa intenso del cielo.

-Pero habéis logrado inculcarme que no debo combatir.

-Hay muchos tipos de batallas, y estrategias diferentes. Y armas que escapan a la imaginación de los mortales ordinarios.

Echó la cabeza hacia atrás.

-¿Me consideráis extraordinaria?

-No me obliguéis a haceros cumplidos. -Pero había afecto en los ojos cansados de él.

-Necesito alguno.

Diana comprendió que aquella jornada abrumadora les había llevado a un punto diferente. No era exactamente amistad. ¿Tal vez camaradería? Ciertamente todas las barreras de la formalidad habían caído.

Eso podría ser peligroso, pero estaba demasiado cansada como para preocuparse.

-Sin duda sois extraordinaria -contestó él-. Eso, al fin y al cabo, es nuestro problema.

Diana se rió.

-¿No podríais, por un momento, permitirme ser extraordinaria de una manera deseable?

-Precisamente me refería a eso.

Ella se le quedó mirando, con la garganta encogida.

Él estiró un brazo y recorrió con el nudillo de un dedo la línea de su mandíbula.

-No sirve de nada no reconocerlo. Mejor hacer frente a una batalla. Sí, os deseo: fuerza, honor, valor y todo. No obstante -apartó su mano-, soy experto en resistir la tentación.

Ella atrapó aquella mano.

-Y yo también, lo cual es el motivo de que no tengamos que resistirnos a nada. Besadme.

La mano de él permanecía cogida por la de ella sin oponer resistencia.

-Sabéis que eso sería sumamente imprudente.

-¿Lo sé? Explicádmelo.

-¿Habéis experimentado alguna vez un beso que exija más, mucho más?

Ella se estremeció.

-Tal vez...

-No creo.

-¿Por qué?

-Si lo hubierais hecho, ahora no os arriesgaríais a ello.

-¿Y vos lo habéis hecho alguna vez?

-¿Pensáis que estoy hecho de hielo?

Por supuesto que lo había hecho, y sin duda se había rendido, también. Estaba permitido, en un hombre.

-No puedo soportar este... estado incompleto -susurró ella.

-La prueba llega ya casi a su fin. A partir de mañana, nos veremos únicamente de forma ocasional. Habrá distracciones. Otras personas.

Safo, pensó ella con la explosión venenosa del despecho. ¿De verdad aquella mujer se dirigía hacia el norte?

-¿Dónde duermo hoy?

-En la mansión Malloren. Pero -añadió-, no en habitaciones conjuntas.

Había cierta mofa en ello, y una advertencia.

-Entonces hay poco peligro, ¿cierto? ¿En que nos besemos?

-Mi querida lady Arradale, estamos solos en un carruaje cerrado. Sería peligroso.

-Mi control debe de ser superior al vuestro, entonces. A mí no me parece peligroso. -Ella se movió, aún con las manos de él en las suyas, y se inclinó ligeramente hacia el marqués, levantando la cabeza-. Prometo por mi honor que no permitiré que me cautivéis, milord.

Con las manos aún enlazadas, Rothgar siguió el contorno de los labios de ella con un dedo.

-Vuestra ingenuidad da miedo.

«Galanteos. Un paso más allá del coqueteo, pero un paso anterior a la seducción»

-Entonces educadme -replicó ella.

Los ojos del marqués parecían sorprendentemente oscuros. Tal vez era el efecto ensombrecedor de la puesta de sol, pero no lo creía.

-Os hace falta reconocer el fuego con el que jugáis tan alocadamente... -Apartó los dedos y le tomó la cabeza levemente, bajando los labios.

La habían besado de muchas maneras: con presión apasionada, con lametadas sondeadoras, con intención de impresionar y con la esperanza frenética de ser aceptado. No obstante, de pronto sintió que nunca antes había experimentado un beso verdadero. Un beso sencillo, tan directo, tan honesto como la unión de manos amorosas.

Prodigioso, aturdidor, estremecedor para el alma por su simpleza, poder y conexión.

Abrió los ojos agitando los párpados y le miró fijamente.

-¿Qué ha sido eso?

Una pregunta estúpida.

La respuesta era: un beso.

Pero él no dijo un beso. Él dijo:

-Eso ha sido nuestro beso. ¿Entendéis ahora?

Ella comprendió que podría ponerse enferma por la fuerza de los cambios que la estremecían interiormente en ese instante.

-Entiendo que quiero más.

-Lo cual creo que me da la razón. -La separó con delicadeza de él para ponerla de nuevo en su esquina del carruaje.

Diana abrió la boca para protestar, pero luego la cerró. No podía aclarar todo esto ahora, pero sí, finalmente entendía las fuerzas a las que se enfrentaban.

-¿Desde cuándo lo sabéis? -preguntó.

-Desde que os froté los pies.

-Podríamos ser amantes. -La frase estalló a través de todos sus intentos de contenerla.

Él sacudió la cabeza.

-Éste es un fuego que nunca podrá arder con sumisión. Se consumirá. Debemos preservar cada uno nuestra llama, y jamás permitir que se unan.

Diana se cubrió la cara con las manos. Dos llamas en lámparas de vidrio separadas. Para toda la eternidad.

No iba a protestar. Ahora no. Tal vez, si pensara, conseguiría encontrar una manera. 0 encontrar la forma de regresar a la orilla más segura que había abandonado de forma tan impetuosa. Un lugar donde vivir durante el resto de su vida con una especie de paz sin él.

Sin él.

Bajó las manos para hablar, para protestar, y descubrió que él miraba al otro lado. Fuera del carruaje.

Y el coche se había detenido.

Por un momento pensó que era una ilusión de su desordenada mente. Luego que él había hecho detener el coche para descender de él. Para dejarla.

Pero entonces oyó a uno de los jinetes escoltas decir:

-Hay algún problema con los caballos, milord.

Capitulo 14

El marqués abrió la puerta y descendió. Diana le siguió. Los seis caballos que tiraban del carruaje estaban parados, con las cabezas caídas, con aspecto de estar casi dormidos. El cochero y el mozo habían bajado a mirarlos.

-¿De qué se trata? -preguntó el marqués, pero Diana observó que miraba a su alrededor.

¿Los franceses? Con todos sus sentidos alertas al instante, ella estudió también la campiña. Un campo sin cultivar a la derecha, con la aguja de una iglesia en la distancia. Un bosquecillo a la izquierda que podría ocultar unos cuantos enemigos. La ancha carretera se extendía a cierta distancia por delante, vacía. No obstante, por detrás, se curvaba, y no le permitía ver muy lejos. Aparte del canto de los pájaros y los roncos cuervos, y el mugido ocasional del ganado, no se oía ningún sonido.

Viajaban a buen ritmo hacia Londres a causa de la demora imprevista, que les hacía circular más tarde de lo calculado por la carretera. No cabía esperar encontrarse mucho tráfico. De cualquier modo, el coche que transportaba el equipaje tendría que venir justo detrás de ellos.

Diana volvió a girarse hacia atrás. ¿Dónde estaba?

Quiso acercarse a uno de los jinetes escoltas para interrogarle, pero luego cambió de idea y se estiró en el interior del coche para alcanzar su valija y sacar el estuche de sus pistolas. En un principio, le había parecido extraño traer consigo sus pistolas, cargadas, para este viaje en el que iba tan bien protegida, pero se sintió entonces agradecida. Las deslizó en sus dos bolsillos, y luego, de las pistoleras situadas junto a la puerta sacó otras dos armas de mayor tamaño. Eran las armas hechas por encargo que el marqués había usado en su competición. Una vez se aseguró de que estaban cargadas y cebadas, se acercó al escolta.

Éste también había sacado sus propias pistolas.

-¿Qué ha sucedido con el carruaje de los sirvientes? -preguntó. -No lo sé, milady -contestó él, mirándola un momento antes de regresar a su exploración vigilante de la zona-. Se retrasaron un poco durante la última milla.

¿El mismo problema con los caballos? Acudió hasta donde se hallaba el marqués hablando con el cochero.

-¿Tejo? -preguntó.

Rothgar se volvió a ella y tomó sin comentarios las pistolas que le ofrecía.

-Es bastante probable. Los síntomas cuadran.

La animó que él se limitara a mirar las armas, que confiara en que las había comprobado, pero lo cierto era que esta situación era pavorosa.

El tejo era una hoja que resultaba sabrosa a los caballos, pero que les llevaba a un sopor mortal. Ninguna posada tendría tejo cerca de su establo.

-Los caballos de los escoltas están bien -dijo ella, sacando de su bolsillo un arma para prepararla.

-No cambiaron en Ware. -Él le dirigió una rápida mirada-. ¿Creéis que deberíamos montarlos?

-Es una idea. Pero nos dejaría aislados.

-No obstante, no me apetece permanecer aquí esperando a que caiga la noche..

Ciertamente, en los últimos minutos el sol se había hundido aún más, tiñendo todo el cielo de un rojo ardiente y alargando las sombras de los árboles más próximos. El mozo y el cochero estaban soltando a toda prisa los caballos balanceantes de los arneses, pero uno ya estaba de rodillas.

-Pobres criaturas -dijo Diana.

-Es una muerte plácida, con todo. Warner -dijo el marqués al jinete más próximo- ve hasta la siguiente posada para buscarnos un medio de transporte. A toda velocidad.

El hombre partió raudo al galope y el marqués se volvió a ella:

-Al carruaje, Diana.

Ella alzó la mirada.

-Es la primera vez que usáis mi nombre de pila-. Él inspeccionaba en estos momentos la campiña. -Parecía una lástima no hacerlo.

-Sólo entraré en el carruaje si venís conmigo. Él la miró un momento.

-Queréis pervertirme a toda costa, ¿verdad?

-Cierto. Pero por el momento lo que más me preocupa es que os pongáis a salvo.

-Prefiero estar aquí fuera.

Ella se pegó a él.

-Entonces soy una lapa.

-No seáis alocada. ¿Suponéis que vacilarán en mataros si no les queda otra opción?

Él asumía el peligro con sumo aplomo, o sea, que ella se adaptó a aquel tono.

-Tal vez eso les haga perder tiempo.

Cuando él frunció el ceño y puso una mano en su brazo, Diana dijo: -Os resultará difícil quitarme de en medio a la fuerza, y aún os costará más mantenerme alejada. De modo que, ¿cómo queréis que me dirija a vos?

-¿Jefe? -preguntó al instante, pero luego añadió-: Si lo deseáis, podéis llamarme Bey.

-Sí, lo deseo.

Con una sonrisa que parecía ridícula en aquella situación, Diana volvió a estudiar el atardecer en la campiña misteriosamente

apaciguada. El único misterio era que no tenía nada de amenazante. Los insectos zumbaban entre la alta hierba y las flores silvestres de la carretera, y los pájaros gorjeaban y canturreaban por todos lados.

Oyó el cencerro distante de una vaca y el ladrido de advertencia de un perro. Los ruidosos cuervos descendían en picado sobre sus nidos en el bosquecillo y, en algún lugar próximo, una alondra cantaba con asombrosa pureza.

Pensó en el pueblo invisible que debería de agruparse en torno a aquella aguja de iglesia. La gente allí sin duda se dedicaba a su vida cotidiana, inconsciente del drama tan cercano.

Un movimiento atrajo su mirada alerta, pero sólo era un conejo que avanzaba a saltos hasta la carretera que se extendía por delante y se ponía a corretear por allí.

Todo estaba tranquilo, incluso los caballos moribundos. Sin embargo, los caballos no podían haber comido tejo por accidente.

Se dio media vuelta con cuidado para situarse espalda con espalda con él, ella mirando hacia delante de la carretera, él hacia atrás. El mozo y el cochero aún atendían a los pobres caballos, pero el jinete que se había quedado con ellos permanecía inmóvil y vigilante, con las pistolas en la mano.

Apretándose contra la espalda de él -la espalda de Bey- lamentó los días de dudas y tensión. ¿Y si morían aquí? Qué pérdida tan lamentable sería.

Entonces lo oyó. Cascos de caballo.

Ruedas.

Procedentes de la dirección por donde ellos habían venido.

Ella vigilaba el otro lado, de modo que se movió para mirar, ajustando los dedos a su pistola.

Tal vez, simplemente fueran los criados.

-¿Son? ¿No son? -susurró, relajándose un poco cuando el coche apareció por la curva, acercándose a un trote brioso que no tenía nada de anormal.

-Eso parece. Con retraso pero sin sufrir el mismo problema que nosotros. -Él seguía con la pistola en la mano, aunque la sostenía hacia abajo, pegada a su cuerpo. Volviendo a entrar en tensión, ella ocultó su arma entre sus amplias faldas.

-Miller -dijo el marqués al jinete-, ¿quién viene?

Diana, con el corazón desbocado y la boca seca, observó el vehículo que reducía la marcha. No podía ver quién estaba sentado allí, y tampoco era posible reconocer a los dos hombres sentados en el interior del coche. El jinete, en cambio, sí podía.

-El segundo coche, milord. -Entonces alzó la pistola-. Pero...

Dos llamaradas, luego explosiones de sonido.

El jinete gritó, cayó hacia atrás, se desplomó pesadamente...

Diana rodó por el suelo debajo de la mano protectora del marques mientras oía que algo alcanzaba el carruaje que tenían detrás. Otro estrépito y entonces una tercera bala de pistola rebotó en el suelo delante de ellos, rociándoles de polvo de tal manera que se vieron forzados a retroceder.

Diana para entonces apuntaba hacia delante con la pistola, ya martillada. Suspiró sin elegancia y disparó a la ventana abierta del carruaje. De forma casi simultánea, el marqués hizo lo mismo.

Alguien gritó.

Un momento para tomar aliento, para apuntar con la otra pistola, para echar una ojeada alrededor. El cochero y el mozo se ocultaban tras los caballos. El jinete estaba en el suelo. ¿Muerto?

El marqués disparó al interior del carruaje y otro grito comunicó que alguien había sido alcanzado. ¿Cuántas personas había ahí? ¿Con cuántas armas? Él había disparado las dos que tenía. A ella aún le quedaba un disparo.

Miró fijamente hacia la ventana del carruaje, preparada para matar.

Luego un movimiento a un lado desplazó su atención. Los caballos del vehículo habían entrado en pánico y al cochero situado delante hacía todo lo que podía para controlarlos, para intentar mantener el carruaje en su sitio. El mozo, no obstante, medio oculto por la masa del cochero, estaba apuntando cuidadosamente al marqués con su largo mosquete.

A Bey.

El cochero bloqueaba bastante bien toda visión del hombre del mosquete. Con los codos en el suelo, Diana suspiró de nuevo, obligándose a tomarse un precioso segundo para estabilizarse, para encontrar ese sitio que Carr siempre le indicaba. Tenía sólo un disparo entre el momento presente y una pérdida terrible.

Fue un momento de silencio pavoroso a excepción del arnés machacante de los frenéticos caballos. Los asaltantes que viajaban

en el carruaje o bien estaban muertos o alertas, y no podía permitirse pensar en ellos. Apuntó a la boca de ese mosquete porque se hallaba en el centro del blanco. Seguro que alcanzaba alguna parte del tirador.

No había más tiempo. Apretó el gatillo, sintió la sacudida...

La explosión la ensordeció. Su pistola nunca antes había hecho tanto ruido. Luego oyó los chillidos.

Alzó la vista para ver a los hombres que se retorcían ensangrentados en el compartimento del cochero, el cochero balanceándose hacia los lados, su cabeza una masa de sangre... Luego los caballos sin conductor partieron, el carruaje se fue con estruendo por la carretera, dejando un rastro de sangre coagulada en su trayectoria.

Aún le zumbaban los oídos.

En el silencio repentino que volvió a hacerse, el marqués, aún en el suelo, se volvió sobre su costado, con la cabeza apoyada en la mano.

-Sois una mozuela sanguinaria de lo más deliciosa -dijo. Pero, luego, su expresión cambió, y la cogió en sus brazos, ahí en el polvo del camino-. Ah, Diana, llorad. Duele matar.

Ella se estremeció, pero las lágrimas no brotaban.

-No esperaba... sólo quería detenerle. No fue mi intención... Él la meció.

-Debéis de haber dado con la bala justo en la boca del mosquete. Entonces él apretó el gatillo, justo una fracción de segundo después de ti...

-Explotó.

-Desde luego.

Aunque los oídos habían dejado de zumbarle, Diana pensó que oiría aquella explosión durante el resto de su vida.

¿Estarían ya muertos par ahora aquellos dos hombres destrozados? Se hizo la oscuridad...

Oh, no. La última vez que había matado, acabó desmayándose. Otra vez no.

Diana se soltó, se puso en pie tambaleante y, pese a la cabeza medio desvanecida, empezó a cepillarse el vestido echado a perder.

-Clara, vuestro asistente... Debemos encontrarles.

-Aún no podemos hacer eso. -Bey se asomó al interior del carruaje y sacó un frasco de brandy y una pequeña copa. La llenó y se la pasó-. Bebed.

El rápido fuego del licor volvió a provocarle un estremecimiento, pero pareció aclararle la cabeza.

-No lo lamento -dijo implacablemente.

-Ni yo tampoco. -Le pasó el brandy al cochero y dio permiso para que bebieran él y el mozo, luego se arrodilló junto al jinete caído.

Ella le siguió. El pobre hombre estaba mal herido en el pecho, pero no muerto.

-¿Tenéis vendas en el coche? -preguntó Diana.

-No creo. Un descuido. -Rothgar estaba permitiendo que el hombre, con mueca abrumada, le agarrara la mano. Entonces le tocó la frente sudorosa y lívida-. Yo me ocuparé de todo, Miller. No te preocupes. Actuaste bien. Todo el mundo está a salvo y los villanos se han ido. Es bastante probable que estén muertos...

Diana se puso de rodillas al lado del hombre, rezando, pero estaba claro que haría falta un milagro. El sufrimiento de Miller debía de ser atroz, la sangre formaba un charco debajo de él. Tenía los ojos vidriosos, pero parecía encontrar alivio en la voz calmada de su amo. Luego, con un grito contenido, como un chasquido, se quedó inmóvil.

Diana se tapó la boca con la mano. No había pensado que aquel hombre fuera a sobrevivir con una herida como esa en el pecho, pero por un momento, al oír la voz calmada de Bey, lo había esperado.

El marqués apoyó la mano en el rostro del hombre por un momento, casi como una caricia, pero luego se levantó y, aparentemente impasible, se limpió la sangre de las manos con un pañuelo.

Ella también se levantó, sin saber qué hacer o decir.

Al final decidió ser práctica y recogió las dos pistolas caídas del escolta. Había disparado una, pero la otra, por algún milagro, no había percutido al caer.

-Espero que estén todos muertos -dijo con amargura.

-Yo también. Y que hayan sufrido. -Rothgar cogió la pistola usada, la pólvora del hombre y los proyectiles, y se dispuso a recargar las tres armas.

Diana permaneció de pie, asimilando el hecho de que el ataque había durado tan sólo segundos, y que todo el incidente, incluida la muerte del escolta, no había llevado más de uno o dos minutos. Sin duda, el plan habría sido trazado para durar incluso menos tiempo.

Un disparo para el escolta, uno para el marqués, y luego la retirada a toda velocidad. La rápida acción de Miller había cambiado las cosas, o tal vez había sido la insistencia de Diana en permanecer allí lo que había ocasionado una vacilación momentánea. Confió en que hubiera sido así.

Pero estaba empezando a temblar.

Él la rodeó con el brazo y la apretó contra su pecho. -No voy a desmayarme -insistió.

-Por supuesto que no.

-¡No me hagáis la rosca!

-Por supuesto que no.

-Me desmayé después de disparar a Edward Overton. Detesté aquello.

-Estoy seguro de que fue así. -Él gritó, también.

-La gente suele hacerlo generalmente. Lo que me angustia de la idea de que alguien me dispare es que yo podría acabar retorciéndome y gritando por el suelo.

Ella alzó la vista.

-¡No os lo toméis a broma!

-No estaba bromeando precisamente. -No obstante, su mirada era benévola, y de pronto ella se percató de lo que había sucedido. Las cosas habían cambiado una vez más.

Eran Bey y Diana ahora. Compañeros de armas.

Mucho más peligroso.

Pero maravilloso, pese a lo disparatado que parecía. Él se apartó rompiendo ese vínculo.

-¿Queréis que vuelva a cargar vuestras pistolas?

-Por supuesto que no.

Sin protestar, él continuó ocupándose de las pistolas más grandes, ella sacó las balas, los tacos y el frasco para pólvora del estuche de sus pistolas. No obstante, cuando intentó verter la cantidad adecuada de pólvora en el barril, sus manos empezaron a temblar. Por más que se esforzara, no conseguía que respondieran.

-Por todos los diablos -murmuró, y él se volvió.

Le cogió las pistolas y la pólvora.

-Practicad el papel de la dama convencional, al menos un ratito. Sentaos en el carruaje y desvaneceos. Yo haré el esfuerzo de sobrevivir sin vuestra protección. De hecho...

Hizo algo en el carruaje. Cuando ayudó a Diana a subir los peldaños, ella descubrió que había montado una cama, incluso había sacado una suave manta de algún lugar. Una repisa se extendía desde los asientos hasta el extremo opuesto, almohadillado con los cojines del asiento de enfrente y del respaldo. Diana se subió y se estiró encima. Él le echó la manta, luego se inclinó hacia delante para besarle la sien.

-Descansad en paz.

Diana quiso pedirle que se echara con ella.

Quería algo más. Lo quería con más intensidad que nunca.

-Lo sé -dijo él, pasándole un dedo por los labios-. Sucede después de la violencia.

Pero luego se fue, y ella le oyó hablar con los dos criados. Aceptó el hecho de que se habría acostado con él aquí ahora, con los sirvientes cerca, y pensó que el recato, la dignidad y la reputación no importaban lo más mínimo.

Intentó mantener los oídos atentos a la escucha de nuevos problemas, pero temió que ya había hecho suficiente por aquel día. Carr le había dicho que necesitaba aprender a emplear sus habilidades en situaciones de tensión, y tenía razón. Si se producía otro ataque, tal vez no fuera capaz de hacerle frente, y eso sería intolerable.

Ya se había hecho completamente de noche cuando llegaron a la posada del White Goose en Bay Green. El primer escolta había regresado con dos mozos de cuadra y cuatro caballos para tirar del carruaje la milla que les separaba de la posada. El hombre no se mostró del todo conmocionado al ver la escabechina resultante del asalto ya que por el camino se había cruzado con el otro carruaje volcado sin conductor, con blasones, y tres caros caballos enredados en las guarniciones. Y tres cadáveres: dos caídos del compartimento y otro dentro.

-Tuve que disparar a dos de los caballos, milord -había informado el hombre con un grado de estoicismo que obligó a Diana a preguntarse cuántas aventuras así vivían los hombres de Bey.

Para entonces habían congregado una pequeña audiencia en la carretera. Tres hombres se habían acercado desde una granja próxima para comprobar qué era aquella explosión, y la York Fly había detenido su itinerario para ayudar. Sin duda habían proporcionado un entretenimiento inusual a los hastiados pasajeros.

-¡Qué espanto!

-¿Adónde va a ir el mundo?

-¿Es ése de verdad el marqués de Rothgar?

-Eso dicen. Y es cierto que hay un blasón en la puerta del carruaje...

Diana permaneció echada, con la esperanza de ser invisible.

La Fly no tenía espacio disponible y debía cumplir con su horario de modo que tuvo que partir estruendosamente con promesas de alertar a las autoridades. Diana tuvo la sospecha de que Bey hubiera preferido evitar eso, pero era imposible.

Los hombres de la granja se fueron a buscar cuerdas para arrastrar los caballos inertes cuando éstos finalmente murieron. Al jinete muerto -Thomas Miller- le envolvieron con sábanas y mantas, y luego le colocaron en el coche junto a ella para realizar el corto trayecto. No le importó. Diana preguntó y se enteró de que tenía esposa e hijos pequeños, y que había crecido en la finca de Bey, hijo de un granjero arrendatario.

Uno de su gente. Sabía cómo debía de doler aquello.

No estaba segura de cómo recorría Bey aquella corta distancia, pero no lo hacía con ella.

El White Goose era demasiado pequeño y estaba demasiado próximo a Ware como para ser una posada importante, pero el malogrado grupo fue recibido con las mejores atenciones, tanto por el rango de los visitantes como por el delirio de la historia que acababan de vivir. El magistrado local -un tal sir Eresby Motte- ya había sido llamado..

-Creo que es hora de que empiece a practicar el papel de dama convencional -le dijo a Bey en el salón de techos bajo de la posada.

-Y, por supuesto, no sabéis disparar una pistola. El hecho de que una sola persona haya provocado tal carnicería me servirá, además, para acrecentar mi reputación.

Tentada de soltar una sonora carcajada al oír aquel comentario, dejó que la turbada esposa del mesonero la guiara

hasta un dormitorio pequeño pero cómodo y que le sirviera insistentemente un dulce té. No obstante, cuando finalmente Clara entró tambaleante, despeinada pero entera, Diana la abrazó y se rindió a las lágrimas.

En su caso, la historia era sencilla. No habían dado tejo a los caballos, sino que un trozo deshilachado de los arneses había requerido hacer una parada para arreglarlo. Mientras el mozo trabajaba en ello, cuatro hombres enmascarados les habían rodeado y les habían obligado a alejarse del carruaje y meterse tras unos matorrales. Allí, les habían atado, y los villanos habían partido con el carruaje para llevar a cabo su ataque criminal.

Cuatro. Es lo que ella había pensado, pero no obstante, sólo había tres cadáveres. ¿Andaba libre el cuarto asesino?

Diana sintió un estremecimiento. El ataque había sido planeado con eficiencia desalmada. Nadie podía protegerse día tras día, allí donde fuera. Anheló acudir al lado de Bey entonces, estar con él, protegerle, pero sabía que ceder a eso sería otro fuego aniquilador. Pasara lo que pasara, pronto se separarían: él a su vida, ella a la suya.

Él tendría que vivir o morir sin ella.

No estaba segura de poder soportarlo, pero tendría que hacerlo.

Una vez Clara recuperó la tranquilidad, Diana la mandó buscar un vestido limpio. La doncella regresó enseguida.

-Lo siento, milady, pero todos vuestros baúles estaban en el segundo vehículo. Parece que nadie sabe dónde están, o en qué estado se encontrarán.

Ella miró su vestido embarrado, incapaz de sentir emoción alguna. -¿Por qué no pusieron algo en el portaequipajes del primer carruaje?

-Bien, milady, por lo visto transportaban ahí una máquina, totalmente envuelta con mantas y cobertores.

Diana se rió al oír aquello. Por supuesto, el autómata viajaba en condiciones. Abrió la pequeña maleta que transportaba con ella, pero en su interior no apareció milagrosamente ninguna muda para su vestido. Algunos libros, su cartapacio, cremas y lociones con las que refrescarse, y sus pistolas. Esto podrían ser todas sus posesiones hasta que se reunieran con el resto de sus pertenencias en Londres.

Ah, bien, la vanidad era innecesaria en este lugar, y estaba demasiado agotada como para preocuparse. Ella y Clara comieron la sopa sustanciosa que les subieron y se metieron en la cama. Clara sólo traía un camisón con ella, de modo que Diana tuvo que apañárselas con su camisola.

Sin embargo, pese al cansancio, no conseguía conciliar el sueño.

Clara no tardó en resollar suavemente a su lado, pero Diana seguía tendida despierta, mientras su mente avanzaba titubeante a través del miedo y el peligro, y luego hasta un peligro de otro tipo. Aquel beso. Luego volvió a apresurarse de nuevo a través del miedo, del peligro y la muerte sangrienta, y todos los cambios que aquello había provocado.

Hasta Bey.

El marqués de Rothgar.

La *éminence noire* de Inglaterra.

Su compañero de armas, abrazándola entre el polvo después de la muerte.

Bey tomándole la mano a un hombre moribundo, haciendo tolerable la muerte en la medida de lo posible con su voz calmada y mirada serena.

A continuación lo recordó en un momento revelador, mientras esperaban a que llegara ayuda, con el rostro grave por la muerte de uno de los suyos.

¿Quién confortaba ahora al confortador?

En última instancia, ésa fue la excusa para levantarse de la cama, echarse el cobertor de algodón rosa sobre los hombros y aventurarse por el pasillo de la posada tranquila en medio de la noche. La esposa del mesonero había dicho que sólo había cuatro habitaciones buenas en el establecimiento y que no tenían más huéspedes, de modo que no debería de importar si escogía la habitación equivocada.

Vaciló durante unos instantes, preguntándose cómo reaccionaría el marques, pero aquello no la detuvo. Abrió silenciosamente la puerta contigua a la suya y encontró la habitación vacía. Se acercó a las dos puertas de enfrente y escuchó desde el exterior de ambas.

Nada.

¿Dormía su asistente con él? Eso sería extraño. Lord Rothgar parecía una persona muy reservada. Si había habitaciones suficientes, estaba segura de que él dormiría a solas. Abrió con cuidado una puerta y se asomó al interior.

Ronquidos suaves y regulares.

Con una risa contenida, decidió que ése debería de ser Fettler.

¡Con toda certeza, la garganta de la *éminence noire* no se atrevería a roncar!

Volvió a cerrar la puerta con un chasquido silencioso, se acercó a la siguiente...

Y encontró al marqués vestido con camisa sin cuello y pantalones observándola. Sus ojos oscuros eran completamente ilegibles. Estrechándose aún más el cobertor, Diana susurró:

-Me preguntaba si os encontrabais bien.

Por un momento, él no se movió, pero luego se hizo a un lado de la puerta y, con un gesto, le indicó que entrara.

Con el corazón desbocado, ella entró en la habitación.

Capitulo 15

Era una habitación similar a la suya, nada grande, con espacio únicamente para la cama, dos sillas a ambos lados de una pequeña mesa y un palanganero. Estaba limpia y ordenada, y había un cuenco con flores recién cortadas sobre la mesa situada al lado de la ventana de aguilón oscuro. Los pétalos de tono pastel relucían levemente bajo la luz de una única vela vacilante. Habas de las Indias. Cuando se sentó en una de las sillas de madera, el embriagador perfume se enredó por todo su cuerpo.

-¿Estáis bien?

Él continuaba de pie.

-La mayoría de la gente cree que estoy hecho de frío acero.

-Tal vez les incitáis a pensarlo.

-¿Serviría de algo incitaros también a vos?

-Creo que no. No podía dormir.

-No es de extrañar. -Tras un momento, indicó una copa y un jarro medio lleno dispuesto encima de la mesa-. Oporto. Calidad mediocre, me temo. El mío sin duda se ha derramado en algún lugar sobre la carretera. Pero, ¿os apetece un poco?

Diana asintió, y él volvió a llenar la copa, que le pasó a ella. Luego se sentó en la silla de enfrente.

-Estamos a salvo aquí. No hay por qué tener miedo.

Ella dio un buen trago al oporto, que como él había dicho no era de la mejor calidad, pero lo acogió con beneplácito.

-No tengo miedo. Nuestros atacantes murieron. Sin duda tardarán unas cuantas horas en reagruparse.

Él la miró fijamente a los ojos.

-¿Reconocisteis a alguno de los hombres del carruaje?

-No tuve tiempo... -Se quedó mirando-. ¿Lo advertisteis? -¿Acaso no soy omnisciente? Cuatro hombres en el carruaje... -Y tres cadáveres. Pero seguro que el superviviente huirá. -Preferiría atraparle, Lady Arradale -dijo él-, ¿intentabais tal vez protegerme de información preocupante?

Ella sonrió con gesto arrepentido. -Mi naturaleza es protectora.

-Entonces es probable que nos pisemos el uno al otro. De modo que, ¿reconocisteis a alguien en el carruaje?

-En verdad, no hubo tiempo, al menos para una simple mortal. Pero luego ella comprendió-. ¿De Couriac?

-Al fin y al cabo no tan simple mortal.

-Una deducción, eso es todo. ¿Quién más podría ser? ¿Y qué si os persigue también hasta aquí?

-Estoy despierto. -Cuando ella lanzó una ojeada a la jarra de oporto, él añadió-: Pero ya no estoy de guardia. Pedí inmediatamente refuerzos de Londres y han llegado hace un rato. Este lugar ahora está vigilado por mis hombres. Es seguro de verdad.

El nudo de miedo apenas reconocido por Diana se deshizo. Ella dio un largo trago al oporto.

-¿Por qué están haciendo esto? ¿Qué podéis hacer que vaya perjudicar a los franceses?

-Puedo oponerme a sus objetivos principales. Quieren reconstruir su flota y preservar sus fortificaciones en Dunkerque, puesto que ésa es su base para la invasión. Yo la quiero desmantelada de inmediato.

-¡Invasión! Inglaterra no ha sido invadida por una potencia extranjera desde la conquista.

-Pero ha sido invadida por contendientes al trono. Se repetiría lo de los Estuardo, por supuesto.

A causa del vino y el cansancio, Diana tenía la impresión de que le costaba más pensar. Bajó la copa.

-¿Entonces por qué no se ha destruido aún Dunkerque? Era parte del tratado de paz.

-También lo era en tres tratados de paz anteriores, y aun sigue en pie. -Él le tomó la copa que sostenía sin fuerza, y bebió de la misma-. Los franceses sienten un gran apego por Dunkerque, y el embajador francés en funciones está trabajando duro para conservarlo.

Acaba de sugerir la maravillosa idea de que, en vez de demoler el canal artificial que hay allí, habría que rebautizarlo como canal de San Jorge, en honor a los ingleses.

-¡Bromeáis!

-Ay, no. -Vació la copa, luego con mano firme la volvió a llenar y la dejó entre los dos-. Al rey le ha conmovido bastante la idea, especialmente teniendo en cuenta que el primer nombre que se sugirió fue el de canal San Luis.

Diana le había observado beber, pero fijarse ahora en sus labios casi la ciega a todo lo demás.

Nuestro beso.

Intentando que su respiración no sonara demasiado entrecortado, cogió la copa y sorbió intencionadamente del lugar que aún estaba húmedo de la boca de él.

-¿Es el rey tan fácil de embaucar?

-No lo permita Dios. Y lo digo muy en serio -contestó él, aunque de un modo sorprendentemente vago. Aunque Diana era consciente de que había dicho una estupidez, palabras casi traicioneras, él no dijo nada más. La mirada del marqués se oscureció. Sólo entonces

Diana cayó en la cuenta de que acababa de lamerse un poco de oporto de los labios.

Rothgar apartó la vista para tocar los pétalos de las flores.

-El embajador francés en funciones, un tal monsieur D'Eon, es un hombre muy inteligente y encantador.

-¿Y mortífero?

Él cogió un capullo sonrosado del cuenco y volvió a mirarla.

-Posiblemente.

Un capullo mucho más delicado que la amapola escarlata, y aun así ella estaba regresando velozmente a aquel coqueteo. Esta noche no llevaba un corpiño rígido que permitiera insertar el tallo de una flor. De hecho, era asombrosa la falta de etiqueta de su atuendo en aquellos momentos. Con menos de la mitad de su mente pendiente ahora de la conversación, aún era consciente de que él le hablaba de igual a igual, e incluso le confiaba cosas que sin duda compartía con muy pocos hombres.

Rothgar se reclinó hacia atrás, descansando el capullo en sus labios. Ella creyó verle inhalar su perfume. Dio un buen trago al oporto y dejó que el líquido bajara lentamente por su garganta.

-D'Eon cumplió muy bien sus funciones como capitán de los dragones durante la guerra -prosiguió él, con la mirada fija en ella- y en otras funciones secretas. En una ocasión viajó durante días con una pierna rota para entregar un mensaje. No es un hombre al que haya que tomar a la ligera. Además, es orgulloso y ambicioso.

Se apoyó hacia delante y tomó la copa de la mano de Diana. Sus dedos se tocaron. Luego se volvió y bebió del mismo lugar que había bebido antes.

Disimulando un escalofrío que respondía a dos motivos bien diferentes, Diana preguntó:

-¿Qué es lo que ambiciona?

-La embajada.

-¿No hay un embajador en camino?

-Pero, para algunas personas, la esperanza es algo eterno. Él le ofreció el capullo.

Ella lo cogió, acercándoselo a la nariz para inhalar el perfume dulce, aromático.

-Tengo motivos para creer -continuó él- que monsieur D'Eon piensa que si sobresale exitosamente en su papel actual, dirán al conde de Guerchy que se quede en casa, y a él le concederán todas

las funciones y poderes del cargo. E ingresos. Lo cual sería especialmente agradable, pues ya ha gastado parte de los fondos del embajador.

Ella captó el leve guiño del ojo.

-¿Animado por vos, tal vez?

-¿Acaso creería él algo que yo dijera? Ha recibido autorización directamente de su rey.

Diana dejó la flor.

-¡Falsificación! Milord...

-No me defraudéis, Diana. -Sus ojos aún sonreían-. Estos asuntos rara vez son limpios y ordenados. Cumplo con mi deber de restringir a Francia y evitar la invasión. Han intentado invadirnos en dos ocasiones durante este siglo, a través de Escocia. Esa ruta les está cerrada ahora que los clanes de las Tierras Altas están desarticulados o subyugados, pero Irlanda sigue siendo un lugar apto para sus planes, y la costa sur está tentadoramente cerca. Dudo que los franceses renuncien alguna vez a sus ansias de invadir Inglaterra. No se les permitirá -añadió, y ella reconoció una resolución personal en ello.

No era de extrañar que los franceses le quisieran muerto. Se interponía firmemente en su camino, y no era un hombre fácil de desbancar. Las ambiciones personales no podían distraerle, las ilusiones de grandeza tampoco le disuadían de su propósito. Ciertamente no se le podía sobornar.

-No frunzáis el ceño -dijo él cogiendo la flor y pasándosela por los labios.

El perfume de pronto se intensificó y sus labios vibraron al sentir el cosquilleo.

-¡Pero intentan asesinatos!

-Ahora estoy a salvo, creo -replicó, sin dejar de jugar con los labios de ella, su mandíbula, las mejillas, con los pétalos-. En Ferry Bridge, un desgraciado duelo. Hoy, un misterioso tiroteo. Pero se ha convertido en un escándalo y una matanza, con cuatro cadáveres de por medio, tres de ellos probablemente franceses. Tal y como están las cosas, si me sobreviniera una muerte sospechosa en el futuro próximo, levantaría demasiadas preguntas.

Ella le cogió la muñeca para detener la flor.

-¿Y una muerte no sospechosa?

-¿Qué podría pasar? -Sin ofrecer resistencia, prosiguió-: Soy un hombre saludable, y tengo intención, obviamente, de evitar las actividades arriesgadas durante los próximos días.

De todos modos, no podía protegerse de todo posible «accidente» Diana le rodeó la mano con las suyas y las acercó a la mejilla.

-Hoy -dijo-, en medio del caos, pensé...

Quiso dar marcha atrás entonces, pero ya había ido demasiado lejos. Mirando las manos de ambos, miró una flor, acabó la frase:

-Pensé en la pérdida que habría sido nuestro comedimiento.

Él no se apartó. En vez de ello, tras un momento, atrajo las manos enlazadas hacia él. Al sentir el roce de los labios contra sus nudillos, Diana alzó la vista.

-Y no obstante -siguió él-, los peligros no han cambiado.

-¿No hay un tiempo para el peligro? -susurró ella-. ¿Para el riesgo? ¿Para arrojar la cautela a las llamas?

Rozando todavía los dedos de Diana con su boca, dejó que la flor cayera.

-¿Desdeñar la cautela ante las llamas de la pasión? Una insensatez común. Las quemaduras son extremamente dolorosas, por si no lo sabéis. -Pero sus labios seguían quemando contra su piel-. Estáis hablando bajo los efectos del peligro y la muerte, Diana.

-¿Y vos no... Bey? -Resultaba tan extraño, maravillosamente extraño, llamarle por su nombre.

-¿Por qué sigues aquí? ¿Por qué te estoy tocando?

-Tócame más.

Él apretó la palma de la mano de Diana contra su boca abierta, y la piel de ella sintió la humedad. Igual que había hecho en el baile del año pasado, con igual brevedad, con igual malicia.

-Si alguna vez cambiáis de idea...

-Más -susurró Diana.

Quería gritar, ¡Todo! Pero el coste, el coste era aún demasiado elevado.

-Quiero... quiero tocarte y besarte. ¿Es eso posible?

-Por supuesto. -Bey acercó sus manos enlazadas a los labios de ella, y ella le besó la mano. La primera vez que sus labios probaban su piel.

No era suficiente.

-Quiero estar tendida contigo. Piel -pronunció en voz muy baja, casi sin atreverse a pronunciar las palabras-, con piel.

La mirada de él era serena, la observaba sin escandalizarse. -También puedes tener eso.

-Quiero decir... quiero decir sin... más.

Él sonrió, sus arrugas se marcaron.

-Puedes tener todo lo que quieras como quieras, querida mía. No soy un joven inexperto.

-¿Pero, tú?

-Nos deleitaremos en la piel, las caricias y los besos.

Ella estrechó aún más sus dedos enlazados y apoyó la cabeza en ellos.

-¿Por qué entonces es como morirse de hambre?

Con delicadeza, Rothgar atrajo de nuevo sus manos hasta su boca. -Tal vez podamos gozar. ¿Cuándo tuviste por última vez el periodo?

Como una idiota, su color se intensificó al tratar aquel tema.

-Hace semanas. Casi me toca otra vez. ¿Por qué? Oh. -Se quedó mirándole, recordando el panfleto de Elf-. Siempre existe un riesgo.

-¿No querías arrojar la cautela a las llamas?

El aire pareció escasear. Había llegado aquí hambrienta de esto, pero no obstante se sentía a salvo, atrincherada en el hecho de que era algo imposible. Aquello planteaba ahora un riesgo demasiado grande para su vida tan cuidadosamente planeada, y la de él.

-No hace falta -le dijo él hablando contra sus nudillos-. Puedes tener exactamente lo que quieras. Querías verme, supongo.

Él le soltó la mano y se levantó para empezar a desabrocharse los puños de la camisa.

Diana se quedó boquiabierta. ¿Se lo iba a tomar al pie de la letra y desnudarse? No había querido dar a entender aquello. No había pensado, en realidad, en cómo pasarían del estado presente a la desnudez. No obstante, mientras él se sacaba la camisa de los pantalones, la idea de detenerle era insoportable.

Pero era el primer paso.

¿Adónde? ¿A qué?

¿Podría finalmente satisfacer su ardiente curiosidad?

Aquí.

Con él.

No obstante, si no fuera más que curiosidad, ahora no experimentaría esta sensación sofocante de peligro. La verdad, no deberían. Estaban jugando con llamas realmente peligrosas.

Su corazón latía a un ritmo tan inestable que temió desmayarse, de modo que cogió la copa y dio un profundo trago. Demasiado profundo, ya que se atraganto. Cuando recuperó el aliento, él se estaba riendo, con esa clase de risa suave, cordial, que compartían los amigos. La fundió, la reblandeció como las gruesas gotas de cera que descendían por el lado de la irregular vela.

Honestidad y amistad. Azoramiento sincero. Humor amistoso. Con este hombre podía permitirse ser exactamente ella misma. Incluso dubitativa.

Confianza. Confianza asombrosa. Nunca antes se había percatado de lo poco que ella se permitía confiar.

Y él, que tenía que vivir tan protegido como ella en muchos aspectos, estaba confiando en ella.

Rothgar se estiró la camisa por encima de la cabeza y la dejó caer. Luego desató la cinta del pelo y se lo soltó en torno al rostro, sobre sus hombros desnudos.

Sus amplios hombros.

¿Parecían todos los hombres más fuertes cuando se quitaban la ropa?, se preguntó, estudiándole mientras él hacía una pausa para permitirle a ella observar. Tal vez él se estaba deteniendo para darle la ocasión de retirarse, de volver corriendo a su habitación.

Oh, no. Diana acogía con beneplácito este fuego, pese al peligro de que la redujera a brasas.

Vestido, los movimientos de Bey transmitían fuerza, pero ahora la fuerza se hacía patente en los largos músculos elegantes, que se ensanchaban hasta esos amplios hombros, y en una sutil formación de músculo bajo la fina línea de vello oscuro que descendía por su pecho.

Diana alzó la vista para mirarle a los ojos observadores de él. -Eres apuesto.

Tal vez detectó el más leve de los rubores cuando él sonrió. -Una ilusión, pero os doy las gracias. ¿Deberíamos continuar? Ella cogió el capullo abandonado y cobró fuerzas de su perfume. -Sí, por favor.

Él se sentó en la cama para quitarse los zapatos y las medias, luego desabrochó las bandas de la parte inferior de los pantalones.

Se levantó y desabrochó lentamente la cinturilla sin dejar de observarla. Al ver que ella no ponía ninguna objeción -¡en verdad tenía la boca tan seca que no estaba segura de poder hablar!- se quitó las dos prendas inferiores al mismo tiempo.

Diana sabía cómo estaban hechos los hombres. Sabía de penes blandos y duros. Incluso contaba con imágenes a todo color en algunos de sus libros. No había nada que tuviera que sorprenderla al respecto, y no obstante, la simple belleza de un hombre completamente desnudo la mareó. Tan real. Tan cerca. Tuvo la impresión de que podía percibir el calor de su cuerpo, de inhalar el perfume de su piel.

Un hombre desnudo perfecto, parcialmente erecto, y esperando. Para deleite de ella.

-Es bastante injusto -dijo Diana con toda la serenidad que pudo-. Como canon para tu género, quiero decir.

-Te aseguro, hay muchos mejor hechos que yo.

-No estoy segura de que pudiera resistirlo.

Cuando él se rió afablemente, Diana volvió a dejar el capullo con cuidado en el cuenco y se levantó.

-Me toca a mí, supongo.

-Puedo darte todo lo que quieras y más, tal y como estás ahora, Diana.

-Piel con piel -le recordó-. De todos modos, es lo que quiero. Es un reto, y crezco con los retos. Deberías saberlo. Ojalá tuvieras más capas de ropa con las que jugar.

De pie allí, despreocupadamente desnudo, Bey hizo uno de sus encantadores gestos, y el anillo de rubí centelleó con la luz de la vela, invitándola a competir.

Aspirando profundamente, ella soltó el cobertor tan despacio como pudo, dejó que se deslizara por sus brazos hasta el suelo. Por desgracia, aquello la dejaba sólo con una prenda, su camisola de seda. Era una pieza bonita que la tapaba desde los codos hasta las pantorrillas, un tejido delicado con exquisitos bordados, pero no se le ocurría cómo podía prolongar el ritual de quitárselo.

-Si te mueves un poco a la izquierda -le indicó él- tendrás la vela detrás de ti.

Un rápido vistazo le mostró lo que él quería decir, así que se movió y estiró los brazos.

-¿Sí?

No cabía duda, la mirada de él era más intensa.

-Sí.

Diana se dio entonces la vuelta, lentamente, levantando las manos por encima de su cabeza. Cuando volvió a estar de frente a él, su erección había aumentado de modo intrigante.

-Qué reveladores son los hombres -bromeó Diana. Cuando pensó que estaba en sus manos negarse a permitirle completar el acto, le pareció cruel.

-Hay maneras de ocuparse de eso, ... -Diana no podía pronunciarlo, maldición-. Quiero decir, podría... -¡Demontre! Tanto daba, qué idiota era. Él sabía. Por supuesto que sabía.

Al ver la ceja alzada de él, continuó en un susurró: -Tengo muchísimos libros.

-Debería habérmelo imaginado. Quítate esa prenda, mozuela, y ven a la cama. -Él se deslizó debajo de las mantas, luego se quedó allí tumbado apoyado en un codo, ocultando las revelaciones.

Ven a la cama. Por algún motivo, no había pensado en estar en la cama con él... como una pareja casada. Cayó en la cuenta de que sus libros nunca mostraban parejas en una cama. Las mostraba haciéndolo a veces en sillas, encima del suelo, sobre cojines, en un columpio, en un árbol, incluso sobre un caballo balancín. Pero no debajo de las mantas de una cama convencional.

Debajo de las mantas de una cama convencional no se vería demasiado. Sin duda, ése era el motivo. Pero este giro inesperado casi aniquila su valor. Había mucho más en juego... sigue adelante.

Se agarró la camisola por el dobladillo para sacársela hacia arriba por encima de la cabeza.

-Quítatela hacia abajo -dijo él quedamente-. Enséñame primero tus pechos.

Ella se enderezó y bajó la vista. El bajo escote tenía un cordel. Empezó a soltarlo, luego, con una sonrisa traviesa, cogió tres capullos del cuenco y los metió allí, entre sus pechos.

El agua fría goteó por su vientre mientras se volvía otra vez lentamente hacia él, desatando cuidadosamente el cordel. Bajó lentamente la seda, dejó que los capullos descendieran hasta quedarse acomodados entre sus pechos desnudos que quedaban impelidos hacia arriba por el escote que apretaba debajo de ellos. La oscuridad en la mirada de él y el cálido perfume hicieron que Diana se balanceara.

-Me gusta esto -dijo ella, refiriéndose a la mirada en sus ojos.
-A mí también. Ven aquí. Así como estás.

Capítulo 16

Sabía que se sentiría menos juguetona una vez desnuda, pero obedeció, disfrutando simplemente de sentirse así con él. Cuando estuvo lo bastante cerca, Bey tomó la exuberante parte delantera de la camisola de Diana y la acercó más, con los ojos fijos en las flores entre sus pechos.

El sereno deseo en su rostro, el fuerte estirón con que su mano la atrajo, empezó a producir en ella un hormigueo interior que supo que era deseo. Deseo que finalmente podría satisfacer esta noche.

Si encontraba el valor.

De acuerdo con el panfleto de Elf, estar tan próxima al periodo restaba probabilidades de quedarse embarazada, pero aquello no era concluyente. No había nada concluyente. Seguía siendo un riesgo extremo, innecesario, que corrían él y ella.

Los labios de él rozaron sus pechos y los capullos, le oyó inhalar lentamente. Las manos de Diana se alzaron por iniciativa propia para acunarle allí la cabeza, sus anillos centelleantes entre el pelo oscuro. La lengua de él pasó al pezón derecho, y ella cobró aliento. Sus miradas se encontraron, y fue como si él leyera la fascinación de Diana. Sonrió, lamió, luego succionó con delicadeza.

Diana jadeó, y él la echó en la cama. Volvió a juguetear de nuevo con su boca en sus pechos, importunó y succionó primero uno y luego el otro, hasta que la cabeza de Diana se balanceó y sus músculos se quedaron inertes.

-No es justo -dijo ella con un resuello.

La boca de él se detuvo contra su piel.

-¿Quieres que pare?

-Nunca. Por eso es injusto.

-Un arma potente en el arsenal masculino. Algo que una mujer no puede hacer por sí sola.

Sabía que se había puesto colorada otra vez, pero no iba a negar que se proporcionaba placer a sí misma.

-Hay cosas que un hombre no puede hacer por sí mismo -comentó.

Él sonrió.

-Me encanta encontrar una mujer ilustrada. Pero esta noche, no. Esta noche es para ti, Diana. Cogió una de las flores dispersas sobre el lecho y la acarició con ella, rodeando sus pechos, garganta arriba, sobre los labios, con aquel perfume que la aturdía. Y luego volvió hacia abajo, para insistir en sus pezones...

Pero entonces se detuvo.

Cuando ella le miró, habló con seriedad:

-Tienes que decirme ahora si quieres arriesgarte o no.

-¿O no serás capaz de detenerte?

-Me detendré. Pero es algo que no puede decidirse en medio de la pasión, una vez se pierde el juicio.

-Ya he perdido el juicio -susurró, sintiendo la dolorosa necesidad en su cuerpo, el hambre por él consumiéndola. Encontrarse tan cerca de él como fuera humanamente posible. Cerró los ojos y saboreó el calor y la dureza de su cuerpo contra el de ella, su aroma especial, y el de ella, y los capullos perfumados-. Nunca antes me he sentido así. Nunca.

-Me alegro. Pero debes elegir, ahora.

Abrió los ojos para mirarle.

-No puedo.

-Entonces optaremos por lo seguro.

Por dentro, el cuerpo de Diana gimió, pero ella se mostró conforme. -Los riesgos son demasiado grandes.

-Sí, lo son.

Él silenció con sus labios protestas aún no expresadas. No porque el beso le sellara la boca, sino porque fue un beso, ardiente, estigmatizante, que la obligó a arquearse y encendió en llamas el mundo. Ella le rodeó entonces con una pierna, sintiendo la dureza de la erección entre sus muslos.

Oh, cómo ansiaba rendirse. Pero no podía. No podían. Por más que les atormentara.

Metió sus manos entre el cabello de Bey y protestó cuando él interrumpió el beso. Pero no cuando se deslizó hacia abajo para llevar otra vez su boca a su pecho. La seda y las flores en la mano de él se deslizaron hacia arriba para frotar el pezón y ella soltó un gemido atragantado de placer, ardiendo de deseo.

Se había equivocado. El riesgo era insignificante.. ¡No!

Él tenía razón desde un principio.

Ella tenía razón desde un principio.

En medio de la confusión de temor y deseo, sintió cómo se agitaba la erección de él, y entró en tensión, derribando los prodigios que se habían acumulado.

Él levantó la cabeza para mirarla, el perfil de sus hermosos rasgos y la onda de pelo suelto y oscuro, dorados por la vela que se fundía. Lucifer. Pero Lucifer antes de la Caída.

-Confía en mí -dijo él-. Por un breve instante, mi brava guerrera, deja a un lado todas las cargas de tu poder, despacha a tus guardias y ríndete a mí sin incertidumbres.

La cautela clamaba, instintiva y bien afianzada, pero ella la sosegó. Éste no era cualquier hombre.

-Soy tuya -dijo, y cerró los ojos.

Los mantuvo cerrados, viviendo con los demás sentidos. Tacto, tacto, sobre todo. Esas manos, firmes y delicadas sobre ella como había soñado que serían. Dedos sensibles que parecían saber justo qué le proporcionaría más placer. Su boca suave, dura, seca, húmeda, ardiente... y luego soplando, refrescándola.

Oído. El susurro de las sábanas mientras se movían juntos, el aliento próximo a su oído, el pulso profundo, marcado, de su sangre. La voz de él, a veces relajante, a veces burlona, a veces no más que un placer canturreante, mientras ella canturreaba su respuesta.

Olor. Sábanas con el olor de la brisa fresca, flores aplastadas, y él. Su olor bajo un resto de jabón con el que se había lavado. Su propio perfume volviéndose lascivo. Un perfume creciente, aromático, de los dos juntos.

Sabor. La piel de él contra sus labios indagadores, contra su lengua, contra la boca abierta tan hambrienta de él. La boca de Bey, poderosa contra la de ella...

Sintió un estremecimiento y se agarró con más fuerza. Sabía. Se había dado alivio con frecuencia, pero esto era diferente. Sus cuerpos enroscados lo convertían en algo diferente, se apoderaban de cada parte de ella hasta que se sentía absorbida por la espiral del fuego, dando vueltas hacia arriba y hacia fuera...

Rothgar la observaba mientras ella se fundía a la luz de la vela, su cuerpo precioso reluciente y sinuoso por el placer y el deseo recién descubierto. Era una llamada que minaba su voluntad, le abrumaba con lisa carne satinada, suaves sonidos murmurantes y el perfume a flores y a Diana.

Controlando cada instante, le dio lo que tanto anhelaba con toda la perfección de que era capaz. Y sólo aquello a lo que ella había accedido.

Podría ser suya. No se resistiría ahora, lo sabía, probablemente no pondría pegas después, y sería todo lo humanamente seguro que fuera posible...

Bloqueó aquellos pensamientos y deslizó sus dedos otra vez entre las piernas de ella, entre su ardiente, húmedo consentimiento...

Podría ser su...

No.

Cambió de posición e introdujo los dedos hacia dentro, bloqueando pensamientos sobre lo que sentiría si su erección estuviera penetrando su vagina apretada, caliente. Con un estremecimiento, sudó de necesidad, pero se vanaglorió con la respuesta de ella.

Estaba entregada a sus sentidos, se arqueaba. Con un beso, él bebió su suave grito, continuó moviéndose dentro de ella, pegado a ella. Regresó a sus encantadores pechos para volverse loco así, volviéndola loca hasta el delirio.

Los brazos de Diana se cerraron en torno a él y todo su cuerpo se estiró. Rothgar se hundió en los sonidos de frenético placer de una mujer, murmuró mientras ella se convulsionaba con aquello: palabras alentadoras, palabras sosegadoras, palabras amorosas.

Palabras amorosas que confiaba en que ella no recordara nunca.

Palabras amorosas que confiaba él mismo en poder olvidar.

Le entregó sus labios cuando ella los buscó, se rindió a un breve momento del más profundo deseo atormentado.

Diana volvió en sí de nuevo con el beso y se soltó para mirarle.

-Estaba equivocada. Lo quiero todo, ahora.

Él sacudió la cabeza y se apartó, pero ella tendió piernas y brazos en torno a él para atraparle.

-No he perdido el juicio. Esto es sólo ahora, ¿cierto? No hay mañana. Porque es así. Esto. Nuestro. Como nuestro beso.

Diana percibió como una música delicada el temblor que le estremeció a él, y vio a la luz mortecina de la vela el lustre del sudor en su carne.

-No hay mañana -convino él-, ni eternidad alguna.

-Y no podemos tener eternidad. -Quería llorar, oponerse, pero no estaba segura de que él no tuviera razón. Lo único de lo que podían estar seguros era del presente.

-Hazme el amor, Bey -dijo ella, haciendo todo lo posible para que volviera a juntar su piel con la de ella-. Completamente. Ahora. No podría vivir con lamentaciones. Ahora. Por favor.

Cedió de súbito, como si algo hubiera fallado de pronto, como con el brazo del niño tambor. Se colocó entre las piernas de Diana apoyándose en un brazo, mientras se introducía cuidadosamente en ella.

Ella cerró los ojos para sentir, sólo sentir, mientras aquella feroz dureza la llenaba.

Sí. Oh, sí.

Como una oleada cálida, la perfección se apoderó de todo su ser. Una perfección del momento que decía que esto tenía que ser así. Dos mitades unidas. La llave perfecta en la cerradura perfecta.

Flexionó las caderas para hacer completa la unión, preparada para la llegada del dolor, lista a aceptarlo sin quejas, pero entonces él ya estaba muy adentro, llenándola satisfactoriamente. Abrió los ojos pestañeante, para ver los de él, oscuros y sonrientes.

-Tanto montar a caballo, sospecho -dijo Bey.

-¿No te importa? -Ella misma estaba un poco consternada.

-¿Querría provocarte dolor en un momento como éste? No me decepciones con convencionalismos, Diana. Ven, muramos juntos. -Casi sale del todo, pero entonces volvió a embestir.

La *petite mort*.

Oh, sí. Ella, que nunca había sido romántica, quería morir con él, morir con él de verdad si no podían estar juntos.

Cerró los ojos y siguió el ritmo preguntándose por un instante si la cama estaría golpeando contra la pared, revelando a todo el mundo lo que estaban haciendo. No le importaba. No le importaba lo más mínimo. El mundo podía detenerse.

El fuego interior volvió a arder en llamas. Mientras el placer la obligaba a ponerse rígida, sintió cómo él se rendía también.

Rogó que fuera igual de maravilloso para él.

0 mejor. Con aquella magnificencia era fácil ser generoso. Su placer no era tan intenso esta vez pero profundizaba más y dejaba su mente saturada de momentos deliciosos, la dejó a ella en blanco, inerte, perfecta e infinitamente satisfecha.

Cuando él salió de ella, Diana murmuró, confiando en que el sonido reflejara el agradecimiento que sentía. Luego abrió los ojos y le encontró a él desplomado de espaldas sobre la almohada. La sonrisa de Diana se agrandó.

-Tienes un aspecto encantador tan sudoroso y desgreñado-. Él se rió, con una risa tranquila pero pletórica.

-Ni siquiera yo puedo hacer el amor con fría altanería.

-¿Con un Malloren, no era todo posible? -Se había enterado de que este era el lema no oficial de la familia. El lema no oficial de él.

Bey rió otra vez y volvió la cabeza para mirarla. En verdad, pocos días atrás nunca le hubiera imaginado tan relajado.

-Supongo que podría mantener relaciones sexuales con fría altanería si tuviera que hacerlo -contestó él-, pero no estaría haciendo el amor. -La atrajo hacia él para un beso-. Y, por consiguiente, nunca podría suceder contigo.

¿Amor?

Se lo guardó como algo precioso, pero no iba a preguntar si hablaba en serio. No sabía si sería una bendición o una maldición.

Sabía que, fuera lo que fuera, perduraría en su interior. Ella le amaba, tanto por sus virtudes y su conversación como por la pasión. Pero la pasión había completado el círculo mágico.

Diana se apartó para estudiar su belleza morena, y le retiró el pelo húmedo de la alta frente. «Te amo, Bey Malloren» Palabras imposibles, pues quebrantaba el acuerdo que tenían aquí esta noche.

«No hay mañana»

Pero habían hecho el amor. Desde luego que sí. De forma plena y completa. El amor que habían hecho aquí esta noche tenía que

existir en algún lugar del mundo. Permanecería en ella, y en él, y lo cambiaría todo.

Pero, Dios lo quisiera, no con una criatura.

Él imitó su gesto, le retiró el cabello de la mejilla, luego volvió a besarla, deleitándose en ello.

Por impulso, Diana se sacó el anillo de su dedo índice. Dio la casualidad de que era un zafiro, y valioso, pero no era ésa la cuestión. Le cogió la mano izquierda y se lo puso en el anular.

Con este anillo, pensó, pero no lo dijo.

Él miró la piedra azul, y besó el dedo desnudo de ella, mirándola con ojos inquietos. En cierto sentido, ella lo sabía, no debería haber hecho esto, pero en todos los demás sentidos, era completamente correcto.

Luego él se dio media vuelta y salió de la cama, humedeció un paño en el palanganero y regresó para lavarle el vientre. Ella observó, comprendiendo de pronto.

-Ojalá no lo hubieras hecho.

-Es mucho más seguro.

Tenía razón. Derramar su semen sobre ella en vez dentro de ella era una medida adicional de seguridad. Pero deseó que no lo hubiera hecho.

-No con fría altanería -dijo ella-, pero la mente sigue controlando.

Él volvió a la cama y la cogió en sus brazos.

-Deja de protestar. Tampoco era lo que yo quería.

Ella se apretó contra él.

-Si no me sintiera tan... satisfecha en este momento, gritaría contra el destino.

Él jugueteó con el pelo de la nuca de Diana.

-Ríndete al momento, amor. Mañana ya es suficiente para ponerse a gritar.

Otra vez la palabra «amor», pero él estaba decidido pese a ello, de que esto fuera todo. No podía protestar, ya que siempre había estado claro, pero había albergado esperanzas. Al menos un poco.

No podían casarse, pero podrían ser amantes si tenían mucho cuidado. No. Sabía que sería imposible evitar eternamente un embarazo...

Rothgar la sostuvo, observando cómo la invadía el sueño. Parecía un niño agotado, con los rizos enredados, los labios un poco

separados, las pestañas suaves sobre las mejillas redondas. Había sido un largo y arduo día lleno de tensión y peligro, y ahora por fin ella podía descansar.

Le había dado aquello.

Dios quisiera que no le hubiera dado nada más.

Deberían sentirse seguros.

Una vez convencido de que estaba profundamente dormida, la retiró de sus brazos para dejarla sobre la almohada, pero permaneció allí, estudiándola. Desde aquel ángulo diferente, seguía pareciendo joven, pero ahora podía ver su firme barbilla. El cuerpo al que se había enlazado no era en absoluto infantil, era más bien el de una mujer activa, fuerte.

Una mujer verdaderamente destacable.

Hacía ya un año que la respetaba, pero ella había llevado una vida consentida y conservaba un rasgo de obstinación que no era deseable. Rothgar se había preguntado a veces cómo se comportaría ella cuando la pusieran de verdad a prueba.

Hoy lo había descubierto.

De forma magnífica.

Se había enfrentado al peligro a su lado con estoicismo. Había matado por él. No lo había celebrado ni efusiva ni alocadamente.

El año pasado, con su intrépido desafío a él mismo, había despertado su interés, y aún más con su victoria. Pero no era un hombre que hiciera locuras por una joven intrigante. No obstante, durante los días pasados, ella le había demostrado que estaba a su altura en todos los ámbitos. Le había divertido y alarmado con su rápido ingenio y comprensión, su audacia y valor, sus problemas y necesidades.

Luego ella había incitado aquel peligroso beso. Su beso. Aun así, él había mantenido el control. No se sentía seriamente amenazado. Hasta esta noche.

Única.

Demoledora.

Prohibida.

Miró la joya de multifacetas azules en su dedo. Parte de su coraza llamativa contra el mundo. Aquel anillo era una prenda, lo sabía, no sólo de afecto sino de protección. Un vínculo de mutua lealtad y confianza.

Llevándose el anillo a los labios, la miró, reconociendo que aquí, inesperada y no deseada, se hallaba su pareja.

No, no deseada, no; pero sí imposible.

Safo había dicho que él estaba incompleto, que ahora que su familia ya estaba atendida, él tenía un vacío. No. Había dicho que el vacío siempre había estado ahí, tapado por otras exigencias. Otras pasiones.

Había sonado como un disparate, pero ahora se daba cuenta de que, como era habitual, ella tenía razón. Sin sospecharlo, deseaba ansiadamente contacto, amor e intimidad. Sus hermanos no habían sido una obligación sino una necesidad, y las exigencias de éstos le habían permitido resistirse al matrimonio.

Pero ahora se enfrentaba a la tentación, sin protección alguna.

La había llamado «amor» Dos veces. Confiaba en que ella no lo hubiera advertido.

Comprendió demasiado tarde que habría sido mucho más prudente evitar esto. Debería haberla enviado de vuelta a su habitación. Incluso podría haberla hecho pasar, ofrecerle una buena cantidad de oporto, serenar sus agitados nervios y mandarla de vuelta a la cama.

En vez de ello, se había rendido a las ansias que ardían en su interior, ansias que llevaba días soportando, pensando que estaban a salvo. Que, como siempre, él mantendría el control de la máquina.

Arrogancia, con resultados predecibles.

Una necesidad tan brutal, tan dolorosa, como la carne sin piel.

Para protegerse, salió de la cama y volvió a vestirse, intentando volver a crear barreras, cubrir el dolor. Al mismo tiempo, se esforzó por volver a levantar las protecciones en torno a su mente.

Todo esto era resultado del riesgo, de la proximidad. Se desvanecería una vez regresara a su vida normal. Mañana llegarían a Londres, y Diana asistiría a la recepción de la reina. Desde allí, se trasladaría a la casa de la reina. Sólo la vería brevemente, y siempre acompañados.

De todos modos, llegaban tarde a la capital. Una excusa para posponer su presentación unos días...

Locuras. Cuanto antes estuviera ella en los círculos de la corte, mejor. Si todo iba bien, regresaría al norte en cuestión de semanas, y no tendrían por qué volver a verse. Lamentaría no poder visitar a Brand en Wenscote, pero sería necesario.

¿Y si Diana regresaba a Londres algún día buscando placer?

Entonces él viajaría a algún otro lugar. París volvía a estar abierto a él otra vez. 0 podría ir al norte cuando ella viniera al sur. Se rió de sí mismo por aquel baile tonto, pero sería la única manera.

Cerró los ojos por un momento, sin pretender negar el dolor. De él, y de ella. El dolor, no obstante, era parte de la vida. El miedo al dolor no podía regir la vida de un hombre honorable.

Y con el tiempo, incluso el peor de los dolores se consumía y se volvía soportable.

Con camisa y pantalones, se tendió de costado sobre la cama para permanecer echado sobre la colcha, separado de ella por la sábana y la manta. De todos modos, no pudo resistirse y se volvió hacia ella.

Como si Diana le percibiera, se dio media vuelta en la cama para quedarse de cara a él y estiró el brazo desde debajo de las colchas. Al no encontrar nada, dejó de moverse y volvió a quedarse profundamente dormida.

Él resistió la necesidad imperiosa de besar aquellos labios separados, pero permaneció mirándola hasta que, por fin, la vela se fundió en cera, y la oscuridad le aportó un poco de descanso.

Capitulo 17

Diana se despertó en un estado de paz y placer que se tornó en momentánea confusión. Porque alguien acababa de besarla.

Abrió los ojos pestañeantes.

El marqués.

Bey.

Sonrió e intentó desenredar sus brazos para tendérselos a él, pero él retrocedió.

-Casi ha amanecido. Debemos llevarte de vuelta a tu habitación.

Al instante fue consciente de que todos los vigilantes ocupaban sus puestos. Era lo prudente, pero era horrible..

Buscando a tientas, se esforzó por estirarse la camisola bajo las colchas, aunque él de todos modos se había apartado para mirar por la pequeña ventana. El cielo gris perla estaba empezando a iluminarse de amarillo, naranja y rosa.

Él estaba totalmente vestido, incluso con corbata y casaca. Ella se sintió desaliñada al salir de la cama con su única prenda manchada y arrugada. Se envolvió con el cubrecama de cuadros rosas antes de decir:

-Lista.

Él se volvió y se acercó a ella como si fueran una digna dama y su caballero a punto de ir a dar un paseo. Entonces Diana advirtió que él no llevaba el zafiro azul en la mano. Por supuesto que no. No había mañana. Pero sabía que lo guardaría a buen recaudo.

Había miles de cosas que decir, y por otro lado ninguna. Ella había provocado aquel peligroso viaje con la promesa implícita de regresar hoy a tierra, de no crear vínculos duraderos, subyugadores.

Cumpliría su promesa aunque aquello la matara.

Rothgar abrió la puerta y miró afuera, luego se volvió. -Todo tranquilo.

Ella se adelantó hacia él, pasó a su lado, pero no pudo contener una pausa, una mirada. Una súplica.

Abandonado todo miramiento, Bey le cogió las mejillas entre las manos y rozó sus labios con los de ella.

-Hemos abandonado el camino seguro. Si, contra toda probabilidad, hay un embarazo, debes decírmelo.

Ella sacudió la cabeza.

-Sabes que no podemos casarnos, y no podemos reconocer abiertamente un bastardo. Si concibo un hijo, será únicamente asunto mío.

-Eso no es cierto.

-Pero debemos hacer que lo sea. No me contraríes en esto, Bey.

-No me des órdenes, Diana. -Pero lo dijo sin rencor, la rodeó con sus brazos y la estrechó con fuerza, apoyando su cabeza en la de ella durante un momento.

Cuando se enderezó, no había rastro de debilidad en su rostro. -*Adieu*, Diana.

-*Adieu*, Bey.

Ella no volvió la vista mientras se apresuraba por el pasillo hasta su habitación. Clara todavía dormía, de modo que Diana abrió silenciosamente el joyero y cogió un anillo al azar para reemplazar el que le habían entregado a él. Luego se introdujo sigilosamente en la cama al lado de la doncella para permanecer tendida mirando el oscuro techo de vigas, reviviendo, recordando...

Renunciando.

Vestida con su ropa manchada, Diana se reunió con Bey durante el desayuno. Gracias al cielo, no se vieron obligados a mantener una conversación trivial, ya que sir Eresby apareció de nuevo con informes y preguntas. Aparentemente había enviado a alguien a Ware a hacer indagaciones y había descubierto que los asaltantes habían sido vistos allí. Aún más, habían estado con un francés llamado De Couriac.

Bey no tuvo problemas en contar a sir Eresby que habían cenado con monsieur de Couriac y su esposa en Ferry Bridge, que el señor de Couriac se había puesto enfermo y que la pareja se había marchado por la noche.

Estuvo claro que el rollizo y serio magistrado no aprobó nada de todo aquello.

-¿Podría estar él resentido por algo, lord Rothgar?

Bey alzó las cejas, regresando por completo a su altivez aristocrática.

-¿Por su enfermedad? La comida se la sirvió la posada, señor, no yo. ¿Y quién planearía un asesinato por eso?

-¿Qué otra cosa podría ser la causa de un plan tan desalmado, milord?

-No tengo ni idea, sir Eresby. No obstante -dijo, levantándose y extendiendo su mano hacia Diana-, debemos continuar con nuestro viaje. Esperan a lady Arradale hoy en la recepción de la reina.

Diana le dio la mano, resistiéndose a la necesidad imperiosa de rodearla con sus dedos, sintiendo lástima por el pobre baronet, al que había puesto en su sitio de un modo tan intimidatorio.

Sir Eresby se levantó e hizo una inclinación.

-Por supuesto, milord. Milady. -De todos modos, no se dobló del todo-. Enviaré a alguien a Londres si hay más preguntas.

Allá él, pensó Diana mientras dejaba que el marqués la condujera fuera del comedor y luego al carruaje. No obstante, el panel perforado del vehículo la devolvió con conmoción al día anterior.

-¿Os encontráis bien? -preguntó Bey quedamente.

-Sí, por supuesto, me había olvidado.

Compartieron una rápida mirada por lo que les había borrado el horror de la memoria.

Luego ella apartó la vista.

-Me alegraré cuando el equipo vuelva con nosotros. Clara ha hecho lo posible con el vestido, pero hay parte de la porquería que no se va.

Una metáfora de su vida, aquello, pensó mientras subía al maltrecho carruaje. No se refería al polvo, más bien a los cambios que no podían alterarse. Ni tampoco ella querría borrarlos, pese al peligro que acarreaban.

Clara y Fettler ya estaba sentados enfrente de ella. Bey ocupó su asiento, y en cuestión de momentos, estuvieron en marcha hacia Londres. No hablaron, ni siquiera fingieron leer. No se miraron uno a otro, En cuanto a eso, él podría haber estado mirándola fijamente durante todo el camino, pues ella se negaba a mirarle. No sólo el placer de la noche la había dejado desorientada, también la proximidad, la intimidad, que nunca antes había experimentado.

Rosa le había advertido que las mujeres tenían tendencia a enamorarse de los hombres con los que hacían el amor, pero había algo más en todo aquello. Rosa y Brand se habían encontrado uno a otro, de forma bastante fortuita, como dos partes de un todo fracturado. Un nexo tan perfecto que cualquier otro emparejamiento parecía al instante deficiente, incluso imposible.

Tú o nadie más.

¿Era Bey su mitad perdida?

¿Él y nadie más?

Reconoció que era cierto. Él era la parte perdida de ella misma, de pronto encontrada, ajustada temerariamente durante breves momentos por los extremos descarnados, que ahora sangraban nuevamente.

¿Por qué no?, exigió saber de súbito su parte rebelde. ¿Por qué no podía disfrutar de esa consumación, esa totalidad, que era derecho de toda persona?

¿No merecía la pena luchar por ello?

Decidida ahora, analizó los problemas prácticos.

Su independencia. Eso no era nada. Sabía que él respetaría aquello. ¿Pero qué sucedía con la apariencia de poder independiente de Diana? El marqués de Rothgar podía ensombrecer a cualquiera bajo el cielo, y en cierto sentido ella podría sacar provecho de aquello. Ella ganaría teniéndole a él como compañero, corno mitad igual. Sin duda él no sentiría ninguna necesidad de tratarla despóticamente por engreimiento.

¿Y qué de la geografía?

Eso era al mismo tiempo su enemigo y su amigo. Tendrían que encontrar maneras de dividir su tiempo entre el norte y el sur, entre las responsabilidades de él y las de ella. Significaría separaciones, pero estar sola en sus fincas le serviría para retener la autoridad allí. Un marido inferior, siempre presente, sería una amenaza mucho mayor.

En verdad, aunque no lo había pensado antes, un marido de mayor rango le serviría mejor que uno humilde.

Tal vez, después de todo, fuera posible.

Echó una mirada furtiva a los lados, impulsada por alas plumadas de esperanza. Y chocó contra la desesperación.

Era posible que sus propios problemas pudieran desintegrarse, pero los de él no. Los motivos de él para no casarse seguían tan firmes como siempre.

Miró otra vez por la ventana, a la carretera, cada vez más concurrida y a los pueblos y posadas más frecuentes que le decían que estaban cerca de Londres.

Cerca de la separación.

Él estaba decidido a no introducir sangre manchada en su antigua línea de sucesión. No le había llevado la contraria aquella

mañana cuando ella dijo que no podrían casarse si se quedaba embarazada, y ella sabía el tormento que eso sería para él.

Él asumía todas sus responsabilidades, incluso aceptaba a una condesa rebelde que sólo era una conexión distante por matrimonio de su hermano. El amor por su familia era profundo, y era encantador con los niños. La idea de rechazar a su propio hijo debía de ser intolerable por lo dolorosa, y no obstante, estaba preparado para hacerlo con tal de ser fiel a su firme resolución.

Rogó con toda sinceridad para no quedarse embarazada. Sería terrible para ella, pero intolerable para él. No era de extrañar que hubiera recalcado tanto que era posible que no volvieran a hacer el amor.

En aquel momento decidió que, si se quedaba embarazada, él nunca se enteraría. Encontraría la manera de ocultar el embarazo y luego daría a la criatura en adopción, a alguien que viviera en sus fincas. Tendría la posibilidad de seguir de cerca la vida del niño, aunque le rompiera el corazón no poder reconocerlo, quererlo, como suyo propio. No obstante, por el bien de Bey, lo haría.

Con lágrimas escociéndole los ojos, se esforzó por contenerlas, pero volvieron a manar. Riqueza, poder, amor, y dos fuertes voluntades, ¿y qué les daba aquello? Dos vidas vividas por separado, paisajes desolados, cuando un jardín de sol y risa se mostraba a la vista, casi al alcance.

Pensó en el autómata, que viajaba envuelto como un bebé detrás de ella. Durante un momento de locura, le pareció que, allí en el portaequipajes del carruaje, yacía su hijo no nacido -Dios quisiera que nunca naciera-, llorando para que le dejaran salir.

Su espíritu combativo se rebeló. ¡Tenía que existir una manera!

Pero, ¿qué? ¿Un matrimonio sin hijos? Aunque la idea le resultaba dolorosa, lo haría. No obstante, el útil panfleto de Elf sobre prevención del embarazo dejaba claro que no había manera de estar totalmente segura, aunque él vertiera siempre su semen fuera de ella. El objetivo de aquella información sólo era espaciar los alumbramientos para que la vida de la mujer y su familia fuera más fácil.

Caray, si la medicina le ofreciera una manera de volverla estéril, aceptaría el cuchillo como precio, aunque llorara por los niños -los niños de ambos- que no nacerían.

Arriesgó otra rápida ojeada a los rasgos sombríos, clásicos, de él.

De todas las partes preciadas que él podría dar a un hijo, sólo una muy pequeña resultaba sospechosa.

Como si le hubieran tocado, el marqués se volvió, haciendo preguntas silenciosas. «¿Qué os inquieta? ¿Puedo ayudaros?»

Silenciadas por los sirvientes, Diana replicó con una leve sacudida de cabeza, y se volvió de nuevo a la seguridad de la ventana. Huertos de cultivos para el mercado, con personas trabajando como abejas obreras, reuniendo verduras para la bulliciosa ciudad. Su carruaje había reducido la marcha debido al tráfico que se agolpaba para entrar en Londres: carruajes, carretas y gente a pie.

Si al menos pudieran detenerse, congelarse allí, donde al menos se encontraban juntos.

En Londres tendrían que separarse, y esperaba un rey al que había que apaciguar, tenía que escapar sin que le impusieran un matrimonio. Porque ahora sabía que no podía casarse con otro, ni siquiera para salvarse del manicomio.

Tú y nadie más.

La repleta carretera les obligó a ralentizar la marcha, aunque algunos vehículos dejaban paso al carruaje con el escudo. La gente de la calle se volvía para observar pasar el gran carruaje y sus jinetes escoltas, y una pareja llamó la atención de Diana.

Una niña pequeña se hallaba de pie entre un hombre y una mujer, cogida de la mano por sus padres como un eslabón en una cadena. La niñita se soltó las manos y obviamente, exigió que la levantaran. El padre lo hizo sonriente. Ella rodeó con confianza el cuello de su padre mientras señalaba el carruaje, parloteando.

Ahora estaba cerca y Diana no pudo evitar sonreír y saludar con la mano a la niña. Vio su propia mano llena de anillos destellar con la luz del sol, y los ojos de la niña y su sonrisa se agrandaron con deleite mientras le devolvía el saludo.

El carruaje siguió adelante y dejó atrás a la familia. Seguro que pensaban, que acababan de ver a las personas más afortunadas del mundo, con una vida dichosa y repleta de bendiciones, cuando en realidad ella se sentía como un mendigo a su mesa.

Aunque resultaba difícil imaginarse a ella y a Bey paseando por una calle como una familia, igual que la gente ordinaria, era fácil

imaginarle a él llevando un niño estimado entre los brazos. Igual que con el pequeño Arthur, Bey sería cariñoso con sus propios hijos. Igual que con sus hermanos y hermanas, sería una roca en torno a la cual podrían construir unas vidas satisfactorias.

Ser una roca tenía que ser tan frío y duro.

Se produjo un repentino cambio, igual que una resquebrajadura en un muro oscuro que dejaba entrar la luz. No estaba bien. No estaba nada bien, y tenía que haber una manera de corregirlo no sólo por ella misma, sino por el bien de él. Especialmente por eso. Él se merecía algo más en la vida, este hombre de generosidad magnífica merecía mucho más que la fría tierra a la que se había exiliado.

De hecho, necesitaba que le rescataran.

Mientras las calles normales se volvían calles distinguidas, buscó afanosamente una manera. Eran dos personas ricas, inteligentes y poderosas. Tenía que haber una manera.

Sin poder evitarlo, aquellas calles elegantes y las personas también elegantes se inmiscuyeron en su pensamiento, y tuvo que romper el silencio:

-Milord, sin duda no puedo ir así a la corte. -Se tocó el vestido sucio.

-Por supuesto que no -contestó él, pero lo dijo como si de verdad no hubiera pensado en ello hasta entonces. Una victoria en cierta forma, supuso, haber distraído aquella mente controlada y lógica.

-Los carruajes con el equipaje tendrían que haber llegado -prosiguió-. Si no... Elf dejó algunas ropas en la mansión Malloren.

Diana tuvo que contener una risita. Elf y ella tenían una constitución y altura muy diferentes.

Un reflejo de su humor animó los ojos de Bey, reconociendo el error, pero se enfriaron al instante.

-Si vuestro equipaje no ha llegado, enviaremos vuestras excusas a la reina.

Excusas significaban más tiempo. Más tiempo con él. Más tiempo para descubrir la manera. Tal vez, pese a las promesas de fuerza de voluntad, otra noche.

-Estamos entrando en Marlborough Square -dijo él mientras el coche giraba entre hileras de casas modernas para entrar en un espacio despejado.

Diana miró las altas casas de ladrillo con balaustradas oscuras e hileras de árboles ante ellas. Había incluso unos preciosos jardines en el centro, completados por un estanque para patos.

-Es encantador. No esperaba tanta vegetación.

-Hay muchos parques en Londres, también.

Qué conversación tan banal, y no obstante, era lo mejor que podían hacer.

-Ésta es la mansión Malloren -dijo él mientras el carruaje giraba, para adentrarse por el patio de entrada a una mansión separada por jardines laterales a ambos lados.

Encontró refugio en las bromas.

-Cabía esperar que poseyerais la casa más grande de la plaza, milord.

-Pero, por supuesto. La poseo toda. No obstante, el mérito no es mío. Mi abuelo empezó a cansarse de vivir en la parte más antigua y concurrida de Londres, y compró la tierra. Mientras planeaba construir una finca campestre, empezó la moda de vivir en este tipo de plazas, de modo que decidió construirla. Mi padre fue quien concluyó el trabajo.

El carruaje se detuvo delante de un precioso pórtico y los criados salieron en tropel a atenderles.

-Entonces, ¿por qué no Malloren Square? -preguntó.

-Mi abuelo era amigo y admirador del duque de Marlborough. -Bajó del carruaje y se volvió para ayudarla.

Había concluido el viaje. Y vaya viaje había sido.

Mientras entraban en la casa, quedó claro que habían enviado previamente un mensaje para avisar del retraso y de los motivos. Por supuesto que sí. Les esperaban la noche anterior. Estaba claro que a pesar del ataque y de la muerte de su escolta, Bey se había ocupado de una gran cantidad de asuntos antes de sentarse con la jarra de oporto.

Diana aún no había asimilado la clase de hombre que era, y, por consiguiente, miraba a su alrededor, al hogar londinense de él, preguntándose qué podría revelarle aquel lugar.

El vestíbulo de entrada estaba cubierto de paneles de roble, más al estilo de la casa rural que su abuelo había planeado que la moderna casa urbana en la que se había convertido. El roble aún no estaba pintado siguiendo las costumbres en boga, pero el vestíbulo

se libraba de las penumbras gracias a cuatro largas ventanas situadas en lo alto de una majestuosa escalera.

Había cuadros, muebles y objetos ornamentales por todos lados, y todos de la mejor calidad, pero a diferencia de otras muchas casas de buen tono, el efecto que ésta transmitía no era la cuidadosa exposición de todo ello, sino la acumulación a lo largo de los años. Esta gran casa irradiaba una sensación de hogar, y Diana no pudo evitar pensar en lo maravilloso que tendría que ser llegar aquí como desposada de él.

¡Tenía que ser posible! No se podían desperdiciar dos vidas de este modo. Ninguna familia estaba libre de tachas físicas y mentales. Incluso la gente que parecía sin defectos podía tener hijos con problemas. Se volvió para hablar con él, pero estaba dando órdenes precisas a varios sirvientes, organizando la máquina una vez más.

Con un suspiro, se acercó a un gran cuadro. Bey con su atuendo de gala y una pequeña corona mirando altivamente a los inferiores mortales. Su aspecto resaltaba por lo gélido e intimidador. Como ella le había imaginado en otro tiempo.

Sintió que él se aproximaba para situarse a su lado y le dirigió una mirada irónica.

Los labios de él sonrieron.

-Escogí intencionadamente a un artista que sintiera terror por mí. ¿No creéis que consigue el aire adecuado?

-Si lo que queréis es que todo el mundo se funda dentro de sus zapatos.

-Por supuesto.

Le complació que aún quedara algo de frivolidad entre ellos. -Debéis darme el nombre del artista. Necesito un retrato similar justo en la entrada de mi casa.

-Creo que no le asustaríais. Lo cual significa que es un necio. -Se volvió para hablar con alguien, luego continuó-: Los carros con el equipaje llegaron a salvo la noche pasada, y vuestros baúles esperan arriba.

No parecía afectado por las noticias, pero Diana sintió ganas de echarse a gritar. Disimuló su decepción lo mejor que pudo y permitió que se la llevaran para prepararla para la corte.

Mientras subía por las escaleras se percató de otro cuadro en el rellano superior. Éste representaba a una pareja según el estilo de

hace una generación. Los padres de Bey, supuso. El parecido entre él y el hombre estaba claro. Aunque los rasgos pintados eran un poco más suaves, el cabello moreno y los ojos oscuros eran los mismos. Sin embargo, parecía un hombre mucho más benévolo que su hijo mayor, aunque un poco triste.

Luego comprendió que la mujer de pelo bermejo tendría que ser la segunda esposa; el parecido con los Malloren pelirrojos era claro. De modo que, aquella tragedia explicaba la tristeza obsesiva.

El marqués del cuadro era bastante joven. La gente tendía a pensar en sus padres como personas de mediana edad o mayores, pero un retrato así recordaba que incluso los padres tuvieron alguna vez veintitantos años, y posiblemente, se encontraron tan confusos e indecisos como uno mismo.

Pese a los criados que esperaban, estudió a la segunda esposa. Cabello bermejo dorado y una boca generosa en sonrisas y amabilidad. Belleza, también, que había transmitido de forma particular a su hijo mayor, Bryght, mezclada con el color moreno del padre. No obstante, lo que más deslumbraba era su afecto y amabilidad.

Una mujer que todos añoraban amargamente. Tal vez, tras haberla perdido, su padre no había luchado demasiado por vivir.

Tú o nadie más. Aquí también lo percibía.

Dos mitades que cuando estaban divididas eran heridas sangrantes, o como mucho, terribles cicatrices. ¡Tenía que haber una manera!

Permitió que la dirigieran hasta unos dormitorios en los que los labrados de carpintería se habían pintado de blanco, con papel pintado chirlo en los paneles. Los muebles también seguían aquel estilo más moderno, tallados con delicadeza y con incrustaciones de maderas decorativas.

-Las habitaciones de lady Elf, milady -anunció el ama de llaves-. Ahora lady Walgrave, por supuesto, y viviendo en la casa de su esposo.

Largas cortinas en las alargadas ventanas. El canto de los pájaros en los árboles cercanos y, bastante cerca también, niños jugando. Un recordatorio punzante de una vida que tanta gente daba por sentada.

Bienestar, amor, matrimonio y niños.

-No hemos deshecho vuestros baúles, milady -continuó el ama de llaves-, ya que tenéis que trasladamos a la casa de la reina, pero si tenéis la amabilidad de comunicarnos qué es lo que necesitáis para la recepción, haré que lo preparen.

Diana dejó a un lado los anhelos y se centró en su inminente desafío. Si fracasaba con el rey, Bey se vería obligado a cumplir su promesa y casarse con ella. Era algo que deseaba desesperadamente, pero sólo si se trataba de un matrimonio pleno. Un matrimonio nominal sería peor que ninguno en absoluto.

Por consiguiente, debía dar una buena primera impresión al rey y la reina, e interpretar su papel convencional a la perfección. Una de las cosas que él le había dicho durante su instrucción era que el rey y la reina querían respaldar el comercio inglés. Suerte, entonces, que el vestido para la corte estaba confeccionado con seda de Spitalfields.

Se volvió al ama de llaves.

-Clara sabe dónde está empaquetado mi vestido para la corte. Entretanto, me gustaría tomar un baño.

-Por supuesto, milady. ¿Y un poco de té mientras esperáis?

-Perfecto.

A solas durante un breve momento, Diana se quitó el pequeño sombrero y se frotó la dolorida cabeza. No era realmente dolor. Era tensión. Sentía tensos incluso sus huesos.

¿Dónde estaba él ahora? Sin duda, él también estaba preparándose para acudir a la corte. ¿Estaría ya desnudo bajo la mirada nada apreciadora de Fettler... ?

Rothgar comprobó que todo estuviera en orden, y luego empezó a subir las escaleras. Se detuvo, no obstante, al ver a Diana estudiando el retrato de su padre y su madrastra.

¿Qué vería ella?

Nada que él pudiera ofrecer.

Evitando alcanzarla, se volvió para recorrer un pasillo que conducía hasta una habitación situada en la parte trasera de la casa. Allí supervisó el desembalaje del muchacho tambor y buscó algún desperfecto más. Gracias al cielo había ordenado que lo llevaran en el portaequipajes del carruaje principal. Parecía haber sobrevivido a la aventura del viaje sano y salvo. Envió un mensaje a John Joseph Merlin para que lo examinara lo antes posible, y para establecer una cita para hablar con él de las reparaciones.

Los sirvientes salieron de la habitación haciendo inclinaciones, y él se quedó a solas con la figura inmóvil y silenciosa, tentado extrañamente de darle cuerda y ponerlo en marcha. Dar vida al muchacho. Se encorvó para quedarse cara a cara frente a él.

-Es probable que me atormentes, ya lo sabes. Evidencia de lo que podría haber sido. Advertencia de lo que podrá ser si los dioses no son compasivos.

Los misteriosos y realistas ojos del muchacho, bordeados por largas pestañas, le devolvieron la mirada. Parecían decir:

«¿De verdad no quieres que sea real?»

Se incorporó bruscamente y salió de la habitación cerrando la puerta tras él.

Nada había cambiado. La lógica en la que había basado su vida se mantenía firme. Este desasosiego que padecía ahora era debilidad, nada más.

Tenía una práctica infinita en resistirse a la debilidad.

Capitulo 18

Diana se distrajo explorando el encantador salón tocador, pero no encontró gran cosa interesante. Los cuadros no eran

sobresalientes, y era poco probable que los pocos libros colocados en la serie de estantes protegidos por un vidrio hubieran sido escogidos por Elf. Elf se había trasladado a la casa de su marido, y estas habitaciones sólo conservaban susurros espectrales de ella.

Una puerta lateral daba paso al dormitorio y, más allá, Diana encontró el vestidor. Clara y otra sirvienta estaban sacando cuidadosamente su vestido de gala para la corte junto con sus incómodos guardainfantes, mientras otros criados llenaban una gran bañera rodeada por gruesas toallas de lino. El fuego ya ardía en el hogar para caldear la habitación para el baño.

No era un fuego recién encendido. Era evidente que esto estaba planificado también con anticipación, y esta evidencia de la programación descompuso sus sueños. Bey llevaba sus asuntos con eficiente perfección. Nada quedaba desatendido ni se hacía de forma impulsiva.

Precisión mecánica, que no podía cambiarse fácilmente.

Aquello llevó inmediatamente sus pensamientos al autómata. Presumiblemente, para entonces ya lo habrían descargado y colocado con mimo en algún lugar de la casa. El muchacho tambor tenía el aspecto de ella cuando era niña. ¿Qué aspecto tendría Bey con cinco o seis años? ¿Habría un retrato de él incluso más joven, antes del cruel acto de su madre?

¿Mostrarían el cambio los retratos posteriores, incluso en los rasgos infantiles?

Cuando regresó el ama de llaves, seguida por un lacayo que llevaba la bandeja del té, Diana preguntó:

-¿Hay alguna galería de retratos en la casa?

-Una pequeña en el pasillo exterior al salón de baile, milady. La mayoría de los retratos de la familia están, por supuesto, en Rothgar Abbey.

-Me gustaría ver los retratos colgados aquí.

La mujer estaba claramente sorprendida, pues el té esperaba y el baño no tardaría en estar listo, pero hizo una inclinación.

-Por supuesto, milady. Tened la amabilidad de seguirme.

Fue conducida más allá de las escaleras hasta la otra mitad de la casa donde había un pasillo más ancho que, en efecto, estaba lleno de retratos. Diana dio las gracias al ama de llaves y la despidió, luego se volvió para pasearse junto a los cuadros.

Los primeros eran cuadros antiguos, una miniatura pequeña que se remontaba tal vez hasta comienzos del periodo Tudor. Más adelante encontró dos retratos grandes de un hombre y una mujer con los atuendos amplios de la Restauración. Probablemente los abuelos de Bey, y de nuevo encontró cierto parecido en los párpados esculpidos de la mujer y los huesos clásicos del hombre.

De todos modos, no encontró nada de sus padres. Se preguntó si sobrevivía algún retrato de su madre y, en este caso, en qué rincón apartado colgaría.

El final del corredor incluía un retrato de tamaño moderadamente grande rodeado de miniaturas, de modo similar al sol y los planetas. Con una sonrisa, se preguntó si él también había concebido de esta manera la disposición de los cuadros.

El retrato central tenía que ser Bey de joven, casi un adolescente. Probablemente era el cuadro habitual pintado en Italia mientras realizaba su viaje educativo por Europa, ya que le mostraba apoyado en una columna de piedra, con un libro en la mano, y revelaba el vislumbre de una ciudad italiana tras él. Diana estaba informada de que muchos artistas italianos mantenían cierta cantidad de lienzos previamente pintados con un fondo y una columna, para que el milord inglés pudiera escoger el que más se adaptara a su estilo, y luego se pintaba allí su figura. Éste parecía ser de ese tipo, pero el artista había mostrado gran habilidad a la hora de retratar a su modelo como en vida.

Bey probablemente tendría unos diecisiete años, y no mostraba señales de las sombras de la infancia. Una alabanza, aquello, a su padre y madrastra. Su aspecto era el de lo que era entonces: un joven con el mundo en sus manos, disfrutando de pleno la vida. Diana no dudaba que, con su mente talentosa, él habría disfrutado del viaje como se suponía que debía hacerlo: para aprender y explorar el mundo clásico. La sonrisa y ojos maliciosos le revelaron también que ya disfrutaba de otros aspectos del viaje por el extranjero.

Ay, las damas italianas debieron haberse vuelto locas por él. Su atractivo era arrollador, con los bien formados huesos ya definidos, pero suavizados por la lozanía de la juventud que aún perduraba. Aquellos ojos misteriosos, protegidos, eran más grandes, más brillantes y estaban llenos de las alegrías de la vida.

En la actualidad era un hombre apuesto, se había desarrollado a la perfección hasta ser él mismo, pero había algo atractivo en una belleza tan juvenil acompañada de esa seguridad tan señorial.

Apartó la mirada para contemplar las pinturas de menor tamaño, pero todas pertenecían a sus hermanastros y hermanastras, también adolescentes. No había ninguna imagen infantil, lo cual no era de extrañar. Normalmente se conservaban en zonas menos públicas y a menudo se colocaban junto al retrato de la madre. Lo más probable era que cualquier retrato de Bey con su madre se hubiera retirado, o incluso destruido.

¿Cómo sería tener un progenitor al que todo el mundo quería olvidar? No era sorprendente que rondara sobre él como una sombra.

Volvió a mirar el retrato central, pero no le ofreció ninguna respuesta, excepto para comunicarle que no todas las sombras con las que vivía provenían del horroroso acto cometido por su madre. La muerte del padre y la madrastra habían tenido un papel importante. Rosa había dicho que habían muerto como resultado de la fiebre que él había traído a la casa.

Diana sabía que ningún miembro de la familia querría que Bey sufriera por ello, pero él también lo sabría. En lo profundo de su corazón, era la madre quien le tenía encadenado. Se volvió y caminó con brío de regreso a su habitación, decidida a encontrar la manera de romper aquellas cadenas.

Se detuvo al llegar a la altura de la escalera para dedicar otra mirada a los anteriores marqués y marquesa, quienes sin duda desearían la felicidad para toda su familia. Ahora todos la tenían, al menos en parte, gracias al cuidado amoroso de Bey. Únicamente él se había quedado solo.

Ayudadme, pronunció en silencio. Luego aceleró el paso.

Dos horas después, Diana se inspeccionó en el espejo y se declaró satisfecha. Los actos formales en la corte requerían anchos guardainfantes en vez de los estrechos habituales o los aros de diario. No obstante, los guardainfantes servían para extender el tejido de la falda y exhibir los valiosos materiales, lo cual fomentaba una declaración flagrante de riqueza.

La seda cremosa cumplía aquello a la perfección, con su derroche de capullos y hojas bordadas. Este mismo material formaba el borde del volante rizado que rodeaba la falda y ascendía

hasta la cintura por la parte delantera dividida en dos, y que estaba ribeteado por el medio con reluciente trencilla de oro. Las enaguas se imaginaban de seda de crema, y llevaba zapatos a juego. El suntuoso peto estaba compuesto por cintas de seda y encaje dorado, y un pequeño racimo de flores de seda se alojaba en el encaje junto a sus senos.

Contuvo el aliento al pensar en la noche anterior.

¿Le recordarían también a él la noche pasada aquellas flores? Esperó que fuera así.

Sabía que, en estos momentos, él pondría todo su empeño en evitar, en bloquear, en volver a levantar las defensas, pero ella haría todo lo posible para volver a derribarlas.

Entonces recordó que su objetivo en aquel momento no consistía en quebrantar la voluntad de Bey, sino en convencer al rey de que era una dama segura, convencional.

Su aspecto se correspondía con aquel papel. Se esperaba de ella que fuera distinguida, como correspondía a su posición, y la moda de la corte requería pintura facial que permitiera fingir una palidez delicada. Diana se protegía el cutis para conseguir una palidez genuina, pero tras aplicar los polvos, el brillo saludable de sus mejillas quedaba también oculto. No se oscureció las cejas ni las pestañas, y eso también la hizo parecer más apagada, menos fuerte, especialmente con el cabello empolvado.

Sus ojos volvieron a trasladarse a las flores, y se percató de que el corpiño era muy escotado. No era inapropiado para la corte, pero aquello le ofrecía una ocasión para parecer particularmente modesta.

-Mi chal -ordenó-. El de muselina bordada.

Tras regresar agitadamente a las cajas, su asistenta lo encontró y se lo colocó artísticamente en torno a su cuello, con los extremos metidos entre sus pechos por detrás de las flores.

Mejor. De un recatado repugnante.

Con aquello en mente, escogió unas joyas sencillas. Había abandonado los anillos después del baño, pese a que eran su coraza. Resultaría demasiado idiosincrásico llevarlos en esta actuación. Escogió un pequeño rubí y una perla modesta. Para rodear su cuello y para sus orejas eligió un conjunto de aljófar y rubí que probablemente le regalaron cuando tenía dieciséis años. Material insignificante.

Se dio un último vistazo y asintió. Fastuosa pero ligeramente retraída. Ninguna amenaza para nadie.

¿Daría Bey su aprobación? Cogió el abanico de marfil y fue a enterarse, con su alocado corazón temblando ya con el pensamiento de volver a verle.

Después de tanto tiempo separados.

Un lacayo estaba esperando en el pasillo para acompañarla. Para sorpresa de Diana, la llevó al piso inferior, a la parte posterior del edificio, que normalmente acogería las dependencias del personal. Con un golpecito en la puerta, el lacayo la abrió y la anuncio. Diana entró y se encontró en un estudio muy bien ordenado. La mayor parte de las paredes estaban cubiertas por estanterías con libros y cajones. Una gaveta para mapas estaba abierta mostrando uno. El gran escritorio en el centro de la habitación era una obra maestra de marquetería y dorados, pero seguía siendo un escritorio, y Bey llevaba tiempo allí sentado ocupándose de gran cantidad de documentos antes de levantarse cuando ella entró.

Trabajaba demasiado, intentando que el mundo no se viniera abajo.

Diana sonrió de todos modos al contemplar la belleza de él vestido de rica seda roja y elegantes polvos.

Luego vio el cuadro en la pared, situado a un lado de él.

Una mujer joven con oscuro pelo rizado, con un vestido flojo de color rojo llameante, estaba sentada aparentemente tranquila, pero con una postura girada arrogante o tal vez desafiante. A primera vista parecía fuerte, su sonrisa segura e indisputable, su mirada directa, pero casi de inmediato Diana presintió el miedo.

¿Lo habría pensado de no estar al corriente de lo que iba a pasarle a la mujer? Porque sin duda ésta tenía que ser la madre de Bey. El pelo y los ojos oscuros del padre sugerían un grado de parecido que no veía allí. Bey tenía los rasgos exactos de su madre con formas más fuertes: la frente alta, la osamenta clásica, la barbilla cuadrada, la nariz recta, esculpida, con las ventanas acampanadas.

¿Era éste el motivo de que él se sintiera tan amenazado por la inestabilidad mental de ella?

¿Era éste el motivo de que mantuviera aquí el cuadro para recordárselo?

Diana supo que él la había citado aquí para que viera esto. Incluso se había vestido de rojo para dejar claro el parecido.

Pese a no estar declarada, había una guerra en marcha, y éste era el ataque defensivo de él. El cuadro debía recordar a Diana los hechos, y convencerla de que tenía buenas razones para asegurarse de lo que podrían tener y ser.

Ordenando a su acelerado corazón que se calmara, Diana se acercó más al cuadro, las rígidas sedas susurraron en la tranquila habitación.

-Parece asustada. ¿No quería casarse con vuestro padre?

Rothgar se quedó mirando, como si estuviera sorprendido.

-No puso ninguna objeción que yo sepa, pero, en cierto sentido, fue un asunto arreglado, sí. Planeado por padres amorosos por ambas partes. Su madre, mi abuela, aún vive, y sigue convencida de que mi padre volvió loca a su hija.

Ésta era la conversación que ella quería mantener, pero no en aquel momento en el que disponían de tan poco tiempo. Era consciente, con cierto nerviosismo, de que los relojes habían dado las campanadas de la media mientras bajaba al piso inferior. Intencionado. Sabía que era intencionado, para que pudieran hablar de esto, pero sólo brevemente.

Maldito.

Estaba en guerra con un estratega experto, despiadado. No debía olvidarlo.

-Erais un niño cuando murió -dijo encontrando su mirada-. Tal vez vuestra abuela tenga razón y vuestro padre no fuera bueno con ella.

-Mi padre era muy parecido a Brand. ¿Podéis imaginar a Brand haciendo sufrir a una mujer hasta volverla loca? Y aparte, ¿qué falta de bondad, que crueldad incluso, podría llevar a una mujer cuerda a estrangular a su propio hijo recién nacido?

Diana soltó un resuello.

-Estrangular.

-¿Sería más de vuestro agrado alguna otra manera de asesinato?

El que hablaba era el Marqués Siniestro, el que ella había temido la primera vez que se vieron. No obstante, Diana comprendió que, de nuevo, era una defensa, un gesto

horriblemente similar a la cabeza ladeada e impetuosa sonrisa de la madre.

-Ha sido una reacción tonta -accedió ella con calma-. Y no, nada externo puede explicar sus acciones. Pero la locura puede responder a muchas causas, algunas de las cuales mueren con quien la sufre. -Volvió a contemplar el cuadro-. ¿Se realizó antes o después de la boda?

-Justo antes.

-Entonces vuestra abuela buscaba sin duda una explicación que la satisficiera, porque la simiente ya estaba ahí.

-En la sangre.

Diana dio un respingo, comprendiendo que sus palabras habían reforzado las ideas de él en vez de rebatirlas. No obstante, ¿cómo oponerse a la evidencia de este cuadro? Su madre no era del todo normal.

-Estaba en ella de joven, creció como una estrella fugaz ¿Habéis detectado algún indicio?

-Tal vez no –contestó- y a través de mí, un hijo mío podría tener ese aspecto.

Diana se sintió paralizada. ¿Cómo refutar aquello?

El reloj dio los cuartos, y la mirada del marqués estudió de arriba abajo a Diana.

-Ah, veo que vuestra palidez no es consecuencia de mis sórdidos asuntos familiares. Lo haréis muy bien. Parecéis convenientemente trastornada por vuestras experiencias. Debemos irnos.

Con una última mirada frustrada al retrato, Diana abrió el abanico con un ademán y se hundió en una profunda reverencia cortesana.

-Como deseéis, milord.

Él ofreció su mano para levantarla, pero ella se incorporó suavemente por sí sola.

En vez de aprobarlo, él dijo:

-No hagáis eso en la corte. Permitidme que os ayude.

-Al infierno. -Luego hizo una mueca-. Ya sé. Que no haga esto tampoco.

Precisamente. -Le tomó la mano y la besó, con sus oscuros ojos fijos en ella-. Por el bien de ambos, Diana, no cometáis errores.

Le estaba diciendo lo que ella ya sabía: que una boda de rescate sería peor que no casarse.

Diana dirigió una última mirada al sobrecogedor cuadro, luego permitió que él la condujera hasta al exterior, al coche que esperaba. Un vehículo ligero de ciudad, pintado y dorado, con lacayos de librea a los lados.

Una pequeña multitud se había arremolinado y algunas personas se apresuraron hacia delante. Diana entró en tensión de inmediato, recordando que De Couriac andaba suelto, y añoró sus pistolas.

Recuperó la compostura. En público no podía dar muestras de miedo, ni tan siquiera de inquietud. Se trataba de los peticionarios que cabía esperar a la puerta de un gran hombre en Londres. Esta gente sabía cuándo saldría él para asistir a una recepción matinal o una recepción en palacio.

De cualquier modo, a un asesino le resultaría demasiado fácil acechar entre toda aquella gente. Diana recorrió con su mirada la multitud en busca de De Couriac. No le vio, pero podría aparecer más tarde, mañana, al día siguiente, y no siempre estaría ella presente para protegerle.

Oh, sí, Bey estaba rodeado de sus criados armados, pero ella también quería estar ahí, un par de ojos adicional, e incluso un par de pistolas adicional.

Maldito rey. Maldita corte.

El marqués estaba aceptando peticiones, sin dar muestras de cautela, de modo que ella le lanzó una advertencia.

-Espero que las intenciones de esta gente sean todas buenas milord. Voy a molestarme extremadamente si acabo en el suelo con este atuendo.

Una sonrisa estiró los labios de él, pero dijo:

-Ninguno de nosotros puede vivir dentro de un frasco de cristal, milady, como las flores de cera.

Pasó un puñado de peticiones a un sirviente situado a su lado, y se aproximó a una mujer que se había echado de rodillas ante él, suplicando ayuda. Diana quería escuchar su historia en aquel instante, y ayudarla entonces mismo. Sin embargo, no había tiempo, de modo que Bey se limitó, a ponerse en pie, cogió el papel y lo pasó a un criado, prometiendo leerlo lo antes posible.

Sólo con aquello, la mujer pareció tranquilizarse un poco, y se secó ligeramente las lágrimas. ¿Un hijo o un marido en prisión, tal vez? Ahora la mujer tenía fe en que el gran marqués la ayudaría, pero él tenía una nueva carga sobre sus hombros, otra exigencia sobre su escaso tiempo.

Ella también recibía peticiones, pero rara vez en persona, y nunca de esta forma. Y esto, sospechó, sucedía cada vez que salía de casa para un acto formal.

De pronto quiso ahuyentarlos a todos, protegerle, pero sabía que se sentiría ofendido sólo pensarlo. Era parte de los deberes de su rango, y la responsabilidad iba por delante de todo.

Al igual que su obligación de conservar libre de mancha su línea de descendencia.

Contó doce peticiones aceptadas antes de que tuvieran el paso libre para andar hasta el carruaje. Doce almas que dependían de él para algo muy estimado por ellos.

Con seguridad, esto no se había planeado como parte de la guerra que había entre ellos, pero le recordó quién era él. Sólo por rango, era uno de los grandes, una fuente de esperanza para los desesperados. Como la *éminence noire* se sabía que tenía la confianza de su majestad.

La mayor parte de Inglaterra sentía un temor reverente hacia él.

¿Podría de veras ella quebrantar la voluntad de este hombre?

Volvió a dedicarle una ojeada, y una vez más hablaron sus miradas, y ella supo, por lo que él era, especialmente por la eminencia gélida que marcaba su vida, que tenía que intentarlo.

Más que eso. Tenía que ganar.

Luego ambos miraron hacia delante y se encaminaron hacia el carruaje, la condesa de Arradale y el marqués de Rothgar, en escena.

Capitulo 19

Mientras se acercaban al palacio de St. James, el agolpamiento de vehículos y la avidez de la multitud que miraba hicieron que Diana empezara a sudar. Estos desfiles distinguidos y la plebe poco distinguida que les señalaba no eran lo que la sometía a prueba. Era el rey. De cualquier forma, tuvo que poner todo su empeño en no acobardarse ante los miles de ojos.

¡Y ella que había pensado que en Yorkshire su vida estaba restringida y sometida a escrutinio!

-Las recepciones son populares entre el pueblo -comentó él con un tono de aburrimiento que ella sabía que estaba pensado para serenaría.

-Ya veo. ¿También se congregan de este modo para las recepciones matinales para caballeros?

-No en la misma medida. Generalmente las damas proporcionan más entretenimiento decorativo que los caballeros.

Diana echó una ojeada al atavío de él.

-No es tan aparente. Y, de todos modos, en el mundo animal, el varón cuenta con el plumaje más deslumbrante.

-Y, si hacemos caso a lo que dice monsieur Rousseau, debemos, por encima de todo, ser naturales. -Mientras el carruaje se detenía, añadió-: Sugeriré al rey que ordene a todas las damas asistir con arpillera descolorida.

Un lacayo abrió la puerta de par en par. Bey descendió y a continuación se volvió para ofrecer a Diana su hermosa mano enjoyada envuelta en el plumaje de encaje y brocado.

-Sí que os gusta buscaros enemigos -comentó ella mientras descendía y se alisaba sus espléndidas faldas.

-Ay, sin enemigos, la vida podría volverse, muy aburrida. Hablando de ello, permitidme que os presente al chevalier D'Eon.

Poniéndose repentinamente alerta, Diana continuó con él hacia un hombre menudo vestido de suntuosa tela marrón, con la llamativa cinta roja de una orden y su medallón centelleante sobre el pecho. Bey también llevaba la Orden del Bath sobre una banda roja, y una mente imaginativa podría ver los dos cortes rojos como un desafío sangriento.

El francés les vio y se adelantó con la elegancia rápida de un buen practicante de esgrima pese a los altos tacones.

-Monsieur le marquis -dijo en rápido francés-. Estoy afligido, indignado... -Entonces pareció contenerse, e hizo una inclinación dirigiéndose a Diana en inglés-. Milady, os ruego que me perdonéis por hablar en francés. Y, qué desliz, de nuevo -añadió, con un pestañeo de turbación bastante malicioso-, por dirigirme a vos sin presentación...

-Lady Arradale -dijo Bey, con tono divertido-, ¿me permitís que os presente al chevalier D'Eon, el más honorable Ministre Plénipotentiare de la France?.

Diana tendió su mano y saludó al francés en inglés. La mirada intencionada de Bey no había sido necesaria. Podía comprender que el hecho de que el hombre pensara que ella era incapaz de entender la lengua podría ser una ventaja algún día.

Por supuesto, De Couriac sabía lo contrario..

Monsieur D'Eon se inclinó sobre su mano con gracia exquisita, llevando sus labios hasta justo antes de tocar la piel de ella.

-Londres se vuelve glorioso con vuestra belleza, lady Arradale -dijo y su expresión se volvió trágica-. Y estoy desolado por la noticia de que al parecer vuestro viaje se ha visto perturbado por unos rastreros compatriotas míos.

-Fue ciertamente aterrador, monsieur. Pero -añadió, soltando su mano del ardiente asimiento- cualquier país puede dar bribones. Escapamos con nuestras posesiones y vidas intactas. -Se volvió a Bey con gesto de adoración-. Todo gracias al formidable valor y pericia de lord Rothgar.

Los ojos de él centellearon con una advertencia humorística antes de decirle a D'Eon:

-Sucedió demasiado rápido como para poder recurrir a la pericia. Lamento no obstante las muertes de vuestros compatriotas.

-Igual que yo, milord. Me gustaría haber podido interrogarles.

-Cierto.

Parecían espadas esquivándose.

-Aparentemente eran colaboradores de monsieur de Couriac -comentó Bey-, a quien conocimos en Ferry Bridge. ¿Le conocéis, monsieur?

¿De Couriac? -repitió D'Eon con vaguedad mientras todos ellos se daban media vuelta para unirse a la gente que entraba a raudales en el palacio-. Me presentó algunos documentos unas semanas atrás. Petite noblesse de Normandía

-Quizá de Broglie conozca a la familia.

Una mirada penetrante de D'Eon comunicó a Diana que Bey había dado en el blanco.

-Lo dudo, milord -replicó D'Eon-. Monsieur de Broglie vive con suma tranquilidad ahora que ha dejado el poder. Se volvió a Diana-. Estad segura, milady, de que haré todo lo posible para llegar al fondo de este terrible asunto.

Hizo una inclinación y se fue a saludar a otras personas. Escapó, podría decirse.

-¿Quién es Broglie? -murmuró Diana mientras se incorporaban a la fila de las escaleras.

-El jefe secreto de D'Eon -dijo Bey con una voz tan acallada que apenas consiguió oírlo, y con una mirada que le comunicaba que no siguiera con el tema allí.

¡Caray! ¿Qué enredo sugería todo aquello? El único jefe de D'Eon debería ser el rey de Francia. ¿Era prudente, quiso preguntar, comunicarle que lo sabía?

Con momentánea irritación, reconoció que Bey acababa de lanzar un desafío al francés. Podía entender que recibir constantemente estos ataques solapados pondría a prueba la paciencia de una estatua de mármol, pero ella deseaba que no lo hubiera hecho. Especialmente ahora que ella iba a tener que dejarle a él sin su protección.

Especialmente teniendo en cuenta que él probablemente lo había hecho para asegurar que ella no se viera atrapada en ningún otro ataque.

Ah, cómo iba a detestar que la metieran en esta jaula de oro.

Mientras se abrían camino a través de los pasillos abarrotados de gente, Diana se sintió agradecida de que, al menos el rey se negara a vivir aquí en el palacio de St. James. Estos oscuros y antiguos pasadizos habían visto una buena cantidad de miserables dirigiéndose al desastre, a la tortura y la ejecución, y los recuerdos parecían perdurar en los muros. Algunas de las víctimas habían sido antecesores de su majestad. Algunos de ellos habían sido los de ella.

Su pulso adquirió de nuevo un ritmo nervioso mientras se aproximaban al salón de recepciones, como si en cualquier momento pudiera aparecer un verdugo con el hacha en la mano.

Ahora alcanzaba a ver más adelante hasta donde estaban sentados el rey y la reina con atuendos espléndidos y joyas deslumbrantes, mientras las damas y los caballeros permanecían a la espera más atrás. La mayor parte de los asistentes a la recepción se aproximaban sin más para hacer una reverencia o inclinación e intercambiar una o dos palabras, pero a los que eran presentados se les concedía más tiempo.

Tras saludar a sus majestades, la gente se movía por la estancia charlando, con especial cuidado de no volver jamás la espalda a la pareja real, aunque algunos parecían marcharse con bastante rapidez. Deseó tener esa opción.

Cuando les tocó el turno, Bey la condujo hacia delante, y ella se hundió en su reverencia, con la cabeza inclinada. La reina hizo un ademán para que se levantara y Diana recordó que tenía que permitir a Bey que la ayudara. Claramente había sido una sugerencia excelente. La pareja real parecía estar buscando aspectos monstruosos.

-Bienvenida a Londres, lady Arradale -dijo la reina en avanzado estado de gestación con su fuerte acento alemán. Era tan normal como decían, con un rostro bastante simiesco y ojos bulbosos.

-Sois sumamente amable por invitarme, vuestra majestad.

Diana había olvidado lo joven que era la reina. Tan sólo diecinueve años. No es que la edad se tuviera en cuenta aquí. El rey era un año más joven que la propia Diana, pero eso no aminoraba los peligros.

La reina frunció el ceño.

-Entiendo que habéis heredado la propiedad y el título de vuestro padre, lady Arradale. Para mí eso es algo muy extraño.

-También es inusual en Inglaterra, vuestra majestad.

-Una carga cruel sobre los hombros de una mujer-. Diana bajó la vista.

-Desde luego, vuestra majestad.

-Extraño, entonces, que no os hayáis casado.

¡Directamente al ataque! Diana confió en tener la expresión adecuada mientras miraba a los ojos de la reina.

-Ay, vuestra majestad, pero me he demorado en la búsqueda de un hombre a quien amar de veras.

Los ojos de la reina Charlotte mostraron leve afecto.

-Das ist gut. Pero no debéis demoraros demasiado, milady, o perderéis la lozanía. Hablaremos de ello más tarde. Os quedaréis conmigo como una de mis damas durante una temporada.

-Me hacéis un gran honor, vuestra majestad. -Diana hizo de nuevo una reverencia al rey y a la reina, y pudo desplazarse a un lado. Había concluido el primer encuentro.

No obstante, el rey se levantó y se situó a un lado junto a ellos.

-¿Qué es lo que he oído, lord Rothgar? ¿Bandoleros en nuestro camino real, lord Rothgar? ¿Qué? ¿A la luz del día? ¿Bandoleros franceses? ¿Qué?

-Un incidente desgraciado, señor.

-¡Desgraciado! -El rostro saludable del rey se enrojeció-. Intolerable. He enviado al coronel Allenby a investigar el asunto. ¡No consentiré tales cosas, especialmente a diez millas de distancia de Londres! ¿Salisteis ileso?

-Por completo, señor.

¿Y lady Arradale? -El rey la miró, pero Diana consideró que no se esperaba que ella fuera a hablar por sí misma.

-También ilesa, vuestra majestad, aunque espantada, por supuesto.

Diana bendijo los polvos pálidos e intentó parecer espantada.

-Lo contrario no sería propio de una mujer -manifestó el rey-. Pero, ¿tres bandoleros muertos, milord? ¿Qué? Sé que sois un hombre formidable pero ¿cómo sucedió? -Entones sacudió irritadamente la cabeza-. Bueno, tendréis que regresar más tarde a la casa de la reina y relatarme toda la historia.

Bey se inclinó.

-Con placer, señor. Si lo deseáis, puedo trasladar a lady Arradale allí en mi carruaje.

El rey asintió y regresó a sus obligaciones.

Diana alzó la vista y miró a Bey. ¿Más tiempo juntos? Irresistible, pero sólo serviría para prolongar el dolor. ¿Había cedido él tal vez a un momento de débil tentación?

No había manera de saberlo por su actitud. La llevó por la estancia presentándola a damas y caballeros que parecían congratularse de ver un rostro nuevo. Especialmente, no tardó en percatarse, tratándose de un rostro unido a una criatura tan inusual como una paresa por derecho propio, y una mujer muy rica,

además. Todo el mundo parecía tener un hijo perfectamente maravilloso, o un hermano o sobrino.

Sin embargo, este tipo de caza de herederas era el menor de sus problemas. No le gustaban las intenciones que tenía la reina de encontrarle marido, pero por otro lado pensaba que todo había ido bien.

Tal vez sus majestades habían esperado que se presentara pisando fuerte con pantalones y esgrimiendo un arma. Ése era otro aspecto injusto de la manera en que el mundo consideraba a las mujeres. Se daba por supuesto que no podían ser fuertes sin intentar vestirse y actuar como los hombres. Que una mujer aficionada a las prendas delicadas y a las joyas, y que preocupada por su cutis, tenía que ser una simplona con sonrisa boba.

Era el tipo de cosa que le gustaría discutir con Bey, pero ciertamente no aquí. ¿Cuándo tendrían la siguiente ocasión de hablar en privado? Aquella preciada copa, la conversación entre ambos, tan sólo la había paladeado brevemente, se moría de sed por más.

La concurrencia fue disminuyendo, pero ellos, por necesidad, se quedaron. Literalmente «a la espera» Diana suspiró. Era probable que su vida transcurriera así durante las siguientes semanas.

-¿Cansada? -preguntó él.

No había asientos, por supuesto. También la habían formado para esto, para permanecer en pie, inmóvil, suspendida, durante todo el tiempo necesario, e incluso para reprimir la amenaza de un estornudo; pero no eran destrezas que practicara demasiado. Sin duda él lo dominaba a la perfección, ya que parecía totalmente cómodo, infatigable.

-Impaciente -admitió ella.

-No obstante, la paciencia es el mejor remedio para todos los problemas.

-Plauto. -Entornó los ojos-. En una ocasión tuve que escribirlo, en latín, cien veces.

Una sacudida tiró de los labios del marqués.

-Y yo he vuelto a caer en el papel de maestro. Parece más seguro. Sois joven.

Diana le miró a los ojos.

-No soy demasiado joven. Al menos eso no se interpone entre nosotros.

Él asintió.

-No, en efecto.

Diana pensó de hecho en discutir el tema aquí, lo cual demostraba cuán alocada la estaba volviendo todo esto. En vez de ello, miró ociosamente a su alrededor mientras se abanicaba.

-Esta vida va a resultar dura.

-Me temo que no puedo dar algo como respuesta que no suene a sermón.

Le lanzó una rápida mirada y vio una sonrisa en sus ojos.

-Entonces me sermonearé yo misma. Marco Aurelio: no lo consideres una desgracia, sino buena suerte, que te den la oportunidad de sobrellevarlo bien.

Los labios de él sonrieron de nuevo.

-¿Algo más que vuestro tutor os mandó escribir como castigo?

-Desde luego. En inglés y en el griego original. Como consecuencia, por lo que recuerdo, de mi mal genio por haber sido castigada a permanecer en casa durante una semana de verano. Algo que ver con los pollos de la señora Hucken... Tuve suerte, no obstante. Mi tutor nunca adivinó cómo hubiera detestado bordar palabras en marcadores.

-Ay, a la reina le gusta que las manos de sus damas estén ocupadas en labores útiles. En concreto, las labores de aguja.

Diana gimió, luego se percató de que se estaban sonriendo el uno al otro. Sin duda de la manera más reveladora.

Una rápida ojeada a su alrededor le aseguró que nadie parecía estar observándoles, pero se apresuró a desplazarse para estudiar un cuadro en la pared. Era un cuadro nada comprometedor, con una casa jardín geométrico. Aquello no proporcionaba mucho de que hablar, pero se las apañaron hasta que el rey y la reina finalmente estuvieron listos para marcharse.

Pronto, muy pronto, la despedida.

Había olvidado que iba a viajar con él. Un respiro momentáneo, pero tal vez durante tan sólo un cuarto de hora. De todos modos, pensó mientras se instalaban en el carruaje, no lo desperdiciaría. No había tiempo para discutir las complejas cuestiones que les separaban, pero tiempo para satisfacer su curiosidad.

-Y bien -dijo ella mientras se ponían en marcha-, contadme algo más del conde de Broglie.

-Ah. Esperaba que lo hubierais olvidado. -Se volvió a ella-. Dudo que la información os sea de alguna utilidad.

-¿No? Voy a aburrirme mucho durante las siguientes semanas. Un poco de sutil observación me ayudaría a pasar el tiempo. Advertí que no queríais que monsieur D'Eon supiera que hablo un francés excelente. ¿Podría tal vez escuchar algo útil para vos?

-Diana, ser una espía entre el personal real es algo peligroso-. Le miró pestañeando.

-No lo había pensado exactamente de ese modo. -Tras un momento hizo una mueca-. Consideradme entonces una chismosa. Estoy segura de que se espera de las damas convencionales que expliquen chismorreos.

Él se cubrió el rostro con la mano fingiendo desesperación.

-Y -añadió ella alegremente, disfrutando del momento, por su naturaleza chispeante-, para el caso, sería mucho mejor ser una chismosa bien informada que una sin idea de lo que está pasando.

-Sois irrefrenable, lady Arradale.

-Eso espero, lord Rothgar.

La sonrisa se fundió en algo mucho más peligroso. Él bajó la mano y la movió como si fuera a tocarla, pero se controló.

-Muy bien -dijo el marqués, de nuevo impertérrito-. Pero tened presente que lo que estoy a punto de contaros lo saben muy pocos, y los franceses no saben que lo sabemos. Y así debe continuar.

Ya estaban saliendo de las callejuelas estrechas que rodeaban St. James al verdor de los parques. Quedarían tal vez diez minutos.

-Puedo ser discreta.

-Si no lo pensara, no os contaría nada. El rey Luis de Francia está al frente, en efecto, de dos gobiernos distintos, especialmente en lo concerniente a los asuntos exteriores. El conocido, oficial, y el secreto del que sólo tienen información unos pocos.

Esto era lo suficientemente sorprendente como para distraería de otros asuntos.

-¿Por qué?

-Porque los reyes, por extraño que parezca, están muy condicionados. Por las tradiciones, por favoritos, por formalidades. El rey Jorge a menudo me emplea como servicio de información particular. El rey Luis está limitado por un mundo mucho más

rígido, el de Versalles. Le resulta especialmente difícil escapar a sus ministros y a La Pompadour.

-Pensaba que era mayor y que estaba retirada.

-Pero tiene aún su influencia, y de cualquier modo, todo esto se remonta a los años de su juventud. No me interrumpáis. No tenemos demasiado tiempo.

En efecto, estaban completamente rodeados de parques ahora.

-Años atrás, Luis estableció una cadena secreta de mando que funcionaba paralelamente a su gobierno oficial. El objeto era impulsar su propia política y objetivos cuando iba en contra de la oficial. También le proporciona información independiente, algo que todos los monarcas necesitan. Oficialmente, el conde de Broglie no disfruta de su favor, pero es el jefe de su gobierno alternativo, y el chevalier D'Eon es un elemento clave. Tiene contacto directo con el rey.

-¿Y el nuevo embajador que se espera en Londres? -preguntó Diana.

-Guerchy. La elección de los círculos oficiales.

Diana frunció el ceño mientras pensaba en ello.

-Si D'Eon es el hombre del rey Luis, ¿por qué no es embajador? Sin duda el rey podría designar a quien él desee.

-D'Eon ha llegado lejos, pero es un aventurero. No tiene rango ni fortuna suficientes para ocupar una posición así. Aún más importante, la sugerencia de un favor real tan inusual levantaría sospechas. Un agente secreto debe mantenerse en las sombras.

-Vos no lo hacéis.

-Yo no soy un agente secreto. Empleo a algunos, de todos modos. Son sin duda más enigmáticos.

Diana dejó ir un poco de aire.

-Qué extraordinario. Y excitante. Empiezo a ver el atractivo de la vida cerca del centro del mundo. Y bien, si el ministro secreto del rey Luis difiere del oficial, ¿qué es lo que planean?

-De lo que hablábamos la noche anterior. Venganza. El gobierno francés desea lamerse sus heridas, pero Luis quiere volver a la guerra lo antes posible ya que piensa que puede ganar. Sobre todo, lo que quiere es invadirnos.

Por un momento, se vio tentada de llevar la conversación a la noche anterior, pero sabía que no había nada más que decir al

respecto en estos momentos, y necesitaba está información para serle útil a Bey.

-¿Está el rey enterado del papel de D'Eon? Quiero decir, el rey Jorge.

-No sabe nada de esto.

-¿No podríais aclarárselo?

-Aún no. El rey perdió a su padre a una edad muy joven y tiene tendencia a buscar una figura que lo sustituya. Lo superará, pero por el momento, le gusta pensar en «el querido primo Luis» como un mentor valioso.

-¿El rey de una nación enemiga?

-Estamos en paz, y Luis ha sido rey durante muchos años. Tiene experiencia. Con D'Eon ejerciendo de pudoroso asistente, Luis está haciendo grandes esfuerzos para ser todo lo que Jorge pudiera desear.

-Aún creo que deberíais decírselo. Debéis de tener pruebas.

-Pruebas inciertas. Frases ambiguas y mensajes codificados. Si mis palabras tuvieran algún efecto, el rey pediría explicaciones a D'Eon. Eso revelaría todo lo que sabemos. Uno de los peligros -dijo con mirada significativa- de tratar con personas jóvenes.

-Yo nunca haría nada tan alocado.

La mirada de él descansó en Diana.

-Supongo que no lo haríais. Las mujeres jóvenes a menudo son mucho más prudentes que los hombres de su edad. ¿Por qué creéis que los hombres prudentes se casan con mujeres jóvenes? Con la débil esperanza de conseguir una compañera equiparable.

-¡Ah! -dijo ella, pero entonces suprimió el resto de sus pensamientos.

-Como he dicho -murmuró él-, muy prudente.

¿Prudente? ¿Rechazar este regalo que se les ofrecía? Diana pensaba que era consciente del tesoro que tenía a su alcance, pero estos pocos minutos en el carruaje, hablando como iguales, como amigos por primera vez, lo habían multiplicado por diez. Deseaba esto como la luz del sol y el aire.

Apartó la vista por un momento para cobrar fuerzas. Fuerzas para no suplicar. Suplicar sólo serviría para hacerle daño. Él sabía tanto como ella lo precioso que era esto, y tenía razones excelentes para sacrificarlo. Ante los ojos empañados de Diana, se sucedían las balaustradas. ¡Debían encontrarse ya en la casa de la reina!

Quedaban tan sólo minutos.

-Prestad atención, Diana -lo dijo como si no adivinara sus emociones.

Pestañeando para aclararse la vista, ella se volvió de nuevo hacia él. -La prueba del gobierno secreto de Luis es insuficiente -dijo apartando la vista, como si calculara el tiempo que les quedaba para llegar a la casa de ladrillo. Sabía que no la miraba a sus ojos húmedos intencionadamente-. Todo lo que tengo -continuó- parece inofensivo a menos que alguien crea que el código existe, y no puedo arriesgarme a dar el código al rey. Si los franceses se enteran, todo lo que hemos descubierto dejará de ser útil.

-Cielos -dijo Diana, dando a su voz toda la calma y control que pudo encontrar-, engranajes, dentro de engranajes, dentro de engranajes. ¿Actuáis a solas?

-Hay gente en vuestro gobierno consciente de mi trabajo. -Bastante enigmático al fin y al cabo.

-Sólo desde ciertos ángulos. -Se volvió para mirarla, ciertamente enigmático, pero por otros motivos, ella lo sabía.

-Bien -Pregunto-, ¿qué puedo hacer yo?

-Observar y escuchar, especialmente si D'Eon está con la reina, y pasarme el chismorreo después a mí. Pero tened mucho, mucho cuidado.

-¿De modo que os veré?

Se quedó muy quieto.

-¿Pensabais que os abandonaría?

-No, pero... ¿a diario?

-La mayoría de los días. Tengo libre acceso aquí. Mostrar cierto interés por vuestros progresos no sería impropio.

El carruaje estaba doblando delante de la casa. ¡Casi el final! -¿Podremos hablar en privado?

-Probablemente no.

Se detuvieron. Pero, Diana vio que aún no se habían situado ante las puertas de entrada ya que el carruaje del rey precedía al de ellos.

-¿Entonces cómo os pasaré los informes?

Tras un momento de reflexión, él dijo:

-Un código. La reina puede ser Rosa, y el rey Brand.

-Hábil. ¿Y qué pasa con D'Eon entonces? Ya lo sé -continuó ella con una sonrisa-, puede ser Samuel, el carnero más preciado de Rosa.

Y él se rió. Abiertamente, y pareció mas joven.

-Muchacha insolente, y en el caso de D'Eon, probablemente inadecuado.

-¿Por qué? -preguntó ella, con una sonrisa tan amplia que podía resultar dolorosa.

-Eso es otra larga historia -contestó él, y la risa pasó gradualmente a una sonrisa, sin desaparecer del todo-. ¿Quién sería el rey francés?

Mientras el carruaje volvía a adelantarse entre sacudidas, dijo:

-Dirk, su semental flamenco.

-Creedme, describir a Rosa conversando ávidamente sobre crianza de caballos y ovejas no es ninguna invención.

Los labios de él se estiraron, pero estaba recuperando el control.

-Muy bien. Pero tened cuidado.

Mientras el carruaje se situaba delante de la entrada, ella se aferró a aquel plan. Era un hilo que los unía, y tal vez ése era el motivo de que él lo hubiera creado.

Y se había reído.

-¿Es eso lo único que puedo hacer? -preguntó-. ¿Nada de robar cartas? ¿Ni descifrar códigos?

Él le cogió la mano, manteniéndola sobre el asiento donde el lacayo que se aproximaba no pudiera verla.

-No es un juego, Diana. Sed prudente.

Ella miró hacia delante, intentando no parecer afectada, pero temblando con su contacto.

-No es fácil ser prudente.

La mano de él se rindió a la ternura. -No. Pero es posible.

La rebelión volvía a flamear, y Diana volvió a mirarle a los ojos. -¿Con un Malloren, todo es posible? -inquirió.

-Exactamente.

Un lacayo abrió la puerta.

Sus manos se separaron.

Él descendió y se volvió para ayudarla.

Mientras descendía los peldaños, ella habló quedamente. -Entonces, demostradlo, Bey.

Apretando más su mano, él pareció casi conmocionado.

Ella misma se había quedado conmocionada. Nunca había pensado desafiarle directamente de este modo, pero, por Júpiter, ése era su lema, y tenía que ser posible una vida juntos. Hasta la luna lloraría por la pérdida que significaría que ellos vivieran separados.

-Pese a ese lema -contestó él cuando ella se colocó a su lado-, no soy Dios. Algunas cosas están más allá de mi capacidad.

-¿Qué cosas?

-No puedo volar, por mencionar una -respondió de forma escueta.

Ésta no era la manera como le hubiera gustado que se separaran, pero tenía que insistir. Él se había reído. Diana podría darle eso. Podría darle risa y vida.

Tenía que ser posible.

Se repasó las faldas para apropiarse de un momento más.

-Tal vez aceptáis falsos límites. Dédalo voló con alas de cera, y he oído con anterioridad que os describían como dedálico.

-En referencia a su habilidad para construir laberintos inteligentes, y alas defectuosas. -Abrevió el momento cogiéndola de la mano y dirigiéndola hacia la puerta por la que el rey y la reina ya estaban desapareciendo-. Parece que he construido un maldito laberinto para nosotros.

-No es por entero obra vuestra -manifestó ella, mirando hacia delante-. Y Dédalo sí voló.

-Y persuadió a su querido hijo para que volara. Luego Ícaro voló demasiado cerca del sol, de tal manera que sus alas se fundieron y encontró la muerte con su caída.

Diana se detuvo y le forzó a él a pararse y mirarla.

-Los dos huían para escapar de una prisión intolerable. Tal vez Ícaro pensara que merecía la pena, aunque cayera.

De pronto parecía que él volvía a ser el hombre que había conocido la primera vez, el Marqués Siniestro.

-¿Vais a enfrentaros a mí por esto?

Ella alzó la barbilla y encontró sus ojos.

-¿No ha estado siempre claro que entre nosotros existía un duelo?

Tras un momento de silencio, él se volvió una vez más hacia la puerta.

-Roguemos que no sea a muerte.

Ella permitió que la condujera hasta su cárcel de oro, temblando, pero no era su encierro lo que le ocasionaba el nerviosismo. ¿Qué había hecho? ¿Qué vuelo alocado había iniciado, con sus alas de cera? De todos modos, sería Dédalo, para su Ícaro, y ella de algún modo construiría alas con las que poder escapar. No de su encierro en la corte, sino de la torre oscura en la que él se había amurallado de por vida.

No obstante, éste no era el momento. Ahora debía representar su papel, aquí dentro de estos muros elegantes, convencionales.

La casa de la reina había sido construida por el duque de Buckingham, y sólo recientemente se la habían vendido al rey para su nueva reina. Era espléndida, pero era más bien la casa de un noble que un palacio real. Diana sospechó que el atractivo que ofrecía la casa a la joven pareja era su simplicidad. Eso y el hecho de que fuera moderna y estuviera ubicada entre parques.

Era menos intimidatoria de lo que había temido, y no estaba cargada de historia sombría como el palacio de St. James. De cualquier modo, no confiaba en disfrutar viviendo aquí, especialmente teniendo en cuenta que el tiempo que pasaría con Bey sería breve y ella llevaría acompañante.

El grupo real estaba esperando al pie de las escaleras. El rey dijo: -milord, acompañadme. -Y se encaminó solemnemente hacia una puerta que les esperaba abierta.

Con tan sólo una breve despedida, Bey le siguió.

De este modo, abruptamente, Bey se había marchado. Aunque sintió que su carne se desgarraba, Diana se obligó a no contemplar su marcha. En vez de ello, miró con suma placidez a la reina y sus asistentes.

-Venid -ordenó la reina, volviéndose hacia las escaleras-. Acompañadme mientras me cambio, lady Arradale.

Capitulo 20

A Diana le hubiera gustado cambiarse aquel incómodo traje, pero ahora era virtualmente una criada, de modo que siguió sumisamente escaleras arriba hasta las habitaciones de la reina. Las dos alemanas encargadas de mantener el vestuario de Charlotte le libraron de sus rígidas prendas entre aspavientos y cloqueos. Y, efectivamente, ella parecía estar cansada.

-Me alegra que no tengáis aversión al matrimonio, lady Arradale -dijo la reina-. A su majestad le satisfará. Y sois sensata al querer casaros con un hombre con el que podáis vivir en armonía. Un mal matrimonio puede ser algo miserable. ¿Creéis que es difícil encontrar el hombre adecuado?

-Yorkshire no ofrece una gran selección de mi edad y posición, vuestra majestad.

La reina asintió.

-Londres tiene muchos hombres así. El rey y yo llevamos una vida tranquila, pero celebramos pequeñas fiestas de vez en cuando. Invitaremos a hombres convenientes, y pronto encontraréis uno de vuestro gusto.

Aquello tenía el amenazador tono de una orden, pero Diana hizo una reverencia.

-Sería una bendición, vuestra majestad. -Era la verdad, ya había un solo hombre a su gusto.

-Y si no -dijo la reina, deslizando sus brazos por las mangas de la túnica ligera que le estaban poniendo- escogeremos por vos. Su majestad y yo no nos conocíamos antes de casarnos, sino que otras personas se encargaron cuidadosamente de la elección, y nos satisface a ambos.

Diana se alarmó, pero recurrió a la dura instrucción practicada con Bey y dijo sin más:

-Sois muy amable, vuestra majestad.

La reina asintió con aprobación y se fue hasta otra habitación mucho más alegre con colgaduras de color carmesí, cuadros y cuencos con flores. Se sentó con un suspiro de agotamiento y descansó sus tobillos hinchados sobre un escabel de terciopelo.

Diana la siguió, intentando evaluar este interés arrogante por su matrimonio y decidir cómo enfocarlo. Pero luego la invadió el intenso aroma de un gran ramo de habas de las Indias.

-¿Os gustan las flores, lady Arradale? -preguntó la reina.

-Mucho, señora -dijo Diana, preguntándose si se estaba sonrojando. Anoche. Tan sólo anoche...

-Bien, bien. Tenemos unos jardines bonitos aquí, y podéis disfrutar libremente de ellos. Vuestras obligaciones no os resultaran difíciles, creo. Me leeréis en algunas ocasiones, y permitiréis que practique mi inglés con vos. ¿Tocáis algún instrumento?

-El clavicordio, señora, y la flauta.

-Hay un clavicordio en la habitación de al lado. Tocad para nosotras.

Mientras la reina comenzaba a charlar con sus acompañantes en alemán, Diana obedeció la orden, incluso superó con éxito la dificultosa tarea de alejarse de la presencia real hacia atrás sin tropezarse con las faldas.

Ardía de resentimiento por verse ordenada a entretener, pero se recordó que debía ser una dama perfecta y convencional. No es que esto fuera una servidumbre propia de su sexo. Si hubiera sido el conde de Arradale y le hubieran ordenado divertir a la reina, se

vería obligado a complacerla, igual que el marqués de Rothgar obedecía las ordenes del rey.

¿Dónde se encontraba él ahora?

¿Cuándo volvería a verle?

Desechó ideas de este tipo. Acabaría loca si se dejaba llevar por esos pensamientos.

Agradecida al menos por desaparecer de la vista, se sentó a tocar de memoria una pieza. Era una oportunidad excelente para evaluar los nuevos giros de la situación.

La reina sonaba muchísimo más decidida en lo referente al matrimonio de lo que ella esperaba, y estaba claro que era la portavoz del rey. Diana corría peligro de acabar enfrentándose a dos desafíos en vez de uno. Por un lado, una batalla con el rey y la reina para librarse de la elección que hicieran éstos, y por otro, una batalla con Bey para convencerle de que el matrimonio era un riesgo que merecía la pena asumir pese a las incertidumbres.

¡Cáspita! Aún no podía creer que ella hubiera arrojado el guante. De todas formas, hablaba en serio. Era toda su vida, y la de él. No permitiría que se le escapara. La vida era incierta. No aceptar aquello suponía congelarse como una estatua de piedra.

Dejó que sus dedos vagaran por sí solos tocando la sencilla pieza, y se preguntó cuándo se verían la próxima vez. Al fin y al cabo, que se vieran era primordial para su objetivo. Difícilmente podría hacerle cambiar de idea si él la evitaba por completo.

Sin embargo, Bey había prometido verla con frecuencia, y sabía que él cumpliría esa promesa, aunque sólo fuera por deber.

Pero, ¿hoy mismo, otra vez?

¿O tendría que esperar hasta mañana? ¿Cuándo mañana?

Contuvo una risa desconsolada. Esto era una locura, pero era la locura común denominada amor. No le importaba si se peleaban o se besaban, mientras se vieran.

Bien, sí le importaba, pero prefería cualquier clase de encuentro a ninguno en absoluto. Incluso el simple hecho de estar en la misma habitación representaría cierto consuelo.

Se dio cuenta de que sus dedos se habían detenido. Se apresuró a abandonar sus pensamientos aflorantes y cambió a una melodía más animada y exigente. De alguna manera encontraría la forma de que Bey cambiara de idea. Entretanto, también debía deleitar a la reina y evitar sus intentos de imponerle un matrimonio. Había oído

que la reina era una gran aficionada a la música y también una excelente intérprete. Podría ser una manera de ablandarla.

Una de las damas alemanas no tardó en informarle que podía ir a cambiarse y quitarse el vestido cortesano. Su habitación le pareció pequeña pero suficiente, y al menos era privada. Clara estaba acabando en ese momento de recoger sus cosas y balbuceaba con excitación por encontrarse en una casa real, enormemente impresionada por los sirvientes que ya había conocido.

A Diana le complació que alguien se encontrara feliz aquí. Se quitó el atuendo cortesano y se puso un vestido más cómodo. Al comprobar su aspecto en el espejo, se dio cuenta que era el vestido amarillo claro y crema que se había puesto para dar la bienvenida en Arradale al Marqués Siniestro.

Un mundo diferente. Un mundo donde, como él había comentado, Diana se había limitado a jugar.

¿Cómo podía cambiar el mundo de forma tan completa el unos pocos días?

Con un suspiro, se sentó al elegante escritorio para escribir a su madre y a Rosa. Tenía que comunicarles el suceso del ataque en la carretera antes de que les llegaran las noticias, y asegurarles que se encontraba bien.

La carta a su madre era fácil, pero la segunda le inquietaba. Rosa había sido su confidente durante la mayor parte de su vida, su mejor amiga, su compañera de travesuras y guardiana de sus secretos. Rosa tenía también una personalidad muy diferente a la suya, y sus opiniones prácticas a menudo le eran útiles. Ansiaba poder relatarlo todo, confiando en contar con su sabiduría como respuesta, pero estaba convencida de que el rey y la reina eran capaces de leer sus cartas.

Se imaginó qué le diría a Rosa si estuviera aquí.

-Estoy decidida a casarme con Bey, a hacer posible que él se case conmigo.

-¿Cómo?

Confía en Rosa para ir directamente al grano.

-No lo sé. Eso vendrá después. Por ahora, tengo que evitar que el rey y la reina intenten arreglar mi matrimonio. ¿Qué debería hacer si escogieran un marido para mí?

-¿Negarte?

-No es tan fácil, Rosa. Constituiría una gran ofensa. Y no hay que olvidar la amenaza del manicomio. Entonces tendría que aceptar el rescate de Bey.

-¿Casarte con él? ¿Sólo nominalmente? No creo que pudieras hacer eso, Diana.

-Lo sé, lo sé. Pero, llegados a ese punto, ¿qué más podría hacer? ¿Casarme con algún papanatas escogido por el rey? Creo que no, y Bey nunca lo permitiría. De cualquier modo, ¿sería tan terrible? Al menos nos haríamos compañía.

-¡Vivirías el resto de tu vida como una mujer famélica ante un plato prohibido!

-Habría otros muchos platos que podría saborear. Su compañía, su conversación, nuestros intereses comunes. Oh, Rosa. Ahora sé a qué te referías cuando hablabas de Brand. Pensé que te habías vuelto loca por dar tanta importancia al hecho de poder hablar sobre agricultura con él, pero es maravilloso compartir intereses con el ser amado. El tiempo pasado juntos en el carruaje fue mágico, y apenas nos tocamos.

-Pero lo prohibido seguirá siempre ahí, desesperadamente deseable, sin poder saborearlo nunca. Te volvería loca.

-Tú puedes decir eso por que has disfrutado del festín al completo. Sin él me moriré de hambre. Moriré.

-Eso es desmesurado, Diana.

-Me siento desmesurada. ¡Me enfurecen las barreras que se levantan entre nosotros!

-¿Y qué barreras son ésas?

Diana suspiró.

-Su voluntad. Su resolución -admitió.

-¿Quieres doblegar su voluntad? ¿Apartarle de su resolución tan bien considerada?

Sí, pensó Diana, incapaz de expresar esa confesión ni siquiera en palabras imaginarias. Era algo terrible de pensar.

Pero argumentó a la imaginaria Rosa: -Es la única manera.

-Podría destruiros a ambos.

Diana bajó la vista y se percató de que, mientras mantenía aquella conversación imaginaria en su cabeza, había mojado su pluma y había escrito «Bey» media docena de veces y luego había decorado el racimo de palabras con coronas de habas de la Indias.

Amor. Siempre había pensado en el amor como corazones y flores, como capullos y sonrisas ruborizadas. No este anhelo tan espinoso, tan ávido, esta sensación de encontrarse en harapos y descarriada en un yermo páramo en invierno, y estar dispuesta a hacer cualquier cosa, cualquier cosa, para regresar al sol.

Hundió la pluma e hizo un garabato sobre las marcas que la delataban. Ahora, al menos, tenía claro su propósito: quebrantar la voluntad de hierro del hombre que ella amaba.

Dios tuviera compasión de ellos.

Rothgar acompañó al rey hasta sus aposentos, casi asombrado por los comentarios finales de Diana. Se había enfrentado a tareas aparéntenme imposibles con anterioridad y había demostrado que aquel lema era válido. Incluso había rescatado a la notoria Chastity Ware y había demostrado su virtud para que pudiera ser recibida en la corte y posteriormente casarse con su hermano Cyn sin problemas. Siempre había una manera.

Pero en este caso no se enfrentaba a ninguna barrera externa, sólo a su propia determinación. Alterar aquello de forma honorable era tan imposible como volar, maldito Dédalo de la antigüedad. Y de cualquier modo, aquel vuelo era imposible. En una ocasión había presenciado una tentativa de recrear los logros de Dédalo, y había quedado claro que ningún hombre tenía suficiente fortaleza para batir alas lo suficientemente grandes como para transportarle a él.

Algunas cosas eran imposibles pese a todos los esfuerzos humanos.

Mientras el rey era despojado de sus ropajes por sus asistentes, Rothgar intentó recuperar su habitual mente templada, pero el reconocimiento de las necesidades y el dolor de Diana le desequilibró. Podía pasar necesidades él mismo, pero no estaba preparado para la agonía de someterla a ella a aquel ansia.

-Milord.

Rothgar encontró al rey mirándole fijamente.

-¿Tan perdido en pensamientos, milord? -dijo Jorge mientras un asistente le ayudaba a ponerse una túnica holgada-.

-¿Pensamientos de mortalidad? ¿Qué?

-¿Perdón, señor?

-El ataque sanguinario.

Rothgar contuvo las palabras. Oh, eso, pues habría parecido que estaba tan trastornado como para ingresar en Bedlam.

¿De verdad había sucedido hacía menos de un día?

El rey indicó una silla, y los dos se sentaron.

-Y bien -dijo el rey-, relatadme ahora toda la historia.

Rothgar le complació, restando importancia a cualquier valentía llamativa a excepción de la de su jinete escolta muerto.

-Un hombre valiente, un hombre valiente -dijo el rey, con su joven rostro muy serio-. ¿Deja una familia? ¿Qué?

-Mujer y tres niños, señor. Por supuesto quedarán bien atendidos.

El rey asintió, pero añadió:

-Les enviaré una carta de agradecimiento.

-Sois sumamente generoso, señor. -No había nada, lo sabía, que aminorara la pérdida sufrida por Ell Miller en estos momentos, pero tal vez en el futuro ella y sus niños valoraran la distinción especial de respeto por parte del rey.

Pero, a continuación, el rey tenía ganas de especular. Estaba claro que había pedido el informe a Eresby y lo había leído.

-Este De Couriac, ¿sospecháis que ideara él el ataque?

-No sabría decir, señor. Creo que le reconocí allí.

-Pero ¿por qué haría una cosa así?

Puesto que no le convenía comentar la implicación francesa oficial, Rothgar mencionó los desgraciados sucesos de Ferry Bridge.

El rey sacudió la cabeza.

-¡Una locura, de verdad! Y una vida inocente perdida por ello, ¿qué? Mandé llamar a monsieur D'Eon en cuanto me enteré de toda la historia.

-El chevalier parece de veras afectado. ¿Puedo preguntar qué explicación os dio, vuestra majestad?

-Él también especula con que pueda tratarse de un crimen pasional. Aparentemente la esposa era de ese tipo... -Frunció el ceño-. Un error coquetear en este caso, milord. ¿Qué?

La mente descontrolada de Rothgar intentó perderse hacía recuerdos de Diana acudiendo a su rescate. Recuerdos de frotar sus pies. De desear...

No.

-No coqueteé en absoluto, señor. Simplemente ayudé a la dama cuando el marido se puso enfermo. Lady Arradale estuvo presente la mayor parte del tiempo.

-Ah, sí. La condesa. No es como esperaba. ¿Qué opinión tenéis de ella?

Rothgar se preguntó si, de hecho, no estaría sonrojándose. -Vuestra majestad ya la habrá valorado por sí mismo-. El rey asintió.

-Una mujer guapa, y parece pensar de forma apropiada. ¿Se resistirá al matrimonio?

-Más bien lo contrario -contestó Rothgar con sequedad-. De hecho, podría decirse que está resuelta a ello.

-¡Magnífico! ¡Magnífico! La reina y yo hemos hablado de ello. Lord Randolph Somerton, ¿qué? Hijo segundo. Necesita una buena propiedad. Encantador. De confianza. ¿Qué?

A Rothgar le sorprendió esta firme elección ¡y qué elección! Un parlanchín con costumbres derrochadoras, con un exigente padre en la figura del duque de Carlyle.

-¿No concentraría aquello una gran cantidad de poder del norte en una sola familia? -sugirió cuidadosamente.

El rey frunció el ceño.

-Pero debe casarse en el norte, ¿no es así? ¿Para no descuidar sus tierras?

-Las carreteras han mejorado mucho, señor. Lady Arradale y yo habríamos pasado sólo dos noches de viaje de no ser por el desgraciado incidente.

El rey frunció los labios.

-¿Sir Harry Crumleigh, entonces? Su finca está en Derbyshire. Un tipo magnífico. 0 lord Scrope, puesto que ella es de naturaleza tranquila. Sus tierras están en Shrospshire, y está buscando una segunda esposa.

La descripción de Diana como «de naturaleza tranquila» casi le provoca risa, pero la lista de candidatos no era en absoluto divertida. Sir Harry era un favorito del rey por ser un jinete inagotable, pero si alguna vez había leído un libro, lo había hecho en secreto. Lord Scrope era tan amigable e inofensivo que haría llorar a Diana en cosa de días, y probablemente aún lloraba a su primera mujer. ¿De dónde demonios surgían estos planes tan determinados?

-¿Podría sugerir paciencia, señor? La condesa acaba de llegar a Londres, y ha sufrido un incidente espantoso durante el viaje. Sería cortés concederle la oportunidad de descansar y aclimatarse antes de presentarle pretendientes.

Tras un momento frunciendo el ceño, el rey hizo un gesto de asentimiento.

-Muy bien, pero me encargaré de que se case antes de su regreso al norte, milord. Y bien -añadió con un cambió de tono-, ¡esto os interesará! El rey de Francia me ha enviado un autómata como regalo de paz.

-¿De veras, señor? -dijo Rothgar, con la mente aún dándole vueltas a la inesperada determinación del rey.

-El chevalier D'Eon tiene que presentárnoslo y hacernos una demostración mañana por la noche. ¿Asistiréis?

¿D'Eon?

-Con sumo placer, vuestra majestad.

-Por supuesto, también mostraremos el que nos regalasteis la última vez.

-Es un honor que aún cuente con vuestra estima.

-Así es -añadió el rey poniéndose en pie. Nos hacéis un gran servicio, lord Rothgar, en todo, y os estamos agradecidos. Os deseamos a su vez lo mejor en todas las cosas.

-Vuestra majestad es generosa, como siempre -dijo Rothgar y se dispuso a marcharse.

Se fue por el pasillo, resistiendo la tentación de buscar a Diana, de asegurarse de que estaba a salvo. Sabía que no podía haberle pasado nada, pero en vista de la lista multitudinaria de pretendientes, sintió una absurda necesidad romántica de correr a su rescate, como un caballero errante salvando a su dama del dragón.

No podía ser. Aquel interludio en el carruaje había sido imprudente, y había provocado aquel desafío. Y de cualquier modo, tenía otras responsabilidades. Ell Miller debía conocer la muerte de su marido a través de él, de modo que tendría que cabalgar hasta la abadía este mismo día, antes de que le llegaran las noticias.

En la intersección del pasillo y las escaleras, se obligó a tomar los peldaños que le llevarían fuera de la casa, lejos de ella.

Aun así, su despedida había sido abrupta, y ella estaba bajo su protección y cuidados. Movido por un impulso invencible, entró en una salita recibidor y escribió una breve nota.

Mi querida lady Arradale,

Confío en que ahora os encontréis confortable a cargo de la reina, y que todas vuestras ocasiones hayan llegado sanas y salvas. Si puedo serle de más utilidad, haré cuanto sea posible. Tenedme siempre en cuenta.

Vuestro más humilde servidor, Rothgar

Una nota adecuada con frases correctas, pero con significados implícitos. Ella advertirá, esperaba, la referencia a lo que sea posible. La dobló y la selló con su sello de rubí, luego la dejó en manos de un lacayo. Mientras subía a su carruaje y ordenaba volver a casa a toda velocidad, se obligó a alejar su mente de lo imposible, para pensar en asuntos que pudieran tratarse más eficientemente.

La elección de un autómata como regalo del rey francés no era extraordinaria, especialmente teniendo en cuenta que algunos de los maestros en aquel arte eran franceses y el placer del rey Jorge por aquellas cosas era de sobras conocido. Sin embargo, era igualmente bien sabido que los autómatas eran un interés de Rothgar. Él había regalado el primero al rey: la pagoda china que, desgraciadamente, había sido utilizada en un intento de asesinato contra su majestad.

A Rothgar le había complacido que mataran al villano que provocó la destrucción de la pagoda, ya que era una exquisita obra de arte. Las Navidades pasadas, él la había reemplazado con una pieza más sencilla: un pastor y una pastora que les gustaban mucho al rey y a la reina.

Ahora, había llegado un regalo similar del rey de Francia.

Teniendo en cuenta el duelo con Don Curry y las extrañas maquinaciones de monsieur de Couriac, daba la impresión de que D'Eon estaba atacando sutilmente por muchos flancos.

¿Por qué?

Y, de súbito se preguntó, ¿sería D'Eon responsable de la determinación del rey sobre el matrimonio de Diana? Alguien debía de estar atizando el fuego debajo del puchero para que hirviera de aquella manera, y D'Eon contaba con la confianza del rey y de la reina.

No obstante, ¿qué interés podía tener el matrimonio de Diana para los franceses?

Ninguna.

¿Para D'Eon personalmente?

Ciertamente le encantaría casarse con una buena fortuna, pero él debería de saber que el rey nunca permitiría que ella se casara con un francés. Aparte, como había insinuado a Diana, la sexualidad de D'Eon era tema de conjetura. Coqueteaba, pero nunca se había sabido que ni tuviera una amante.

Es más, en sus aventuras, había pasado tiempo en la corte de Rusia asumiendo la personalidad de una mujer y viviendo como una de las damas de la difunta zarina. Muchos ponían en duda la historia, pero Rothgar sabía que era cierta. D'Eon había estado espiando para su rey, y había sido extremadamente convincente en todo.

Varón, mujer o hermafrodita, D'Eon era ambicioso. Pero no ambicionaba, desde luego, el matrimonio con una gran heredera inglesa. De todos modos...

Mientras Rothgar descendía del carruaje y entraba en su casa, pensó que había dado con la clave. Lo habría descubierto días atrás si su cerebro no hubiera estado enredado por una mujer alarmantemente atractiva.

Como había dicho a Diana, D'Eon necesitaba un golpe para convertirse en embajador. El golpe obvio sería convencer al rey Jorge de que cancelara la orden de destrucción de Dunkerque, algo en lo que D'Eon había estado trabajando abiertamente.

¿Por qué no había comprendido que D'Eon pensaba en él, Rothgar, como su mayor barrera? El rey buscaba siempre su consejo y él se había manifestado firmemente a favor de mantener la debilidad de Francia y evitar otra guerra. Por encima de todo, había defendido la destrucción de las instalaciones militares de Dunkerque.

De modo que, pensó, mientras entraba en su despacho, tal vez D'Eon se sentía desesperado y había decidido eliminar el obstáculo que se interponía en su camino.

Primero el duelo con Curry. Cuando aquello falló, otro intento, sin duda con un espadachín más hábil: De Couriac.

Pero, ¿el ataque en la carretera? Aquello parecía demasiado brutal, planeado con demasiada precipitación para D'Eon. Posiblemente De Couriac había perdido la cabeza y actuó sin seguir instrucciones. Tal vez la recompensa ofrecida había sido demasiado grande como para perderla, o tal vez temía las consecuencias del fracaso.

Y De Couriac aún andaba suelto. Diana tenía razón al advertir el peligro de las multitudes, pero, como él había dicho, no podía vivir como una flor de cera en un recipiente de cristal.

De todos modos, era un esquema interesante y hacía falta considerarlo. Si D'Eon se había percatado de que Diana estaba bajo su protección, y había decidido entremezclarse en los asuntos de ella para distraerle, ¿qué más podría intentar? Era intolerable permitir que personas inocentes se vieran arrastradas en esto.

No obstante, por el momento, ella se encontraba a salvo, así que dejó aquello de lado y cogió la lista de peticiones. El resto del trabajo podía esperar, pero a veces estos asuntos eran urgentes.

Sin embargo, mientras desdoblaba la carta de la mujer desesperada de la mañana, no pudo evitar sonreír al pensar en la furia genuina de D'Eon por el ataque de De Couriac en la carretera.

La muerte de Rothgar en un duelo con un inglés, como en el caso de Curry, no planteaba ningún riesgo a los franceses. Incluso un duelo con un francés por motivo de una esposa infiel podría pasar sin levantar sospechas. Un ataque abierto en el camino real a cargo de cuatro franceses era por completo otra cosa. D'Eon se encontraba ahora restringido, y tenía que saberlo. No podía permitirse ningún otro ataque cuyo rastro pudiera llevar a los franceses.

Como mínimo pasarían unos pocos días antes de que D'Eon saliera con alguna otra artimaña.

Leyó la carta garabateada y manchada de lágrimas.

El único hijo y principal sustento de la señora Tulliver había sido ciertamente imprudente, y como resultado le habían condenado a ser deportado, pero su delito sólo era el robo de una prenda a un caballero en un intento de mejorar su aspecto. La mujer afirmaba que se trataba de su primer crimen. Al menos, podría ahondar en aquello y encontrar tal vez una manera de buscar clemencia para él.

Escribió una nota y miró las otras peticiones. Unas cuantas eran solicitudes de pequeñas cantidades de dinero, que aprobó en su totalidad a excepción de una. Las demás peticiones requerían más reflexión, de modo que las apartó a un lado. Eran casi las tres y le esperaba una larga cabalgada.

De todos modos, no podía marcharse sin adoptar algunas medidas para controlar a D'Eon. El hombre se encontraba con

trabas para intentar un ataque directo contra él, pero aquello podría llevarle a entremeterse aún más en los asuntos de Diana.

Como representante oficial de Francia, era intocable, pero había otras maneras.

Mandó llamar a Joseph Grainger.

Grainger, un joven serio, era a la vez su abogado y el administrador de sus negocios. También era el director de sus actividades más secretas. Dio una serie de órdenes al hombre.

-Y conseguid una lista de las deudas y acreedores de D'Eon -concluyó.

-Sí, milord.

Rothgar se apiadó del hombre que aguantaba impasible pero, con toda seguridad, curioso.

-Sus finanzas tienen que ser un desastre. Vive con gran pompa, como si fuera todo un embajador, aunque sin su retribución u otro ingreso personal. Tengo indicios de que ya ha echado mano del dinero que espera a Guerchy, pero también debe de recurrir a préstamos.

-¿Pagaréis sus deudas, milord?

-Precisamente. -Rothgar se levantó-. Haced correr el rumor de que no merece la pena arriesgarse con él.

Grainger cerró la libreta, con el ceño fruncido.

-¿Es preferible no arriesgarse con él?

-Absolutamente. Y sí, es probable que yo acabe con un puñado de deudas serias, algo que ofenderá a vuestra ordenada alma. Consideradlo como un gasto extravagante.

-Sí, milord -contestó Grainger, aún con un tono sutil de desaprobación. A Rothgar no le importaba. El trabajo de Grainger era desaprobar sus pérdidas financieras.

-Y doblad la vigilancia sobre él. Quiero saber todo lo que hace, con quien habla, dentro y fuera de la embajada. Es todo por ahora, pero enviad a Rowcup para que me espere aquí.

Veinte minutos después, con prendas cómodas de montar, regresó a su estudio y encontró esperando al falsificador que tenía a su servicio.

Rowcup era un hombrecillo regordete que combinaba satisfactoriamente pasión y habilidad en su vocación ilegal. Estaba claro que, para Rowcup, la falsificación no era un medio de ganarse la vida, sino un don del que no podía prescindir.

Rothgar le empleaba sin tapujos para hacer copias exactas de manuscritos y registros que corrían peligro de desintegrarse, pero a veces le utilizaba para asuntos más peligrosos.

Hoy hicieron una carta al estilo de las misivas secretas que D'Eon recibía del rey de Francia. En ella, Luis ensalzaba el trabajo de D'Eon, y estimulaba su ilusión de ser intocable. Finalmente, el rey insinuaba que comprendía la necesidad de mantener una presencia gloriosa en Londres, y que incluso si se veía forzado a dejar que Guerchy ocupara su puesto como embajador, todos los gastos de D'Eon quedarían cubiertos.

Mientras Rowcup remataba su trabajo con un sello perfecto, brilló como un ángel lleno de orgullo. La carta fue enviada para que se introdujera en el flujo de comunicación secreta entre Francia e Inglaterra, y Rothgar revisó rápidamente los pasos dados.

Aquello era suficiente por el momento. Con las restricciones en la provisión de dinero prestado, D'Eon tendría menos tiempo para buscar problemas a los demás. Con suerte, empezaría a echar mano del dinero del embajador, aún un poco más, lo cual realmente pondría su cabeza sobre el tajadero.

Estaba a punto de salir cuando Carruthers apareció con un papel doblado.

-El informe del señor Merlin sobre el autómata, milord.

Rothgar le dio un rápido repaso y vio de inmediato que la máquina no podría estar reparada por completo a tiempo para la presentación de mañana, de modo que dejó a un lado la idea de eclipsar el autómata francés. Dio órdenes para que, de todos modos, el trabajo se iniciara de inmediato. Si iba a haber una guerra de autómatas, podría necesitar pronto a su pequeño muchacho tambor.

Se dirigió hacia la puerta, pero en el último minuto se volvió para mirar el retrato de su madre. ¿Qué había visto Diana? Locura, aparentemente, en los ojos intensos y el cuerpo tenso, pero locura, ahí antes del nacimiento de hijos.

Rothgar no tenía otros recuerdos de su madre aparte de aquel único retrato tan espantoso, y nunca había hecho preguntas. Pero a menudo se había preguntado. ¿Le había abrazado alguna vez con ternura? ¿Cantado canciones para él, para hacerle reír? Todas las cosas que había visto que su madrastra hacía con sus medio hermanos y hermanas.

¿Le había querido? ¿Había sentido el mismo odio que sintió por la pequeña Edith?

No obstante, la principal pregunta siempre había sido, ¿se parecía mucho él a ella?

Salió cerrando la puerta, pero los pensamientos no quedarían encerrados y controlados.

Durante años, se había convencido de que era frío, tal vez igual que ella había sido fría. Había creído que carecía de la capacidad de vincularse estrecha y afectuosamente a otras personas, y que no tenía necesidad de ello. Aunque ahora le parecía una idea extraña, siempre había considerado que cuidaba de su familia por lógica y deber.

La enfermedad de Cyn había desbaratado aquella ilusión.

Mientras caminaba con brío hacia la entrada de la casa, sintió de nuevo aquel dolor estremecedor, recordó la furiosa rebelión contra el destino. Se había opuesto a la muerte -con un Malloren todo era posible- y, contra todo pronostico, había vencido. Él, doctores, enfermeras, y la robusta constitución de Cyn, habían conseguido derrotar a la muerte.

Después, no obstante, nunca había pensado que fuera de naturaleza fría, poco cariñosa.

El año anterior había sentido parte de la misma indignación cuando descubrió a Brand inconsciente y temió una fiebre cerebral o algún otro mal fatal. Al descubrir la verdad, aquella furia se había vuelto contra las personas que le habían narcotizado.

Rosa y Diana.

Aunque ahora ninguna de las dos le provocaba enfado, la añoranza de Diana le consumía con la misma ferocidad. No obstante, la muerte era un oponente más fácil que el honor. Pese al desafío de ella, la batalla de Diana estaba ya perdida, vencida por la locura en los ojos feroces de su madre. La locura no obedecía a ningún truco del destino. Había nacido así. El honor decía que la línea de descendencia debía acabar con él, pese al sufrimiento de Diana.

Tomó el sombrero, guantes y látigo de jinete que le tendió Fettler, que esperaba junto a la puerta. No debía pensar en ella como Diana. Dos oponentes en un duelo, al fin y al cabo, nunca deberían tratarse por el nombre de pila.

Lady Arradale. A quien proteger, pero nunca amar.

Salió con enérgicas zancadas de la casa, se subió a su montura y, acompañado por dos mozos armados, partió a caballo de Londres.

Capítulo 21

Diana contemplaba sentada la sencilla carta de Bey. Era idiota sentirse conmovida hasta el punto de echarse casi a llorar por ella, pero era la primera carta personal entre ellos, y era algo tangible de Bey. Hasta este momento no había caído en la cuenta de que, aunque ella le había regalado un anillo, él no le había entregado ninguna prenda, ningún símbolo de conexión.

Sin duda era algo premeditado. Un símbolo, de hecho, de su intención de mantenerles separados. Sonrió, por consiguiente, mientras tiraba la nota, pues debía ser una señal de que al fin y al cabo él era vulnerable.

Y se había reído en el carruaje, se había reído con el libre divertimento que rara vez se permitía a sí mismo. Era una tentación ocultar la nota como un tesoro secreto, pero había sido redactada con esmero para que no resultara reveladora, de modo que la dejó doblada sobre el pequeño escritorio de su habitación. Allí, podría verla sólo con echar un vistazo cada vez que le viniera en gana.

Era preciosa, pero, además, contenía aquel comentario cauto sobre lo posible. La intención de él era advertir que su matrimonio no era posible, pero constituía un recordatorio útil del empeño de Diana. También con ella, decidió, todo era posible. Sólo tenia que encontrar la manera.

Una cosa que debía hacer era investigar el tema de la locura en la familia. Si la familia de la madre estaba plagada de excéntricos y lunáticos, tendría que renunciar a su objetivo. Ella también tenía deberes para con su propia línea de descendencia, al fin y al cabo, e introducir la demencia en ella sería algo execrable. Sus oportunidades de investigar se veían limitadas en aquel momento, pero tenía que haber bibliotecas también en este lugar. Una vez entendiera las costumbres de la corte, encontraría algún modo de pasar un rato en ellas.

Por el momento, no obstante, tenía que ser por completo convencional y claramente no inteligente, de modo que cogió uno de los libros triviales que había traído contigo. Uno de los que apenas había hojeado durante el viaje a causa de la presencia de Bey a su lado.

Suspiró al recordar aquello, al pensar en su estado mental al principio del viaje, cuando simplemente se había sentido atraída y curiosa. Qué extraño haber estado tan ciega al potente fuego que ardía entre ellos.

Él, aparentemente, lo había reconocido antes...

¡Oh, basta ya! No debía permitirse pensar en él noche y día. Se dispuso a leer Pope, intentando no dejar que sus ojos y mente se escabulleran persistentemente hasta al papel doblado y todo lo que representaba.

Rape of the Lock era cautivante, y finalmente consiguió absorberla con su comentario mordaz de Londres y las costumbres cortesanas. Sonrió al leer el pasaje sobre la vida en la corte, pues, pese a tratarse de una descripción de la corte de la reina Ana, hacía cincuenta años, sospechaba que se cumplía lo mismo hoy en día:

Aquí acuden las ninfas y los héroes,
Para saborear un rato los placeres de una corte;
En diversas charlas pasan las horas instructivas,
Quién ofreció el baile o fue la última vez de visitar
Uno habla de la gloria de la reina británica,
Y uno describe un biombo índice;
Un tercero interpreta movimientos, ojos y miradas;
Una reputación muere con cada palabra.

Hizo una pausa, con el dedo indicando la página. Aquello era una advertencia, si es que le hacía falta, de que ella tendría que perseguir sus objetivos bajo un centenar de miradas, muchas de ellas deseosas de perjudicarla, y también a Bey, sólo por diversión.

De pronto la asaltó la añoranza del norte. La gente allí no siempre era amable, y a veces existían enemigos, pero al menos había cierta ruda sinceridad.

Y ahí estaba ella, enamorada de un sureño. Aunque consiguiera quebrantar su voluntad, ¿cómo podrían ocuparse ambos de sus

enormes responsabilidades? ¿Qué pasaría con la herencia? No quería que su título fuera absorbido por el de él.

La mente de Diana fue saltando de manera infructuosa por todos sus problemas, de modo que, cuando un paje vino a comunicarle que le reclamaban en el salón de la reina se sintió bastante aliviada. El paje no hizo mención del objeto, pero intuyó que se enfrentaba a alguna batalla de algún tipo.

Se retocó su palidez con un poco más de polvos, y se recordó una vez más su propósito primordial. Debía convencer al rey y a la reina de su naturaleza inofensiva, convencional, y evitar cualquier intento de que le impusieran un matrimonio.

Entró en el salón y descubrió al rey sentado al lado de la reina. No se había equivocado. Iba a empezar su inquisición. Tomó aliento para serenarse y se dispuso a hacer una reverencia.

-¿Estáis cómoda aquí, lady Arradale? -preguntó el rey.

-Perfectamente, vuestra majestad -mintió Diana.

-Bien, bien. Disfrutáis de una posición de privilegio inusual -manifestó-, pero esto no modifica el hecho de que sois, y siempre seréis, una mujer. ¿Qué?

-Sí, señor -dijo Diana, peligrosamente tentada de decir «no» para ver cómo reaccionaba.

-La mente de una mujer es diferente -continuó él-. No puede entender los temas y sutilezas que ocupan las mentes de los hombres.

Tras una pausa provocada por el asombro, Diana se apresuró a decir: -Desde luego, señor.

No iban a hacerle preguntas, iban a sermonearla. Entonces él sacó algunos papeles de su bolsillo y los consultó. ¡Por todos los dioses, había traído notas!

El rey la miró, con semblante intenso y joven.

-Es sabido que las mujeres no pueden aprender latín ni griego, lady Arradale, y si lo intentan sus cerebros se malogran. No obstante, estas materias son las que dan forma a la mente lógica. Por consiguiente, las mujeres no pueden decidir sobre asuntos primordiales, ya que actuarían movidas por la emoción y no por la lógica. Por ese motivo, contradice la ley de Dios el que las mujeres hablen de cuestiones importantes. Considerad la epístola a los Corintios: «Pues es cosa indecorosa en una mujer hablar en la iglesia» ¿Qué?

Diana combatió la tentación de declamar en excelente griego e intentó parecer piadosa.

-Entiendo, señor.

El rey hizo un gesto de asentimiento.

-De modo que entendéis también, estoy seguro, que vuestra idea de asistir al Parlamento como un hombre era una insensatez.

-Sí, señor -repuso ella, pues desde luego lo había sido. Bey había estado en lo cierto al ver que se trataba de algo infantil. De todos modos, no pudo evitar pensar que sin aquello, no habría venido al sur, no habría pasado el viaje con él, no habría estado allí para protegerle, no habría...

Se apresuró a volver su atención, ya que el rey continuaba hablando. «Recuerda tu propósito aquí, Diana»

-... las mujeres cuentan con la bendición de la bondad natural y ternura adecuadas a su papel de esposas y madres -dijo-. Esto, no obstante, les priva de la dureza, determinación y fuerza física necesarias para su seguridad, lo cual significa que deben permanecer bajo la protección de los hombres. ¿No escribió el gran doctor Hipócrates: «Las mujeres por naturaleza son menos valientes y más débiles que los hombres»?

Diana casi cae en la trampa sin duda involuntaria de contestar que, en efecto, eso había dicho; de mostrar que conocía la literatura clásica. De manera impulsiva, decidió que un argumento menor podría hacer más creíble su docilidad.

-Si permitís, vuestra majestad -dijo con gazmoñería- las mujeres generalmente son físicamente débiles, pero me gustaría argüir que pueden ser valerosas a la hora de defender a sus hijos.

Funcionó. Él asintió abruptamente con aprobación.

-Mostráis la sabiduría genuina de la mujer, condesa. Cuidar de los vástagos debe ser la primera preocupación de una mujer. Pero esto es una parte del todo, ¿qué? Si una mujer es físicamente demasiado activa, si busca desarrollar la fuerza masculina, morirá de parto o dará a luz monstruos. ¿Qué? ¿Qué?

Diana ansiaba preguntar: «¿Cómo es entonces que las mujeres de los campesinos trabajan en los campos, arrastran enormes cargas y se afanan hasta el anochecer, y siguen teniendo hijos igual de bien o tal vez mejor que lánguidas damas?»

Mantuvo la vista baja, y no salió ninguna palabra de su boca.

Al menos su docilidad estaba teniendo el efecto deseado. El tono del rey había pasado de abrasivo a decididamente suave mientras continuaba con su arenga.

-Si una mujer tiene preocupaciones fuera del hogar, es evidente tendrá que descuidar los deberes que le corresponden para con su familia. Jenofonte escribió: «Los dioses crearon a la mujer para las funciones domésticas, al hombre para todas las demás» Ya veo lady Arradale -dijo mirándola con seriedad bienintencionada--, estas verdades se establecieron ya en tiempos antiguos, para nunca ser alteradas.

De súbito, Diana ardió en ganas de hacer una declaración apasionada de los derechos y capacidades de las mujeres, ¡en cuatro idiomas aparte del inglés! 0 exigir una pistola y demostrar lo indefensa que era. Incluso podría advertir que éstas eran creencias paganas, no cristianas, pero recordó sus lecciones y dijo:

-Así parece ser, vuestra majestad.

El rey rebosó de alegría.

-Bien, bien. Las mujeres son más felices en su entorno natural: disfrutando de artes delicadas y domésticas, atendiendo a sus esposos y cuidando de sus hijos. Como hace mi querida reina. -Dio una palmadita en la mano de la radiante reina-. Sólo deseamos veros dichosa, lady Arradale.

-Os doy las gracias, señor.

Y también daba gracias al cielo por el riguroso adiestramiento que Bey le había proporcionado en el carruaje. No es que hubiera tenido en cuenta todo esto, ya que también Bey había esperado una inquisición más que un sermón, pero había hecho posible que ella pudiera pronunciar las sandeces correctas.

Y había concluido con aquel beso. Con aquella noche...

-... Pronto estaréis casada, y os sentiréis feliz de ello, lady Arradale, ¿qué?

Con una sacudida, Diana intentó captar qué se había perdido. Pensando aún en aquella noche en el White Goose, dijo:

-Ruego por ello, de corazón, vuestra majestad.

El rey estudió un poco el fervor de ella, pero luego asintió: -¡Excelente, excelente! Nos complace sumamente que aceptéis nuestra elección.

El corazón de Diana latió con fuerza, luego se lanzó al galope. ¿Acababa de acceder a aquello?

-Y bien -continuó el rey, todo sonrisas-. Entiendo que tocáis bien. Una dama que destaca en una destreza tan apropiada ciertamente no es la criatura innatural que pensábamos. ¿Nos complaceréis, con más música?

Diana se escapó al teclado, a punto de desmayarse a causa del pánico. ¡Estúpida, estúpida, estúpida, por haberse distraído! Sensiblería sentimental cuando tenía que haber sido toda fría razón.

¡Y ahora, desastre! Les había fallado a ambos.

Se sintió tentada de verter sobre el pobre teclado la furia que experimentaba contra sí misma, pero en vez de ello, tocó una pieza lenta, convencional, buscando calmar y aclarar sus ideas.

¿Cómo salir de aquello?

Tras haber accedido a aceptar la elección del rey, sería aún más difícil escapar sin cometer una ofensa grave.

Tal vez pudiera declarar que había cambiado de opinión.

No, eso nunca funcionaría.

Tal vez pudiera aparentar que buscaba sinceramente un hombre a quien amar. Al menos supondría una demora.

Hizo una mueca mientras tocaba. Sería preciso explicar esto a Bey, y él tendría motivos para sentirse defraudado con ella.

Al infierno todo aquello. A partir de ahora, tendría que estar en sus cinco sentidos, pero temía haber cometido un serio error, y en la primera prueba. Bey tenía razón al pensar que no estaba preparada para enfrentarse al mundo, aunque ella sabía que todo habría resultado mucho más fácil siendo indiferente a él como en un principio había pretendido ser.

¿Cuándo tendría que decírselo? Aunque detestaba pensarlo, añoraba volver a verle.

¿Dónde estaba? ¿Pensaba en ella igual que ella en él? ¿O eran sus defensas tan fuertes que podían bloquear todo reconocimiento de lo que ellos tenían?

Una veloz cabalgada podía mantener la mente centrada, alejada de tesoros invisibles. Después de tres horas, y tres cambios de caballos, Rothgar llegó a su finca. Primero se dirigió a transmitir las noticias a la madre y la hermana de Ella Miller, luego se las llevó con él cuando acudió a comunicar a Ella la muerte de su marido.

Después fue a dar las noticias a los padres de Miller y regresó con ellos junto a la viuda.

Finalmente pudo dejar a la desconsolada familia un poco aliviada por el hecho de que Thomas había muerto con valentía y de forma rápida. Ellos también sabían que Ella y sus hijos siempre contarían con la casita e ingresos holgados. No es que pudiera sustituir a un hombre, pero sí todo lo que un mortal podía dar.

Una prueba, si es que hacía falta, de que él no era Dios, y que no tenía el control de la máquina. Con un Malloren no todo era posible, o Miller estaría con su esposa y familia en estos momentos.

Llevó su caballo hasta los establos situados al otro lado de la casa, luego pasó junto al huerto para entrar en los jardines, consciente de pronto de la vaciedad del enorme y magnífico edificio que quedaba ante él.

¿Qué iba a hacer él solo aquí el resto de la vida? ¿Coleccionar fragmentos de historia anglosajona y estudiar peticiones?

¿O vivir la mayor parte del tiempo en Londres, intentando mejorar y corregir la caótica máquina política, con todo esfuerzo sujeto al capricho de un joven monarca?

Mientras contemplaba las filas de ventanas vacías, centelleando oro bajo el sol, supo lo que quería. Quería pasar aquí la mayor parte de su tiempo, y llenar otra vez esta casa con una familia, una familia feliz.

No.

Este anhelo pasaría, y la caótica máquina política le mantendría muy ocupado.

Su inesperada llegada a la abadía provocó un pequeño revuelo. Como siempre, había cuestiones de las que ocuparse. El doctor Marshall, conservador de la colección de artefactos anglosajones, quería comentar las nuevas adquisiciones. El administrador de las tierras deseaba revisar asuntos de los que anteriormente habían tratado por carta. Rothgar despidió a este último con un comentario descortés, y lo lamentó brevemente, pero sólo brevemente. Trivial pérdida de tiempo. Elf se había ocupado de tales cosas en el pasado, y ahora cada vez notaba más su marcha.

La verdad era, pensó irónicamente, que necesitaba una esposa. Puesto que no iba a casarse, necesitaba que alguien actuara como señora de la mansión y anfitriona. Por un impulso repentino, escribió una breve lista de las solteronas y viudas entre sus

familiares, mujeres que tal vez estarían encantadas de ocupar el puesto. Era la solución práctica, y respaldaba su determinación.

No obstante, pese a su voluntad, aquello volvió a traerle a la mente a lady Arradale, junto con la noción de que el rey estaba determinado a casarla de una vez. Aunque la lógica le decía que ella no se iba a ver arrastrada al altar en este preciso momento, de súbito resultaba intolerable no estar a su lado.

Había planeado pasar la noche aquí, pero se encontró mirando a través de la ventana. El sol besaba ya las copas de los árboles y la idea de más horas sobre la silla de montar le hizo gemir, pero era posible.

Ordenó que dispusieran caballos frescos y una comida ligera, preparada rápidamente, pero reconoció que su voluntad vacilaba. Ella no corría ningún peligro. Sólo quería respirar el mismo aire.

Se levantó de forma abrupta y subió al piso superior. En vez de dirigirse a sus aposentos, subió otro tramo hasta el piso de las habitaciones de los niños. Hacía ya diez años que se habían cerrado estas estancias, cuando Cyn y Elf se trasladaron al piso inferior para ocupar su lugar en el mundo adulto.

Entró en la habitación de los recién nacidos, sin usar desde hacía aún más tiempo, que esperaba como una planta inactiva la siguiente generación de bebés. Los hijos de Bryght nacerían y se criarían en Candleford y, a menos que él mismo fuera lo bastante descuidado como para morir demasiado pronto, vendrían aquí ya como adultos.

Dio impulso a una cuna ornamentada para que se meciera, y el crujido del balancín sonó espectral en la habitación desierta. De hecho, Jenny, la hija de Brand, había dormido en ella hacía un mes más o menos. Este piso había florecido brevemente y cobrado vida con Francis el hijo de Bryght y con los niños de Hilda.

Puso en movimiento la otra cuna -se había instalado una adicional cuando nacieron los gemelos- recordando lo grande que le había parecido todo con tres años de edad, mientras rondaba fascinado sobre su nueva hermanita. Era diminuta y maravillosa, con dedos delicados y aquellos ojos grandes, intensos, que habían parecido mirarle a él y reconocerle.

«Hermano»

«Mía»

La gente siempre decía que no podía acordarse, pero recordaba lo suficiente.

Recordaba a su madre, que se había levantado de la cama en vez de esperar a que le llevaran el bebé hasta el lecho, vestida aún con su camisón escarlata, el pelo oscuro suelto por la espalda. Había despedido a los criados, pero a él le dejó quedarse. Siempre se había preguntado por qué. Pero entonces, no sabía que planeaba hacer lo que hizo. Habría dado todo por saber lo que planeaba cuando subió a este piso.

Había cogido a la pequeña Edith y caminado con ella en brazos, murmurando palabras que él no había alcanzado a oír. No sonaban reconfortantes. No como los murmullos calmantes, amorosos de la niñera.

Recordaba sentirse inquieto.

Tal vez el bebé se había sentido también así, o tal vez su madre le había cogido con demasiada fuerza. Edith había empezado a llorar, y rápidamente pasó al chillido fluctuante de un bebé recién nacido. Desde entonces, aquel característico sonido desesperado provocaba el pánico en él: una necesidad desesperada de actuar, de hacer algo.

Su madre se había sentado con el bebé gritando, con el rostro colorado, y con toda calma -nunca había olvidado aquella calma- rodeó la pequeña garganta de Edith con su mano. El silencio fue perturbador.

Él se había acercado corriendo, gritando: «¡No!» Intentó apartar la mano de su madre. Ella le había mirado con el rostro inexpresivo y, de un bofetón, le mandó al otro lado de la habitación con toda la fuerza del brazo que le quedaba libre.

Él se había quedado agachado sobre el suelo, cegado por el terror, quieto como un ratón, y luego salió corriendo y gritando, pasando precipitadamente junto a los sirvientes boquiabiertos, con un solo pensamiento. Buscar a su padre, quien sin duda sabría solucionar todo aquello.

Si se hubiera detenido, hubiera tenido suficiente autocontrol como para explicar a los sirvientes que se hallaban en las proximidades exactamente qué estaba sucediendo, ¿habrían actuado éstos más deprisa? ¿Habrían llegado a tiempo de... ?

Volvió al presente con una sacudida, el sudor frío humedecía su espalda. La cuna aún se movía levemente a causa del balanceo que él había iniciado.

Si hubiera hecho lo correcto, Edith sería ahora una mujer madura, con esposo e hijos propios. Tal vez con una sonrisa especial para su hermano. Y él seria una persona diferente. Una persona capaz de...

«Suficiente»

Echó un último vistazo a la habitación, luego salió y cerró la puerta tras él. Había sido una especie de peregrinación, y había servido a su propósito. No había posibilidad de matrimonio para él. Nunca.

Debía sacar a la condesa de Arradale de su difícil situación, y pese al desafío de ella, enviarla sana y salva a su casa.

Pudo sentir ya el dolor. Más que eso, sabía que el dolor sería igual de profundo para ella.

Eso era casi más de lo que podía soportar, pero no exactamente. Nunca debía arriesgarse a poner a niños en esas cunas vacías.

-Es un milagro tener un hijo, lady Arradale -dijo la reina-. No querréis perdéroslo.

Se encontraban en los jardines de la reina, y el principito de tan sólo un año era el centro de atención de todas las damas. Allí al sol, Diana, ayudando al príncipe a hacer una guirnalda de margaritas -en realidad, haciéndola para él-, casi lo estaba pasando bien.

-Me gustaría tener hijos, vuestra majestad -convino, añadiendo en silencio, pero sólo de Bey.

-Lord Rothgar tiene consternado a mi esposo con su negativa a casarse y tener descendencia.

Diana alzó la vista bruscamente, preguntándose si había pensado en voz alta, pero luego supo que no había sido así. La conexión se había producido por completo en la mente de la reina. ¿Era posible que el rey y la reina escogieran a Bey para ella?

Aunque no había nada que ella deseara más, había que detener aquello. Un matrimonio forzado sería una tortura.

-Entiendo que su madre... sufría un mal, vuestra majestad.

-Asesinó a su segundo hijo -dijo contundentemente la reina-.

Algo terrible que, sin duda, la habrá condenado al infierno. De todos modos, él no tiene de qué inquietarse,

Una madre en el infierno podría inquietar a cualquiera, pensó Diana, pero dijo:

-Tal vez tema llevar el problema en su sangre, señora.

-¿No os ha hablado de ello?

Bajo la mirada escudriñadora de la reina, Diana se esforzó por aparecer indiferente y un poco hastiada por el tema.

-Nos conocemos muy poco, señora. Unos pocos días el año pasado, unos pocos días éste, y el viaje.

-Oh. -La reina cambió de posición para sonreír a su hijo-. Ten, enséñame tu preciosa guirnalda de margaritas, herzlieb.

Diana le dio una mano al niño para que pudiera andar tambaleante y entregar las flores, aliviada de que la atención de la reina se desplazara a otro lugar.

No obstante, tras alabar las flores y coger al niño, la reina dijo:

-Muchas mujeres envidiarían ese viaje, lady Arradale. Podrían opinar que habéis desperdiciado una oportunidad de oro.

-¿De coquetear con el marqués, señora? -preguntó Diana, como, si la idea nunca le hubiera pasado por la cabeza.

Se formo una mueca en la boca de la reina, y volvió de nuevo la atención a su hijo parloteante, pero los ojos reales se fijaron otra vez en ella.

-Y bien, condesa, ¿sería también una sorpresa la idea del marqués como esposo?

-Completamente, señora -dijo Diana, segura de mostrar la conmoción adecuada, aunque aquella conmoción respondía a la contundencia de sus manifestaciones. ¿Qué iba a hacer ahora?

-Por favor, dedicad cierta reflexión al asunto, y tal vez deje de pareceros tan asombroso. Mi esposo el rey piensa que sería una idea excelente.

-¿Pero la locura, señora?

-Sin duda una fiebre cerebral o algo así. En todos los demás aspectos es un esposo deseable, ¿verdad? No podéis argumentar que resulte desagradable a las mujeres, o que tenga alguna carencia en aspectos masculinos.

-No, pero...

La reina la interrumpió con un gesto y la despidió, y Diana escapó antes de decir algo desastroso. Sin embargo, mientras volvía

a la siguiente sección del jardín, el pánico le dio deseos de encaramarse por encima de los barandales de hierro y huir.

Había venido aquí para convencer al rey de que no era ningún peligro para su país. Luego había pensado que tenía que escapar a numerosos pretendientes cuya identidad desconocía. Nunca había esperado tener que combatir un intento decidido de arrojarla a los brazos del hombre que amaba.

Pese a que detestaba tener que contar a Bey la manera desastrosa en que se estaba desenvolviendo, necesitaba desesperadamente verle y oír su consejo. Necesitaba advertirle también.

Pensó brevemente en enviarle un mensaje, pero era imposible decir nada al respecto, ni siquiera en código, sin crear una conexión entre ellos que era preciso evitar.

Incluso cuando él viniera a la corte, pensó con un siseo de malestar, no tendrían tiempo para estar en privado. Tendría que usar el código. Fingir que había recibido una carta de Rosa...

Mientras intentaba dar con las frases inocentes más convenientes, acarició una rosa preciosa, completamente abierta.

Con su contacto, se desintegró.

Se quedó mirando llena de conmoción la alfombra de rosa cremoso, los restos de belleza destruida por su mano.

Nada, ni siquiera un Malloren, podía volver a acoplar aquella rosa otra vez. Recogió algunos de los pétalos caídos como si pudiera encontrar la manera de adherirlos de nuevo al tallo, luego se los llevó a la nariz, inhalando el dulce perfume. Calientes por el sol, eran como una suave piel.

Como la piel de él, que en algunos sitios era suave y blanda.

Y en sitios era dura.

Arrastrada de regreso al White Goose, supo que su consumación había sido tan alocada como maravillosa. Pese a todo esfuerzo, iba a estar angustiada hasta que tuviera el próximo periodo. Aunque escapara a aquel desastre, toda su vida quedaría plagada de anhelos amargos a menos que pudiera encontrar la manera de hacerle cambiar de idea.

Cambiar un propósito noble decidido años atrás y por un buen motivo.

Abrió las manos y dejó que los pétalos flotaran de nuevo hasta el suelo. La intención de Diana no era destructivo. No debía pensar aquello. Ofrecía una esperanza de felicidad sincera.

Sin embargo, este plan del rey y la reina no ayudaba, pese a entender que era fruto de buenas intenciones. No podían obligar a Rothgar y se concentró de nuevo en planear las palabras adecuadas para advertirle.

Capítulo 22

Rothgar estaba acabando la apresurada comida mientras examinaba con aire condescendiente los nuevos diseños de libreas realizados por Ingram -que encontró poco diferentes a los actualmente en uso- cuando sir George Ufton fue anunciado. El robusto hombre entró apresuradamente con aspecto extrañamente pálido.

-¡Milord, gracias al cielo estáis aquí! -Sir George. ¿Qué ha sucedido?

-¡Georgie! Mi hijo George. ¡Se lo han llevado por robar caballos!

Rothgar acompañó al hombre hasta una silla y le sirvió un poco de brandy.

-Bien, sir George, contadme exactamente qué ha sucedido.

La historia, narrada de un modo desordenado poco característico, era bastante sencilla. El joven George había estado pasando el tiempo jugando en una posada el día de mercado en Dingham; algo sobre lo que Ufton tendría unas palabras con él más tarde. El joven había perdido jugando con un comerciante de caballos y había accedido a pagar parte de su deuda llevando un caballo al siguiente pueblo.

El comerciante de caballos luego dijo que le habían robado y el magistrado local, sir Hadley Commons -no demasiado amigo de los Ufton- tenía previsto ver el caso dentro de una hora.

Mientras sir George se pasaba el pañuelo por la cabeza y bebía su brandy, sir Rothgar consideró la extraordinaria situación. Estaba seguro de que el joven era inocente, de modo que esto debía de ser un agravio. ¿Con qué propósito? No podía imaginar a sir George con enemigos astutos...

Pero los tenía.

Los Ufton habían estado en Londres recientemente, él les había presentado en la corte. Aquello estableció la conexión...

D'Eon otra vez. Tenía que ser. Otro intento de arrastrarle lejos de la corte. Otra utilización intolerable de sus relaciones inocentes.

Pero esta vez, pensó con interés repentino, él se encontraba allí y tal vez fuera capaz de atrapar al esbirro de D'Eon con las manos manchadas. Sería muy útil contar con alguien en el campo enemigo.

Se levantó.

-Iré con vos, sir George, y os ayudaré a solucionar esto. No se sostiene lo más mínimo.

Sir George se levantó e inclinó la cabeza, con lágrimas brillando en los ojos.

-Gracias, gracias, milord. ¡Gracias al cielo estabais hoy aquí!

-Una bendición, desde luego -dijo Rothgar, guiando al ansioso hombre al exterior y hasta sus caballos.

El caballo de Rothgar y los dos mozos montados se hallaban ya listos para realizar la primera fase del viaje de regreso a Londres. Vaciló por un momento. Esta misión anulaba aquella posibilidad, a menos que quisiera cruzar Hownslow a caballo en la oscuridad, lo cual sería una locura.

Regresar hoy a Londres había sido una insensatez de todos modos y si los asuntos continuaban como él sospechaba, podría ayudar más a lady Arradale desde aquí.

Entraron en Dingham en dirección contraria a un río de gente, carretas y animales. El día de mercado estaba llegando a su fin y la gente regresaba a sus casas.

La pequeña ciudad, no obstante, estaba aún en pleno bullicio pues eran numerosas las personas que remataban el día en las posadas y tabernas. Los días de mercado acababan siempre así, y también con los magistrados reunidos en el Anchor para solventar las malas conductas del día.

Tras dejar los caballos con los mozos, entraron en la posada y pasaron junto a una mujer que recibía un azote sumario con el látigo por robo, mientras una multitud jubilosa observaba. Un hombre de aspecto afligido se encontraba cerca vigilado por los guardias, esperando su turno. Sir Hadley alzó repentinamente la vista desde donde se encontraba sentado en medio del banco de magistrados y frunció el ceño. Pero luego hizo caso omiso de ellos y continuó con las preguntas a un hombre anciano. Los tres magistrados deliberaron, luego el representante de la justicia golpeó el mazo.

-Culpable de dar una cantidad insuficiente. Multa de tres chelines o veinte latigazos.

Refunfuñando, el hombre sacó unas monedas de un monedero, pagó su multa y se apresuró a marcharse.

Llamaron a continuación a George Ufton.

-Podéis ver, sir George -dijo sir Hadley, que he retrasado la causa de vuestro hijo hasta que regresarais, como solicitasteis.

Aunque no lo había dicho con tono afable, sir George hizo un ademán con la cabeza.

-Agradecido, magistrado.

El magistrado inclinó la cabeza a Rothgar. -Milord marqués, ¿tenéis interés en esta causa?

-Siempre tengo interés en la justicia, Sir Hadley. Continuad.

Rothgar sabía cómo tomar el mando en un lugar, y había empleado sus conocimientos aquí, pese a permanecer en un lado de la habitación, observando. El acusante, un comerciante de caballos, probablemente era el bribón en todo esto, pero D'Eon era sutil, y quienquiera que hubiera montado esto debería estar merodeando por los alrededores esperando la ocasión. Podría tratarse de un vecino local. Fuera quien fuera, pronto le tendría.

Por mi dama, pensó, divirtiéndose con ironía ante su incapacidad para evitar que su mente no se desviara hasta ella. Era la noche del primer día de la condesa en la corte. Se preguntó cómo lo estaría superando, y si el rey ya la habría interrogado...

Se percató de que ya habían sacado al joven George y sacudió la cabeza. «Serás poco útil a tu dama -dijo a su mitad alocada-, si no puedes observar, planear y ser lógico»

El joven tenía aspecto desgreñado y asustado, aunque estaba haciendo un intento admirable por parecer digno, la cinta del pelo se había perdido y su cabello caía suelto y enredado, y se había peleado en algún momento pues había sangrado por la nariz y tenía el labio roto. Al ver a su padre, una mezcla conmovedora de vergüenza y alivio brilló en él.

Diecisiete años y, pese a su difícil situación, un hijo del que estar orgulloso.

«Hijos. Hijos como el muchacho tambor, con los ojos claros de Diana y barbilla obstinada. Hijas con cintas ladeadas...”

Apartó aquellos pensamientos y prestó atención. La acusación se había formulado y el acusante estaba explicando su queja. Stringle era el nombre del comerciante de caballos.

Rothgar evaluó al hombre. No era de la zona pero tampoco resultaba sospechoso a primera vista. Un buen inglés, diligente, pero estaba claro que D'Eon difícilmente podía usar un francés para esto.

De altura media, constitución normal, rostro cuadrado, y con prendas decentes pero gastadas. Explicó su historia con sencillez, y con el adecuado pesar de verse metido en sucesos de este tipo.

Si él era el villano, era bueno. Muy bueno.

Otros tres hombres se adelantaron para testificar la verdad de la partida de cartas: que el joven Georgie Ufton había jugado, y había perdido. Se trataba de lugareños, y no les hacía gracia contar la historia incriminadora, aunque a dos de ellos les tomó por holgazanes camorristas. ¿Podría uno de ellos ser un mentiroso sobornado? Y no obstante, todos contaban la misma historia.

Georgie y su padre se habían quedado pálidos, pues todo esto encajaba bien, y robar caballos era algo por lo que te llevaban a la horca. Rothgar no dudaba que al final podría salvar al joven de lo peor de esta locura, aunque sólo fuera por la fuerza de su rango. No obstante, quería ver más. Quería ver a uno de los hombres de D'Eon retorciéndose en el suelo.

Una vez los magistrados interrogaron a todos los testigos, dieron a Georgie la oportunidad de hablar.

-No lo hice, buenos señores -protestó-. Perdí el dinero, sí, lo cual fue estúpido, pero no robé el caballo. Este Stringle me pidió que llevara el caballo a Cobcott como parte del pago de la deuda.

Sir Hadley se dirigió a la sala.

-¿Alguien más oyó algo de esto?

Silencio.

-Estábamos en los establos, señor -dijo Georgie.

-¿En los establos? Pero el señor Grlgson ha dicho que rogasteis que os concedieran tiempo para pagar, y el señor Stringle se negó con el argumento de que debía viajar a la siguiente ciudad. Luego os marchasteis, pretendiendo regresar pronto con el dinero. El señor Stringle nunca estuvo en los establos.

-Sí, estuvo -protestó Georgie.

El magistrado se volvió al grupo de hombres que había testificado, pero todos admitieron que Stringle se había quedado en la mesa.

Rothgar observó la interacción, y se hizo una idea. Tenía que ser Stringle, y era hora de intervenir.

-Con vuestro permiso, sir Hadley.

-¡Un honor, milord! -dijo el magistrado, quien mostraba presunción en su seguridad por este caso.

Rothgar miró a Stringle, y detectó el leve desplazamiento en los ojos del hombre al reconocer el posible peligro. Rothgar casi sonrió. Era agradable que sus sospechas se vieran confirmadas. Ahora, a hacer picar el hombre.

Se volvió a Georgie.

-Señor Ufton, cuando acudisteis a los establos, ¿estaba vuestro caballo listo?

Georgie frunció el ceño al oír eso.

-¿Cómo podía estarlo, milord? No lo había ordenado.

-¿De modo que lo ensillasteis vos mismo?

-Sí, milord. No había nadie en aquel momento.

-De todos modos, tampoco podía llevar mucho tiempo.

-No, milord, aunque alguien había movido la manta y la había tirado junto a otras, de modo que tuve que buscarla.

-¿Y cómo iban las cosas cuando el señor Stringle os encontró?

-Estaba a punto de montar, milord.

Rothgar hizo un gesto de asentimiento y se volvió a los testigos sinceros.

-Caballeros, si fuerais tan amables, tal vez pudiéramos repasar de nuevo la última parte del incidente. ¿Estabais jugando a cartas?

Uno de los jóvenes dijo con nerviosismo.

-Nat y yo sí estábamos, milord. -Indicó al hombre que tenía a su lado-. Los otros sólo miraban.

-¿Y cuánto perdisteis?

-Unos pocos chelines, milord. El juego estaba bastante igualado. Si no, no me hubiera quedado. Sé dónde está mi límite.

Rothgar preguntó al otro hombre y recibió una respuesta similar.

-El juego no parecía igualado para el joven señor Ufton, ¿o sí?- observó-. ¿Jugaba de manera alocada?

-Un poco, milord -dijo el primer hombre-. Pero luego cayó en una racha de mala suerte.

Rothgar se volvió para fijar su mirada en Stringle.

-Una mala suerte muy persistente.

Un murmullo recorrió la habitación ante la implicación de que el juego no había sido del todo limpio. Vio que los ojos de Stringle se movían. Él era el forastero aquí, y no saldría bien parado si le consideraban un tramposo. La primera punzada del anzuelo.

Rothgar regresó a los testigos.

-Y bien, cuando el señor Ufton se levantó de la mesa, el señor Stringle se quedó atrás, ¿sí?

Dieron su conformidad a coro.

-¿Durante cuánto rato?

Aquello provocó un ataque de desconcierto, y los cinco hombres se miraron unos a otros.

-Se quedó un rato -dijo uno.

-Seguía ahí cuando su hija vino a buscarme. Seguía esperando al señor Ufton.

-No se movió, milord.

-¿Qué estaba bebiendo? -preguntó Rothgar. -Cerveza, milord.

-¿Cuántas pintas diríais?

De nuevo se miraron unos a otros como si el saber compartido pudiera ser mejor, pero entonces uno de los hombres que observaba el juego dijo:

-Al menos tres pintas, milord. Y ya veo adónde queréis ir a parar. Que me zurzan si no fue a desfogarse de vez en cuando.

-¿Lo hizo después de que se marchara el señor Ufton?

-Creo que lo hizo, milord. Justo un momento después.

Lentamente, los otros hombres asintieron y estuvieron conformes con él.

-¿Y desapareció de la vista?

-Oh, sí, milord -dijo uno de los jugadores de cartas-. La señora Wilkins no permite mear en la taberna.

Rothgar se volvió a Stringle, conteniendo una sonrisa de complacencia.

-¿Negáis esto, señor?.

-No, milord -dijo estoicamente el hombre. Era bueno-. Salí para aliviarme una o dos veces, pero no fui a los establos.

-Pero fuera de la vista.

-Soy un hombre decente, milord -contestó Stringle, mirándole a los ojos.

Rothgar encorvó una ceja mientras le miraba, y se volvió al magistrado.

-Someto a su consideración, señores, que fue posible que el señor Stringle hablara con el señor Ufton en los establos.

-Pero Georgie Ufton se fue con el caballo, milord -protestó sir Hadley.

-Pensando que eso era lo que quería el señor Stringle. Al fin y al cabo, cuando le detuvieron, no lo había vendido.

Sir Hadley se recostó un poco, con aire amargado.

-Si Georgie Ufton es sincero, entonces Stringle es perjuro, ¡y me encargaré de que le ahorquen por ello!

-No he dicho nada más que la verdad -manifestó Stringle, pero cuando Rothgar se volvió a él detectó rabia a la vez que miedo. En el anzuelo. Y bien, ¿acabaría sin resistirse en la red?

-Tal vez -apuntó- fue un simple malentendido, señor Stringle. ¿Es posible que dijerais algo que hiciera pensar al señor Ufton que queríais que llevara ese caballo?

-No lo recuerdo, milord. -Pero entonces el hombre añadió-: Es posible, supongo. Esas tres pintas de cerveza no fueron las únicas.

Sir Hadley le lanzó una mirada iracunda. -¡Entonces haré que os azoten por depravado borracho! Rothgar dirigió todo el poder de su autoridad hacia el magistrado. -Tal vez fuera más prudente dejarlo pasar, sir Hadley, ¿no creéis? Tras un momento de frustración, sir Hadley golpeó el mazo. -No culpable. ¡Siguiente!

Rothgar dejó que sir George le estrechara violentamente la mano, y luego le dejó para que se ocupara de su hijo. Se volvió para ver cómo el acusante se esforzaba por abrirse camino a través de la hostil muchedumbre.

Le alcanzó.

-Señor Stringle.

El hombre se volvió.

-Habéis salvado a vuestro joven amigo, milord. ¿Vais ahora a por mí?

Rothgar le cogió el brazo.

-Simplemente quiero comprobar que llegáis sano y salvo a vuestros caballos.

La multitud, aunque amenazadora, retrocedió dejando libre un camino hasta la puerta.

Stringle tenía rígido el brazo por el que le asía Rothgar, pero caminó hasta la puerta y la cruzó.

-¿Y ahora qué, milord? -preguntó, con mirada severa.

Rothgar le soltó.

-Acabo de salvaros el cuello.

El hombre permaneció en silencio.

-Conozco al hombre para quien trabajáis. Muy poco patriótico, ¿no creéis? Y sospecho que este complot iba dirigido contra mí en gran parte.

Stringle retrocedió, pero no admitió culpa alguna. Sí, era bueno. A Rothgar no le importaría emplearle si el hombre supiera quién era el amo aquí.

-Podríais serme útil, señor Stringle. Hay una dama en Londres, viviendo en la corte de la reina. La condesa de Arradale. Estoy especialmente preocupado por que no le suceda nada que pueda inquietarla o molestarla.

El hombre parecía genuinamente sorprendido.

-¿Qué tendría que hacer yo con una dama de la corte de la reina, milord?

-Tal vez nada. Si, de todos modos, fuerais a Londres y os pusierais a disposición del hombre que os contrató, a lo mejor os sorprendierais.

-Soy comerciante de caballos, milord. ¿ Qué iba a hacer yo en Londres?

-Complacerme.

El hombre palideció al oír aquel tono.

-Podría desaparecer con facilidad.

-Os resultará muy difícil escapar a mi seguimiento.

Los ojos del hombre le miraron con resentimiento.

-Voy a Londres, rondo por la casa de cierto hombre y os hago saber si surge algo relacionado con la dama. Y luego, ¿qué? ¿Cuándo quedaré libre? Mi negocio son los caballos, milord, y preferiría dedicarme a ello.

-Hubiera sido más prudente haberlo hecho desde un principio, ¿no creéis? Cuando lady Arradale regrese a sus tierras en el norte, podréis dejar Londres. Entretanto, si oís algo relacionado con ella, o cualquier plan que tenga que ver con ella, enviadme un mensaje a la mansión Malloren. También estoy muy interesado en las actividades de un francés llamado De Couriac. Seréis bien pagado, y no sufriréis ningún daño si me servís adecuadamente. -No expresó cuál era la alternativa, pero quedó clara.

Tras un momento, el hombre asintió.

-Haré lo que queráis, milord.

-Eso pensaba -dijo Rothgar, y observó al hombre marcharse a buen paso.

Capitulo 23

Rothgar estuvo de regreso en Londres al día siguiente, con tiempo suficiente tan sólo para los tediosos preparativos para asistir a la corte. Después de la recepción matinal, como era habitual, el rey le convocó para comentar los sucesos recientes, y para debatir otra vez el destino de Dunkerque. Resultaba desalentadoramente difícil no contestarle de mala manera.

Consiguió escaparse a las cuatro. Puesto que el rey regresaba junto a la reina para comer algo con ella, no era una buena idea que también él volviera allí. Aparte, se dijo con firmeza mientras

regresaba a casa, esta noche tendría la oportunidad de comprobar que lady Arradale se encontraba bien y segura. No faltaba tanto.

Una vez se libró del atuendo cortesano, se fue a su oficina para ocuparse metódicamente de las pilas de trabajo que le esperaban. Su mente intentó perderse, pero la mantuvo centrada en las tareas que tenía delante. Todos estos documentos representaban gente y cuestiones que precisaban de su atención.

La mayoría de ellos eran documentos administrativos que estaban relacionados con sus fincas y negocios. Sabía que Grainger, Carruthers y otros empleados podrían ocuparse con sumo cuidado y perfectamente, pero leyó cada uno de ellos como tenía por costumbre antes de firmarlos.

También había cartas e informes relacionados con muchos asuntos caritativos que él financiaba, y las peticiones habituales de artistas y editores. Un agente le informaba de la localización de algunas joyas que tal vez pertenecieran al rey Alfredo, y otro hablaba de un retrato de un antepasado que hacía tiempo que intentaba añadir a la colección familiar.

Sintió la tentación de dar a un lado un informe intimidadoramente grueso referente a ciertas tierras que había adquirido en las colonias, pero sabía adónde quería ir su mente de frágil voluntad, de modo que se puso manos a la obra.

Pese a todo, cuando finalmente todo estuvo acabado, miró el escritorio vacío con cierto disgusto. El duro trabajo le había proporcionado lo más parecido a la paz de espíritu que había experimentado en días. Miró irónicamente el dibujo de sí mismo que colgaba de la pared del estudio, el que habían realizado como preparación de su austero retrato.

¿Dónde estaba aquel hombre seguro, invulnerable?

Se levantó con brusquedad y buscó distracción en otra cosa: en la habitación donde Jean Joseph Merlin y su ayudante estaban trabajando en el muchacho tambor.

-¿Cuándo estará arreglado? -preguntó, sobresaltado al ver la figura despojada de ropas, con muchas de sus piezas esparcidas a su alrededor sobre telas blancas.

El joven alzó la vista, pero con un atisbo de impaciencia.

-En cuestión de días, milord -dijo con acento. Era flamenco de nacimiento-. Como bien dijisteis, la avería no es importante, pero lleva tanto tiempo sin utilizarse que quiero comprobar todas las

partes. Estaba oxidado -añadió, con una insinuación de estremecimiento.

-¿Ningún otro desperfecto?

-No, milord. -Merlin se ablandó y se acercó hasta el corazón de la máquina-. Es una obra maestra. Vaucanson, con toda seguridad, y de una complejidad rara vez vista. La sutileza del movimiento...

-¿Lo habéis puesto en marcha? -preguntó abruptamente Rothgar.

-Por supuesto que no, milord. Puedo leer los engranajes y palancas como el señor Haydn lee música.

-Mis disculpas. -Rothgar no pudo evitar tocar la cabeza casi viva del muchacho, acariciar la piel sutilmente coloreada.

-Cera -dijo Merlin-. También, una obra maestra. Uno podría pensar que fuera a respirar. De hecho... podría conseguirse con la adición de fuelles. He oído hablar de un autómata que de hecho toca la flauta.

-No. -La idea de este niño tomando su primer aliento era espantosa-. Dejemos eso a Dios.

-Como deseéis, milord.

-¿Puedo hacer algo para ayudar?

-Si tenéis ganas de limpiar y pulimentar.

Esto era un pacto familiar cada vez que Merlin estaba aquí. Rothgar pensó que podía hacer un hueco. Había un montón de cosas de las que ocuparse, pero se sentó a la mesa y empezó a limpiar las complejas piezas de metal. Casi de inmediato, la tensión se alivió.

Tal vez fuera un defecto encontrar los mecanismos de relojería tan relajantes, pero aunque fuera así, se lo permitía. Si renunciaba a la corte, tal vez pudiera estudiar más la materia, y tal vez llegaría a ser capaz de leer los engranajes y palancas como se lee música.

Sonrió al pensar en sí mismo como un excéntrico, viviendo con ropajes cómodos, paseándose por la abadía de Rothgar mientras se entretenía con relojes.

Solo.

Al fin y al cabo, no sería especialmente divertido.

-Ahora que la guerra ha acabado -dijo tras un rato- ¿tal vez os gustara visitar a monsieur Vaucanson en Francia?

Merlin alzó la vista, con ojos brillantes. -Me gustaría, desde luego.

-Lo organizaré. También ha hecho grandes trabajos con maquinaria industrial.

Merlin sonrió con una mueca.

-No temáis, milord. Cualquier máquina me cautiva, y mandaré un informe de todo.

Rothgar sonrió y volvió a centrarse en su tarea.

Mientras pulimentaba una pieza con especial tesón, echó una ojeada a la cabeza del niño. Se levantó y movió con cuidado la cabeza para que le mirara directamente a él, luego volvió a sentarse con su trabajo. Merlin y su ayudante le echaron una ojeada, pero sin curiosidad especial.

La cabeza era de un realismo asombroso y, allí en lo alto de las varillas del mecanismo, recordaba de modo turbador a la víctima de una ejecución expuesta sobre una pica.

«Ay, pobre Yorick», musitó Rothgar, pensando en Hamlet con la calavera. No obstante, no era una calavera, ni una cabeza en proceso de putrefacción. Era un muchacho listo con un atisbo de obstinación y malicia en los labios curvados y los grandes y audaces ojos.

Era la joven Diana.

Rescatada y a punto de volver a recuperarse plenamente.

La vida, sin embargo, no era una máquina que podía limpiarse de orín y arreglarse para que pudiera volver a funcionar correctamente.

La Diana adulta podría ser rescatada de un matrimonio no deseado, pero dudaba mucho que pudiera recuperar su plenitud. Si regresaba al norte sin casarse, se sentiría trabada por la noción de la vigilancia desconfiada del rey.

Luego estaba lo otro. Su temeraria noche en el White Goose. Al hacerla cobrar vida en aquella cama, él le había provocado una fisura, y no en el himen no existente. Según cualquier esquema normal, tras hacer perder la virginidad a una dama, un caballero estaba moralmente obligado a casarse con ella, pero era aún más injusto introducir a la virgen al placer y abandonarla.

¿Viviría Diana en castidad durante el resto de su vida? ¿O se casaría por desesperación? Oh, aún peor, ¿se convertiría en el tipo de mujer que busca amantes descuidadamente cada vez que siente la necesidad?

Por supuesto, ella había puesto a prueba la determinación de él a no casarse. Ahora, Diana necesitaba casarse para lograr su plenitud.

Qué tentación salvarla. Seguir el camino del honor convencional, hasta el lugar donde él anhelaba estar. ¿Merodeaba aquello en su mente ya en el White Goose, llevándole a aquella locura de debilidad?

Intolerable, si era cierto.

Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y, una vez más, apartó a un lado la tentación. Lo que quería, lo que ella quería, no debía ser, era preciso que no.

Los claros ojos del niño le desafiaron igual que habían hecho ayer los de ella. «¿Con un Malloren no es todo posible?» -No.

Cuando los dos hombres le miraron, comprendió que había hablado en voz alta. ¿Hablando consigo mismo? ¿No era eso una señal genuina de locura?

Mientras los hombres volvían a su trabajo, Rothgar miró una vez más al niño, moviendo una ceja como si compartieran un secreto. Casi pareció que la sonrisa se acentuara. Ah, tener un hijo así, compartir secretos inocentes con él.

«Soy vuestro hijo. Si tenéis el coraje de encontrarme»

Entonces apartó los ojos, bajó la mirada a la curva compleja de metal que tenía entre sus dedos manchados de aceite. No sólo Diana, sino un hijo de ambos, le desafiaba ahora también con su mismísima existencia.

¿Era su negación una muestra de coraje? ¿0 una debilidad despreciable?

Otra vez la locura, pero era como si el niño estuviera perdido, errando por el mismo camino desolado por el que él había vagado durante su vida, buscando con sollozos alguien que le encontrara y le cuidara, alguien que le llevara a casa.

No podía soportar dejar a un niño llorando...

Una llamada en la puerta le sacó de estos pensamientos horripilantes. Entró Carruthers.

-Perdonad, milord, pero han llegado algunos mensajes que tal vez sean importantes.

Rothgar se levantó, al mismo tiempo aliviado por poder escapar, y reacio a abandonar al niño aquí en manos de extraños.

Tomó una repentina resolución, y la transcribió en palabras silenciosas, mirando a los ojos del muchacho tambor. «Te prometo esto, al menos. Sí Diana está embarazada, me casaré con ella. Ningún hijo mío llorará solo»

Cogió un paño limpio y envolvió con él el mecanismo situado bajo la cabeza del niño, como si fuera una manta.

-Polvo -dijo con aire imperturbable a Merlin y a los demás, y salió de la habitación.

Los mensajes eran ciertamente importantes, especialmente la copia de una misiva enviada por D'Eon a París para quejarse de que De Couriac estaba loco y era incontrolable. D'Eon pedía urgentemente que el hombre fuera llamado de regreso a Francia antes de que provocara una matanza.

Como había pensado, De Couriac era un hombre de D'Eon, pero también era conocido por los poderes oficiales de París, no por las fuerzas secretas dirigidas por de Broglie. También estaba claro que el ataque en la carretera no había sido planeado por D'Eon.

Todo esto volvía más peligroso a De Couriac, pero también le hacía muy útil si conseguían encontrarle.

Le intrigaba que no estuviera claro si D'Eon sabía o no dónde estaba aquel hombre. Si De Couriac trabajaba para los poderes oficiales de los franceses, podría haber buscado refugio en la embajada, y D'Eon tal vez no se sintiera capaz de deshacerse de él.

Stringle ciertamente podría resultar muy útil.

Volvió a vestirse con sus mejores galas, ya que era el día de la semana en que organizaba su propia recepción, cuando todos los caballeros que lo deseaban podían venir a hablar con él. Escogió el color negro para acomodarse a su estado de ánimo, pero lo decoró abundantemente con flores parecidas a joyas. Entró en su sala de recepciones con su peluca empolvada y destellantes condecoraciones, e indicó que se abrieran las puertas de la casa.

Puesto que el viernes anterior había estado fuera de la ciudad, la asistencia a la recepción era muy numerosa, aunque la mayoría de los hombres que habían acudido a la recepción, meramente querían presentar sus respetos. De todos modos, había unos cuantos que tenían asuntos más serios que discutir con él. Como siempre, deseaban que éstos llegaran a oídos del rey. Era un privilegio del que Rothgar rara vez hacía uso, les explicaba. En estos

casos, también le entregaban peticiones por escrito, que él tendía al atento Carruthers.

Pasó el rato con la mente ocupada. Una vez concluida la sesión, unos cuantos hombres habían sido invitados a cenar. Después, todos irían a la casa de la reina para la presentación del autómata francés.

Donde vería por fin a lady Arradale.

Sólo entonces se le ocurrió pensar que las ropas que llevaba eran las que se había puesto para el baile en Arradale hacía más de un año. Ella había escogido una magnífica seda roja, y el encuentro había sido como un cruce de armas muy interesante.

Una vez se abría débilmente la puerta, no podía volver a cerrase. Su mente se escabulló hasta recuerdos de aquel baile, cuando sondeó para ver si ella era el tipo de mujer capaz de narcotizar a un hombre y luego pedirle sus servicios sexuales.

Enseguida había llegado a la conclusión de que no. Oh, ella seguía bien el juego, pero era demasiado coqueta como para dar cualquier paso serio hacia la seducción.

Recordó la retirada de Diana, pero también recordó la mirada en sus ojos cuando le preguntó: «¿Qué hubiera sucedido, milord, si no me hubiera opuesto a... ?»

Ah, había sido una advertencia de todo lo que iba a venir más tarde. Sin embargo, él no había prestado atención, porque inconscientemente ya se sentía intrigado y atraído.

-¿Qué hubiera pasado, milord, si no me hubiera opuesto a... ? -¿A que os besara en la palma? Vaya, nos hubiéramos entregado a galanteos, milady.

-¿Galanteos?

-Un paso más allá del coqueteo, pero un paso anterior a la seducción.

-No sé nada de galanteos, entonces.

-¿Os gustaría aprender?

Pensando una vez más en ello, no estaba seguro de sus intenciones entonces, qué habría hecho si ella hubiera aceptado su cínica oferta. Sin embargo, había sido el comienzo no reconocido y, finalmente, él le había enseñado. En Bay Green.

Percatándose de una mirada de extrañeza en el rostro de Walpole, supo que se le había escapado algo.

-Ah, sólo estaba considerando uno de los misterios de la vida -comentó Rothgar-. Que los procesos trascendentales a veces comienzan como impulsos despreocupados.

-Como la guerra a la que alude Jenkin -apuntó Walpole.

-Precisamente. -Rothgar siguió el hilo de la conversación sobre conflictos y relaciones internacionales, que sin duda era en lo que debería estar concentrado. Prestando esta vez atención a la conversación, insertó algunas advertencias sutiles acerca de Francia y sobre las finanzas y motivos del chevalier D'Eon. Algunos de los hombres presentes eran ministros de la Corona, de modo que aquellos comentarios tendrían provecho.

Todos aquellos hombres eran ricos, de manera que aprovechó también para introducir algún asunto personal, y obtuvo apoyo para el último acto de beneficencia de Elf en defensa de las viudas y huérfanos de guerra.

No obstante, y pese a la política y la generosidad, era consciente de que las horas que pasaban no eran más que eso: tiempo que transcurría antes de poder trasladarse a la casa de la reina para pasar la velada.

Fred Stringle dejó su caballo en el establo adosado a la embajada francesa y fue a llamar a la puerta trasera. Dio su nombre y pidió hablar con monsieur D'Eon.

-¿Por qué iba a hablar él con alguien como vos? -preguntó la cansada doncella-. De todos modos, saldrá para la corte en cualquier momento.

Stringle entró pasando de largo junto a ella.

-Limítate a dar el mensaje, cielo.

En cuestión de minutos le conducían a una habitación de la planta baja. Un simple recibidor, pero en el lado derecho de la casa, el lado de los caballeros.

El pequeño francés hizo entrada, con paso enérgico y el ceño fruncido, todo rutilante de satén, encaje, joyas y ostentosas condecoraciones.

-¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Qué ha sucedido?

-Problemas, señor. Eso es lo que ha sucedido.

-¿Problemas? ¿Qué problemas? ¿No habéis conseguido enredar al joven Ufton en algún lío?

-Oh, sí. Le enredé muy bien. Robo de caballos. Habría acabado en la horca, si llega a colar.

Los ojos del francés le miraron fijamente.

-¿Y bien? ¿Qué problema surgió?

-Todo habría ido bien si el maldito marqués no hubiera tomado cartas en el asunto.

El hombrecillo aspiró profundamente.

-¿Rothgar? Pero si está en Londres.

-Ayer estaba en la audiencia de Dingham, salvando al joven Georgie Ufton de su sino.

La penetrante mirada se entornó.

-¿Y habéis venido aquí? ¿Por qué? No tenéis nada que ver conmigo, nada.

-No me han seguido, señor, si es lo que os preocupa. -Le divirtió añadir-: Nadie sabe que estoy aquí aparte, por supuesto, de los que ya están al corriente. Pero, ya veis, las cosas se pusieron un poco delicadas en Dingham. Perjurio y ese tipo de cosas. Pensé que sería prudente desaparecer durante un tiempo, y ¿qué otro sitio mejor que aquí?

Stringle sabía que éste era el momento espinoso, pues creía capaz al pequeño franchute buscapleitos de apuñalarle allí mismo.

Pero D'Eon se limitó a sisear entre dientes.

-Muy bien. De hecho, podríais serme útil. Los acontecimientos recientes complican mis posibilidades de recurrir a mis compatriotas en este momento. -Miró a Stringle. El marqués es un hombre muy astuto. Debe de haberse percatado de que estabais creando dificultados de manera intencionada.

Otro punto delicado.

-Sí, e intentó descubrir quién me había animado a hacerlo, pero conseguí escurrir el bulto.

El francés sonrió.

-Se lo imaginará, creo. No es malo saber que estamos en guerra.

Stringle hubiera preferido que el maldito marqués jamás se hubiera topado en su camino, pero aventuró de todos modos una pregunta. Se consideraba a él mismo un hombre sin lealtad, pero el comentario del marqués sobre su patriotismo le había mortificado. Estaba dispuesto a enredar a un ingenuo muchacho por dinero, pero no le gustaba la idea de servir a los enemigos del rey.

-¿Guerra por qué, señor? -preguntó.

-Por poder, por supuesto. ¿Por qué otra cosa son las guerras? -Luego, con un gesto frívolo, el francés añadió-: Que os busquen una habitación aquí y desapareced de mi vista. Ya os avisaré cuando crea que podéis serme útil.

Stringle se marchó, contento ahora de estar trabajando para el marqués para aplastar al enemigo.

El chevalier D'Eon salió de la habitación decepcionado, pero sólo en parte. Había preparado unas cuantas trampas con el objeto de crear problemas que distrajeran al marqués de Rothgar, y no había esperado que todas ellas dieran resultados. Le apenaba, no obstante, que el plan de Stringle hubiera resultado fallido. Un joven vecino a punto de ir a la horca habría alejado unos días a Rothgar de Londres, lo cual se sumaría al vacío creado por la reciente ausencia sentimental del marqués en el norte. ¡Dejar el centro del poder por una simple boda! D'Eon se sentía muy cerca de su objetivo, de persuadir al rey inglés para que revocara la orden de destrucción de Dunkerque.

El plan tramado junto a De Couriac habría resultado incluso mejor si aquel loco no hubiera obrado con tanta torpeza. La idea del marqués postrado en cama recuperándose de una herida tal vez durante semanas, lejos en el norte, era suficiente para provocarle las lágrimas.

Todo habría sido fácil entonces, pensó mientras se disponía a abandonar la casa. Se convertiría en embajador, sin duda con un título para acompañar el cargo. Su vida sería tan grata y gloriosa como los estanques reflectantes de Versalles...

Pero llegaría a serlo, de todos modos. Había servido fielmente al rey durante más de diez años, no se había negado a nada, había puesto su vida en peligro una y otra vez. Esto era suyo, este lugar, este puesto, y todo lo que lo acompañaba.

Haría...

Un hombre apareció delante de él.

D'Eon dio un salto hacia atrás y su mano voló a su espada, luego se detuvo.

-¿De Couriac?

El hombre, con una venda manchada de sangre rodeándole la cabeza, hizo una inclinación, aunque sin gran respeto.

-Monsieur D'Eon.

D'Eon le cogió del brazo y le arrastró al interior de la embajada, a la sala más próxima, su despacho.

-¿Qué estáis haciendo aquí? ¡Toda Inglaterra os busca!

-¿Entonces a qué otro sitio podría haber acudido?

-Podríais embarcamos de regreso a Francia.

-¿No creéis que los puertos estarán vigilados?

El tono del hombre era irrespetuoso, podría decirse que incluso hostil. D'Eon se pensó sus siguientes palabras.

Tras el desastre de Curry, había mandado buscar en París a un espadachín experto que pudiera hacer aquello en lo que Curry había fallado... dejar al marqués de Rothgar fuera de juego, con una herida seria pero no fatal. De Couriac parecía ajustarse al papel a la perfección, y también dio la impresión de que era bastante sencillo convencerle.

Lord Rothgar iba a viajar al norte con su familia, pero regresaría al sur solo. Tenía habitaciones reservadas en Ferry Bridge. Era sencillo tener a De Couriac esperando allí para interceptarse con el cebo tentador de una actriz del teatro del rey como esposa suya.

Por qué había salido mal, aún no lo sabía, pero lo sucedido al día siguiente le había revelado que De Couriac tenía otros planes.

El ataque en la carretera no estaba ideado para provocar heridas únicamente. Estaba planeado para matar. Sin duda siguiendo órdenes de París, de las que él no tenía conocimiento. Peligroso, muy peligroso.

-¿Cómo es que las cosas se torcieron en Ferry Bridge? -, preguntó.

-Interferencias. Por parte de cierta condesa de Arradale, esa perra arrogante.

D'Eon entró en tensión al oír tanta crudeza, pero hizo caso omiso por el momento.

-Ah: ¿Y qué decís del desastre de la carretera? ¡En qué estabais pensando!

-Muerte. ¿Qué importa cómo muera él mientras muera?

-Pero yo no ordené su muerte.

-El rey lo hizo.

D'Eon se quedó parado. ¿Era posible que el rey hubiera enviado órdenes sin contar con él? ¿Ya no confiaba en él, ni le apoyaba?

Había detectado algunos indicios, incluso advertencias de amigos de Paris, y de De Broglie.

Pero por otro lado estaban las cartas personales que recibía...

Tenía que seguir aparentando ser dueño completo de la situación. -¿Cómo os atrevéis a saltaros las órdenes de esa manera? ¿Cómo os atrevéis a reclutar a otros agentes franceses para vuestro ridículo plan?

De Couriac enrojeció de rabia.

-Tengo la autoridad. Directa de París. Directa de Versalles.

-¿Pensáis que me excedéis en rango? -preguntó D'Eon quedamente-. ¿Tal vez incluso penséis que sois capaz de derrotarme con la espada? -Dejó que su mano descansara en la empuñadura engalanada con cintas.

El otro hombre se puso tenso y agarró su propia espada con la mano. D'Eon sabía que De Couriac se consideraría casi imbatible. Pero el «casi» era importante, y su propia reputación era igual de formidable.

Tras un largo momento, De Couriac apartó la mano.

-Por supuesto que no, monsieur. Mis disculpas por haberos ofendido.

D'Eon dejó pasar unos segundos adicionales antes de asentir y retirar la mano de su espada.

-Y bien -continuó-, ¿qué órdenes tenéis de París?

-Quitar de en medio al marqués.

-Del juego, no de la vida.

-Eso no está especificado.

-Lo está, ahora, por mí. Y se hará de un modo sutil. ¿Entendéis?

Tras un momento, De Couriac asintió.

-Muy bien. Tengo que ir a la corte y no puedo entretenerme. ¡Pero quiero dejar claro que no podemos tolerar ningún incidente más relacionado con esta embajada! Tengo un nuevo plan en marcha y dos posibles instrumentos ingleses. ¿Tuvisteis un encuentro con lady Arradale, habéis dicho?

-Oh, sí. -El labio del hombre se torció-. Tengo una cuenta pendiente con ella. -Se llevó la mano a su sangrienta cabeza-. Echó a perder el plan, luego me hizo esto.

-¿Os pegó? -¿La pálida condesa de Arradale, con su tonta sonrisa?- ¿Con qué? ¿Con su abanico?

-Con una bala de pistola, desde el suelo, con toda la firmeza que podáis imaginar. Probablemente fue ella quien realizó el último disparo, el que mató a Roger y a Guy.

Aunque iba a tener que volver a evaluar muchas cosas, D'Eon desdeñó aquello con un gesto de su mano.

-No permitamos que las preocupaciones personales se interpongan en nuestro camino. La condesa ahora se halla en la corte de la reina, y no es fácil llegar a ella. No obstante, también hay un estúpido inglés que abriga esperanzas de ganar el cuerpo y la riqueza de lady Arradale. Se le podría utilizar. Idearé un plan. ¿Estamos de acuerdo?

-Mientras pueda tener mi venganza con milord Rothgar y la condesa. Ellos provocaron la muerte de Susette.

-¿La actriz? -preguntó D'Eon-. ¿Cómo se vio involucrada en una situación violenta?

-Era una mujer violenta -respondió De Couriac de forma rotunda-. Me apuñaló.

A D'Eon se le escapó una risa.

-Y por supuesto tuve que matarla -continuó De Couriac-. Sabía ya demasiado. Pero éramos viejos amigos, y deben pagar por ello-. D'Eon perdió las ganas de reírse. Este hombre estaba trastornado.

Por un momento pensó en matarle allí mismo en aquel preciso instante, pero no sería fácil, y ya llegaba tarde a la velada en la corte. También era posible que el rey Luis censurara aquello.

De todos modos, ¿qué podía hacer a continuación aquel loco?

Había que darle algo para mantenerse ocupado.

-Podéis quedaros aquí -dijo-. Si se os da bien disfrazamos, intentad trabar amistad con un joven llamado lord Randolph Somerton. Le gusta jugar, y a menudo se le puede encontrar en un garito llamado Lucifer. Pero no hagáis nada sin mi aprobación. Nada.

-Soy un maestro del disfraz. Incluso he trabajado en el teatro alguna que otra vez.

-Excelente. Entonces, estamos de acuerdo.

-Por completo, monsieur -dijo De Couriac, con toda la sinceridad de una serpiente.

D'Eon se apresuró a marcharse, planeando ya otra carta a París para pedir que reclamaran desde allí a De Couriac lo antes posible,

e ideando unas cuantas maneras de deshacerse del hombre sin levantar sospechas.

Empezaba a sentirse metido en demasiados embrollos misteriosos. Sus deudas eran alarmantes, y por algún motivo, presentía que sus prestamistas favoritos estaban retirándole la confianza. Tenía acceso a los fondos del embajador aquí en Londres, pero aquello era arriesgado.

Subió a su carruaje y ordenó partir a toda velocidad. Aunque no era posible que él perdiera el favor del rey Luis, la perspectiva le provocaba escalofríos. Pero entonces recordó que acababa de recibir otra carta tranquilizadora y se recostó en los cojines de satén del carruaje.

Todo iría bien. De Couriac estaba loco o bien se echaba flores;, o ambas cosas al mismo tiempo. 0 podría ser un instrumento de sus enemigos en Francia. Eso no tendría ninguna importancia mientras el rey estuviera de su parte.

Pero aún tenía que camelar al rey inglés, lo cual significara que, como mínimo, tenía que distraer al marqués de Rothgar.

Intuyó, lady Arradale podría ser la clave.

En cuanto a eso, Lady Arradale, quien por lo visto no era lo que parecía.

Capítulo 24

Cuando Rothgar llegó a la casa de la reina, encontró el acto sorprendentemente concurrido. El rey y la reina rara vez celebraban grandes fiestas en lo que consideraban su hogar. Parte de los asistentes estaban en honor de aquella presentación, sin duda, pero se percató de que la lista de invitados se había ampliado con el objetivo de presentar pretendientes a lady Arradale. Entre otros hombres elegibles vio a Somerton, Crumleigh y Scrope.

«Por encima de mi cadáver», les dijo, luego hizo acopio de cada vestigio de frialdad diabólica y avanzó para interpretar su papel.

Primero acudió a presentar sus respetos al rey y a la reina en el gran salón donde, sobre una mesa central, se hallaba una forma cubierta por una tela. En una mesa situada a un lado, el pastor y la pastora que había regalado a sus majestades el año anterior, descansaban destapados.

D'Eon tenía que haber visto esta pieza con anterioridad, de modo que Rothgar no tenía dudas de que el regalo del rey francés sería más espectacular. Deseó que aún existiera la pagoda china, ya que podría eclipsar a la mayoría de las máquinas. 0 que el muchacho tambor ya estuviera listo para exhibirse.

Era ridículo librar una guerra con autómatas, pero eso parecía ser. Su mente jugueteó caprichosamente con la idea de dos espadachines -uno de diseño francés, otro inglés- y un duelo real.

Recuperando el sentido común, saludó a la pareja real. La reina indicó cortésmente a lady Arradale, de pie a un lado charlando con un grupo. No fue necesario. La había visto nada más entrar en la sala, o tal vez fuera más preciso decir que la había intuido.

Sin necesidad de volver a mirar, sabía que vestía de verde y oro. Que había estado sonriendo, pero que su aspecto era pálido. Que, sin embargo, era posible que sólo fuera la eficaz pintura. Necesitaba enterarse, pero aún no era el momento.

-Estamos muy complacidos con lady Arradale -dijo el rey-. Una joven encantadora. Exactamente como tendría que ser. Sería una excelente esposa para algún hombre, ¿qué?

-Sí, señor -dijo Rothgar, pensando que ella debía de estar interpretando su papel extremadamente bien. La verdad era que seria una esposa imposible para la mayoría de los hombres.

-Excelente compañía para la reina -continuó el rey-. Le gustan los niños. Una mujer atractiva, ¿qué? Estaremos bailando en su boda en cuestión de semanas.

Rothgar hizo una inclinación y expresó deleite ante aquella idea.

El rey le lanzó una mirada, y el marqués comprendió abruptamente que había algo más.

Entonces el rey dijo:

-Lady Arradale ha aceptado que, si ella no es capaz de decidirse, seremos nosotros quienes le escojamos marido.

El marqués necesitó toda su habilidad para no reaccionar al oír aquello. Caray, ¿era alguna especia de tortura?

-De todos modos, mejor para ella elegir por sí misma, ¿qué? -estaba diciendo el rey-. Pero difícil, aquí, con la reina y conmigo llevando esta vida tan tranquila. La dama debería tener ocasión de conocer muchos caballeros, ¿qué? Llegar a conocerlos. Bailar, ese tipo de cosas.

-Eso creo yo, señor -contestó Rothgar, quien aún intentaba evaluar la extensión de este problema.

-Un gran festín.

Rothgar de hecho repitió las palabras del rey.

-¿Qué? ¿Un festín aquí, señor?

-No, no. No con la reina a fechas tan escasas del final del embarazo. ¿Podríais hacer alguna cosa, milord?

El marqués entendió de pronto.

¿Organizar su baile de cortejeo? No obstante, era como una orden, y él era famoso por organizar bailes y fiestas de disfraces inusuales y espléndidos.

-Un baile de disfraces, tal vez, ¿señor? Esas cosas son románticas.

El rey asintió con cierto brillo en los ojos, y Rothgar supo que el monarca asistiría disfrazado.

-¡Magnífico, magnífico! ¿Cuándo podría hacerse a no más tardar?

-¿Tal vez dentro de dos semanas, señor? -Si la suerte les sonreía, la reina caería en cama antes de lo calculado, y él podría sacar de este apuro a lady Arradale.

Pero el rey frunció el ceño.

-¿Dos semanas, milord? No, no. Antes que eso. Y, de todos modos, dentro de dos semanas no habrá luna. El lunes es luna llena. ¿Por qué no entonces?

Rothgar alzó las cejas.

-Eso es muy pronto, señor.

-¿No puede hacerse? Habéis logrado tantos milagros en el pasado, milord. -La mirada astuta del rey le puso sobre aviso de lo que dijo a continuación-. No decís: «Con un Malloren todo es posible» ¿qué?

No había posibilidad de escapar.

-Puede hacerse, señor, si estáis dispuesto a aceptar que los invitados luzcan disfraces que ya habéis visto anteriormente.

-Por supuesto, por supuesto. Para la dama será todo nuevo. Y daremos la ocasión a uno de sus admiradores de ganar su corazón, ¿qué?

Otros invitados esperaban, de modo que Rothgar se alejó de la pareja real andando hacia atrás, ansiando saber con exactitud qué era lo que el rey tenía en mente. Deseó acudir de inmediato junto a lady Arradale, pero aquello sería demasiado revelador. En vez de ello, se paseó despreocupadamente hasta la antesala en la que tocaban los músicos.

Allí se encontraba el señor Bach, el último protegido de la reina. Rothgar le había encargado que compusiera cierta música, y, además, se había preocupado de que se copiara finalmente su colección de música para teclado, escrita por su padre. Aquella música tenía suma elegancia y claridad, y pidió a Bach que tocara una pieza durante la velada.

Sentía una enorme necesidad de claridad.

-Por supuesto -contestó Bach, mientras continuaba dirigiendo la pequeña orquesta-. También la reina es tan amable de apreciar la música de mi padre.

-¿Cómo progresa la pieza de Diana? -preguntó Rothgar, mientras una idea iba cobrando forma. Antes de marchar al norte, había encargado a Bach que pusiera música a la cantata de Rousseau-. El lunes celebro un baile de disfraces y pretendo conseguir que de veras sea a la antigua usanza.

-¿Y escenificar un drama alegórico, milord?

-Exactamente.

Los ojos del hombre se iluminaron llenos de interés.

-La música está hecha, milord, y sería posible encontrar a los intérpretes en el teatro del rey.

Rothgar organizó, los detalles y continuó su recorrido por la sala, preguntándose si lamentaría más tarde aquel impulso. Ordenar música para la cantata de Diana había sido un capricho, con la única intención de hacer un regalo bromista a una dama intrigante. Ahora aquello la convertiría a ella en el foco de atención de su fiesta.

De todos modos, ella sería el foco, al conocer la corte su disponibilidad matrimonial. Parecía apropiado, por lo tanto, un recordatorio de los poderes y la locura del amor. Tanto para ella como para él.

Cuando creyó que era el momento adecuado, se permitió ceder al tirón al que se había resistido, el tirón hacia la condesa. Su cabello castaño relucía bajo la luz de las velas e incluso bajo el polvo, su piel destellaba como una perla. Pese al corsé y los aros, podía distinguir la curva de su encantador cuerpo y, dolorosamente, anheló cogerla en sus brazos.

Sólo eso. Abrazarla.

Qué extraña senda habían seguido ambos para llegar a tal intimidad sin tan siquiera disfrutar nunca de simples abrazos.

Apartó a la fuerza tales pensamientos y se acercó, advirtiendo enseguida la presencia de lord Randolph Somerton rondando próximo a ella.

Como un buitre sobre una comida sabrosa.

Un buitre muy mal vestido. Somerton no debería vestirse de violeta.

Al diablo aquello. Sería la idiotez final rebajarse a celos mezquinos y despechados.

Somerton era rubio y guapo, con amplios hombros, fuerte osamenta, y gozaba de popularidad entre las damas. Unas cuantas esperanzadas jovencitas habían intentado atraer su atención, pero era bien sabido que a él le hacía falta una heredera. Como hijo de un duque, debería ser capaz de encontrar una, pero hasta el momento no parecía haberse aplicado en serio.

La riqueza y poder de Diana tenían que ser demasiado tentadores como para que él dejara pasar la ocasión, sobre todo teniendo en cuenta que, según los rumores, su padre estaba harto de sus deudas de juego. Sin embargo, en este momento, nadie adivinaría que era un derrochador ocioso.

D'Eon también formaba parte del grupo aunque, con su amplia sonrisa y manos gesticulantes, parecía tan inofensivo como una cotorra. Máscaras, desde luego, todo el mundo interpretaba su papel.

La condesa no fingió no reparar en su presencia, inteligente mujer, y se volvió en cuanto él se aproximó, con una sonrisa de indiferencia bien calculada.

-Lord Rothgar, qué grato volver a veros tan pronto.

Él le besó la mano, evaluando, sin descubrir ninguna señal de desesperación.

-Puesto que Londres es Londres, querida dama, es probable que nos interceptemos con bastante frecuencia. -Saludó a los demás e, inmediatamente, una joven dama le preguntó por el ataque en la carretera.

-Satisfaced la curiosidad de la señorita Hestrop, milord -dijo Diana, agitando su abanico de encaje dorado como si estuviera nerviosa-. He hecho todo lo posible pero, ay, yo me encontraba demasiado trastornada como para prestar atención a otras cosas que no fuera aquel espantoso ruido.

-Os contuvisteis admirablemente de chillar o agarrarme el brazo con el que disparaba, lady Arradale. Estoy seguro de que os debo la vida.

Medio oculta tras el abanico, le dedicó una breve y severa mirada, y él abandonó las bromas para contar la historia una vez más.

-¡Qué aterrador, lord Rothgar! -exclamó la joven dama-. ¡Me da miedo hasta el simple hecho de viajar!

-Estoy seguro de que se trató de un incidente aislado, miss Hestrop.

-¿Y luchasteis contra los villanos vos solo? Qué valiente.

-No es que fuera así...

-¡Mon dieu, milord! -exclamó D'Eon-. Sois demasiado modesto. Tres enemigos asesinos, y vos con tan sólo dos pistolas. Vamos, debéis contarnos cómo lograsteis tal magia.

-Suerte -dijo Rothgar, pero detectó el matiz desconfiado en los comentarios de D'Eon-, que viene a ser lo mismo que magia.

-La suerte es deleitosa en todos los aspectos de la vida, milord. Pero, por favor, explicad esta buena fortuna.

-Mi jinete escolta disparo una vez y, ay, murió como resultado. Mi primer disparo alcanzó al otro asaltante que viajaba dentro del carruaje. El segundo tiro acabó con los otros dos por un capricho del destino, pero de una manera demasiado horripilante como para describirla aquí ante las damas.

¿Habían mirado los ojos penetrantes de D'Eon con incredulidad?

La señorita Hestrop, no obstante, estaba protestando, y exigía toda la historia.

La condesa alzó la mano, una mano que resultaba extraña desnuda de su extravagancia de fruslerías.

-¡Milord, por favor, no sigáis! -dijo con un tono que resultó bastante dramático-. Aún resuena la explosión en mi cabeza. Y los gritos... -Se balanceó hacia él-. Oh, cielos...

Él la rodeó con el brazo y, por un momento, se permitió estrecharla. Pero luego tuvo que llevarla hasta un sofá.

Aunque no se trató más que de un instante en sus brazos, para Diana fue como si aquellos extremos desposados se unieran, y luego volvieran a desligarse, mientras él la instalaba en el asiento y se apartaba. Diana, recostada hacia atrás con los ojos cerrados, dio gracias por aquella simulación de malestar, pues le había concedido un momento para recuperarse del dolor perturbador.

¿Por qué no había sabido ella lo inmediata y física que sería su respuesta?

¿Y para él? Abrió lentamente los ojos y miró un breve instante los ojos preocupados de él.

-Mi querida condesa, un millón de perdones por angustiarla.

Incluía varias capas de significado, y ella dijo:

-No es vuestra culpa, milord. Por favor, no os vayáis a angustiar vos ahora.

-Pero es mi deber. -No obstante, entonces se volvió para ordenar que le trajeran vino.

Diana quiso protestar, pero no estaban solos. El grupo con el que se encontraba instantes antes se había trasladado en tropel hasta esa sala y permanecía allí, hambriento de más detalles sobre derramamiento de sangre y violencia. Hambriento también, estaba segura, de cualquier migaja de escándalo.

Un tercero interpreta movimientos, ojos y miradas;

Una reputación muere con cada palabra.

Se estremeció, sintiendo un deseo desesperado de ordenarles que se largaran. Intentó no quedarse mirando a Bey como única esperanza de supervivencia, pero incluso así, cuando él volvió de nuevo, con una copa en la mano, Diana se sintió como si pudiera tomar su primer aliento real.

Pero entonces, un ayuda de cámara se acercó para transmitir el interés del rey sobre el incidente, y sobre el bienestar de lady Arradale. Ella recuperó el control y, tras dar un sorbo al vino, se enderezó para asegurar al hombre que se encontraba perfectamente bien.

Algunos de los que la rodeaban, intentaron reavivar el tema del ataque, pero en cuestión de momentos, el rey pidió la atención de los presentes para mostrar el nuevo autómata. Cuando D'Eon se adelantó para pronunciar un pequeño discurso sobre paz, armonía y hermandad eterna, Diana respiró con alivio. Nunca se había imaginado lo que sería tener que estar con Bey bajo un centenar de miradas ávidas.

Sonrió levemente, contestando a una pregunta no manifiesta. «Estoy bien» Con el uso sutil del lenguaje del abanico, añadió su mensaje. «Os amo»

Él se volvió bruscamente para mirar la máquina aun cubierta y observar a D'Eon que seguía disertando. Diana meneó su abanico. Le protegería a él del plan real. Intentaría no abrumarle con su propio dolor. Pero nunca negaría la verdad de lo que tenían.

D'Eon finalizó su discurso y, con gesto ceremonioso, descubrió el regalo.

-¡La paloma de la paz!

La luz de las velas danzó sobre las plumas de nácar ribeteadas de plata y marcasita, y refulgió desde los diminutos diamantes de los extremos de la punta de cada pluma. Resuellos de admiración recorrieron la estancia, pero Diana lanzó una mirada inquisitiva a Bey, quien se la devolvió. Ambos comprendían que la acción del autómata debía de ser bastante simple para requerir tal exceso de ostentación reluciente.

D'Eon movió la manivela y comenzó el zumbido de la maquinaria.

Rothgar se concentró en la máquina, amonestándose para no volver a mirar a la condesa. Estas miradas elocuentes sólo servían para aumentar el dolor, y podrían traicionarles.

El reluciente pájaro volvía su cabeza a un lado y a otro, flexionando un poco el cuello -mecánicamente, muy simple, y luego bajó la cabeza y cogió una ramita de olivo del suelo. Con un chasquido audible, la rama se introdujo en alguna muesca, de modo que cuando el ave enderezó la cabeza, el tallo subió también, sujeto en el pico de la paloma. Entonces ésta desplegó las alas y reveló unas palabras destacadas en oro debajo.

Paz. Paix.

Todo el mundo volvió a aplaudir y los presentes se congregaron alrededor del invento. Con el control de sí mismo recuperado, Rothgar tendió su mano a la condesa.

-¿Os apetece inspeccionar el juguete, milady?

Ella sonrió levemente al oír la palabra juguete, y dejó su mano sobre la de él: un roce de suaves dedos que hablaba por completo de otros asuntos.

-Preferiría ver ahora la otra máquina en funcionamiento, milord. Entiendo que la encargasteis vos para sus majestades.

-Una fruslería romántica. -Se escuchó a sí mismo para estar seguro de que su voz hacía referencia sólo a un interés amable-. Pero si sentís curiosidad, sin duda, habrá que ponerla en marcha.

Se volvió hacia el rey, pero ella dijo: -Un momento, milord.

Cauteloso, preguntó:

-¿Sí?

Agitando el abanico, Diana dijo:

-Creo que os gustaría saber que he recibido noticias de Brand y Rosa.

Su código. Él evaluó quién podría estar escuchando y decidió que era seguro continuar. No obstante, ella debería haber pensado que aquí se encontraban algunas personas que sabían exactamente qué cartas y mensajes recibía en cada momento.

-¿Están bien? -preguntó.

-Parece que sí, pero me sorprende el mucho tiempo que Rosa pasa con su carnero Samuel. -Sonrió y asintió a una pareja que pasaba-. Parece encontrarlo fascinante.

Bey tuvo que hacer un esfuerzo para no reír ante aquella imagen, aunque el mensaje verdadero, de que D'Eon pasaba frecuentes momentos con la reina, no era nada divertido.

-¿Más fascinante que su marido? -preguntó.

-Brand está tan ocupado, comprended. No pienso que sea prudente, aunque Rosa sin duda le cuenta todo sobre los asuntos relacionados con las ovejas. Todo ello parece peligroso en cierto sentido. Para mí.

-Los animales machos pueden ser peligrosos -contestó, captando la ambigüedad intencionada de la última frase. ¿Se sentía ella amenazada por esto? Tal vez éste era el motivo de que ella hubiera cometido un desliz.

-¿Os crean inquietud los carneros, lady Arradale? -preguntó.

-No es eso...

Pero entonces Somerton se unió a ellos, con un aire bastante posesivo, sin prestar atención a miss Hestrop que le agarraba del brazo.

Rothgar advirtió que la condesa cerraba la boca, pero luego volvía a sonreír y continuaba:

-Rosa se interesa mucho por mi matrimonio, milord. -Como un aparte a la otra área, dijo-: Hablo de mi querida prima. Se preocupan por mi felicidad, ella y su marido.

-Es natural que se interesen por vuestra elección, milady -replicó Somerton-. Sin duda les complacería de que os casarais con un hombre del norte.

Diana alzó la vista mirándole con aire de perfecta simplona.

-Tal vez lo creáis así, milord, pero sus recomendaciones son tan extrañas. Una es un parlanchín superficial, y otra un potentado oriental. ¿No es eso absurdo?

-Ridículo -declaró Somerton, con aire justificadamente perplejo, e inconsciente por completo de que le acababan de llamar parlanchín. Que Dios protegiera al hombre, pensó Rothgar, pero la dama le convertiría pronto en un hazmerreír.

No obstante, otra vez, el mensaje era pasmoso. ¿El rey y la reina la empujaban a casarse con él mismo? Era estúpido no haberlo previsto antes, pero lo cierto es que hacía tiempo que pensaba que había convencido al rey de que nunca se casaría.

-¿Por qué se interesan tanto por el asunto? -preguntó para crear una apertura que permitiera sacar más información.

-Ay -dijo ella-. Tal vez, en un momento de distracción, di a Brand la impresión de que quería que eligieran ellos.

Una confirmación de las palabras del rey. Aunque era desalentador, este uso ingenioso de su código le dio ganas de sonreír.

-Entonces debéis corregir eso, lady Arradale -intervino repentinamente Somerton-. Debe ser únicamente decisión vuestra.

Ella le sonrió.

-Oh. gracias, milord. Eso creo yo.

-Yo creo que un potentado oriental suena de veras excitante -dijo miss Hestrop con una risita-. Sedas, joyas y elefantes.

-¿En Yorkshire? -preguntó la condesa con cara inexpresiva.

Miss Hestrop le dedicó una mirada compasiva, y Rothgar intervino:

-Las sedas sin duda resultarían frías en el invierno del norte, y los elefantes se resfriarían. Pero las joyas son bien recibidas en todas partes, especialmente las grandes y relucientes. ¿No estaríais de acuerdo, condesa?

Ella le observó por encima del abanico, con ojos grandes y cándidos.

-¿Como zafiros, milord? Un potentado oriental que ofreciera grandes joyas relucientes sería muy bien acogido, sí. Desde luego, muy bien.

-¿Pasando por encima de un honrado inglés de buen corazón? -quiso saber Somerton, mientras su rostro se enrojecía a causa de la indignación.

-Sería una elección difícil, lord Randolph -dijo-. Estas decisiones son tan difíciles... -Puso la mano en el brazo de Somerton-. Dejemos de pensar en ello y pidamos al rey que haga una demostración del autómata de lord Rothgar.

Rothgar ofreció su brazo a la expectante señorita Hestrop, lleno de admiración por la actuación de la condesa, aunque tal vez corriera el peligro de sobreactuar en su papel.

Sin embargo, lo estaba haciendo tan bien que se preguntó qué le habría distraído para conceder al rey la elección final. Había sido un serio error. Fuera lo que fuera, no podía ser del todo error de ella, pues él mismo había sufrido momentos de distracción inusual.

El rey incluso estaba actuando con astucia. La lista aceptada de pretendientes estaba ideada para que resultara insatisfactoria. Se había preguntado por qué, y ahora lo sabía. La intención era empujarle a él a salvar a la condesa y ofrecerse él mismo en matrimonio.

Las intenciones del rey sin duda eran buenas. Creía sinceramente que el matrimonio y la paternidad eran el estado más feliz posible. No obstante, ¿hasta dónde era capaz de llegar para conseguir su objetivo?

Mientras el rey se disponía a poner en marcha el otro autómata, Rothgar advirtió que dirigía una mirada de enfado a lady Arradale, en aquel momento del brazo de Somerton, y otra aún más molesta al propio Bey.

¡Dios le salvara de los nuevos padres de familia!

Diana se encontró en una posición inmejorable para contemplar la máquina. El rey, en cuanto la puso en funcionamiento, se acercó al lado de ella para comentar con admiración sus muchas características valiosas. Por desgracia, también tenía a Somerton al otro lado, con tendencia a acercarse demasiado, y a tocarla de forma ciertamente innecesaria.

También por desgracia, el rey comentaba con admiración las muchas características meritorias del donador del obsequio. La sutileza había dejado de tener un papel, y ella empezaba a temer en serio qué haría el rey a continuación. ¿ Qué sucedería si al final ella tenía que negarse rotundamente?

En cualquier caso, era una máquina realmente excelente, suntuosamente ornamentada, pero esta vez con gusto perfecto. Delante de un árbol de plata con brillantes hojas esmaltadas, un pastor y una pastora, tremendamente .reales, estaban sentados con las mejillas pegadas. Cada rama del árbol sostenía pájaros cubiertos de plumas, y había más pájaros que sacaban las cabezas de los nidos.

Cuando el mecanismo se puso suavemente en marcha, su sonido quedó al instante ahogado por los cánticos que brotaban de los picos abiertos de los pájaros. Las aves se movían también de otras maneras. Algunos simplemente volvían la cabeza o abrían el pico, pero unos pocos se levantaban para estirar y desplegar las alas como si fueran a volar.

Entonces cobraron vida el pastor y la pastora, vestidos con ropas reales, como el muchacho tambor. Ambas cabezas se volvieron para mirarse uno al otro con anhelo, y la mano de porcelana de él se alzó para descansar en el hombro de ella. A continuación, las dos figuras se ladearon lentamente, de tal manera que los labios de ambos se tocaron con gran delicadeza.

Entonces la acción se invirtió. Separaron sus labios y, con los ojos cerrados, finalmente se apartaron uno del otro y volvieron a sus posiciones originales. De forma casi imperceptible, el canto de los pájaros se fue apagando y, de este modo, se unieron quietud y silencio.

Diana aplaudió como todo el mundo, pero las lágrimas le escocían en los ojos. Pobre pastor. Pobre pastora. Sólo se les concedía un único beso.

Para toda la eternidad.

-Sólo es una máquina, lady Arradale -dijo Bey con tranquilidad, acercándose a ella.

-Pero magnífica, ¿qué? -declaró el rey.

Diana se obligó a volverse al rey y sonreír.

-Es una maravilla, señor. -Al ver a D'Eon en las proximidades, añadió diplomáticamente-: Las dos lo son.

-Pero, de todas maneras, ¿cuál preferís? -preguntó el rey.

Aquello cayó como un jarro de agua fría. Sin duda esto había sido una especie de competición, y con implicaciones. ¿Le correspondía a ella emitir un juicio?

Agradeciendo a los cielos su supuesto convencionalismo e intelecto limitado, se ocultó tras el fluctuante abanico, mirando a su alrededor como si buscara consejo. En realidad estaba pensando, mucho.

El chevalier le sonrió.

Bey alzó una ceja.

-Vuestra majestad -declaró ella por fin-, ¡las dos son perfectas! -Se permitió un poco de agitación, tanto del abanico como en su actitud-. Sé poco de máquinas, debo confesarlo. Pero... admiro la paloma por su sentimiento, señor, y al pastor y la pastora por su desafío romántico.

-¡Bien dicho, bien dicho! -declaró el rey-. Y ambas máquinas me complacen de igual modo. Chevalier, mi agradecimiento a mi primo de Francia. Y, mi querido lord Rothgar, mis gracias de nuevo a vos.

Mientras ambas máquinas volvían a ponerse en marcha, esta vez al unísono, Diana no pudo evitar pensar en que su autómata superaba a ambas. En cualquier concurso, ganaría por su asombroso realismo.

Había estado pensando en el muchacho tambor durante el día anterior. Se lo había dado a Bey porque ya no quería que siguiera en su casa e inquietara a su madre, y porque tenía experiencia y podría encargar que se ocuparan de él convenientemente. Ahora sabía que tal vez fuera una posesión incómoda también para Bey.

En cierto modo, era ella representada como un niño. Diana también había empezado a pensar en la figura como uno de los hijos que tanto anhelaba tener con él. Era posible que Bey nunca pensara de esa manera en el autómata, pero si lo hacía, Diana le habría proporcionado una carga intolerable.

-Estáis pálida, lady Arradale -lord Randolph la rodeó con el brazo intentando guiarla de nuevo hasta el sofá.

Se resistió por un momento, casi volviendo la mirada hacia Bey en busca de ayuda, pero entonces recordó su propósito. No debía animar en modo alguno las esperanzas del rey y la reina. Aquello quería decir que no debía pasar demasiado tiempo con Bey, o parecer interesada en él.

Probablemente, esta noche ya había sido imprudente, pero, con suerte, nadie lo habría advertido. Captó una sutil mirada de preocupación en él antes de que se volviera de nuevo hacia el autómata y el rey. Se apoyó de forma deliberada en lord Randolph.

-¿Un poco de vino, lady Arradale? -sugirió éste con tierna preocupación.

-Qué amable.

Qué cruel, pensó con tristeza. Estaba incitando las esperanzas de aquel idiota para disimular sus sentimientos por Bey.

Al fin y al cabo, lord Randolph tenía motivos para considerarse un buen candidato. De buena cuna, era guapo y atento, aunque parecía un poco demasiado consciente de sus cualidades. Su conversación versaba exclusivamente en él mismo, pero eso era bastante común entre los hombres. De todos modos, pese a ser perfecto, ella no querría casarse con él, y en circunstancias normales no le daría ningún tipo de ánimo.

Pero, bien, tenía que distraerles un poco, y lord Randolph era su víctima. Aunque lamentándolo, coqueteó con él, levemente, pero lo suficiente para animarle. Lo suficiente para que el rey y la reina lo advirtieran, de eso estaba segura.

Por supuesto, desde que los monarcas habían planeado escogerle marido en caso necesario, favorecer a un solo hombre era peligroso. Tal vez si daba la impresión de revolotear entre unos pocos, se retrasaría cualquier decisión.

Por lo tanto, cuando lord Scrope se acercó para preguntar por su bienestar, le sonrió con afecto. El vizconde era un hombre genuinamente bondadoso, que disfrutaba hablando de sus hijos. También hablaba mucho de su esposa difunta. Algo loable, pero Diana tenía la impresión de que su nueva esposa tendría un fantasma en la cama.

¿Igual que la novia de Bey yacería con los fantasmas de su madre y hermana muertas? Se negó a que sus ojos fueran otra vez

en busca de él, y se dijo que no sería así, porque él no se casaría mientras aquellos fantasmas continuaran allí.

A menos que él tuviera que rescatarla a ella...

Captó la mirada del rey sobre ella, y no parecía complacido. Bien. Se rió con la última ocurrencia alocada de lord Randolph y dio una palmadita en la mano de lord Scrope con afecto. Sir Harry Crumleigh se acercó y empezó a hablar de caballos, lo cual como mínimo era un interés que podía compartir con sinceridad.

Los tres volvieron a buscar su interés afanosamente, y Diana se sintió invadida por una terrible congoja.

No quería más corazones rotos en el mundo.

En un momento de debilidad, dejó que su mirada se escabullera una vez más hasta donde Bey charlaba con un grupo animado. Evidentemente, había dicho algo ingenioso, y Cynthia Hestrop se había colgado de su brazo, riéndose de forma deliberadamente seductora. Él captó los ojos de Diana, le devolvió con frialdad la mirada, luego sonrió a su sensual admiradora.

Diana se obligó una vez más a desplazar la mirada, y vio que el rey la observaba. ¿Habría percibido ese intercambio?

Al infierno todos ellos.

Sintiéndose como un animal en una jaula, observada y estudiada a cada movimiento, volvió a encandilar y animar a sus detestables pretendientes.

Capitulo 25

Al día siguiente, Diana se despertó con una pregunta acuciante. ¿Cuándo volvería a ver a Bey? Era ridículo sentir que él era el resorte de, su vida, pero una jornada sin verle sin un momento de conversación, parecía no tener valor.

Luego recordó que tenía que seguir fingiendo que otros hombres eran más interesantes. Volvió a dejarse caer sobre la almohada con un gemido. La noche anterior había quedado claro que todos se tomaban el estímulo de Diana en serio y que estaban empezando a competir.

Además, estaba el hecho del baile de disfraces que Bey iba a celebrar dentro de tan sólo tres noches. En cuanto corrió la noticia, la corte se había alborozado de excitación, y Diana había entendido que se anticipaban con entusiasmo sus espléndidos espectáculos.

Oyó hablar de temas griegos y chinos, y de una fiesta en la abadía que había incluido torneos medievales.

Todo dejaba entrever que habría gran diversión, salvo que el rey había dejado claro que iba a aprovechar la ocasión para conocer mejor a los pretendientes de Diana, y tomar una decisión.

¡Por qué diablos tenía tanta prisa!

Con un suspiro, se dio media vuelta para salir de la cama y desayunó mientras Clara preparaba otro atuendo discreto para el día. Tal vez pudiera desanimar a todos adoptando un aspecto enfermizo. Aplicó pintura a su rostro con una capa más densa que antes, preguntándose en serio si podría componer algunos de los granos horribles, pustulantes, que se había puesto el año pasado. No obstante, era demasiado peligroso, ya que dejaban manchas al tocarlos, y esto no era un juego.

Recordando que la primera vez que conoció al marqués iba disfrazada de ese modo, supo que entonces tampoco había sido un juego, sólo que no se había dado cuenta. No, aunque disimulado por sedas y sonrisas, éste era un duelo entre ella y el mundo, con consecuencias posiblemente fatales. Comprobó su aspecto una vez más y a continuación acudió a reunirse con la reina en el jardín.

Puesto que ella era una adición al círculo de la reina, era poco lo que podía hacer, y eran muchas quienes podrían sentirse celosas de sus deberes. Por consiguiente, se sentó tranquilamente, participando de manera ocasional en la conversación, aprovechando la mayor parte del tiempo para buscar maneras de que Bey cambiara de idea acerca del matrimonio.

Decididamente tenía que conseguir acceder a las bibliotecas que había aquí, pero temía que su imagen de mujer bastante tonta saliera perjudicada. De todos modos, dudaba que pudiera encontrar una prueba concluyente de que él no fuera a engendrar un hijo demente.

Algo así era sin duda improbable. Por consiguiente, tenía que convencerle de alguna manera de que el riesgo era tolerable.

Omitió un suspiro, segura de que en la mente de él, un riesgo así no era tolerable, si podía evitarse todo riesgo mediante la abnegación.

Diana podía alegar su propio dolor. Otro suspiro contenido. Él ya sabía. Quejarse a Bey sería igual que retorcer la hoja en la herida.

La llegada de lady Durham con su bebé de dos semanas supuso una ocasión acogida con beneplácito de escapar de aquellos pensamientos. Por lo visto, la reina había solicitado su visita ya que le encantaban los bebés, y de inmediato insistió en coger a la diminuta criatura, a la que arrulló en alemán.

Diana se sumó al corro junto con las demás damas, tan encantada y encandilada como todo el mundo. Rara vez veía bebés tan pequeños, y éste era muy diminuto. Menos de tres kilos, dijo la madre, pero sano.

La niñita estaba durmiendo cuando llegó con su madre, pero no tardó en complacer a la concurrencia abriendo unos grandes ojos azul oscuro, y no lloró al ver un rostro desconocido encima de ella. Diana se vio sorprendida por un intenso anhelo de coger al bebé, aunque no la sorprendió tanto pensar al instante en lo mágico que sería sostener en brazos al hijo de Bey, con él cerca como su amoroso esposo.

Una sombra cayó sobre su hombro.

-Lady Arradale -dijo un hombre tras ella. Aunque decepcionada, se volvió para saludar a lord Randolph.

Ella prefería quedarse a ver al bebé, pero la reina la animó a apartarse un poco con él.

Lord Randolph se llevó la mano al pecho con ardor desconcertante.

-Lady Arradale. Un pimpollo perfecto en un jardín perfecto. ¡Juro, mi señora, que habéis arrebatado el color a las rosas!

Diana mantuvo la sonrisa en su sitio y rogó al cielo un hombre que no lanzara tales sandeces. No obstante, no tenía otra opción que permitir que lord Randolph la cortejara de aquel modo tan absurdo, así que intentó encontrar el equilibrio entre un leve aliento a las aspiraciones del hombre con la supresión de la seguridad suficiente de él.

Resultó un alivio en cierta forma que el niño empezara a llorar, pero no tanto cuando el llanto no cesó. Diana se volvió y encontró a la reina intentando calmar al bebé mientras lady Durham y su niñera rondaban, deseosas con toda claridad de coger a la criatura pero sin querer arrebatarla de los brazos reales.

-La pequeñina tiene frío -declaró la reina-. ¡Traed una manta!

La pequeñina tenía para entonces el rostro colorado y gorgoriteaba su indignación de recién nacida.

Con gran imprudencia, una dama cogió una manta que pertenecía al príncipe. Él empezó a chillar también hasta ponerse colorado, consiguiendo un volumen muy superior al de la pequeña criatura.

-¡Herzleib, nein! -gritó la reina, pasando finalmente el bebé a la ansiosa madre-. Traedme a mi niñito. ¡Lord Randolph, id al instante a buscar otra manta!

Diana pensó por un momento que lord Randolph se negaría a esta tarea domestica pero él hizo una inclinación y partió corriendo. La niñera del príncipe acercó al niño hasta la reina, pero él se retorció y chilló en plena pataleta, probablemente por el hecho de que su madre hubiera tenido en brazos a otro niño tanto rato.

-¡Lord Rothgar! -La reina habló de pronto con el tono de voz de alguien que ha contemplado el Segundo Advenimiento. Diana se dio la vuelta y, efectivamente, allí estaba él, en el extremo del jardín.

-Venid -gritó la reina-. ¡Seguro que vos sabéis qué hacer por mi pobre niño!

Por algún motivo, el príncipe eligió ese momento para quedarse callado, contemplando al hombre que permanecía quieto. Como resultado, los chillidos frenéticos del otro bebé fueron el único sonido.

Bey se dio media vuelta y se marchó.

La reina se quedó boquiabierta, y por un momento todo el mundo quedó mirando al hombre que acababa de quebrantar toda norma cortesana. Diana, saliendo de su sobresalto, dejó a un lado la razón y la cautela, se cogió las faldas y salió corriendo tras él.

Tuvo que perseguirle alrededor de la casa, pasando del sol a las sombras, antes de encontrarle de pie completamente quieto.

Diana se detuvo a su lado, ligeramente sin aliento.

-¿Qué sucede? -preguntó ella, aunque ya lo suponía.

Él tomó aliento y, si no fuera imposible, Diana habría pensado que era el primer aire que respiraba en minutos. Todavía con la mirada hacia delante, Rothgar contestó:

-No puedo soportar a los niños desconsolados. Una debilidad... -Su hermana. Su madre.

-Sólo tiene hambre.

Él se volvió a ella, con aspecto casi normal, pero pálido. -Lo sé.

-Habéis ofendido a la reina.

Los labios de él se estiraron con una mueca. -Creo que entiendo las costumbres de la realeza-. Diana respiró también a fondo.

-Pues entonces, al menos esto habrá servido para hacerles retroceder en la competición por mi mano.

Recibió la recompensa del espectro de una sonrisa sincera. -Una bonificación no intencionada. ¿Estáis bien?

-Lo suficiente. -Ella comprendió de pronto que aquí estaban a solas, tan cerca de la casa que ni siquiera podían vigilarles desde una ventana. ¿Podría arrojarse a sus brazos, sobre todo en un momento en que él necesitaba alivio?

Demasiado peligroso. Demasiado peligroso sin lugar a dudas. -¿Qué vais a hacer? -preguntó Diana.

-Regresar junto a la reina y disculparme. Una vez cese el llanto.

Se percató de que él se había detenido en un lugar en el que aún podía oírse levemente el ruido, que por cierto acababa de cesar. Se percató de algo más. Bey siempre tenía la necesidad apremiante de mimar y proteger. Alejarse del dolor debía de herirle como una hoja, y hablaba claramente de lo terribles que eran tales cosas para él.

Todos los recién nacidos lloraban.

¿Tenía algún otro motivo para no tener hijos, que ni siquiera el amor era capaz de superar?

Él tendió una mano.

-Es hora de regresar, milady -dijo, una vez más el cortesano perfecto que representaba superficialmente.

Diana puso su mano en la de él y el marqués la guió hacia el jardín de la reina.

-¿Y qué decís de vuestra situación después de correr detrás de mí? -preguntó.

-Diré que pensé que la reina lo había ordenado.

Éste era el primer momento en privado desde el carruaje, y ahora se aproximaban a la esquina del edificio. Una vez la pasaran volverían a estar al sol otra vez, y a la vista.

Sin fuerza de voluntad, Diana se paró y le empujó contra la pared de ladrillo. Allí, con una mano detrás de la cabeza de Bey, le besó, no de forma prolongada pero sí en profundidad, y después, durante un momento, descansó inclinada contra su cuerpo.

Ella tomó, él no dio. No obstante, puesto que él no se resistió, Diana supo que él también tomó, tomó contacto y consuelo.

Tampoco se separó, de modo que permanecieron juntos durante unos minutos peligrosos, hasta que Diana encontró la fuerza para apartarse de él, para cogerle la mano y reanudar el camino en el que se encontraban antes.

Él entonces la detuvo, apenas ejerciendo un poco de presión sobre sus dedos, y se quedaron mirándose a los ojos.

-Lo lamento -dijo él

-Esto no es otra carga más sobre vuestra alma -manifestó Diana-. Me niego a aceptar ese papel, Bey. Somos como somos. No lo negaré. También sobreviviremos, pase lo que pase.

Él se llevó la mano de ella a los labios y le dio un beso.

-Vuestro valor me avergüenza. Me esforzaré por hacerlo mejor.

-Sois perfecto.

-Está claro que no.

Momentos después, pura imagen de propiedad, salieron a la luz del sol y a la vista. Los dos niños habían desaparecido.

-¡Lord Rothgar! -Increpó la reina-. ¡Presentaos!

Dejo caer la mano de Diaria para adelantarse e inclinarse, pero la reina soltó:

-¡Y vos también, lady Arradale!

Diana se hundió en una profunda reverencia, y dejó que él la levantara.

-Lady Arradale -la reina pidió explicaciones-, no os concedimos permiso para abandonar nuestra presencia. ¡Y nos disteis la espalda!

-Os ruego me perdonéis, vuestra majestad. Pensé que me habíais ordenado que trajera de vuelta a lord Rothgar.

-¿Os enviaría a vos en vez de a mi guardia?

-No obstante, ha realizado dicha tarea con éxito, vuestra majestad- dijo Rothgar, atrayendo la vehemencia de la reina, como sin duda pretendía.

Los ojos de la reina se entornaron.

-¿Mediante qué medios, me pregunto?

-La dulce razón, señora. -Volvió a inclinarse-. Perdonadme. Me venció el desconsuelo del niño. Estoy seguro, vuestra majestad, de que, con vuestra sabiduría, sabréis el porqué.

El ceño de la reina se suavizó levemente, pero replicó: -Entonces tal vez no deberíais tener hijos, milord.

-Totalmente de acuerdo, señora.

Si todo esto no fuera tan doloroso, Diana podría haberse echado a reír al ver la mirada de disgusto de la reina.

-¿Por qué habéis venido, milord? -preguntó con brusquedad la reina-. Si tanto os disgustan los niños...

No protestó ante aquel comentario injusto.

-En misión de caridad, señora. Lady Arradale tuvo que preparar su viaje al sur precipitadamente, nada más recibir la notificación, y es posible que precise alguna visita a las tiendas y comerciantes de aquí para completar su vestuario. Si ella lo desea, puedo hacer que mi secretario realice cualquier encargo que pueda tener.

-¿Lady Arradale? -La reina se volvió a ella, aún desdeñosa.

-Hay algunos artículos, sí, vuestra majestad. -Pese a la lógica, el corazón de Diana empezó a bailar lleno de expectación. Al infierno su secretario. Si iba de compras, seguro que Bey podía escoltarla.

-¿Por qué conformarse con un criado? -preguntó la reina, como si oyera su pensamiento.

En aquel momento, lord Randolph llegó apresuradamente con una manta y no consiguió ocultar su irritación al comprobar que ya se habían llevado a los niños.

La reina le sonrió de todos modos.

-Lord Randolph os acompañará, lady Arradale, junto con la señora Haggerdorn y un lacayo. -La reina volvió su sonrisa, entonces casi triunfal, a Bey-. Gracias, milord, por la sugerencia.

Él permaneció completamente impávido mientras se inclinaba y se disponía a marcharse, y tal vez lo estuviera. Diana quería pensar que su plan de pasar un rato con ella se había ido a pique a causa de su ofensa a la reina. Lo más probable era que, dada su fuerte voluntad, su intención siempre hubiera sido que la acompañara su secretario.

Sus muros seguían intactos.

¿Lo estaban? Al menos había venido a verla. ¡Y ella había arrebatado -tomado- aquel beso! Si de verdad no les quedaba ninguna esperanza, nunca habría permitido eso.

Una frágil llama vibraba en su interior, pero por ahora, debía marcharse con el presumido lord Randolph. Aunque Londres sólo tenía rival en París en cuanto a comercios, Diana no estaba de ánimo para ir de compras. Quería considerar su victoria menor, y tramar nuevas estrategias.

Por encima de todo, deseaba estar con Bey.

Mientras entraban en el carruaje para cubrir el corto trayecto que les separaba de Bond Street, Diana no pudo evitar preguntarse qué clase de compañía sería Bey para ir de compras. Era extraño pensar en él en aquel papel, pero actualmente constituía una diversión en boga entre las damas, incluso las damas casadas, llevar admiradores varones con ellas en tales expediciones. Seguro que él habría participado en alguna en ocasiones. Tenía un gusto excelente, y estaba segura de que conocía todos los emporios especiales y poco habituales.

Con lord Randolph, ay, se pasearon por la ruta obvia, y Bond Street estaba horriblemente repleta de gente. Diana decidió sacar de todos modos el mejor partido. Había ciertos artículos que necesitaba, y quizá pudiera emplear esta ocasión para rebajar el entusiasmo de lord Randolph sobre el matrimonio con ella.

Pasó a ser una clienta muy lenta e indecisa.

Cuando aquello no sirvió para hacer decaer el buen humor de él, recurrió a alocadas extravagancias. Sólo al cabo de un rato se le ocurrió que aquello era un terrible error. La evidencia de su riqueza hizo que él prácticamente se relamiera los labios.

Oh, perdición. Debía conservar su presencia de ánimo en vez de dejar que su mente se despistara sin cesar, cuestionándose si tal material, encaje o adorno para el cabello serían del agrado de Bey. De todos modos, la cabeza le daba vueltas a causa del empuje de la gente y el estrépito constante del tráfico rodado y del alboroto de los gritos de los vendedores callejeros. York o Harrogate nunca se ponían así. Cuando recibió un empujón y alguien le pisó el pie, no pudo evitar pensar que sin duda la expedición de Bey permitiría realizar milagrosamente las compras con mucha más comodidad. Al divisar junto a una puerta la placa de bronce de la casa de una modista, se precipitó agradecida a la calma relativa de su interior. El local estaba concurrido, pero parecía un lugar celestial.

Nada más conocerse su nombre, la misma propietaria salió majestuosamente para invitarla a entrar en una sala privada, ofrecerle vino y pasteles, y tomarle la nota. Le mostraron revistas de moda y muñecas, y la señora Mannerly empezó a elaborar rápidos y diestros bocetos con las ideas. Puesto que ella y Diana sabían qué querían y estaban de acuerdo, se elaboraron los diseños

de forma eficaz, mientras lord Randolph pasaba el rato por allí, ocupándose del vino y con la mente obviamente abstraída.

Un marido pueril podría ser mejor que uno inteligente -con excepción de Bey-, pero Diana pensó que acabaría por volverla loca. Una hora en compañía de lord Randolph había dejado claro que él carecía de ideas que no fueran egocéntricas y egoístas. No es que fuera estúpido, pero era un vago mental. Nadie le había dado motivos nunca para intentar pensar, y nunca se le había ocurrido hacerlo por sí solo. Sin duda iba detrás de su fortuna con tal codicia porque significaría no tener que pensar más en ninguna otra cosa que no fuera la manera de gastársela.

Con un suspiro, repasó los encargos y dio su aprobación. Un nuevo traje ligero de viaje para reemplazar el que se había estropeado con la aventura, y otro vestido suntuoso para las veladas nocturnas, aunque confiaba en haberse marchado antes de que la ropa estuviera lista. No pudo resistirse a encargar una deliciosa bata con delicadas capas de seda verde clara. Era evidente, no obstante, que esta prenda no era para su representación en la corte, sino para después de su escapada.

De pronto cayó en la cuenta de que estaba planeando ponérsela para Bey, pero no por ello canceló el encargo. Seguía decidida a hacerle cambiar de idea, y quedaría maravillosa para una noche de bodas...

-¿Algo más, milady?

Diana salió de sus sueños, y recordó una imagen en la revista de moda. Pasó rápidamente las páginas.

-¿El disfraz griego, milady? -dijo la señora Mannerly, atenta a cualquier nuevo encargo-. Las túnicas griegas están de moda en los bailes de disfraces.

Diana consideró la imagen de la mujer esbelta cubierta sencillamente por una tela que parecía una túnica griega.

-¿Podría ser Diana, no es así?

-Desde luego, milady. Una idea bonita.

Había incluido en su equipaje su habitual traje de disfraces, el de la Buena Reina Bess, pero ahora la idea de ser la reina Virgen había perdido por completo su atractivo, y no porque Diana hubiera dejado de serlo. Ahora podía imaginarse demasiado bien los años solitarios de la gran reina, cuya posición hacía peligroso tener un hombre a su lado. A Diana siempre le había gustado pensar que

Elizabeth al menos había disfrutado de la relación con algún amante -tal vez Courtenay, o Leicester-, pero ahora aquello más que un consuelo parecía una tortura.

Si iba al baile de disfraces, quería adoptar otra identidad, ¿y por qué no Diana la Cazadora?

-Faltan dos días para el baile -dijo a la modista-. ¿Podría hacerse a tiempo?

-Por supuesto, milady. Aunque no es tan simple como parece. -No esperéis que esto salga barato, interpretó Diana-. ¿Seda blanca, milady? ¿ 0 un lino de calidad para que resulte más auténtico?

-Seamos auténticos por todos los medios -dijo Diana, levantándose-. Y accesorios. Máscara, pantuflas, joyas... aunque éstas pueden ser de imitación. Arco y flecha, pintados de plata.

La dama hizo una reverencia.

-Será exactamente como deseáis, milady.

Diana salió del establecimiento con ánimo más resuelto ante la idea de asistir al baile de disfraces como Diana, ya que Bey captaría sin duda la idea. De hecho, la perspectiva del baile parecía más estimulante. El objetivo de aquellas celebraciones era permitir un poco de intimidad en secreto. Sin duda ella y Bey podría conseguir pasar un rato juntos.

-Estáis encantadora cuando sois feliz, lady Arradale.

Diana dio un respingo, pues se había olvidado por completo de su acompañante.

-Oh -dijo a la ligera, intentando aún provocar antipatía en él-, comprar es mi principal deleite.

-Entonces, tened la seguridad, querida dama, que como esposo vuestro nunca pondría restricciones a vuestras salidas para comprar, y nunca pondría objeciones a vuestras facturas.

Diana se contuvo a tiempo de soltar que sus facturas no eran en modo alguno asunto de su marido.

-Como vuestra esposa -no pudo evitar decir- no interferiría tampoco en vuestras compras, milord.

Pareció mas confundido que indignado.

-¿Cómo podríais, en realidad?

Diana ansió clavarle algo afilado, pero volvió a su papel y le miró sin dejar de pestañear:

-¿Estás diciendo que mis deseos no tendrían ninguna influencia sobre vos, milord?

-Ah, ya veo. -Se llevó la mano de Diana a los labios-. De esa manera, mi querida dama, me tendríais por completo dominado.

Aún pestañeando, ella contestó:

-Oh, así lo espero.

Él retuvo la mano, allí en la calle junto al carruaje que les esperaba. -¿Estamos conformes tan fácilmente, milady?

-¿Conformes?

-¿En casarnos? Sus majestades se sentirán complacidos.

-No -dijo Diana, soltando su mano-. Estábamos hablando hipotéticamente, lord Randolph.

-Vamos, vamos. No es decoroso mudar tanto de humor, querida dama. Sabéis bien que ya habéis hecho una elección, de modo que adelante con ello.

Diana subió apresuradamente al carruaje, maldiciendo una vez más haber permitiendo de nuevo que otras cosas la desconcertaran. En cuanto él se sentó enfrente, dijo:

-No os ofendáis, milord. Necesito tiempo para decidir.

-Estáis jugando, milady. Informaré al rey en cuanto regresemos.

-¡Entonces yo lo negaré!

Con un suspiro condescendiente, él se volvió a la señora Haggerdorn, sentada al lado de Diana.

-Lady Arradale fue bastante clara, ¿no?

La mujer alemana contestó:

-Así sonó, lady Arradale.

-Entonces -replicó Diana-, una dama tendrá derecho por lo menos a cambiar de idea.

-Ah, ¿de modo que admitís que vuestra mente tuvo brevemente la intención de casarse conmigo, querida dama?

Con un gemido interior, Diana comprendió que había estado en lo cierto al pensar que él no era estúpido. Era lo bastante listo como para casi hacerlo caer en la trampa.

Diana regresó a la memez.

-Oh, cielos, ¡me confundís tanto! Sí, es verdad, estoy considerándoos como esposo. Me gustáis mucho. Pero tan sólo hace días que, nos conocemos. No puedo decidirme tan pronto. Por favor, no habléis aún con el rey. Mi mente no deja de dar vueltas con la excitación de todo esto.

Randolph le tomó la mano y le dio unas palmaditas.

-Vuestra mente dejará de dar vueltas una vez se decida. Permitid que os oriente, lady Arradale. Sólo tenéis que decir una palabra y os sentiréis capaz de dejar a un lado toda preocupación excepto el adorno de vuestra belleza.

Se obligó a mirarle como si esta idea fuera una bendición.

-Ojalá pudiera, milord. Pero mi querido padre me dio instrucciones de no tomar nunca una decisión importante de forma apresurada. Por él, debo tomarme al menos una semana.

La mirada de lord Randolph fue toda especulación rápida y calculadora, y ella comprendió que había estado interpretando un papel tanto como ella. No es que él fuera menos egoísta ni menos egocéntrico, sino que lo era más, y de un modo astuto y despiadado.

Luego la mirada desapareció, él volvía a estar sonriente.

-Una semana entonces. Pero si os decidís antes, mi amor, estaré esperando ansioso. Cada día.

«Amor mío» ¿Podían dos palabras tan bellas sonar tan odiosas?

Diana regresó a la Casa de la Reina considerándola entonces un refugio más que una prisión. Sabía que lord Randolph no podía inducirla fraudulentamente ni obligarla a casarse, pero tenerle rondándola con sonrientes intenciones predadoras le ponía los pelos de punta. Aún peor, tendría que comportarse afablemente con él hasta que hiciera caer los sombríos muros de Bey.

Al menos aquel día ya no tuvo que hablar con ningún otro de sus pretendientes. La reina pidió una descripción completa de las compras de Diana y quiso ver las que había traído con ella. Más tarde, después de la cena, algunos miembros del teatro del rey vinieron a ofrecer al personal de la casa un recital privado. En honor de Diana, iba a consistir en algunas selecciones de la popular ópera del señor Bach, Orión, en la que salía la diosa Diana.

Diana intentó aprovechar el tiempo para pensar en distintas maneras de escapar de un hombre y capturar a otro, todo ello en el plazo de una semana, pero la encantadora música disipó cualquier pensamiento claro. Podría acoger con beneplácito la liberación de tanta preocupación, pero también le arrebataba sus defensas.

Puesto que hablaba italiano, le resultó fácil entender la historia. Aunque Orión quería casarse con la dulce doncella Candiope, la diosa le quería a él para ella. Se basaba en un mito clásico, y en aquel mito, la diosa Diana finalmente mataba al hombre que deseaba.

Por primera vez, se preguntó si su batalla de voluntades con Bey podría conducir a un desastre así. Mientras escuchaba a los cantantes, no obstante, se vio a ella misma y a Bey más como Orión y su querida Candiope, mientras el rey y la reina eran los dioses furiosos.

Pero, por otro lado, el rey quería que se casara con Bey, ¡y era probable que causara un revuelo si no lo hacía! Lord Randolph era el amante celoso y codicioso, pero carecía por completo de propiedades divinas.

Como era habitual en esta época alocada de su vida, nadie interpretaba el papel correcto.

Entonces Candiope cantó: «Debemos obedecer la voluntad de los dioses y no volver a vernos otra vez. Pero, ¡ay!, sin vos mis días transcurrirán con gran pesar».

Orión contestó: «¡Cruel separación que me arrebata todo lo que yo aprecio, no obstante, no pone fin a una existencia miserable!»

Las palabras se ajustaban demasiado a la realidad y, unidas a las oleadas de maravillosa música, hicieron que las lágrimas saltaran a los ojos de Diana. El final del aria de Orión sobre el amor perdido la dejó tragando saliva en un intento desesperado de ocultar su congoja.

-Bien, bien, lady Arradale -dijo el rey, acercándose a ella después, e incluso ofreciendo su propio pañuelo-, no podemos teneros tan desdichada, ¿qué?

Diana se sonó la nariz.

-La música era tan maravillosa, señor.

-Muy buena, es verdad. Pero creo que vuestras lágrimas responden a vuestra situación inestable, ¿qué? Como a todas las mujeres, os resulta difícil decidiros, y os sentís desgraciada por ello. Es hora de hacer vuestra elección, ¿qué?

Disimulando el pánico, Diana alzó la vista para mirar al rey.

-Es una elección muy dura, señor. Tantos hombres dignos, todos con sus virtudes.

-Y, por consiguiente, todos apropiados, ¿qué? Vamos, vamos, no podemos permitir que caigáis en la melancolía, y vuestra incertidumbre está inquietando a la reina. Debéis tomar una decisión.

-Dentro de pocas semanas, señor.

-¡No, no! Esto os está trastornando. Podría jurar que estáis más pálida desde que vinisteis aquí. Una persona podría enfermar, incluso volverse loca, bajo circunstancias de tal indecisión...

Diana le miró fijamente, segura de que la mención de la locura no había sido accidental.

-¡Pero, señor! -replicó desesperadamente-. ¡Dijisteis que el baile de disfraces me ayudaría a decidir!

-Entonces, después del baile -respondió el rey con firmeza, dándole una palmadita en la mano-. Vuestros pretendientes dispondrán de una oportunidad final para ganar vuestro corazón. Pero si no sois capaz de decidir, nosotros lo haremos por vos.

No quedaba nada más que decir, aparte de: -Gracias, señor.

Entonces él se retiró con la reina, y Diana pudo huir a su habitación. Oh, pero necesitaba hablar con Bey. ¿Había existido algún modo de evitar este último giro? Si fuera así, ella no se daba cuenta. El rey estaba decidido, y su elección sería Bey.

No obstante, esto le dejaba tan sólo dos días. Dos días para conseguir que Bey cambiara de idea, y uno de ellos domingo, en que la corte estaba tranquila. La perspectiva del desastre se cernía sobre su cabeza.

No, con una descendiente de Ironhand, también, todo era posible. Encontraría la manera.

Lord Randolph se encontraba en Lucifer perdiendo peligrosamente su dinero cuando el francés se sumó a la mesa. Un tal monsieur Dionne, con una barba y sin distinción especial evidente, pero un caballero con dinero que perder.

No obstante, fue el propio Randolph quien continuó perdiendo. Malditos dados. No tenía idea de cómo estaba su crédito, pero su padre volvería a montar en cólera con aquello.

No, no iba a hacerlo, pensó sonriendo para sí, porque cualquier día de éstos, la voluble lady Arradale se decidiría, y prácticamente había dicho que él era su elección.

Mujer idiota con su charla sobre potentados orientales. No obstante, aquello no era ningún problema. Si se lo daba no tardaría en aprender.

Todo aquel dinero fantástico. Lástima no poder tener también el título...

-¿Milord? -Era el francés que le ofrecía el cubilete.

Randolph tiró de nuevo, y se quedó corto una vez más, maldición. -La suerte es una zorra caprichosa, ¿no es así, milord? -dijo Dionne ofreciéndole su caja de rapé.

Lord Randolph cogió un pellizco y le pareció de excelente calidad. Tal vez Dionne, pese a las apariencias, era la persona idónea para un préstamo temporal.

El hombre le sonrió.

-No es que tengáis que preocuparos por estas pérdidas significantes. Todo Londres dice que es probable que pronto obtengáis la mano de una dama acaudalada.

-Está prácticamente convenido -reconoció pavoneándose.

-Mis felicitaciones, milord. -Dionne se volvió para observar el juego-. Aunque he oído alguna especulación sobre que la dama finalmente se inclinará por el gran marqués.

Lord Randolph sintió un escalofrío en la nuca.

-¿Rothgar? Disparates. Todo el mundo sabe que no se casará. Su madre estaba loca de atar.

El francés se encogió de hombros.

-Los hombres cambian de opinión. Entiendo que lady Arradale es una mujer muy rica, y aparte una belleza.

-Maldición... -Pero lord Randolph recuperó la compostura-. Más chismorreos -replicó con frialdad, tirando los dados una vez más, y volviendo a perder-. Y si alberga esperanzas, sufrirá una gran decepción. La dama prácticamente me ha prometido su mano hoy mismo. Se anunciará el martes.

Dionne pareció alegrarse genuinamente por él.

-Son excelentes noticias, milord. -Alzó la copa de vino-. Brindo por vuestra buena fortuna.

Lord Randolph correspondió al brindis y a las felicitaciones de los hombres que rodeaban la mesa, pero por dentro le azuzaba la duda.

¿Rothgar? A la mujer ni siquiera le gustaba. Había hecho comentarios sobre su actitud fría durante el viaje hacia el sur y cómo había pasado todo el tiempo dedicado a sus documentos, sin apenas hablar con ella.

De cualquier modo, era un hombre de poder. ¿Qué sucedería si decidía tenerla a toda costa?

Una hora después, De Couriac volvía a entrar sigilosamente en la embajada francesa, con el destello reconfortante del plan

perfecto ardiendo era su interior. Al cuerno D'Eon. Él lo tendría todo.

Había venido a Londres con órdenes directas del ministro de Exteriores para lograr dos cosas: la muerte del marqués de Rothgar y la desgracia del chevalier D'Eon. Su plan conseguiría ambas cosas, y también vengaría a su pobre Susette.

Sí, sufrimiento para la condesa, y luego la muerte para el marqués. Iba a necesitar ayuda. Empezó a considerar quién sería más útil en la embajada y estaría más dispuesto a mantener la boca cerrada.

Capítulo 26

Como Diana había esperado, el domingo no ofreció oportunidades de mantener conversaciones íntimas. Acudió a la capilla con el personal de la casa real, y asistió a la recepción menos formal que vino a continuación. Bey estaba allí, pero fue imposible algo más que un intercambio de comentarios triviales. Lord Randolph mostró tendencia a rondarla de forma posesiva, pero Diana, de forma intencionada, se comportó con frialdad hacia él.

Consiguió sigilosamente comunicar algo a Bey sobre la impaciencia con la que Brand esperaba una decisión, y que para la mañana posterior al baile de disfraces todo habría cambiado. Sin embargo, al mencionar aquello, todos los demás presentes empezaron a pedir detalles sobre el tema y los ornatos del esperado evento, algo que el marqués, con sentido del humor, se negó a dar.

Quedó claro que él estaba implicado en la planificación, lo cual sorprendió a Diana. Pero por otro lado, tal vez no. Él era Dédalo, y disfrutaba con los autómatas y las máquinas. Un festejo complejo Podía ser como una máquina, en la que se manipulaba a los asistentes.

¿Cómo diantres, de todas formas, encontraba él tiempo? ¿Dormía algo?

¿Había dormido algo aquella noche en Bay Green?

¿Eran imaginaciones suyas que su aspecto parecía más cansado?

Si estuviera bajo sus cuidados, él sí dormiría. Largas horas de sueño relajante bajo sus atenciones.

Diana regresó a la casa de la reina aún más decidida. Quedaba poco tiempo. Tenía que dejar de revolotear por los extremos emocionales y embestir contra el enemigo primario: la locura de su madre. Por consiguiente, necesitaba acudir a la biblioteca, por mucho que aquello no cuadrara demasiado con su personalidad.

Pidió directamente permiso para buscar algo nuevo que leer, y se lo concedieron sin más preguntas.

Cuando entró en la gran sala se sintió tentada por muchos libros, pero buscó tan sólo los que pudieran revelarle algo sobre la familia de la madre de Bey. No tardó en llegar a la conclusión de que la familia parecía ser normal, tan sólo cabía señalar la cantidad habitual de muertes imprevistas.

Como comprobación consultó diferentes volúmenes en busca de necrológicas de dos tíos y una tía que no habían vivido muchos

años. Las tres necrológicas eran breves, no había indicios del talento que ardía en Bey, pero sugerían vidas normales y muertes naturales. Su tía, madre de seis hijos, había muerto de viruela; uno de los tíos falleció de cierta hernia e infección interna, y el otro murió tras comer marisco en mal estado.

La investigación de dos generaciones anteriores reveló la personalidad del Loco Randolph Rease, pero más indagaciones le permitieron saber que había sido un héroe que combatió al lado del rey durante la guerra civil, conocido por sus hazañas de valor desafiando la muerte.

Volvió a colocar en su sitio el último libro, segura en su mente de que no existía ningún riesgo especial en que Bey tuviera hijos, pero sabedora también de que no había cambiado nada. Bey debía de conocer su historia familiar. Habría llevado a cabo esta investigación él mismo, tal vez en más de una ocasión. Su carácter, su trayectoria en la vida, era un empeño por alcanzar lo absoluto. Por la perfección. ¿Por qué hacer correr el más mínimo riesgo a unos niños ante la más leve posibilidad de transmitirles la demencia?

Sentada tranquilamente a la mesa de la biblioteca, Diana se preguntó cómo podía cambiarse aquello. Tenía que convencerle para que aceptara la falibilidad, para que aceptara el riesgo a la imperfección. De algún modo, él tenía que abandonar su creencia de que el mundo se tambalearía y se desmoronaría si él perdía tan sólo un paso.

¿Podía cambiar una persona tanto?

Diana casi desespera, pero luego recordó el beso. El beso que le había arrebatado a él entre sombras el día anterior. Una semana antes, él la habría refrenado y rehuido, pero ayer se había sometido y lo había aceptado.

En el White Goose, Bey no tenía planeada la unión de ambos, pero había sucedido, el primer quiebro en su control. Sin embargo, aquello había sucedido "in extremis". El beso no. Aunque él estaba preocupado, mantenía su astucia y fortaleza, y lo había aceptado de todos modos. Al final, había sido ella la que se había separado. Aquel pensamiento le proporcionó una esperanza ilusionada. Tal vez él pudiera permitirse el regalo de la falibilidad humana.

Diana se levantó y miró a su alrededor, a las paredes cubiertas de libros que contenían la sabiduría de siglos. Era irónico que al

final todo se redujera a voluntad y acción humana, por imperfectas que fueran.

No obstante, estaba decidida. En el baile de disfraces, sería Diana. Dios quisiera que su caza no acabara en tragedia.

Para justificar su tiempo en la biblioteca, cogió dos libros, uno de poesía y otro de viajes en Virginia. Cuando regresó junto a la reina, le ordenaron que leyera del último volumen, que resultó ser entretenido, y por lo tanto ayudó a pasar el tiempo.

Cuando finalmente se retiró para la velada, Diana planeaba un análisis concentrado de su situación y el trazado de una estrategia para el baile. No obstante, se encontró con que había llegado el disfraz de Diana, y tenía que probárselo. Se quedó en camisola y se lo puso por encima.

-¿Sin corsé? -Preguntó Clara escandalizada.

-Resultaría ridículo debajo de eso. -Diana vaciló ligeramente de todos modos al comprobar la naturaleza reveladora del atuendo.

El delicado lino era opaco y los pliegues naturales se construían sobre un forro fuerte. Pero aun así, el vestido dejaba un hombro al descubierto y el tejido parecía pegarse a su figura. Sus caderas y trasero, normalmente ocultos bajo los aros y las faldas, se hacían evidentes bajo las colgaduras de tela. Sus pechos, normalmente contenidos, sujetos inmóviles, sobresalían y... ¡se movían! Dio unos pocos pasos de baile y... definitivamente se movían. Aun peor, en cuestión de momentos, sus pezones se irguieron mareándose contra el tejido.

-Corsé -dijo clara con firmeza-. 0 al menos algún tipo de ceñidor.

Era una tentación, pero aquel remedio arruinaría el efecto del traje. Se suponía que este vestido debía llevarse así. Y de todos modos, recordó la reacción de Bey a sus pechos, la manera en que los había mirado, tocado, saboreado...

Sus pezones se irguieron de nuevo hacia delante, y ella supo que se estaba poniendo roja. Oh, no podía...

¿Cuando toda su vida estaba en la balanza?

Por supuesto que podía. Le seduciría en el baile si creía que con aquello lograría su propósito.

-Sandeces -exclamó, encogiendo los hombros para intentar volver a arreglar los pliegues de la parte delantera-. Es un baile de disfraces, no un baile formal. Dame los accesorios.

Clara, con rostro severo, le ayudó a ponerse un cinturón y un brazalete de plata. La máscara en sí era una maravilla de plata y perlas, que cubría ambos ojos, pero que se curvaba por el lado izquierdo del rostro hacia arriba y hacia abajo creando una luna creciente. De hecho, el símbolo de la diosa Diana era la luna llena, pero aquel diseño era demasiado genial y hermoso como para buscarle pegas.

Con una sonrisa de excitación, Diana se puso las sandalias griegas de plata, y se colgó de la espalda la aljaba de flechas plateadas. Luego cogió el arco blanco.

-¡Demontre! -exclamó-. ¡Es real!

-¿Qué sucede, milady?

-El arco. Cuando dije que quería que las cosas fueran auténticas, la señora Mannerly se lo tomó al pie de la letra.

Diana había practicado el tiro con arco en varias ocasiones y conocía cuándo tenía un buen arco en las manos. Con cuidado, lo tensó, y se flexionó a la perfección. Sacó una flecha y la encontró también real, y pintada de plata. La ajustó al arco, dirigiéndola a un pesaroso ermitaño pintado en la pared.

-¡Milady! -chilló Clara.

-¡Silencio! Harás que venga toda la casa.

-Bueno, pues no disparéis esa cosa...

¡Clang! Diana dejó ir la flecha y golpeó directamente en el punto al que había apuntado, una rama próxima a la cabeza del ermitaño.

-Un disparo muy bueno, aunque desde cuatro metros no es que sea un reto-. Ajustó otra y se volvió hacia la ventana abierta-. Tal vez sea mejor disparar al jardín para ver lo lejos que puedo alcanzar.

-¡Milady! -protestó Clara.

Bromeando, Diana se acercó a la ventana y apuntó a la balaustrada, pero cuando Clara la siguió, murmurando protestas, bajó el arma.

-Oh, ha sido divertido -dijo-. Como volver a ponerse unos zapatos cómodos. Te lo aseguro, Clara, los zapatos están empezando a apretar de un modo insoportable.

-¿Qué zapatos, milady? -preguntó la poco imaginativa doncella, arrebatando el arco y la flecha a su señora-. ¿Los amarillos?

Diana se rió.

-Zapatos reales no. Estoy hablando metafóricamente. No me hagas caso.

Mientras Clara metía el arma en el cajón, las nubes del cielo se desplazaron y la luna llena apareció majestuosamente. Diana miró su verdadero símbolo, que dominaba el oscuro cielo bañando el mundo de luz pálida y pura. La luna era el lugar donde se almacenaban todas las cosas desaprovechadas en la tierra. El tiempo malgastado y la riqueza derrochada. Arcos rotos y oportunidades perdidas. Por encima de todo, amor desperdiciado, perdido y malogrado.

No era de extrañar que reluciera tan brillante esta noche, y que abultara tanto.

Mientras el reloj del vestíbulo de la mansión Malloren señalaba que faltaba un cuarto para las diez, Bryght Malloren envió a Portia, con el pequeño Francis dormido en sus brazos, a una cama preparada apresuradamente. Echó una mirada a su hermano Rothgar, quien había recibido la llegada no anunciada con leve sorpresa y completa imperturbabilidad.

-Elf insistió en que nuestra expedición por el norte fuera breve y regresáramos precipitadamente aquí -dijo Bryght, mientras indicaba a los sirvientes los artículos que hacía falta llevar de inmediato arriba a sus habitaciones. Volvió a mirar a su hermano-. ¿Cómo está ella? ¿Algo no va bien?

-Nada en absoluto -dijo Rothgar-. De todos modos, mañana celebro un baile de disfraces, de manera que tu presencia es bien recibida. Supongo que Elf y Fort están también de vuelta en la mansión Walgrave.

-Fort consiguió convencerla de que no viniera aquí a esta hora de la noche, pero se presentará a primera hora de la mañana para descubrir tus secretos.

-No tengo secretos -dijo Rothgar quedamente.

Bryght se quedó estudiándole.

-Entonces estará encantada de organizar de nuevo una fiesta para ti.

-Ya está organizada, pero si le divierte... -Rothgar indicó el pasillo que llevaba a su estudio-. ¿Te apetece un resopón?

Bryght dio las últimas órdenes para lo que quedaba del equipaje y aceptó la oferta. Su hermano parecía calmado, pero eso no significaba absolutamente nada. Seguiría calmado aunque

hubiera bebido veneno. En cuanto la puerta quedó cerrada y tuvo el vino en la mano, sondeó con una pregunta directa.

-¿Cómo se las está arreglando lady Arradale en la corte?

-Ah -dijo Rothgar, con aspecto divertido-. Me preguntaba si sólo a Elf le preocupaba eso. Creo que la corte sobrevivirá a la experiencia.

Bryght se rió, pero preguntó:

-¿Está consiguiendo evitar el matrimonio?

-Por el momento. Sólo han pasado cuatro días.

Bryght sorbió de su copa y decidió ser franco.

-Elf tiene razón. Se me eriza el vello en la nuca. ¿Qué está pasando, Bey?

Su hermano ni siquiera se agitó.

-En este momento lady Arradale parece mostrar preferencias por lord Randolph Somerton, segundo hijo de Carlyle.

-No le conozco. ¿Congeniarán?

-Un joven encantador a cuyo padre le complacerá enormemente enterarse de que por fin encuentra fondos.

-Suena como si fuera un derrochador rastrero. Ella se merece algo mejor que eso.

Rothgar, sin embargo, se había dado la vuelta para mirar por la ventana mientras sorbía su vino.

Tras un momento, Bryght volvió a hablar. -¿Bey?

Su hermano se volvió desde la ventana, a través de la cual relucía la luna llena.

-«Algunos pensaban que se acumulaba en la esfera lunar. Puesto que todas las cosas perdidas en la tierra se atesoran allá» Pope. Nuestras debilidades y locuras se amontonan en la luna, donde el hombre mortal no puede alcanzarlas. 0 incluso fuera del alcance de Dédalo y sus alas de cera. -Sonrió a Bryght-. Sin embargo, lo que tú probablemente te hayas perdido en la tierra sea una multa por viajar en domingo. No esperes que yo vuele a la luna a encontrar el dinero para ti. -Vació la copa y la dejó-. Tengo otros asuntos de los que ocuparme. Buenas noches.

Bryght permaneció mirando la puerta que, con un golpe seco, quedó firmemente cerrada tras su hermano. Cáspita. Elf tenía razón. Todo esto resultaba tremendamente peculiar. Habían especulado acerca de la posibilidad de que lady Arradale hubiera

trastocado la resolución de su hermano, ¡y ciertamente aquí había algo trastocado!

Se fue hasta la ventana e hizo un brindis a la luna enorme y perlada. -¡Salve, Diana! -dijo quedamente-. Que triunfes sobre las fuerzas de la oscuridad. Ciertamente ayudaré en todo lo que pueda.

Diana se quitó el vestido, y Clara lo dejó con sumo cuidado en el armario. Luego se dispuso a recoger la caja y los envoltorios.

-Hay un papel aquí, milady.

Diana se volvió, mientras se echaba encima una bata holgada. -¿La cuenta?

-Está sellado, milady.

Diana lo cogió y estudió el sello. Era sólo un trozo de cera sin impresión, así que lo abrió rápidamente para leer el contenido.

No era una factura. Un mensaje.

Lady Arradale, debemos hablar de cuestiones privadas. Lo comprenderéis después. Encontrad si podéis la manera de reuniros conmigo junto a la pérgola del jardín de la reina, esta noche a las diez. Una pequeña puerta al comienzo del ala oriental facilitará la salida.

R.

Se quedó mirando el papel, y la excitación y el pánico empezaron a librar un combate. ¡Un encuentro clandestino! Un riesgo descabellado para ella y especialmente para él. Si les atrapaban, el rey y la reina insistirían en su matrimonio inmediato, y no habría réplica racional que objetar.

Era evidente que debía de haber un motivo poderoso. La voluntad de Bey no habría flaqueado tanto como para pedir este encuentro por necesidad.

0, pensó, refrenándose, podría ser una trampa.

Se fue apresuradamente hasta su cartapacio y sacó la nota que él le había enviado antes. Las comparo una y otra vez, pero definitivamente era su escritura. ¡Demontre! Tenía que ir, pero de repente sintió un escalofrío. No le gustaba considerarse una cobarde, pero la idea de escabullirse por jardines desiertos en medio de la noche no le seducía demasiado. Miró la luna. Iluminaría el camino, pero el jardín seguiría siendo un lugar tenebroso. ¿Y si la atrapaban?

Como poco, resultaría horriblemente embarazoso.

Aun así, debía ir, y el reloj decía que faltaban diez minutos para la hora.

-Clara, ni una pregunta. Busca mi traje oscuro de viaje.

-Qué...

-¡Ni una pregunta!

-¿Corsé, señora? -arriesgó la doncella.

-No, no. El traje, y rápido.

La doncella, con los ojos como platos, empezó a remover por el cajón inferior del armario mientras Diana se sentaba para cargar una de sus pistolas.

Sólo una.

No era el pánico indiscutible de dos, pero sí la cautela de una.

Capitulo 27

La planta inferior del ala oriental parecía estar destinada a habitaciones de almacenamiento que, además, daban la impresión de estar desiertas. Diana encontró la puerta sin problemas, que se abrió con la facilidad de estar bien engrasada, y sospechó que los criados la usaban con frecuencia para escabullirse por la noche.

Había guardias en las entradas oficiales, pero tenía que haber otros sistemas para salir del terreno. En caso necesario, las barandas podrían treparse.

Un sendero llevaba hacia los jardines posteriores, y lo siguió obligándose a caminar con calma en vez de deslizarse disimuladamente como un ladrón. Si se encontraba con alguien, diría simplemente que buscaba un poco de fresco aire estival. Al cabo de un rato, su fingimiento se hizo realidad y sus temores se aliviaron. No había nadie aquí que fuera a hacerle daño, y hacía una preciosa noche de verano, que transportaba sutiles perfumes a rosa, alelí y reseda. Para añadir la guinda al plato, estaba a punto de tener un encuentro clandestino con Bey.

Fuera cual fuera el propósito de él, éste era sin duda un momento extraordinario para ella.

Llegó hasta un arco abierto en el alto seto que rodeaba el jardín de la reina y se detuvo para intentar escuchar algún ruido. Ya no estaba asustada, pero deseaba que Bey apareciera. El silencio era estremecedor. Se dijo a sí misma que había llegado pronto y siguió andando. Cruzó el césped y luego bordeó los arbustos en dirección a la pérgola cercana al muro.

Cuando ésta apareció, reluciendo pálida bajo la luz de la luna, no distinguió a nadie allí.

-¿Hola? -dijo quedamente, y la cautela le provocó un escalofrío en la nuca. Se metió la mano en el bolsillo buscando la seguridad de la pistola mientras avanzaba con precaución a través de otro arco en el seto.

Una mano le agarró el brazo. Antes de que pudiera pensar en gritar, otra le tapó la boca. Intentó sacar su pistola, pero un segundo hombre la rodeó con alguna especie de correaje, que ciñó sus brazos a su cuerpo. Pataleó y su duro zapato alcanzó la rótula de un hombre.

-¡Sapristi! -siseó él y le propinó un bofetón en la cabeza que hizo ver las estrellas a Diana.

-Nada de eso -dijo el hombre que aún le tapaba la boca-. Atémosle los pies y entonces estará inmovilizada.

Aún maldiciendo, el francés le rodeó las piernas con algo más, luego se puso en pie y gruñó en francés.

-Ni un ruido, milady, ni más trucos, u os dejo fuera de combate. ¿Entendido?

¡De Couriac!

Pese a la pequeña barba, Diana juraría que era él, ¿y quién más aquí sabía que ella hablaba francés?

¡Estúpida!, se reprendió. ¡Estúpida! Debía haberío adivinado. ¡Si Bey podía crear falsificaciones convincentes, cualquiera podía hacerlo! Pero, ¿qué propósito tenía todo esto? ¿Qué quería de ella el francés?

De Couriac acercó su cara a la de Diana. -¿Comprenez vous?

Era él, y el miedo se apoderó de ella. Hizo un gesto de asentimiento mientras intentaba decidir desesperadamente si merecía la pena echarse a gritar en cuanto pudiera.

El inglés retiró la mano de la boca de Diana mientras le decía:

-No creéis ningún problema, milady, y todo irá bien. -Parecía incómodo con lo que estaba haciendo, y casi daba la impresión de prometerle seguridad.

Antes de que Diana pudiera decidir qué hacer, De Couriac la levantó y se fue apresuradamente hasta el muro situado en la parte posterior del terreno. El inglés trepó para sentarse a horcajadas en lo alto, luego la alzaron y la bajaron hasta unos brazos situados al otro lado sin que nada pudiera hacer.

Se quedó boquiabierta al descubrir quién era. ¡Lord Randolph Somerton!

-¿Qué estáis haciendo? -dijo en un susurro furioso-. ¡El rey hará que os cuelguen por esto!

-Nada de eso, querida mía -contestó con una sonrisa suficiente que a ella le hizo ansiar tener su pistola a mano para poder dispararle.

Randolph la llevó hasta el carruaje que les esperaba y la depositó con bastante cuidado en el asiento. Entonces, con aire señorial, despidió a los capturadores.

-¿Estáis seguro de que podéis arreglároslas? -preguntó De Couriac-. Es una fierecilla.

-Haced lo que os ordenan -soltó lord Randolph-. ¡Largaos!

-Franchutes -musitó a continuación, y desapareció de la vista de Diana para dar indicaciones al hombre que iba delante. Maldijo el hecho de no poder oírles, aunque de qué serviría, no podía imaginárselo. Estaba bien sujeta, envuelta como un bebé, incapaz de buscar la manera de escapar.

Advirtió que las ligaduras difícilmente podrían hacerle daño, Y confió que eso significara que lord Randolph tenía intenciones traviesas pero no perversas.

Randolph subió y se sentó enfrente de ella.

-¿Qué es todo esto? -preguntó con toda la calma que pudo.

-¿No es obvio? Nos fugamos juntos.

-¡Estáis loco!

-¿Aún pensáis que van a colgarme, milady? -Sacó una cajita esmaltada de rapé y cogió un pellizco-. Sosegad vuestras angustias. El rey no se sentirá ofendido. Más bien lo opuesto. Va a recompensarme generosamente. Con un condado, de hecho.

Sí -continuó, mientras ella seguía allí sentada, sin habla-. No seré sólo vuestro esposo, sino el conde, con todos los privilegios, poderes y propiedades que esto conlleva.

-¡El rey nunca apoyaría un secuestro!

-¿Creéis que no?

Su rotunda seguridad la hizo vacilar. ¿De verdad el rey respaldaba todo esto, tal vez para librarse de la mancha que ella representaba para su reino?

Sin duda el rey quería que ella se casara con Bey.

0, se preguntó de súbito, ¿acaso el comportamiento de él ayer en el jardín de la reina había puesto a la pareja real completamente en contra del marqués? Intentó desesperadamente recordar alguna otra molestia descortés durante la recepción. Creía que no había habido ninguna.

-¿El rey os dijo esto? -preguntó.

-Por supuesto.

-¿En persona?

La miró con gesto altivo.

-El rey tiene muchas ocupaciones, lady Arradale. Recibí sus instrucciones por carta.

¡Cáspita! Ella había sido engañada por una falsificación excelente, de modo que no podía despreciarlo por sufrir el mismo destino. Pero, ¿por qué? Los franceses...

Habría tiempo para eso más tarde, ahora debía convencerle de que la devolviera antes de que se supiera algo de todo esto.

-Pero, lord Randolph -dijo intentando seguir interpretando su personalidad alocada para exponer su punto de vista-, ¿como

podéis estar seguro de que la carta que recibisteis del rey no era una falsificación?

-¿Una falsificación? Valiente simplona. -Oh, cómo odiaba aquella sonrisa suficiente, superior-. La carta llevaba el sello del rey.

Diana abrió la boca para recalcar lo fácil que era conseguir algo así, luego la cerró, pasmada. ¡La falsificación del sello del rey constituía traición!

-Veo que por fin entendéis -dijo él-. No tengáis miedo. Seré tan buen marido como me permitáis ser. No me pongáis dificultades, y seré benévolo.

Diana contuvo un gruñido y se esforzó por parecer tonta.

-Pero, ¿y si la carta fuera una falsificación? No quiero estar casada con un hombre encerrado en la Torre por traición.

Un atisbo de incertidumbre le cruzó el rostro, pero lo suavizó enseguida. -No seáis insensata. Por supuesto que el rey quiere que tanto vos como vuestras propiedades estéis en manos de un hombre, ¿y en qué otras aparte de las mías? -Se inclinó hacia delante y le tocó la nariz-. Tengo que daros las gracias, cielo mío. Sin vuestros jueguecitos tendría que haberme contentado con ser el consorte de una condesa. Ahora lo tengo todo. Es más, hasta que muera mi padre, superaré en rango a mi puñetero hermano mayor.

-¿Qué juegos? -preguntó ella, deseando atreverse a morder aquel dedo.

-Vaya, el papel de dama indecisa ayer en las tiendas, y vuestras miradas amorosas a lord Rothgar hoy en la recepción sólo para ponerme celoso.

-¡No fue así! -protestó, ofendida genuinamente por aquella descripción.

-Me parece que esta dama protesta demasiado -dijo él con una risita-. Al fin y al cabo, salasteis corriendo con bastante impaciencia como respuesta a una carta mía, ¿o no?

¿R de Randolph? A Diana casi se le escapa que había creído que la R era de Rothgar. De hecho, su mente se escabulló rápidamente al hecho de que la carta estaba escrita con la letra de Bey. ¡Una falsificación para engañarles a los dos! Estaba claro que lord Randolph era víctima de alguien.

Y De Couriac formaba parte de ello. Esto era un ataque francés contra Bey. Oh, demonios, ella era el cebo. Tenía que ir tras ella, y él

sería asesinado en la oscuridad de algún lugar recóndito para poder achacar la culpa a unos rateros.

-Fue eso precisamente lo que alarmó al rey, ya veis -estaba diciendo el muy necio, repantigado tan tranquilo-. Que mostrarais interés por Rothgar. Salir corriendo tras él por el jardín fue demasiado, querida. Lo último que quiere el rey es más poder en las manos de ese hombre.

¿Qué podía hacer?

¿Qué debería hacer?

Tenía que conseguir que aquel imbécil la desatara.

-El marqués no se quiere casar dijo Diana-. Todo el mundo sabe eso. Sólo me estaba divirtiendo un poco con él. -Se retorció-. Por favor, lord Randolph, ¿no vais a desatarme? Estoy sintiendo hormigueos.

El hombre miró por la ventana.

-Hay que esperar un poco. Luego os desataré, encanto, no temáis.

Al ver la mirada en sus ojos, Diana se quedó helada.

-¡No iréis a hacer nada antes de que estemos casados!

-¿Ah no? -Sin humor entonces, le cogió la barbilla-. Empecemos ya con lo que tenemos planeado continuar, Diana. Soy yo quien dice lo que hay que hacer. No a la inversa.

Esforzándose por ocultar la pura rabia, Diana forzó una débil sonrisa.

-Lo siento, milord. Pero, por favor. No estaría bien. ¿Por qué no podemos casarnos convenientemente con una gran boda? Siempre he querido una gran boda.

-Demasiado tarde, querida mía. Pero cuando regresemos de Escocia, podréis tener una gran boda si así lo deseáis. Os permitiré cualquier cosa dentro de lo razonable siempre que seáis una esposa buena, obediente.

Randolph volvió a recostarse con la seguridad de sentirse el señor de su mundo.

Diana nunca había sido consciente de inflarse de rabia. Hacía que las ligaduras apretaran su cuerpo y que la cabeza le latiera con fuerza. Cerró los ojos, confiando en disimular su estado. ¡Oh, le mataría! Él no podía tenerla atada eternamente, y en cuanto estuviera libre, le mataría.

Aunque él fuera una víctima estúpida y arrogante, y el chevalier D'Eon fuera el verdadero villano.

El carruaje aminoró la marcha para girar y Diana abrió los ojos de repente.

Habían llegado a algún sitio y lord Randolph tenía intención de violarla. Si existía alguna esperanza de rescate, se produciría gracias a Bey, pero él se estaría dirigiendo hacia su propia muerte. Intentó contener el pánico. Dispondría de una oportunidad en cuanto la desatara, ¡entonces se enteraría de lo que eran las esposas obedientes!

La luna reveló una vereda entre los setos. Alguien tendría que ocuparse de comunicar a Bey adónde venir ya que este lugar no era fácil de encontrar. ¿Sería cauteloso?

¿Y Clara? ¿Habría dado la alarma? Aunque todo aquello fuera terriblemente embarazoso, en estos momentos acogería con beneplácito que el rey movilizara el ejército para encontrarla.

No, maldición. Había enseñado demasiado bien a su doncella a no montar revuelos a causa de sus aventuras ocasionales, y ahora recogía los amargos frutos. Sería ya de día antes de que alguien en la casa de la reina supiera que ella había desaparecido.

El carruaje se detuvo delante de una sencilla casita donde la débil luz de una vela relumbraba tras dos ventanas. No había otros edificios en las proximidades.

Un lugar ideal para el asesinato.

Un lugar ideal para la violación.

El pánico empezó a danzar dentro de ella. Volvió a comprobar las ligaduras. No estaban nada flojas. Intentó convencerse de que no estaba indefensa. ¡No era posible! Pero lo sentía.

Lord Randolph abrió la puerta, descendió y habló brevemente con el hombre que llevaba las riendas, luego se estiró hacia dentro otra vez para coger a Diana en sus brazos. Ella se puso rígida, intentando evitar tocarle, pero luego se obligó a relajarse. Cuanto más sumisa pareciera, más probabilidades había de tener una ocasión.

De hecho, se relajó por dentro. No podía violarla atada de esta manera, de modo que llegaría su oportunidad.

Pronto.

El carruaje volvió a ponerse en marcha y continuó por la vereda, y Randolph la metió por la puerta en el interior de una

cocina fuera de uso. Estaba claro que se trataba de una casita con dos habitaciones, tal vez también con una buhardilla arriba. ¿Se encontraba a solas con él aquí?

Se estremeció, pero lo cierto era que en una situación uno contra uno tenía más posibilidades.

Él cerró la puerta de una patada y la llevó a la segunda habitación. Una habitación con una cama grande y sencilla.

No pudo evitar advertir que Randolph no mostraba la menor tensión. Diana se obligó a mantener a raya su miedo. Sí, él era fuerte. Ella tenía una pistola.

Desatadme, quiso ordenarle.

En vez de ello, Randolph la tendió sobre la cama y se quedó de pie para mirarla de arriba abajo, con satisfacción relamida y anhelante.

-Sois muy apetecible, lady Arradale, soy un hombre afortunado. -Se sentó y le puso una mano en el pecho izquierdo. Diana no pudo contener un intento de resistirse, pero no logró nada aparte de sentir una sacudida.

-¿Sin corsé? -preguntó él y puso una mueca-. ¿No queríais poner trabas en nuestro camino, ¿eh? -Pero luego sus dedos apretaron-. Espero que no tengáis la costumbre de entregaros a estos jueguecitos...

-¡No! ¡Me hacéis daño! Ya me había quitado el corsé cuando encontré vuestra nota.

Él aflojó los dedos lentamente, luego la acarició, pero mantuvo la mirada fría.

-Me enfadaré, querida esposa, si me encuentro con que ya habéis sido desvirgada. Me gusta desflorar vírgenes. Y bien, ¿por qué acudisteis a una cita tan escandalosa?

Intentó parecer recatada.

-Estaba aburrida. Y vuestro mensaje prometía entretenimiento, milord.

Él soltó una risita.

-Supongo que sí, que os aburríais. La corte del rey Jorge III es aburrida como un convento de monjas -replicó mientras se incorporaba para sacarse la casaca-. Y supongo que se acabó vuestro aburrimiento, estaré encantado de entretenemos.

Diana seguía atada, pero si él la volvía a tocar, iba a vomitar.

-¡Por favor, no hagáis esto ahora! ¡Aquí no!

Randolph sacudió la cabeza y se quitó el chaleco.

-Diantres, estas vírgenes... Siempre protestando. ¿Qué diferencia hay en cuándo o dónde se haga?

-¡Quiero estar casada! -gimió, retorciéndose desesperadamente pese a las ligaduras-. Quiero estar en una cama mejor que ésta. ¡Quiero pétalos de rosas!

Randolph estalló en carcajadas, y ella pudo ver que en otras circunstancias sería guapo, incluso seductor. El muy idiota no podía imaginarse que cualquier mujer sentiría náuseas sólo de pensar en él forzándola.

Randolph salió de la habitación y ella aflojó la tensión, aunque su corazón seguía latiendo atronadoramente. ¿Habría conseguido que cejara en su empeño? ¿Se lo estaba pensando mejor? Volvió a poner a prueba las ligaduras, pero eran trozos de tela bien anudados y nada iba romperlos.

Randolph volvió a entrar y arrojó un puñado de pétalos de rosas sobre ella.

-Ahí tenéis, querida mía. No me digáis que no satisfago vuestros caprichos. -Entonces se soltó el corbatín y se quitó la camisa, revelando un pecho ancho y velludo.

Los pétalos no eran habas de las Indias, gracias a Dios, pero pese a no serlo, su mente volvió al instante hasta el White Goose, a Bey desnudándose para placer de ella. Esta nueva representación corrompida hizo que le saltaran las lágrimas a los ojos, y que la desesperación invadiera su alma.

¡Dios bendito, que Bey me encuentre!

Pero entonces recordó que aquello podía suponer la muerte de él.

¡No! Mantenedlo apartado de esto. Puedo soportarlo, incluso la violación, más que su muerte.

Lord Randolph se sentó en la cama y se quitó las botas de montar y las medias. En cuestión de momentos, se había quedado sólo con sus pantalones abultados, sacudiendo la cabeza con desdén como si Diana fuera una niñita bobalicona.

-No tengas miedo, rosa mía. Vamos a casarnos, de modo que no es ningún pecado, y sólo dolerá la primera vez. Soy un amante diestro. No tardarás en disfrutar de ello.

Si él hubiera gruñido o dicho cosas horribles, Diana podría soportarlo mejor. Esta seguridad, esa presunción vanidosa de que

esto era normal, iba a volverla loca. Igual que el hecho de estar completamente indefensa. Hasta ahora, nunca había creído en serio que esto le pudiera suceder a ella, que no habría salida, ni rescate mágico.

Empezó a temblar, y detestó toda aquella debilidad.

Él se inclinó hacia abajo y le pasó la mano por la frente.

-Callad ahora. No os pongáis nerviosa. Mirad, voy a desataros.

Diana se quedó quieta. Por fin. Por fin. Sólo un momento con su pistola. Sólo un momento. Le dirigió una mirada.

-Oh, gracias, lord Randolph.

Él sacó un cuchillo y lo llevó hasta el nudo de la tela que le rodeaba las piernas.

-Llámame esposo.

Diana apartó la vista como si sintiera vergüenza. -Esposo.

El cuchillo cortó de un tajo la tela, y ella casi intenta librarse entonces a patadas. No, paciencia, se dijo a sí misma. Espera a que te suelte los brazos.

Pero entonces él se colocó a horcajadas sobre una pierna de Diana y le ató la tela al tobillo de la otra.

-¿Por qué hacéis eso? -gritó, intentando patearle, pero demasiado tarde.

Ató la tela con varias vueltas al áspero poste de uno de los extremos de la cama y la anudó con firmeza.

-Lo siento, querida mía, pero tal vez intentes escapar. Y lo más probable es que acabaras haciéndote daño. No podemos consentir eso.

Comprendiendo el peligro, Diana intentó luchar en serio entonces, pero no pudo hacer nada para impedir que él maniatara el otro tobillo al otro extremo del lecho.

Capitulo 28

Lord Randolph se puso en pie para mirarla.

-Pues sí que tenéis fuerza para ser una dama, querida mía. Pero yo soy más fuerte. No olvidéis nunca esto. Voy a ocuparme de

vuestras manos ahora. Con las piernas atadas, no podéis escapar, y no queréis que me enfade, ¿o sí?

Cualquier posibilidad de convencerle de que ella era débil y sumisa se había esfumado, de modo que contestó.

-Podéis violarme diez veces al día, lord Randolph, y no me casaré con vos. De hecho, os veré en la horca por esto.

Él se limitó a reírse.

-Ya cambiaréis de actitud.

Cuando cortó la tira de tela que le rodeaba los brazos, ella estaba lista para ir a por su pistola, pero él le capturó ambas muñecas y se las ató a la barra que formaba el cabezal de la cama.

Totalmente estirada, Diana conoció por primera vez en su vida lo que era la indefensión total. La invadió un miedo cegador, paralizador, pero lo combatió.

Ironhand, invocó en silencio.

Provenía de una estirpe de guerreros del norte que habían muerto en la batalla y en mazmorras, y sometidos a tortura. No les deshonraría ahora. Y hablaba en serio. Nada que él hiciera conseguiría que ella se desposara con él, y más tarde o más temprano se encargaría de que muriera por aquello.

Si la violaba, tendría que aguantarse. No sería nada comparado con el potro de torturas, o con ser ahorcado, arrastrado y descuartizado.

Él la observaba, y Diana recordó haber pensado que no era tan estúpido como parecía.

-Sois toda una sorpresa, lady Arradale, pero no os confiéis demasiado. Como veis, no podéis enfrentaros a un hombre decidido, y si no os comportáis bien, encontraré la manera de sometemos.

-Azotadme entonces, ahora. Qué bravucón sois.

Tras un gesto de rabia, él cogió un pétalo de rosa y se lo pasó por el cuello. Diana hubiera preferido los golpes.

-Cuando sea necesario. Pero hay otras maneras. Todo el mundo tiene alguna cosa que le importa, y eso es lo que perderéis a menos que seáis una esposa completamente obediente. Las palabras, no obstante, son ineficaces armas de mujer. Podéis increparme, si os obstináis en ello.

-Oh, bien. Sois el excremento repugnante de un animal enfermo-. Él la miró escandalizado, luego la abofeteó. No con

fuerza. Una manotada y nada más. Diana tuvo que admirar la manera en que se contenía él, ya que estaba claro que se había irritado.

-Más de ese lenguaje y acabaréis morada. Está claro que no sois la dama que fingíais ser ante mí, pero, por Dios, como esposa mía sí la seréis.

Cogió su cuchillo y le rasgó el corpiño, que luego desprendió hacia atrás con calma y cuidado hasta que sus pechos quedaron completamente descubiertos. Diana no pudo evitar retorcer sus manos intentando liberarías, pero no consiguió nada, ¡nada!

-Muy bien -murmuró él, tirando el cuchillo a un lado y cogiendo ambos pechos en sus manos.

-Riqueza, poder y cuerpo voluptuoso. Agradezco mi buena suerte, esposa. Nunca lo dudéis. Ahora, permitidme que os enseñe lo agradable que puede llegar a ser todo esto.

Empezó a hacer rodar un pezón entre sus dedos, con bastante suavidad, y Diana, con una parte de su mente conmocionada y horrorizada, empezó a percibir la reacción automática de su cuerpo.

Cerró los ojos e intentó bloquear la sensación de las manos intrusas de él y la tendencia irritante de su propio a cuerpo a reaccionar como una cosa estúpida. En vez de ello, intentó concentrarse en la satisfacción inmensa de matarle a la menor oportunidad.

Sacando su pistola y matándole. Podía imaginarse la incredulidad aturdida de él en el momento anterior a morir...

La estaba lamiendo, y su maldito y travieso cuerpo se convulsionaba.

Dispararle sería demasiado rápido. Demasiado indirecto.

Arrebatarle el cuchillo y hundirlo profundamente, una y otra vez...

Una brusca bofetada en la mejilla otra vez.

Diana abrió los ojos súbitamente.

-No, así no -le dijo, aún con su sonrisa-. Mantened los ojos abiertos. No es nada malo que yo os toque de este modo. No como vuestro marido.

-No sois mi marido.

-Sí. Os besaré, pero me da miedo que intentéis morderme. Pensad en lo que os estáis perdiendo.

Luego se desplazó hasta la parte inferior de la cama y le subió con ambas manos las faldas hasta la cintura. Ella entró en tensión, pensando que él iba a encontrar la pistola, pero sus bolsillos eran rígidos, y Randolph entonces estaba demasiado centrado en ella.

-Muy hermosa -dijo él, separándole las rodillas para exponerla aún más-. Quedaos así. -Él retrocedió un poco para soltarse los pantalones.

No. Pese a estar indefensa, no se sometería. Juntó las piernas todo lo que pudo, tomó aire y gritó. Le sentó tan bien que gritó otra vez, con más fuerza. Una vez y otra, y otra más.

-¡Maldita, callaos de una vez!- Le tapó la boca con la mano. Contenta de estar luchando finalmente, intentó morder. Él cogió su camisa con una mano y se la apretujó dentro de la boca, cada vez un poco más, hasta que ella se atragantó.

-¿Ahora vais a callaros? -ladró él, enderezándose con el pelo desmarañado y mirada enloquecida-. Por Dios, si no fuerais dueña de buena parte del norte del país os cortaría el cuello y dejaría que os pudrierais aquí.

Llena de terror al sentir la tela contra su garganta, Diana se obligó a serenarse y respirar por la nariz.

Él la miró con ferocidad, luego volvió a sonreír, de un modo extremadamente desagradable.

-Creo que necesitáis una lección, esposa. Podéis quedaros así un rato.

Sacó algo del bolsillo -un frasco- y fue a sentarse a un banco junto a la chimenea. Al tiempo que lo ladeaba y bebía, la observaba con satisfacción nauseabunda.

Tal vez fuera más inteligente cerrar los ojos, pero Diana tenía la sensación que debía seguir mirándole, como si la mirada pudiera resultar de alguna ayuda. Con cada respiración, se esforzaba por aprovechar al máximo el aire, se esforzaba por no asfixiarse, se esforzaba por no mostrar miedo.

-Excelente -dijo él al cabo de un rato-. Voy a tener que domaros, como a un caballo travieso. 0 simplemente podría encerraros en un manicomio. Ah, una reacción. Supongo que el rey sostiene esa amenaza sobre vuestra cabeza. Un marido aún se encuentra en una posición mucho más favorable para recluiros, y supongo que no sería nada difícil convencer a todo el mundo de vuestra locura. Qué pena. La culpa es de vuestra posición poco normal, por supuesto.

Se levantó, se acercó lentamente a la cama y le retiró un poco la camisa de la boca.

-¿Vais a comportaros?

Aunque difícilmente podía soportar la idea de que la tela volviera a entrar en su boca, Diana se limitó a mirarle. Él, con una sonrisa, se la volvió a sujetar, pero sin meterla demasiado.

-Veis, estáis por completo a mi merced. Puedo hacer con vos lo que me plazca, incluso ser amable. -Volvió a coger un pétalo de rosa, y le rodeó los pechos con él una y otra vez-. ¿No os parece dulce esto? -Se lo acercó a la nariz, donde no pudo evitar respirar el perfume-. ¿No huele bien?

Entonces le cerró repentinamente la nariz, impidiendo que le entrara el aire.

-0 podría ser muy poco amable.

Aunque se le escapó un grito, se esforzó por no respirar por la boca, y tragarse la tela,

Él se rió y la soltó, luego la desamordazó por completo.

-La elección es vuestra por completo, mi dama arrogante. Amable o no. -Se desabrochó los pantalones abultados.

Diana respiraba profundamente, pero no iba a darle la satisfacción de una réplica-. Cerró los ojos y decidió mantenerlos así. Era el único poder que le quedaba.

-¿Pensáis que podéis resistimos, eh? -dijo con desdén intimidador-. Pero los cuerpos hacen cosas extrañas, esposa. Sin duda, la primera vez no disfrutaréis, pero nos queda toda la noche, y tengo intención de aprovechar cada minuto. -Volvió a separarle las piernas-. Haré que explotéis de placer más tarde o más temprano, y luego cambiaréis de actitud. Recordad eso.

-Como últimas palabras, tienen cierto carácter memorable.

Diana abrió los ojos repentinamente.

-Bey -susurró, preguntándose si su mente había empezado a fantasear.

Lord Randolph, entonces un paso más atrás, rojo de furia.

Lord Bryght, apuntándole con una pistola.

Bey aquí, junto a ella, bajándole las faldas y cortando las ligaduras con tres tajos ágiles y rápidos de cuchillo. Diana, de forma refleja, se acurrucó con una convulsión, llevando las rodillas a su pecho expuesto como reacción de protección. Él la rodeó con los brazos, recogida aún en esa postura.

-Shhh, shhh -murmuró él, y Diana se percató de que estaba llorando.

¡No quería llorar!

Pero las lágrimas de debilidad brotaban como un río crecido, conquistando cualquier voluntad de detenerlas. Los brazos de él la estrujaron y la mecieron, murmurando más palabras que no podía oír mientras lloraba hasta dolerle, lloraba hasta consumirse, lloraba hasta no poder llorar más.

-Calla ahora -le dijo Bey, palabras que por fin tenían sentido-. El pobre lord Randolph está esperando vuestra voluntad.

Aquello le hizo abrir los ojos de pronto, y vio a su aspirante a violador, arrogante pese a seguir con sus pantalones abiertos. Como había pensado, lord Bryght le tenía bajo el control de su pistola. Bey parecía casi calmado, pero lord Bryght emanaba una furia despiadada.

Diana se dio cuenta que había abandonado su postura de protección en algún momento, y en este momento abandonó los brazos de Bey, sujetándose en torno a su cuerpo la casaca de la que no se había percatado antes. La casaca de Bey. Él estaba en mangas de camisa, observándola con atención profunda, sombría.

Sin decir nada, Bey retiró un largo alfiler de corbata del encaje que adornaba su garganta y, con delicadeza, soltó las manos de Diana que agarraban la casaca. Con destreza, juntó el corpiño y prendió el alfiler a través de los extremos cortados de la prenda, y ella volvió a estar decente.

Aún temblando levemente, Diana sacó la pistola de su bolsillo por fin, y la amartilló.

-Juré matarle.

-Es vuestro.

-No podéis hacer eso -dijo lord Randolph, pálido de repente-. Por el amor de Dios, lord Rothgar, quitadle eso antes de que haya un accidente.

Diana gruñó.

-Necesito matarle.

-Es vuestro -volvió a repetir Bey-. Somerton, ella podría acertar con una bala entre vuestros ojos desde treinta pasos, de modo que, os alcance donde os alcance, no será un accidente. Recomiendo que sea entre las piernas, lady Arradale.

Lord Randolph se quedó blanco, y se cubrió con las manos. -¡Por Dios! ¡Lady Arradale, recordad al rey!

-Hombre estúpido, ¿de veras creéis que el rey habría ordenado esto?

-¡Tengo su carta!

Bey puso su mano sobre la pistola.

-Tal vez debiera vivir un poco más. ¿Qué carta?

-Afirma tener una carta del rey proponiendo este plan para evitar la unión de nuestras dos propiedades. Pero Bey, De Couriac está en esto. Son los franceses. Creo que ha sido planeado contra ti...

-No sigas -dijo-. Lo sé. Este lugar se encuentra bien vigilado en estos momentos. -Miró a lord Randolph-. Al rey le indignará este secuestro. Él quiere un matrimonio entre lady Arradale y yo mismo.

-Mentís. ¡Tengo la carta en mi casaca!

Bey se levantó y exploró los bolsillos de la chaqueta tirada de lord Randolph.

-Veréis que digo la verdad -dijo el hombre-. Dejad atarme los pantalones.

-No. Estabais lo bastante ansioso antes por desabrochároslos, supongo. -Bey se quedó de pie con una hora doblada. Estudió el sello a la luz de una vela, luego abrió el pedazo de papel.

-¿Lo veis? -dijo lord Randolph, volviendo a cruzarse de brazos.

No era un hombre estúpido, pensó Diana, sino un hombre deslumbrado por la arrogancia y la pomposidad. Pensaba en serio que el favor del rey era auténtico, y que le salvaría. . -Ya lo veo. Una falsificación perfecta. El rey incluso estará másirritado.

-¡Una falsificación! -Lord Randolph dio un paso adelante y le arrebató la carta-. Tiene el propio sello del rey.

-Fabricar un sello es incluso aún más fácil que copiar la caligrafía.

-Alguien me envió una carta con vuestra letra -intervino Diana-. También se había falsificado con destreza.

-Mis disculpas. Debería haber pensado en establecer algún código para verificar ese tipo de cosas.

Diana se recogió aún más la casaca en torno a ella.

-Si intentáis asumir la culpa de esto, os disparo. Pese a las ilusiones sobre el tema, no sois Dios.

Rothgar se rió brevemente, pero lord Randolph exclamó: -¿Su letra? ¡Pensabais que la carta la había escrito yo!

-No -dijo-. No fue así.

-¡Ramera!

Bey le dio un bofetón con el revés de la mano, lo que obligó al hombre a retroceder tambaleándose hasta la pared.

-Sois un necio, Somerton, y el mundo estaría mejor sin necios. Merecéis morir por lo que habéis hecho aquí, pero eso está en las manos de lady Arradale. Pero si decís una sola palabra que no sea respetuosa, conoceréis mi espada.

-Tal vez os venciera entonces -replicó el hombre lleno de cólera, tocándose el rostro con la mano.

-Entonces es que sois extremadamente bueno, porque no sólo yo soy diestro, sino que ansío atravesaros el corazón con la hoja.

Al oír las palabras serenas pero gélidas, el rostro de lord Randolph se transformó en una mezcla abigarrada de terror e ira.

-No me batiré con vos. ¡No vais a engatusarme!

-Entonces os mataré ahí donde estáis. Y bien, contadme cómo recibisteis el mensaje del rey.

-Me lo hicieron llegar, ¡no sé cómo! ¡Pensé que era auténtico! -Entonces estaba temblando y sus ojos se desplazaban rápidamente entre Bey, Bryght y Diana. Débil como se mostraba, ella casi siente lástima por él.

-¿Y escribisteis una carta invitando a lady Arradale a la cita? ¿Y a dónde la enviasteis?

-Como me ordenaron. A la dirección de la señora Mannerly. ¡Podéis comprobarlo en la carta!

Bey volvió a mirar la carta, y la leyó por completo.

-Sois efectivamente un necio, Somerton, por creer que su majestad llegaría a estos extremos.

-No lo sabía.

-Y, ¿qué hay de De Couriac?

-¿Quién? ¡No conozco a ningún De Couriac!

-El francés que os ayudó.

-Dionne. Se llama Dionne. Lo conocí en Lucifer. Apareció en mis alojamientos justo después de recibir la nota... Supongo que había hablado de ello. Se ofreció a ayudarme. Por un poco de dinero. De todas maneras acepté su colaboración. No voy bien de efectivo en este momento. ¿Era un nombre falso?

-Muy parecido a D'Eon -comentó Diana.

Bey dobló la nota y la metió en su bolsillo, luego ayudó a Diana a levantarse.

-Venid aquí, lord Randolph, y tumbaos en la cama.

El hombre se puso blanco.

-Por Dios, ¿qué pretendéis?

-Que hagáis lo que os ordenan. Si vivís, tenéis muchas lecciones que aprender, y obediencia puede ser la primera.

-Iros al cuerno.

Diana echó un vistazo a Bey preguntándose qué planeaba, y cómo iba a hacer cumplir su voluntad. Pero se limitó a quedarse mirando al hombre más joven, y al cabo de un rato de silencio que pareció casi insoportable, lord Randolph se tambaleó hacia la cama.

-¿Qué vais a hacer? -preguntó, pero con un gimoteo roto.

Bey le empujó con cierta suavidad en el hombro, obligándole a sentarse, luego volvió a hacerlo y el hombre se quedó tumbado.

-No siento el menor deseo por vuestro precioso cuerpo -comentó, cogiendo una tira de tela-. Permaneced quieto. -Empezó a atar las muñecas de lord Randolph a la cama. -Diana, si quieres, puedes encargarte de sus pies.

Diana dejó la pistola, pasmada por aquella aplicación tan calmada del terror. Aquello no suprimió su atroz satisfacción mientras maniataba a la cama los pies temblorosos de su martirizador, dejándolo tan indefenso como ella había estado antes, con sus fláccidas partes íntimas expuestas por sus pantalones abiertos.

-¿Qué vais a hacer? -volvió a preguntar, mientras sus ojos enormes recorrían velozmente la habitación-. Por el amor de Dios, Rothgar. Malloren...

Bey le miró desde su altura.

-Yo no voy a hacer nada. Nosotros los señores vamos a dejaros a la merced de lady Arradale. Si sobrevives, enviaré gente al amanecer para liberaros y meteros en un barco rumbo a las Américas. Vuestro padre tiene propiedades allí, creo. No volváis.

-¡No! Escuchadme, en ningún momento tuve intención de hacer ningún daño. ¡Íbamos a casarnos! ¡Ya sabéis cómo son las mujeres... !

La puerta se cerró detrás de los dos hombres, y lord Randolph se quedó mirando a Diana. Lo intentó con una débil sonrisa, forcejeando contra sus ligaduras.

-No queréis hacerme daño. Yo en realidad no os hice daño.

Ella se adelantó y le dio una bofetada, con fuerza suficiente como para que le escociera.

El hombre hizo una leve mueca.

-Así, ¿lo veis? Os sentís mejor ahora, ¿no? Volved a pegarme si os sirve de algo.

Pensó en mostrarse cariñosa con él, pero no podía soportar tocarle ahí, tanto si a él le gustaba como si lo detestaba. Recordó su necesidad de matarle, pero ahora él no era más que una cosa descompuesta, patética. El aborrecimiento de Diana se había encogido hasta formar una nuez. No merecía la pena.

Cogió el cuchillo que aún estaba en el suelo y lo puso contra el pene fláccido de él.

-No -se atraganto-. No. No...

-Sólo recordad -dijo Diana, mirando fijamente a sus ojos aterrorizados-, el resto de vuestra vida, recordad que cualquier mujer que conozcáis podría ser como yo. Tenemos la habilidad de ocultar nuestros puntos fuertes, nosotras las mujeres. Así que, nunca se sabe. Ningún hombre puede protegerse día y noche para siempre, especialmente de una amante o de una esposa.

Le acarició arriba y abajo con la punta de la hoja.

-Si hubierais completado lo que teníais planeado, os hubiera matado a la primera oportunidad. Pero antes de mataros, os habría castrado. Recordadme, y tratad a las mujeres con el respeto temeroso que se merecen. -Entonces apretó la hoja contra la carne, lo justo para provocar que la sangre corriera.

Él aulló y se retorció intentando incorporarse para mirarse el cuerpo, luego volvió a caer tumbado, lloriqueando. Probablemente con alivio.

Ella dejó caer el cuchillo al suelo. -Adiós, lord Randolph.

Con aquello, salió al exterior.

Bey estaba esperando y ella se echó directamente a sus brazos. -¿Cómo está? -preguntó él, como si aquello interesara poco.

-Intacto. ¿Estás decepcionado?

-No, a menos que hayas sido misericordiosa por debilidad.

-No creo. No quiero que nada de él perdure en mí, ni siquiera la muerte. ¿Podemos irnos ahora?

-Por supuesto. -Él hizo un gesto y un hombre se adelantó y desmontó para ofrecer su caballo.

Diana comprobó que, como él dijo, había hombres haciendo guardia por los alrededores.

Pese a esto, Diana dijo:

-Creo que yo era un cebo. Me parece que De Couriac está ahí fuera, intentando matarte.

-Sospecho que no, o que aún no. Se suponía que yo vendría aquí mucho más tarde. Pero tenemos que irnos. ¿Puedes montar?

-Por supuesto.

Bey la ayudó a montar, ajustó los estribos y arregló sus faldas de la manera más decente posible, luego montó su propio caballo.

-¿Lento o rápido? -preguntó él.

-Rápido. Cabalgar rápido dificulta que haya piezas fáciles, justo lo que ahora necesito.

Capitulo 29

Diana dio un fuerte puntapié a su caballo que partió por la vereda con un estruendo, mientras el pelo de ella era sacudido violentamente por el viento. Era peligroso, a oscuras y en territorio desconocido, pero quería esto, necesitaba esto. En cuestión de momentos Bey estuvo a su lado, protegiendo, pero sin controlar.

Esbozó una sonrisa para él y miró hacia delante, agradeciendo la luz de la luna. Habían cabalgado por una carretera antes de girar a esta vereda, de modo que no tardarían en encontrar un viraje. Un poste de dirección sirvió de aviso, y entonces hizo girar al caballo en la curva, sin apenas reducir la marcha. Luego se lanzó directamente hacia Londres con la cúpula de St. Paul en la distancia, una silueta oscura recortada en el cielo más pálido.

Saltó ilegalmente los pasos de pago, sin permitir que nada se interpusiera en su camino. Quería volar, y quería llevarle a él más allá del peligro.

Él continuó con ella, pero un vistazo hacia atrás mostró que su escolta se iba rezagando. No era prudente, tal vez, pero prefería la

velocidad. Y necesitaba la sangre bombeando precipitadamente por su cuerpo y el poder del caballo entre los muslos, el viento contra la piel y el objetivo acercándose cada vez más.

Estuvo a punto de caer en un par de ocasiones por el abrupto camino, pero detuvo el caballo, que era fuerte y brioso. A medida que los campos se convertían en ciudad, la carretera mejoró, y cuando el camino se hizo más fácil, su locura aminoró. Redujo la marcha a un medio galope, y luego al paso, dando palmaditas a su caballo y murmurándole alabanzas, consiguiendo que éste arqueara su cuello humeante con orgullo.

Bey redujo la velocidad a su lado y, los dos juntos, llevaron los caballos por calles silenciosas, excepto por los cascos tambaleantes de la escolta que intentaba alcanzarles.

Si De Couriac hubiera acechado antes, ahora no estaría aquí. -¿Ha sido esta cabalgada juiciosa o una locura? -preguntó.

-¿Quién sabe? Parece que hemos sobrevivido. Si yo hubiera sido más cuidadoso, no habría sido en absoluto necesaria.

-Creo que ya he hecho algún comentario sobre esta ilusión de ser Dios.

Él no sonrió.

-Hay unas cuantas cosas que podría haber hecho para prevenir esto.

-Bey, si te tomas cualquier daño sobre mí como una herida para tu alma, ¡no podré soportarlo!

-Todo un dilema, ¿no es cierto?

Su estado de ánimo era de lo más extraño, pero Diana no podía ocuparse de aquello en este momento.

-¿Deberíamos dejar vivir a lord Randolph, incluso en el extranjero? Es posible que haga daño a otras personas.

-No somos dioses -dijo con sequedad-. Y ha sido tu elección.

Ella le echó una ojeada, sus blancas mangas de camisa y su piel destacaban frías y pálidas a la luz de la luna.

-No podía matarle -confesó-, y ahora no sé si fue fuerza o debilidad. Soy lo bastante débil como para sentir incluso un poco de lástima por él, allí atado. ¿Y si alguien se lo encuentra? ¿ 0 si las ratas... ?

Entonces él sí se rió.

-Un corazón tierno, al fin y al cabo. El hombre cuyo caballo cabalgas ahora se quedó atrás para asegurarse de que no reciba

demasiados mordiscos. Bryght ha ido a organizar su escolta hasta un barco.

-¿Has dispuesto también con tanta eficiencia mi regreso a la casa de la reina?

-No te muestres tan descontenta. Tal vez yo no sea omnipotente, pero al menos puedo ser eficiente.

Los cascos sobre el asfalto subieron de volumen, y luego sus hombres aparecieron ahí, alineándose a cada lado, los caballos humeantes con el aire de la noche.

-Me inclino a creer en la omnipotencia -replicó ella-. ¿Cómo conseguiste rescatarme a tiempo y con hombres armados?

Bey dijo algo al hombre más próximo, y enseguida él y otro más estuvieron cabalgando hacia delante, explorando el terreno como si fuera un paraje yermo en vez de una tranquila calle de Londres.

-Tardé cinco minutos en reunirlos -dijo categóricamente-. Podría haber sido cinco minutos demasiado tarde.

-¡No! ¡Hiciste bien! Hubiera sido una locura partir solo.

-Y decididamente no estoy loco, ¿verdad?

Maldito él y su estado de ánimo, y el hecho de que, pese a la luz de la luna, no podía interpretar verdaderamente sus rasgos.

-¿Dijiste que se suponía que tenías que llegar más tarde? -preguntó Diana. Demasiado tarde, pensó, estremeciéndose ante la maliciosa planificación que había tras todo esto. ¿Quién la odiaba tanto como para esto?

¿D'Eon? Nunca se lo hubiera imaginado.

-Uno de los hombres que te capturaron estaba pagado por mí -explicó él-. No lo sabía, si no me habría avisado. Estaba ahí para eso. De hecho, tuvo que fingir que te secuestraba.

-El inglés. El que no quería lastimarme. Él volvió la cabeza.

-¿Te lastimaron?

Diana deseó haberse mordido la lengua, pero continuó: -De Couriac. Me pegó.

Bey no hizo ningún comentario, sino que prosiguió:

-Fue una auténtica suerte que asignaran a Stringle el trabajo de informarme de tu paradero. -Tanta suerte, estaba claro, era intolerable para él. No había cambiado. Seguía empeñado en la fría perfección-. Tenía que mandarme el mensaje a medianoche. En vez de ello, por supuesto, me fue a buscar al instante.

En aquel momento, un reloj cercano empezó a dar las campanadas de medianoche, junto con otros relojes cercanos y alejados que se sumaron a los tañidos. Diana sintió un escalofrío sólo de pensar en estar en manos de lord Randolph hasta ahora.

Luego comprendió que si no hubiera gritado, que si lord Randolph no la hubiera amordazado y disfrutado viéndola buscar aire con dificultad, Bey habría llegado demasiado tarde. Santo cielo, aquello le habría destrozado a él.

-Tú contrataste a ese Stringle -apuntó ella-. Tu vigilancia me salvó al fin y al cabo.

-Hubo demasiada suerte en todo, e incluso con la suerte, casi llegamos demasiado tarde. Y malgasté aquellos cinco minutos.

Diana no sabía qué decir, para entonces se estaba dando cuenta de cómo se sentía él. Era ofensivo que su cordura hubiera quedado preservada por la suerte. Aquella conmoción retardada y el aire de la noche le provocaron un estremecimiento, pese a la casaca de él.

Entonces estaban entrando en calles elegantes, pero era domingo y estaban tranquilas, aunque un carruaje pasó traqueteante a su lado, Y un rostro pálido se asomó a mirarles nervioso.

¿Qué pensaría aquel viajero del extraño grupo? ¿Qué pensarían si supieran de quién se trataba?

Medianoche, pensó.

-¿Estará De Couriac allí ahora?

-Espero que sí. Dejé dos hombres además del que vigilaba a Somerton. Tiene órdenes de traerlo vivo si es posible.

El frío se estaba imponiendo, de súbito Diana tuvo un deseo desesperado de llegar a casa. Aunque no sabía dónde estaba su casa.

-No me has dicho cómo vas a llevarme de regreso a la casa de la reina sin que nadie se entere de más cosas.

Bey le dirigió una mirada desde su montura.

-Con un toque de mi varita mágica... De hecho, vamos a la mansión Malloren.

-¿Por qué?

-Por las dificultades que entraña regresar a la casa de la reina. -Pero... Clara no habrá dado aún la alarma.

-¿Seguro que no? -suspiró. Diana oyó el suspiro-. No puedo perderos de vista, Diana. Aún no.

Ella tomó aire llena de sorpresa, y luego volvió a hacerlo para saborearlo, como un perfume. Parte del frío que sentía se fundió transformándose en una sensación de calidez. Él estaba de un extraño humor, pero tal vez esto fuera también el primer paso a la recapitulación. A una posibilidad para ellos.

Puesto que él no decía nada más, Diana volvió con las preguntas.--¿Qué vamos a contar al rey?

-La verdad, por supuesto, pero eso lo dejamos para más tarde.

Estaban entrando en una calle más ancha en la que se sucedían construcciones señoriales. Debían de estar cerca de Marlborough Square.

-¿Cuál era el plan? -preguntó ella-. ¿Está de verdad implicado el chevalier D'Eon en un asunto tan sórdido?

Bey se volvió para mirarla.

-De eso me quiero enterar precisamente.

El miedo la dejó sin respiración.

-No te enfrentes a él.

-No me des órdenes. A menos, es decir, que me correspondas y me permitas ordenarte cada paso que des para mi tranquilidad.

-Maldito seas.

Bey se volvió de nuevo hacia delante.

-El infierno y yo somos viejos conocidos.

Aquello no sonaba a capitulación.

-¿Llevarme a la mansión Malloren no dificultará que sigamos sin casarnos? -preguntó, oyendo un toque de amargura en su voz que no pudo suprimir.

-Portia está allí. Ella y Bryght han llegado hace poco, se vieron empujados a regresar rápidamente al sur por intuición de Elf.

-¿Intuición acerca de lo de esta noche? Eso es imposible.

-Intuición acerca de ti y de mí. -Le echó una ojeada-. Me puso sobre aviso en Arradale.

-Maldita.

-¿Quieres a toda la familia Malloren condenada al infierno?

-A veces sí.

-Elf estaba en lo cierto. Nunca debería haber permitido tenerte cerca sabiendo que no podía darte todo lo que te mereces. -Con voz

fría como la medianoche, añadió-: ¿Es cierto, verdad, que ahora no aceptarás a nadie más?

-Cuando nos conocimos, estaba decidida a no aceptar a nadie en absoluto. No desear aceptar a nadie más es en cierta forma un progreso. ¿Y tú? ¿Has hecho algún progreso?

-Tres pasos más cerca del infierno -contestó, y giró para entrar en una callejuela. La callejuela debía de transcurrir detrás de la plaza Marlborough. El agotamiento la anegó por completo. ¿Cómo podía ella combatirle si aquel combate le empujaba más cerca del infierno?

No tardaron en encontrarse en unas filas de establos, y los mozos se apresuraron a salir.

-¿Todo bien, milord? -preguntó el que cogió el caballo de Bey. No parecía sorprendido de ver a su amo en mangas de camisa, o de que Diana montara a su lado con la casaca de Bey.

-Sí, gracias, Bibb. -Bey se bajó y ayudó a Diana a desmontar. Ella medio esperaba que él se apartara una vez ya estuviera en el suelo, pero la rodeó con un brazo como si fuera lo más natural del mundo.

Llena de agradecimiento, Diana se acercó más a su calor, y a la esperanza que no quería reprimir.

¿Tendría que regresar a la corte? De repente, todos aquellos días encerrada con restricciones poco naturales, observada de forma constante, separada de él, parecieron intolerables. Pasara lo que pasara, no regresaría.

¿Y por qué ella y Bey tenían que permitir atormentarse de esta forma? ¿Para qué?

Por deber, y honor, y responsabilidad...

Suspiró, y le rodeó a él con su brazo, sintiendo su columna, y los músculos y su fuerza. Uno no podía desprenderse del deber, el honor y la responsabilidad como de una prenda que se vuelve incómoda. Seguían rigiendo. Regían sobre ambos.

Tal vez él escuchó el suspiro. Él la estrechó aún más con su brazo mientras cogía un farolillo y la guiaba por un sendero hacia la parte posterior de la casa. Diana medio esperaba criados levantados, aguardando igual que los de los establos, sin embargo él sacó una llave para abrir una pequeña puerta lateral y, una vez en el interior, pese a que esperaba una vela encendida, encontraron la casa en silencio.

Si Portia era la señora de la casa, no estaba presente para cumplir con sus deberes. La llama vacilante creaba una sensación

de intimidad en la oscuridad, incluso cuando cruzaron una puerta para pasar al esplendor del lado de la casa que ocupaba el propietario.

El corazón de Diana empezó a acelerarse, sintió un estremecimiento, pero ahora el motivo era diferente. Hasta ese momento, había sido suficiente. Su presencia había sido suficiente. Ahora, sin embargo, su cuerpo fuerte y cálido contra ella despertaba otras necesidades sinceras. Le necesitaba limpiar todo lo que había cedido. De que le prometiera que no volvería a suceder.

Ella tendría que seguir luchando con él, de todos modos, para e seguir lo que tanto anhelaba, y no estaba segura de poder seguir haciéndolo mucho más.

¿Sería otro paso hacia el infierno?

Diana permitió que Bey la guiara escaleras arriba hasta una habitación, un gran dormitorio donde él encendió las velas de dos candelabros. Alfombra gruesa y suntuosas colgaduras rosadas. Él se apartó, y ella, para propia vergüenza, se agarró a él. Aquello podía provoca un escándalo y empeorar cruelmente las cosas, pero de repente no podía soportar la idea de estar sola.

-No pasa nada -tranquilizó él mientras desenredaba sus dedos de su camisa y la hacía sentarse sobre la gran cama-. Espera aquí, volveré en un momento.

Diana empezó a temblar. Para plantar cara a aquella debilidad y dependencia que tanto despreciaba se desprendió de la casaca, pero una punzada la sorprendió. Era el pasador que aún sujetaba los extremos cortados del corpiño.

Con un movimiento abrupto, se acercó apresuradamente al palanganero y se quitó el broche.

Agua en la vasija.

Estaba tibia, pero no importaba.

La echó con una salpicadura en el cuenco, enjabonó el paño y se lavó los pechos. Se los lavó repetidas veces, intentando eliminar con restregones incluso, el recuerdo de las manos de lord Randolph ahí. Sus ojos sobre ella...

Volviendo a la realidad, se dio media vuelta sujetándose el corpiño y encontró a Bey observándola.

Se acercó con una prenda blanca en la mano. Se la metió por la cabeza y la prenda la cubrió, incluso los brazos, con un suave algodón limpio, con el aroma de haberse secado hace poco al viento.

Diana dejó de asirse el corpiño.

-Lo siento. No sé por qué...

-Shhh. -Bey le dio media vuelta y, bajo la tela, soltó las lazadas de la parte posterior de su vestido. Entonces se apartó, y Diana se desprendió ella misma de la prenda. ¿Pensaba él que no quería que la tocara?

Con un escalofrío interior, se percató de que, en cierto sentido, él tenía razón. Su piel sentía todo de forma errónea, no sabía qué quería.

-¿Te apetece tomar un baño? -preguntó él.

En cierta forma sí quería, pero no tenía ganas de ver criados. Ni siquiera quería que la miraran aún.

-No. -Se soltó las enaguas y las dejó caer. Luego se quitó la última capa de ropa manchada y destrozada, la camisola, y metió las manos por las mangas, subiéndose los puños.

Sólo entonces se volvió a mirarle.

-¿Mejor? -preguntó él, manteniéndose a una distancia sin duda calculada con precisión.

Era una de sus camisas, y le llegaba hasta las rodillas de forma protectora.

-Estoy siendo tonta, lo sé...

-No. Excepto al decir esto. Permítete ser débil, Diana.

«Ojalá tú lo fueras»

En voz alta, contestó:

-No puedo. No debo ser débil. Eso le concedería a él una especie de victoria. Lavarme así ha sido una victoria para él. Un baño sería una victoria para él. Si actúo de ese modo, estoy admitiendo que me manchó. Que me cambió de maneras que perdurarán. -Alzó la barbilla-. Soy más valiente y fuerte que eso.

-Ironhand. Pero me dejas desorientado. ¿Qué puedo hacer por ti?

-¡Bey, no! No me pidas que sea débil por ti.

Él cerró los ojos por un momento.

-¿Necesito yo que la gente sea débil? -preguntó como si de veras estuviera desorientado. Nunca lo había pensado.

La inquietud de él anuló la de ella. Estaba profundamente afectado, mucho más de lo que ella había supuesto. Necesitaba cuidarla tanto como había necesitado matar a Somerton, pero era algo más que estaba dispuesto a sacrificar si ella lo necesitaba.

Oh, Dios, se sentía como si sostuviera un cristal en sus manos, un cristal de una delgadez y fragilidad imposibles, que podría hacerse añicos con el impacto más leve.

Prudente o no, Diana dio un paso adelante y tomó las manos de él. -Llévame a la cama, Bey. Necesito que me abraces.

Tras un momento, él la cogió en sus brazos con un solo movimiento y la llevó hasta la cama.

Bey no podía saber, ni siquiera él podía saber, que lord Randolph también la había llevado en brazos a aquella cama espantosa, pero era como el principio de una realineación perfecta.

-Necesito esto -susurró.

-Tendrás cuanto necesites -prometió él-. Exactamente.

Bey se detuvo junto a la cama y la sostuvo contra él durante un momento estremecedor, luego la depositó con cuidado como si fuera una frágil copa, y llena hasta el borde de agua.

-¿Y qué necesitas ahora? -preguntó.

Diana lo supo de repente, aunque no estaba segura de poder pedirlo:

-Quiero que me ates a la cama.

-¿Qué?

La palidez conmocionada de él la obligó a decir:

-No. Es una tontería. No necesito...

-¿Quieres volver a escenificarlo? ¿Por qué?

Lo único que podía ofrecer era sinceridad.

-Lo peor era estar indefensa. Completamente indefensa. Preferiría haber estado luchando, aunque él me hiciera daño, aunque me hiciera mucho daño. Quiero volver a revivir ese miedo y dominarlo. Pero entiendo que es demasiado. No debería haberlo pedido.

Él se sentó en la cama y la miró.

-Vas a acabar conmigo -dijo él, pero un atisbo de humor, un toque de color, le comunicaron a ella que tal vez esto fuera lo adecuado. Le había dado algo que hacer a él, algo difícil, y eso era lo que él necesitaba.

-¿Estás segura? -preguntó ella. -Sí.

-No te escapes -dijo él con sequedad, y se fue a la habitación contigua.

Diana oyó los sonidos de algo rasgándose, y él regresó con cuatro tiras de terciopelo negro bordado.

-¿De dónde han salido? -preguntó ella, con ojos muy abiertos, pero pensó que reconocía el exquisito terciopelo negro que él se había puesto para acudir a la casa de la reina dos noches antes. Que se había puesto para el baile de Arradale hacía una eternidad.

-Si vamos a hacer esto -respondió él-, hagámoslo con cierto grado de elegancia. -Mientras le ataba con cierta holgura una tira en torno al tobillo derecho, añadió-: ¿Estropeará el experimento que prometa detenerme en cuanto tú me lo pidas?

Diana tuvo que pensar en eso.

-Sí, creo que lo estropearía. Entonces no sería del todo espantoso.

Ató el otro extremo de la tela al poste de la cama.

-No quiero que esto sea espantoso.

-Yo tampoco, pero tiene que serlo. -Con una pierna atada, sus nervios titubearon como si retuvieran un recuerdo de terrores anteriores.

Él ató el otro tobillo, con rostro de determinación, de aplomo. -No quiero hacerte daño, Bey -dijo con indefensión-. Tú preguntaste qué podías hacer.

-Creo que tenía en mente un masaje de pies. -Pero dejó entrever un poco de hilaridad mientras la miraba-. Está bien. Sólo estoy nervioso por lo que puedas desear que haga yo una vez estés atada en tu sitio. -Bey miró el cabezal-. Tendré que atarte las manos a los postes de las esquinas. No hay nada en el medio.

Diana estiró los brazos.

-Se supone que soy yo quien tiene que sentirse una víctima, no tú. -Entonces se retorció para mirar donde él le estaba atando la mano derecha-. ¿Te estoy obligando, no es cierto? ¿No es un poco como una violación?

-No dramatices más de la cuenta. No obstante, no voy a hacerte el amor así. Eso sería violación, y por mi parte, no por ti.

Ella le siguió con los ojos y él rodeó la cama para ocuparse de la otra mano.

-No lo haré. No lo haría. Sólo me hace falta sentir esto, y enfrentarme a ello.

Ató el último nudo y volvió a sentarse en la cama. -¿Qué estás sintiendo?

-Pánico -dijo ella, mirando al pabellón de satén sobre ella, donde escasas horas antes había habido vigas cubiertas de telas de araña-. Es una tontería porque sé que no vas a hacerme daño, pero el pánico está ahí retumbando como un tambor. -Volvió hacía él la mirada-. Me da miedo también que te vayas y me dejes así.

-Diana, esto no tiene sentido. No te estás enfrentando a un miedo irracional. Estás indefensa. Si yo fuera un bellaco, sería lógico que estuvieras asustada.

-Pero no que lo mostrara. ¿Mostrarías tú miedo en esta situación?

-No -dijo él y le puso la mano sobre el abdomen.

Ella sintió una sacudida, intentó de forma instintiva estirarse hacia abajo para controlar la mano de él.

-No.

-Creo que tú has establecido las reglas -replicó él, formando círculos con su mano allí sobre el suave y fino algodón.

Ella quería gritarle que se detuviera. Sabía que si lo pedía de veras, él pararía, pero, sin embargo, se esforzó por controlar el pánico, y por no mostrar temor.

Él deslizó la mano hacia arriba, entre sus pechos, hasta dejarla a un lado de su garganta.

-Aún tienes el pulso acelerado.

-Nadie puede controlar su pulso.

-Puede hacerse, pero es muy difícil. Intenta, en vez de ello, controlar tu respiración. Eso puede hacerlo cualquiera.

Diana se centró en aquello y, lentamente, el pánico cesó.

Todo su cuerpo se relajó concentrado en la mano de él, cálida y fuerte, de aquel modo tan reconfortante sobre ella.

-Estoy bastante a gusto ahora -murmuró ella, respirando aún contra la mano de él. Permitió entonces que sus ojos acabaran por cerrarse, para poder hundirse en aquel bienestar sosegado que era completamente nuevo para ella.

Entonces la mano se apartó. Diana abrió los pesados párpados para verle cortar las ligaduras de algodón. Mientras ella bajaba los brazos a sus costados, exploró una sensación de plenitud y totalidad que estaba irresolublemente relacionada con él, sus sentimientos por él, y los de él por ella.

Era como si hubieran creado algo entre ellos que nada podía alcanzar. Si ella había luchado antes, lo había hecho con la mitad de su corazón. Ahora se sentía invencible.

Tenía que serlo.

-¿Un masaje de pies? -murmuró Diana.

Sus miradas se unieron, la de él sonriendo levemente. -Por fin estamos en armonía.

Se fue, pero regresó con un pequeño frasco y se sentó en la cama junto a los pies de Diana. Vertió aceite en sus manos, y el intenso aroma a sándalo se apoderó poco a poco de ella. Se sintió flotando incluso antes de que él cogiera uno de sus pies y comenzara la magia.

Esta vez no había medias, sólo sus manos fuertes, diestras, sobre ella.

-Es maravilloso. Parece que relaja todo mi cuerpo.

Bey sonrió levemente, pero no habló.

-Quiero ser capaz de hacer esto para ti. ¿Es posible? -preguntó ella, inquiriendo deliberadamente sobre algo más que el momento.

-Mi voluntad se ha roto -dijo él mientras comenzaba con el otro pie, con un deje que comunicó a Diana que ahora podía pedirle cualquier cosa y él no podría negarse.

No obstante, no era lo correcto. El motivo era lo que había sucedido esta noche. El peligro que ella había corrido y el fracaso de él como su protector. Tal vez fuera también porque él había sacrificado el poder curativo del derramamiento de sangre.

Por ella.

Diana no podía aceptar un ofrecimiento motivado por la culpabilidad.

-Eso no es suficientemente bueno -dijo ella.

-Lo sé.

Diana permaneció tumbada en silencio mientras él ejercía aquella magia sobre sus pies, y se preguntó adónde irían desde aquí. Los párpados de Bey protegían su mirada, pero supo que él, como bien había dicho, estaba roto. Podría hacer ahora cualquier cosa con él, pedir cualquier cosa.

No obstante, lo último que necesitaba era más culpabilidad.

Lo que ella quería era la aceptación de Bey de su derecho a amar. -Es posible -dijo ella, pero sabía que las palabras no eran suficientes, no para él. Era un hombre que tenía que ser captado en

mente, cuerpo, emociones y alma. Y la mente, aquella brillante mente analítica, aún seguía firme.

Él no dio ninguna respuesta, se limitó a verter más aceite en sus manos y continuar manipulando los pies de ella.

Diana le observó, intrigada por el viaje que les había traído hasta aquí, inquieta por la calma controlada de sus rasgos clásicos. Él la necesitaba, lo sabía, pero ella no estaba segura de cuál era la necesidad, o cómo debería satisfacerla.

Diana sí sabía lo que ella necesitaba.

Cuando las manos de él comenzaron a parar, Diana se incorporó y las capturó.

-Y, además, es seguro.

-Nunca es seguro del todo. -Alzó los párpados, y Diana vio sus ojos oscuros, cautos, pero también vio el desmoronamiento.

Santo cielo, ¿qué debía hacer?

-Igual de seguro que antes -dijo ella, acercándose más-. No salgas de mí esta vez.

Bey no se estaba resistiendo, pero mantenía las manos pasivas entre las de ella.

-Estoy a tus órdenes en todo.

Si Diana manifestaba su necesidad del amor de Bey para limpiarla de lord Randolph, él la complacería. Pero no era lo que él quería. Pensó por un momento en pedírselo de todos modos, porque acabaría por gustarle...

¡Demonios, sonaba exactamente igual que lord Randolph!

Le soltó.

-Simplemente ansío, Bey. Dime que nos merecemos experimentar la eternidad solos.

Él retrocedió y se levantó.

-Eres una mujer extremadamente cruel.

-Ironhand. -Con la invocación a su antecesor, se enderezó y se quitó la camisa. No debes hacer nada que no quieras hacer -dijo, con la mirada fija en él-. Recuerda eso.

Entonces se bajó de la cama y le desnudó a él.

Desabrochó la larga hilera de botones de su chaleco de seda y se lo quitó. Luego deshizo el corbatín, desabrochó el cuello y los puños, sacó la camisa de los pantalones y se la quitó por encima de la cabeza. Su simple aceptación de lo que ella estaba haciendo podría haberla amilanado, si hubiera permitido dejarse amilanar.

Él podía conseguir que se detuviera con una sola palabra, se recordó. Sin duda no estaba mal hacer lo que él quería pero no podía consentir del todo hacer.

Una vez su torso estuvo desnudo, Diana le dio un rápido beso, luego le empujó para que se sentara en la cama. Se puso de rodillas para quitarle los zapatos y las medias. Sin embargo, los escrúpulos la vencieron en ese momento y le miró con exasperación.

-¿Vas a quedarte ahí sentado?

-No sé.

-¿Es como si te estuviera violando?

-Tal vez lo estés haciendo.

Diana se levantó.

-No digas eso.

-Si no tenemos sinceridad, no tenemos nada. -Bey se levantó de todos modos y se quitó el resto de prendas, revelando interés físico como mínimo.

-¿Es sólo el cuerpo? -preguntó ella-. Lo más horrible sobre lord Randolph fue que mi cuerpo respondía. Quería que él fuera un infame violador, pero era listo el condenado. -Las lágrimas de pronto le irritaron los ojos. Lanzó una mirada feroz a Bey-. No te dejarás influir por mis lágrimas. Nunca. ¿Entiendes?

-Por supuesto que no -dijo él fríamente, y le secó una lágrima de la mejilla-. No es lo mismo, Diana. Mi cuerpo y mi corazón te quieren. Sólo mi maldita voluntad me recuerda otras cosas. ¿Lo entiendes, verdad?

Diana se apoyó contra su pecho, la erección de él dura entre los dos.

-Sí, entiendo. Esto tiene que ser completo, cuerpo, corazón y mente, o nos destruirá a ambos. Pero mañana nos enfrentamos al rey, y a las consecuencias de este barullo. ¿No podemos, como mínimo, tenerlo ahora, por imperfecto que sea?

-Seria una carga más en la luna. -Cogió a Diana de la mano y la llevó a la cama. Cuando él había retirado los cobertores se metió y dijo:

-Ven conmigo.

Lo hizo, y él la atrajo a sus brazos, y para Diana, al menos, fue como si las mitades sangrantes se unieran, anulando todo el dolor y el pesar. Permanecieron así tendidos durante largos y benditos momentos, luego se besaron, su beso, y el mundo estuvo perdido.

Había destreza en el contacto cuidadoso de él, pero ella no quería cuidados ni destreza. Diana se volvió para colocarse encima y sentarse a horcajadas sobre sus muslos.

-Es mi turno. Es turno de la luna llena.

Con su mirada en él, cogió el frasco del aceite de la mesilla junto la cama.

-Huye, Hécate, diosa de la oscuridad -dijo vertiendo un fino chorro sobre su pecho- y rinde este pobre mortal a Diana, y a la luz.

Dejó a un lado el frasco y aplicó un masaje, rogando para tener el valor de seguir las lecciones de los libros. Rogando para que las lecciones fueran buenas y le hicieran perder a él el control de su mente.

Aplicó el aceite sobre su pecho y le observó pestañear hasta cerrar los párpados, bien por rendición relajada o bien en un intento desesperado de ocultar sus reacciones. Entonces ella fue bajando más y más, aturdiéndose con el contacto de su cálida piel sobre los contornos poderosos de los músculos.

Aumentó la excitación y el nerviosismo, y parte de ella quiso retirarse, aceptar lo que él quisiera ofrecer con toda su experiencia. Sin embargo, se obligó a continuar con su plan y por fin deslizó sus manos en torno a la ardiente y dura erección.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Bey y le transmitió a ella una sensación de poder.

-Te amo -dijo Diana, y deslizó una mano hacia arriba, luego la otra, encantada con el contacto duro y blando de él, aunque demasiado consciente de que en realidad no sabía qué estaba haciendo.

-Puedes hacer de maestro, si quieres -susurró-. Nunca antes he hecho esto..

-Que el cielo se apiade de mí si aprendes más. -Su pecho se agitaba mientras respiraba profundamente y, entre los muslos de Diana, las piernas de él se pusieron tensas.

-¿Nada de métodos socráticos? -bromeó ella, y con un ruego a las diosas de todo el mundo, descendió su cabeza y tocó con su lengua la punta, formando luego remolinos a su alrededor.

Él profirió un sonido atragantado, que no parecía de dolor.

-¿Te correrás dentro de mí? -preguntó.

-¿O? -Su voz sonaba ronca.

-0 haré todo lo posible para volverte loco.

Diana miró hacia abajo y, de pronto, cualquier resto de renuencia se esfumó. Anhelaba saborearle, de modo que colocó su boca para lamer.

-¡He aquí una loca! -Él se incorporó rápidamente y la cogió, y Diana se encontró echada de espaldas con él dentro de su cuerpo antes de que pudiera coger aliento.

Con una risa feliz, le rodeó fuertemente con sus piernas mientras él entraba y salía. Diana no hizo otra cosa que rendirse y dejar que él purgara los últimos restos sórdidos del patético asalto de lord Randolph.

Tuvo que pensar, cuando pudo volver a pensar, para decidir si él seguía dentro. Cuando se dio cuenta de que sí, le abrazó y dijo:

-Gracias.

Aún estaba tendido sobre ella, pesado pero placentero, y ella le pasó los dedos por el pelo.

-Nunca te dejaré marchar -dijo Diana, frotando su mejilla contra la cabeza de él-, o sea, que también tú podrías rendirte a la loca luna. 0 si no tendré que seducirte con cada luna llena durante el resto de nuestras vidas.

-La luna llena -dijo casi adormecido- es mañana.

-¿Es eso una invitación?

Él no contestó, y Diana se dio cuenta de que estaba dormido. Pese al peso que la tenía inmovilizada, sonrió entre lágrimas de amor y regocijo.

Rendición por fin.

Capitulo 30

Se despertó como de un sueño con la brillante luz del sol que formaba un haz a través de una abertura en las cortinas corridas.

Sola.

Se irguió de golpe y no encontró nada que sugiriera la noche anterior. Ni aceite ni, desde luego, amante. Incluso la almohada que debía haber usado él estaba lisa.

¿Lo había soñado? No. Quedaban restos de aceite en las sábanas, en forma de manchas y en un perfume sensual. Había estado aquí. Él, la esencia de él, había estado al alcance de las puntas de sus dedos indagadores.

Más que eso. Durante un breve instante él había sido suyo, en mente, cuerpo y alma.

Pero ahora se había ido, y la forma cuidadosa en que había extinguido su presencia la llenó de desesperación. Aún no había ganado la batalla final porque, después de todo, no era una cuestión de voluntad. Eso era algo que podría cambiarlo una voluntad más fuerte.

Para él, era una cuestión del alma.

¿Qué, aparte de Dios, podría ayudar en aquello?

Con el aturdimiento de la noche anterior había supuesto que se encontraban en el dormitorio de él, pero por supuesto no era así. Esta habitación, aunque fastuosa, no-incluía objetos personales. De cualquier modo, él no la habría llevado allí poniendo en peligro su reputación. No el omnipotente, omnisciente, infinitamente controlado marqués de Rothgar. Palmoteó con sus manos sobre la cama. Maldito. Maldito. ¡Maldito!

Luego hundió la cabeza entre sus manos. Tenía que encarar aquel día también. El rey. La sociedad. Él.

Oh, Dios, oh Dios. Podrían acabar este día obligados a casarse para salvar su reputación. Si él se retiraba de nuevo tras sus muros, los dos se encontrarían en una situación peor que la inicial.

Hizo un esfuerzo para salir de la cama y salpicó su rostro con el agua fría del cuenco. ¿Qué se sabría para ahora? ¿Qué se diría? ¿Cuál sería la reacción del rey al escándalo?

¿La vería el rey como una víctima inocente o como un origen de problemas? Sabía que Bey daría con alguna explicación inteligente sobre el rescate y sobre las razones de traerla aquí, pero ¿qué podía explicar de su escabullida de la casa como respuesta a una nota de un hombre?

Cuando se volvió de nuevo hacia la cama, vio una mancha de sangre y estalló en carcajadas. Al menos le había venido el periodo, ¡pero ahora la gente podría pensar que había perdido la virginidad aquí!

Un golpe en la puerta. Se dio media vuelta para ver quién era, pero sólo era Clara que entraba con ojos enormes y una jarra con agua caliente.

-¡Oh, milady, estoy tan contenta de que estéis bien! No sabía qué hacer, os digo la verdad. Guardé silencio, ¡pero estaba tan preocupada!

La gran jarra se ladeó y Diana la rescató.

-Está bien, Clara. Hiciste lo correcto. -De modo que Clara no había dado la alarma. Aquello podía ser de ayuda-. ¿Qué sucedió?

-No podía pegar ojo, por supuesto. Y luego, con la primera luz, madam Swellenborg vino a decir que habíais sido secuestrada y rescatada por el marqués, y que yo tenía que embalar vuestras cosas para trasladarlas aquí. -Había empezado, no obstante, a mirar a Diana- ¿Es... es eso una camisa, milady?

Diana bajo la vista y sintió que el rostro le ardía.

-Mi vestido se echó a perder -explicó y luego añadió con la mayor frialdad posible-: ¿Entonces mis ropas están aquí?

¿La habían echado en desgracia de la casa de la reina?

Clara cerró la boca de golpe.

-Sí, milady. ¿Qué vestido queréis poneros, milady?

¿Túnica de penitente?

-Oh, no me importa. -Diana se volvió hacia el espejo, reacia a ver qué aspecto tenía.

Vaya, gracias al cielo que sólo había sido Clara quien la había visto de este modo. La camisa arrugada colgaba dejándole medio hombro al descubierto y las largas mangas estaban remangadas toscamente. Tenía el pelo revuelto, los ojos hinchados, y su aspecto era simplemente el de una descocada desvergonzada.

-Escoge algo serio para mí. -Se sacó la prenda, pero luego la apretó contra ella durante un momento, aspirando los aromas

mezclados de sándalo y sexo. Luego la arrojó sobre la cama y dijo en voz alta-: -Trae también mis paños, Clara. Me ha venido el periodo.

No había hijo, pensó de repente. No quería un hijo de esto, pero por dentro un anhelo la sacudió, porque no podía estar segura del futuro. Ansiaba esos niños que tal vez nunca vinieran, y al padre que él tal vez nunca fuera.

No. Se había aproximado a la victoria, y no permitiría que se la arrebataran. ¡Aunque tuviera que seducirle con cada luna llena durante el resto de sus vidas!

Se lavó y luego se puso lo que Clara le trajo: el largo paño de tela y el cinturón y faja que lo mantenían en su sitio. Al menos no tenía que sufrir como algunas mujeres durante estos días. Necesitaba toda su energía y fuerza para ocuparse del día que se presentaba por delante.

Clara trajo un vestido azul claro y todo lo necesario con él. -Si de todos modos se celebra el baile de disfraces, milady, ¿qué haremos con todo esto?

¿El baile de disfraces? Esta noche.

Parecía que había pasado una eternidad desde que se probó el traje de Diana. ¿Tendría lugar el baile? No sabía qué quería.

Mientras cogía la camisola que le pasaba la doncella y se la ponía, Diana preguntó:

-¿Qué está sucediendo en la casa? ¿Cuándo has llegado aquí?

-No mucho después del amanecer, milady -contestó Clara mientras pasaba el corsé por la cabeza, de Diana y se disponía a atar las lazadas por la espalda. Con bastante presión. Obviamente un intento de recuperar el decoro.

-No sé si lo sabéis, milady, pero os encontráis en las habitaciones de la marquesa. No se habían usado durante años, por supuesto.

Había un significado oscuro en las palabras de Clara.

-Es lo correcto -replicó con buen humor Diana-. Si recuerdas, lord Rothgar durmió en las habitaciones de la condesa en Arradale.

-Pero aquí no es que exactamente falten habitaciones, milady -dijo Clara con un tirón especialmente enérgico de las lazadas.

Oh, cielos. Lo último que le hacía falta era que Clara decidiera hacer de perro guardián.

Mientas se metía en sus enaguas y se abrochaba la cintura, Diana estudió el dormitorio de la marquesa de Rothgar a su

alrededor. Lo más probable era que lo hubiera usado por última vez la madrastra de Bey, la mujer sonriente que había recompuesto aquella familia destrozada, aunque tal vez no había conseguido curar del todo a un hijo destrozado. Probablemente había concebido a Bryght al principio del matrimonio y, como era natural, sus propios niños la habían absorbido por completo. De cualquier modo, era una pena.

De los muros colgaban numeroso cuadros, pero Diana se acercó a uno. Un niñito aún en faldones estaba sentado en una silla, repantigado a la manera de una criatura que empieza a andar, mientras un niño de unos cinco años aparecía apoyado en el respaldo. Los dos tenían el pelo oscuro, pero mientras el más pequeño era rechoncho y con hoyuelos, el mayor era delgado y formal, y podría decirse que estaba pendiente del pequeño con gesto protector.

Bey y Bryght, estaba segura de ello. Nunca había pensado en lo que tuvo que haber sido para él que naciera su primer hermanastro. ¿Habría estado rondando vigilante? ¿O le habría evitado?

Miró a ese niño sano, y él le devolvió la mirada de forma muy diferente al muchacho tambor, que era una representación de ella misma a una edad similar. No obstante, mientras lo miraba, aquel rostro pareció cobrar vida para ella, descubrió un esbozo de sonrisa y la inteligencia consecuente, potente, que entonces ya observaba, evaluaba, recordaba.

Se preguntó si había intimidado al pintor de este retrato tanto como había hecho con el otro posterior. Deseó haberle conocido entonces, pero eso era un disparate. Ni siquiera había nacido.

Se apartó por fin de la imagen y se plantó ante el espejo para ponerse la falda azul abierta y el corpiño a rayas.

-Una buena elección, Clara. Sienta bien, sin ser frívolo.

-Gracias, milady. -La doncella abrochó la parte delantera, pero luego alzó la vista con ansiedad-. ¿Habéis perdido la reputación, milady?

Clara estaba haciendo una pregunta específica, pero Diana sólo respondió:

-Espero que no. No obstante, probablemente sea hora de encararse a las consecuencias. ¿Sabes dónde está el marqués?

-Creo que ha ido a ver al rey, milady. Lady Walgrave está aquí, milady, y espera tomar el desayuno con vos si lo deseáis.

Elf. Aquello le alivió un poco la tensión.

-Arréglame el pelo, luego trae el desayuno y di a lady Walgrave que estaré encantada de verla.

Tal vez Elf tuviera alguna noción sobre cómo traspasar la barrera final de su hermano.

Y qué peligros acechaban al hacerlo.

Rothgar fue escoltado a presencia real, y encontró a Jorge trabajando sentado a un escritorio, leyendo y firmando documentos. Aparte de un breve ademán de reconocimiento al llegar, el rey hizo caso omiso del marqués hasta que se hubo ocupado de todos los documentos. No era un desaire. Jorge era tajante respecto a estos asuntos y se tomaba en serio sus deberes. Al final hizo un gesto a su secretario para que saliera y se levantó.

-Asuntos estremecedores, milord.

-Profundamente, señor.

-¿Está bien lady Arradale?

-Afligida, señor, pero se recupera.

-Vuestra nota no era muy informativa, milord. Escucharé la historia completa, si gustáis, incluido el motivo de que lady Arradale no regresara aquí de inmediato.

Rothgar había esperado disgusto.

-Esto último es lo más fácil de contar, señor. La condesa se encontraba angustiada y alterada, y pensé que la reina no debía ser molestada. Lord y lady Bryght llegaron a mi casa anoche, de modo que estaba acompañada.

-¿Está herida?

-Llegamos a tiempo.

-Gracias a Dios, gracias a Dios. Un asunto abominable. Abominable. ¡Lord Randolph tiene que estar loco!

-En cuanto a eso, fue incitado en cierta medida a la locura. -Rothgar sacó la carta-. Recibió esto.

El rey frunció el ceño al ver el sello, luego abrió la carta. Se puso rojo.

-¡Por Júpiter!, ¿Quién se ha atrevido a hacer una cosa así? Mi firma. Mi sello. El sello real. ¿En esto?

-Efectivamente, señor. -Rothgar recuperó la carta del puño del rey-. Y la carta que persuadió a lady Arradale a salir de noche

estaba elaborada con similar destreza. Somerton no sabe de dónde llegó la carta, pero recibió ayuda de un francés a quien la condesa reconoció como monsieur de Couriac. El mismo De Couriac al que encontramos en Ferry Bridge.

El rey le miró fijamente.

-¿Qué? ¿Por qué? Aunque ese maníaco vaya detrás de vos, ¿por qué ayudar a Somerton a secuestrar a la condesa? ¿Qué? ¿Qué?

Rothgar se encogió de hombros.

-Es sabido que la condesa está bajo mi protección en cierta medida, de modo que me vería obligado a intervenir si sufría algún daño. Sospecho que todo este plan estaba concebido para atraparme a mí. Aunque es posible -sugirió- que los franceses busquen en este momento cualquier manera de crear discordia.

-Estamos en paz, milord.

-Aun así, algunos de vuestros súbditos se sienten todavía agraviados por la paz, señor. Es posible que también algunos franceses piensen lo mismo.

-¿Pero con qué objeto? -quiso saber el rey-. ¿Hay alguna probabilidad de que yo entre en guerra por el secuestro de una mujer?

Por desgracia, era el momento de ser directo.

-Creo que el objetivo aquí, señor, es eliminarme. Está claro que algunos miembros del gobierno francés creen que no sois tan firme contra la expansión y agresiones francesas. Deben de pensar que mi consejo es crucial para vuestra política. Un error, por supuesto. Es posible que reciban información errónea... del chevalier D'Eon, ¿quizás?

El rey había estado recorriendo la estancia de un lado a otro, pero se detuvo entonces. Rothgar deseó saber qué estaba pensando el rey, pero sus poderes sobrenaturales no llegaban a tanto.

El rey se volvió de repente a mirar con ferocidad la carta que tenía Rothgar en la mano.

-¿Qué hago respecto a eso? Mi mano y mi sello, ¡y el contenido es detestable!

-Si encontramos al falsificador, podríamos castigarle, señor, pero tendríamos que revelar la naturaleza del asunto. Tengo esperanzas de poder evitar que todo el incidente de lady Arradale llegue a conocimiento público.

-Desde luego, desde luego. Pero quiero a De Couriac ahorcado.

¡También a Somerton!

-Eso, también, supone arriesgarse a levantar rumores difamatorios, señor.

El rey lanzó una mirada feroz.

-¿Tengo que quedarme sin hacer nada sobre un asunto así? No recibiré nunca más a Somerton en la corte. Aunque fuera víctima de los franceses, es un tunante.

-Creo que el duque de Carlyle estaría contento de ver a su hijo confinado a sus propiedades en Virginia. Podría organizarlo. Si vuestra majestad habla al respecto con el duque.

-¡Al fin nos libraremos de él! -murmuro el rey-. ¿Pero qué pasará con los verdaderos villanos?

-Para mí será un honor que dejéis eso en mis manos, señor. Me encargaré de su castigo.

Tras un momento, el rey asintió.

-Informadme cuando lo hagáis, milord. -Pero luego añadió-. ¿Y qué sucede con la pobre lady Arradale? Ha perdido un pretendiente.

-Efectivamente, señor. Tal vez sería más prudente aplazar el asunto de su matrimonio durante un tiempo. Sólo conseguiremos angustiarla.

El rey entornó los ojos, y hubo un atisbo de puchero, pero dijo:

-Muy bien. Muy bien. Podéis decirle que si lo desea puede regresar al norte, pero espero que asista a vuestro baile de disfraces antes de su partida. Sería una lástima que se lo perdiera, especialmente ahora que vive en la casa.

-Eso creo yo, señor. Pero, debo regresar a ocuparme precisamente de ese tema.

El rey hizo un gesto de asentimiento. Pero, cuando Rothgar se encontraba en la puerta, añadió:

-Espero que hayáis venido aquí bien protegido, milord.

Rothgar sonrió con desconsuelo.

-En un carruaje con escoltas armados, señor. Una estupidez que parecía prudente.

-Bien, bien. No nos gustaría perderos.

Capitulo 31

Bryght Malloren estaba buscando a su hermano. Después de mirar en los lugares obvios, llamó a la puerta del antiguo saloncito de su madre. Dentro, sin embargo, sólo encontró a Elf y a la condesa, y ninguna información útil.

-¿Estáis preocupado por él, lord Bryght? -preguntó la condesa, con cierto aspecto ansioso. Él deseó poder preguntarle directamente qué había sucedido aquí la noche anterior.

-Sí.

-¿Por qué, Bryght? -preguntó Elf-. ¿Algo ha ido mal con el rey?

-No lo sé, ya que ha decidido esconderse.

-¿Esconderse? -repitió Elf-. ¿Bey?- La condesa no quiso bromear.

Medio se levantó, pero luego volvió a sentarse. Una mujer de inteligencia y autocontrol.

-¿Podría estar ocupado con los detalles finales para el baile de disfraces? -preguntó Diana.

-Nadie le ha visto, y aún hay algunos detalles que solucionar.

-Oh, cielos. -Elf sí se levantó al oír eso-. Debo ir a ver si puedo ayudar. Esto es muy extraño. Diana, ¿deseas venir conmigo?

La condesa se perdió en pensamientos, luego dijo:

-No. Debo permanecer aquí. -A Bryght le dijo-: Creo que en la casa hay un autómata, milord. Es posible que vuestro hermano esté ocupándose de él.

Bryght la miró fijamente:

-Por supuesto. Los encuentra relajantes. ¿Tenéis alguna idea, lady Arradale, de por qué podría hacerle falta relajarse?

La mirada de Diana era segura, fuerte y clara.

-Tiene que enfrentarse a ciertos demonios. Y ángeles. Los ángeles sin duda son lo más difícil.

Bryght hizo un gesto de asentimiento y salió de la habitación con EIf. En cuanto la puerta estuvo cerrada, Elf susurró:

-¿Lo hará Bey? ¿Por fin?

-Con la ayuda de Dios y de nosotros. No sabes cómo deseo que Brand estuviera aquí, pero tal y como están las cosas, tendré que hacer de padrino en su duelo sagrado con los ángeles.

La dejó y se fue por el pasillo rápidamente y luego escaleras abajo hasta una pequeña habitación en la parte posterior. Al otro lado de la sencilla puerta, oyó el canto de pájaros y un tambor. Entró sin llamar, sin saber qué iba a encontrar, y en ese mismo instante se detenía el cántico y el tamboreo.

Rothgar, aún con su traje de la corte, estaba sentado ante la mesa de trabajo. Sin embargo, no estaba empleando las herramientas que había allí sino que se limitaba a contemplar el autómata. Era la figura de un muchacho vestido de traje azul con un tambor colgado del cuello y unas baquetas en las manos. Los ojos de Rothgar se desplazaron de inmediato a Bryght.

-¿Algo va mal?

-Te estás escondiendo.

-¿Es eso tan malvado?

-Nos inquieta a aquellos de nosotros que no estamos acostumbrados. Pero aprenderemos a sobrevivir.

-¿Entonces por qué estás aquí?

-¿Dónde más iba a estar si tú estás enfrentándote a ángeles?

-¿Enfrentándome a ángeles? -preguntó Bey con curiosidad.

Bryght se sentó en una silla sencilla cerca del autómata, sintiéndose como si de veras fuera a entrar en combate.

-Así lo describió lady Arradale. Deberías casarte con ella.

Los ojos de Bey se desplazaron al autómata.

-Contempla a lady Arradale de niña, transmutada en varón. Un regalo amoroso que inconscientemente se convirtió en un arma dirigida directamente al corazón de la esposa de un hombre y su querida hija.

Bryght miró el rostro simpático del niño y detectó un indicio de la barbilla obstinada de la condesa y su clara mirada. Entendió de inmediato a qué se refería Bey, pero ya le estaba costando bastante adentrarse en las otras capas. Maldición, le fascinaba la complejidad de los números, pero no estaba dotado para estos laberintos humanos.

Lo expresó con sencillez.

-Después de lo de anoche, encuentro cientos de motivos para que te cases con lady Arradale. Dame uno para no hacerlo. Y olvídate de la locura en tu sangre.

Los ojos de Bey regresaron a su hermano. -Muy conveniente, si fuera posible.

-Ése es tu ángel, Bey.

-Crees que es un ángel sagrado, pero es Lucifer en toda su gloria orgullosa.

Su hermano se reclino hacia atrás.

-0 tal vez lo seas tú. «Y el diablo le subió a un monte muy encumbrado, mostrándole todos los reinos del mundo y la gloria de ellos. Y le dijo, todas estas cosas te daré...» Querer no es excusa para tomar, Bryght.

-Ella te ama. ¿Has pensado en lo que esto le produce?

-Constantemente.

-¿Has hecho el amor con ella? -Rothgar no contestó, por supuesto, pero eso era una respuesta en cierto modo-. Entonces no puedes dejarla tirada.

-Estamos de acuerdo respecto a esos temas.

-Estar de acuerdo no cura un corazón roto. -Que Dios le ayudara, no tenía palabras para penetrar en la mente cauta y

compleja de su condenado hermano. Bryght se levantó de un salto-. ¡No eres una máquina, maldición! Ni lo son los demás. Ni tampoco el mundo. -Se inclinó hacia delante sobre la mesa situada al otro lado de los ojos sorprendidos de Bey-. La infalibilidad no es posible. La seguridad no es posible. La vida es riesgo. Morí un millar de veces mientras Portia estaba dando a luz. Horas y horas, y a veces la oía gritar. Prometí que no volvería a pasar. Ella se rió.

Bryght miró a otro lado, pero continuó con lo que tenía que decir. -Aguanté durante un tiempo, hice todo lo que pude para que ella no se quedara embarazada, pero al final me dijo lo que yo estoy diciéndote a ti. La vida es riesgo.

Volvió a mirar de nuevo, pero su hermano había bajado la vista ahora, intentaba escapar. ¿Estaría teniendo algún efecto?

-De hecho, el riesgo no es tan grande para ella. Pese a su tamaño, dio a luz con facilidad, sin consecuencias fatales. Ni siquiera duraron demasiado los dolores de parto, aunque para mí fueron días. El horror estaba en mi mente. Y también la arrogancia, de pensar que podía hacer de dios y evitar la vida. Ella quiere más hijos. Yo quiero más hijos y, aún más, quiero darle lo que quiere.

Bey se tapó de repente el rostro con las manos, pero Bryght continuo.

-Sí, tu madre se volvió loca, pero ¿te sentirías así si se hubiera vuelto loca más calmadamente y se hubiera quedado sentada en un sanatorio hablando con las paredes? -Se inclinó hacia delante sobre la mesa de trabajo y le apretó a su hermano en una de sus rígidas muñecas -. Aún huyes de ese asesinato, Bey. Intentas hacer que no sea verdad.

No sabía si lo que acababa de decir era un completo disparate. Había surgido de algún lugar muy profundo sin el menor pensamiento. Los nudillos de Bey se quedaron blancos mientras se agarraba la cabeza.

-Me estás ofreciendo lo que yo quiero. -Relajó sus manos y alzó la vista-. Lo que tú quieres, de hecho.

-No te escaparás de esto de ese modo. Sí, quiero que te cases y que tengas hijos. Pero quiero la vida para ti. Porque, Bey, te quiero. -Era algo que nunca antes había dicho. De repente se sentó en la silla que había a su lado.

-Todos sabemos lo que has hecho por nosotros -prosiguió- y lo que te ha costado a ti en ocasiones. Todos queremos ahora que vivas la vida.

De pronto, su cabeza se vio asaltada por extrañas palabras que soltó antes de perder el valor.

-Queremos que tengas tu justa recompensa. Toda la vida has pagado tu deuda con la pequeña Edith, pero ella se une a nosotros en querer que seas feliz. En saber que te mereces la felicidad.

Sintió que se sonrojaba bajo la mirada asombrada de su hermano. ¡Qué montón de cháchara sensiblero!

Pero Bey se levantó y se dio media vuelta. -Necesito pensar, Bryght.

-¡Piensas demasiado!

Cuando vio que su hermano no contestaba, supo que había ido todo lo lejos posible. Con una última mirada preocupada, salió del cuarto. Cerró la puerta y se quedó allí de pie, preguntándose si había algo más que pudiera decir o hacer, si debería volver.

Entonces un pájaro empezó a cantar, y un tambor empezó a sonar. Estaba jugando otra vez con el maldito autómata.

Al atardecer, Diana seguía sin haber visto a Bey, pero no era la única. Elf tampoco, e intentaba disimular su inquietud -con poca pericia- quejándose de todos los detalles de última hora que había tenido que resolver para el baile de disfraces.

Había entrado en el dormitorio de Diana ya vestida con un delicioso disfraz de avispa.

-Hay incluso una compañía de actores del teatro del rey que van a interpretar un drama alegórico bajo la batuta del señor Bach. Parecen saber lo que se espera de ellos, de modo que les he dejado ensayar. -Miró el disfraz extendido encima de la cama-. ¿Diana? Es perfecto.

-¿Dónde está él? -preguntó Diana. En aquel momento sólo llevaba su camisola. Si él no asistía al baile, ella tampoco-. ¿Hace esto a menudo?

-Nunca -admitió Elf encogiéndose de hombros-. Pero eso es esperanzador. Si actuara su impenetrabilidad habitual, yo no sería nada optimista.

Diana se había venido abajo aquella mañana con Elf y se lo había contado todo, lo cual fue un gran alivio, aunque Elf no había

sido capaz de asegurarle que Bey entraría en razón. Se retorció las manos.

-¿No... no se quitará la vida, verdad?

-No -exclamó Elf, aunque se puso pálida-. No, de veras, no lo haría. Iría en contra de todo lo que él cree.

-Igual que casarse conmigo, por lo visto. He recibido una nota suya. El rey me da permiso para regresar al norte mañana, sin casarme.

-¡Oh, no! -Elf tomó la mano de Diana y la llevó al sofá, luego le sirvió vino-. ¿Oporto? -preguntó Elf, y se lo pasó.

-Me gusta especialmente -dijo Diana sintiendo que las lágrimas presionaban tras sus ojos-. Lo ha enviado especialmente Bey. Esperaba que...

Elf contempló el jarro de cristal, luego se sirvió un poco y lo sorbió.

-Su selección especial. Considéralo un honor. De la Quinta do Bom Retiro.

Diana reconocía el nombre, y el mayordomo lo había traído con reverencia.

-Difícilmente me enviaría un vino inferior.

-No tenía necesidad de enviarte nada -señaló Elf con aspecto más animado- y, créeme, no ofrece esto a cualquier invitado.

-Una dulce despedida, entonces. Y dispuesta esta mañana, por lo visto. No significa nada.

Elf levantó la cabeza.

-A los dos os gusta la limonada, ¿lo sabes?

-¿Y bien?

-¡Pues que hacéis una pareja excelente!

-A mucha gente le gusta la limonada.

Elf hizo un ademán para desechar la idea, como si Diana no hubiera entendido.

-Y tú sabías dónde se encontraba Bey. En el taller. Bryght ha hablado con él allí. No he podido enterarme bien qué ha sucedido, no creo que Bryght me lo haya contado todo, pero me ha dado la impresión de que había sucedido algo.

-¿Bueno o malo? Pero no tienes que convencerme de que hacemos buena pareja. -Diana se rió-. ¡Qué expresión tan insuficiente! Es la sangre en mi corazón y el aire en mi boca, pero ¿y si decide mantenerse firme en su decisión?

Finalmente, Diana explicó a Elf algo que se había guardado antes, la sensación que tuvo la noche anterior de que Bey estaba en un momento desesperadamente frágil.

-¿Quieres doblegar su determinación, no es así? -preguntó Elf, pero también parecía preocupada.

-No -dijo Diana-. Me he dado cuenta de que no. Le quiero libre de la coraza que le aprisiona. Pero quiero que se sienta completo. ¿Y si le he vulnerado? ¿Y si ése es el motivo de que se comporte de forma tan extraña?

Elf se mordió el labio, pero luego dijo:

-Estará en el baile de disfraces. Su sentido del deber nunca le permitiría abandonar eso. Nos enteraremos entonces.

-Me mataría antes que destruirle a él.

-Y él haría lo mismo por ti. Recemos, en vez de ello, por la vida.

Diana suspiró, y dio un buen trago al magnífico oporto. Luego dejó a un lado la copa y se levantó.

-Ayúdame entonces con el disfraz. Es hora de que Diana salga a cazar.

No se había organizado ninguna cena formal antes del baile ya que en teoría todo el mundo quería que sus disfraces se mantuvieran en secreto. No obstante, Diana se vio incluida en una cena familiar con Bryght, Portia, Elf y su marido, y no tardó en tutearse con todo el mundo. Estaba claro que todos ellos la aceptaban como novia de Bey, pese a sus dudas sobre si habría boda. Un extraño estado de las cosas, pero, por desconsolador que fuera, tenía sentido. Como si fuera la prometida en matrimonio de un hombre que había muerto.

Por lo visto, Bey se encontraba en sus habitaciones y estaba vivo, pero nadie había hablado con él después de Bryght. Incluso cuando Elf llamó a su puerta, Fettler le había negado la entrada con suma cortesía.

Tras un primer momento de inquietud, la familia decidió no hablar más del tema, y la mayor parte de la conversación giro en torno al viaje al norte. A Diana le volvió a llamar la atención la seriedad con la que se tomaban sus negocios. Portia se encogió de hombros y dijo que ya tenía bastante con un niño que criar, pero Bryght estaba profundamente implicado en los sistemas de irrigación del norte, y tenía planes relacionados con ellos más al sur. Fort estaba al cargo de algún tipo de sociedad entre él mismo y

los Malloren que tenía que ver con vino y licores. Estaba claro que también se ocupaba de los asuntos de su propia familia, con un celo especial por su hermano menor Víctor, que pronto regresaría de su viaje educativo por Italia.

Los conocimientos de la propia Diana sobre la industria del norte, sobre las minas de plomo y la producción de lana, les embelesó profundamente. Cuando la cena se aproximaba a su fin, se percató de la amenaza de nuevas heridas. Le gustaban sinceramente los miembros de la familia Malloren y sus cónyuges. Ya les sentía como su propia familia. Perder a Bey significaría también perderse esto.

Fort se encontraba a su derecha y le apretó la mano.

-Siento la tentación de retarle por el dolor que os está provocando a vos. Pero él entonces me mataría. No -corrigió con sequedad-, eso no es cierto. Permitiría que yo le matara a él para ahorrarle a Elf ese sufrimiento, algo estúpido, por supuesto, porque Elf se metería en un convento y lloraría durante el resto de su vida.

Elf, sentada al otro lado de su esposo, le dio un golpe, pero no parecía divertida.

-Está haciendo todo lo posible, Fort.

-Está convirtiendo la vida en un laberinto, como hace habitualmente. Sé cómo sufren todos vuestros corazones, pero tengo que confesar cierto grado de satisfacción por ver a Dédalo perdido en su propio laberinto.

Era una interesante y perceptiva manera de ver las cosas, y señalaba una verdad. Dédalo era el único que de verdad conocía la salida.

Capitulo 32

El baile de disfraces cobró vida aparentemente por sí solo, diseñado por la mano de un maestro y ejecutado por eficientes sirvientes. Para cuando la familia salió del comedor, las zonas públicas de la casa ya estaban misteriosamente poco iluminadas, aunque en lo alto de la escalinata principal brillaba una luna artificial que daba la bienvenida a los invitados. En el vestíbulo de entrada, un flautista solitario interpretaba sonidos inquietantes, misteriosos, para recibir a los invitados que susurraban sus comentarios llenos de excitación.

Elf cogió a Diana de la mano y la animó a perderse entre los invitados enmascarados.

-Seguro que quieres experimentar todo esto como ha sido ideado -susurró.

-¿Por qué? -preguntó Diana, pero Elf no pensaba contestar.

Mientras subían por las escaleras, un arlequín la alcanzó y se colocó a su lado.

-¿Diana la cazadora? Podéis cazarme, encanto mío.

No era el hombre que le interesaba.

-Tal vez más tarde, si volvéis a encontrarme, señor.

¿Estaría Bey mezclándose entre sus invitados o esperaría en el salón de bailes como maestro de esta representación? Cifró sus esperanzas en la creencia de Elf de que él se encontrarla aquí en algún sitio. Tenía que estar.

¿Le reconocería? Intuía que tenía que hacerlo, pero si el disfraz estaba lo bastante logrado tal vez consiguiera ocultarse de ella. Empezó a escudriñar a todo el mundo.

La mayoría de la gente no iba excesivamente disfrazada, y era fácil distinguir que no era él. Algunos, de todos modos, llevaban el traje veneciano que incluía capa, sombrero y máscara, el cual dificultaba más la tarea de reconocer a la persona que estaba debajo.

Diana estudiaba labios, manos y voces.

No, no se encontraba entre las personas que la rodeaban.

Consciente de unos gritos nerviosos por delante de ella, pasó a través de un arco griego por el que se entraba a un pasillo situado fuera del salón de baile. No se veían retratos esta noche, ya que el pasillo se había convertido en una especie de laberinto, con estrechos pasadizos que se doblaban, y permitían el paso a una sola persona.

Dédalo, desde luego.

Las paredes de los pasadizos estaban pintadas de gris y una cubierta gris colgaba por encima, con altura suficiente para dejar pasar a un hombre alto. Algunas luces se filtraban desde arriba a través de la tela, pero seguía siendo una ruta oscura y enigmática, ocluida, sinuosa. Pese a saber dónde estaba, y que no corría ningún peligro, se sentía de todos modos empujada y amenazada. Oyó desconcertados comentarios femeninos a su alrededor, y voces masculinas tranquilizadoras.

Todo formaba parte del juego.

Elf se encontraba justo tras ella y susurró: -¡Espera a ver esto!

Salieron del laberinto y entraron en la noche.

No era una noche cerrada. Era una noche iluminada por estrellas, donde tocaban los instrumentos de viento más etéreos.

Toda la sala debía de estar decorada con colgaduras de denso negro y, contra éstas, se las habían ingeniado para instalar estrellas. Luces más grandes formaban planetas, incluido Saturno y

sus anillos. En el centro, no obstante, colgaba otra luna enorme, con realistas marcas disecadas con claridad y perfección.

-¿Cómo está hecho? -susurró Diana a Elf mientras entraban en la sala entre los demás invitados boquiabiertos. Sintió un tejido bajo sus pies y comprendió que el suelo estaba cubierto de negro también.

-Una esfera de vidrio blanco pintada con las sombras de la luna y con lámparas de aceite en su interior. La usamos en un baile de solsticio de verano hace pocos años, y el laberinto incluso hace más tiempo. Casi todo esto se ha sacado de material antiguo.

Pero, pensó Diana, girando sobre si misma para asimilarlo todo, esto era obra de la mano de un maestro, y él lo había estado supervisando mientras se ocupaba de todos los demás asuntos.

Inspeccionó una de las pequeñas grutas abiertas en los muros, donde relucían árboles con ramas de plata bajo luces ocultas, con bancos dorados que invitaban a sentarse.

-Los usamos para todos los bailes de disfraces -continuó Elf-. Simplemente les damos una nueva capa de pintura.

Diana la miró.

-¿No quieres que esté impresionada?

Elf se encogió de hombros pidiendo disculpas. -No quiero que pienses que es un superhombre.

-No lo hago. ¿Dónde está? ¿Sabes que disfraz lleva?

-No -dijo Elf-. De veras.

-Voy a buscarle.

Diana se dispuso a dar una vuelta por la sala, estudiando rostros lo mejor que pudo bajo la luz mortecina, escuchando voces y dejando sobre todo que una intuición recóndita fuera en su busca. En una esquina encontró un templo griego, sobre un estrado, aún sin iluminar, y se preguntó brevemente qué misión cumpliría. Continuó su recorrido, a la caza, a la caza...

Hizo una pausa para volver a mirar a la milagrosa luna y descubrió que, desde este otro lado, sonreía un rostro espectral. El hombre de la luna contemplaba divertido la locura humana.

-Una lástima tener que usar una luna artificial, cuando afuera hay una luna llena flotando en los cielos.

Un escalofrío doloroso de deleite perforó su columna y Diana se volvió lentamente. Iba todo de negro, y no pudo distinguir detalles a excepción de que su máscara era un reflejo negro de la

que llevaba Diana, con lo cual su piel más pálida creaba una luna creciente en medio de la oscuridad total.

-¿Cómo sabías lo de mi máscara? -preguntó ella.

-¿No soy la omnisciente *éminence noire*?

-¿Es eso lo que sois? ¿El disfraz?

-No exactamente. Soy el señor de la noche. Literal y figurativamente. Incluso tengo estrellas. -Levantó las manos y Diana, con un deleite lleno de asombro, vio que llevaba una joya grande y centelleante en cada dedo.

Se lamentó de sus propias manos desnudas, pero antes de que pudiera hacer algún comentario, él le dijo:

-Ven, interpretemos el papel de dioses, y empecemos con la celebración.

Sonaba alegre de ánimo, y estaban todos esos anillos. ¿Había esperanza? Fue con él, aturdida por la expectación, frustrada por la incertidumbre, luego sorprendida cuando él se metió tras un panel secreto y subió con ligereza unos escalones sombríos hasta donde se encontraban los músicos.

A disposición de él, los vientos concluyeron su música fantástica y comenzó una introducción al minué. Luego tiró de Diana por el balcón lateral que bordeaba el salón, para alejarse de los músicos y sus velas, y apartó una oscura tela para que ella pudiera ver la luna directamente desde arriba y los ingeniosos contenedores que conseguían el efecto de las estrellas. No le restó magia. Mientras él estuviera a su lado, la magia nunca acabaría.

También podía ver a los danzantes desde una eminencia divina, como él había dado a entender.

-¿Es de tu agrado? -preguntó.

Ella se volvió a él.

-Es de mi agrado.

Era una tentación decir más, pero él aún era un misterio para Diana, y no quería estropear este momento. En vez de ello, se atrevió a deslizar un brazo en torno a su cintura y luego se volvió para mirar a los juerguistas que estaban abajo, sintiendo el calor de él a su lado, que también la rodeó entonces con su brazo.

Nunca antes había experimentado esto, este enlazamiento confortable en la serena e íntima oscuridad, sin la amenaza por el momento de problemas urgentes.

Pero entonces, cuando el primer baile concluyó, Diana cayó en la cuenta de algo, y tuvo que hablar.

-¿Podría De Couriac estar aquí?

-No. Todos los invitados han tenido que quitarse la máscara durante un momento mientras entraban, y Stringle, el hombre que te capturó, está por ahí inspeccionando.

-¿La gente no puso ninguna objeción?

-Se les explicó que era por seguridad del rey. Es ése, por cierto, el de la armadura romana con el casco dorado. Y para este acontecimiento, todas las demás entradas están vigiladas. Estás a salvo.

Era la seguridad de él la que le preocupaba, pero no lo dijo. En vez de ello, una vez supo que él estaba a salvo, volvió a sus pensamientos felices.

-Podría quedarme aquí para siempre, aquí contigo.

Pensamientos peligrosos. Se preguntaba cómo reaccionaría él.

Bey la atrajo un poco más hacia él.

-A veces los dioses son benévolos. Me disculpo por haberte evitado hoy. Podríamos haber pasado el día...

-No. No te pongas siempre a mi servicio.

¿Se referiría a que era el último día? ¿Qué la dejaría partir mañana?

Bey se volvió a ella.

-Estoy siempre a tu servicio. ¿No lo estás tú siempre al mío?

Se le cortó la respiración. ¿Adónde iría a parar todo esto?

-Por supuesto. Pero a veces necesito estar sola. Te concedería también esa libertad a ti.

Él le tomó la mano y la besó, y al ver la mirada en los ojos de Bey, el corazón de Diana comenzó a acelerarse.

Seguro que aquello significaba...

Resonó una trompeta.

Diana dio un brinco de sorpresa y bajó la vista para ver que el templo griego se había iluminado y sobre el césped de hierba yacía un adulto y unos niños repantigados como si durmieran. Todos llevaban alas. ¿Cupidos?

-¿Qué está sucediendo? -preguntó.

Él se estaba riendo, tal vez un poco impetuosamente.

-Mi sorpresa especial para ti -dijo con voz un poco fluctuante-, pero llega demasiado pronto. Debo haber perdido la noción del tiempo aquí contigo, amor.

-¿Amor? -dijo ella pero él la había cogido de la mano y la obligaba a apresurarse hasta las escaleras.

Ella le retuvo.

-Alto. ¿Qué tenías que decir?

Él la atrajo y la beso rápidamente.

-Luego continuaré. Ven. Disfrutarás con esto.

Con una risa impotente, Diana permitió que él la llevara escaleras abajo al salón de bailes repleto de gente, pero una vez allí, se quedaron bloqueados. Todo el mundo empujaba en dirección al templo, buscando la mejor vista. A no ser que recurrieran a una violencia maleducada, no podrían acercarse más.

-Como ves -dijo Bey, y ella oyó la risa aún en su voz- la eficiencia desbaratada. Se suponía que debías estar en el mejor sitio. -En vez de avanzar, retrocedió y subió de un salto sobre uno de los bancos dorados situado en una gruta. Luego subió ella también al lado de él, y disfrutaron de una vista maravillosa.

Aquella ligereza en su movimiento y en su expresión, la mirada en sus ojos justo antes de que les interrumpieran, todo aquello la hacía temblar de esperanza, la hacía ansiar pedirle que acabara lo que había empezado a decir. Ahora.

Pero podía esperar. Y tal vez todo esto formaba parte de ello, pues Cupido era el dios del amor...

De algún lugar surgió la voz pura de un castrato.

El sol había descendido ahora sobre la inmensidad,
Cuando la casta Diana y su séquito de vírgenes...

Una mujer vestida exactamente como Diana salió andando escoltada por cuatro doncellas con atuendo griego, todas ellas con máscaras clásicas cubriendo todo el rostro.

... Divisaron cobijados en un bosquecillo,
A los pequeños cupidos y el dios del amor,
Todos dormidos profundamente, estirados sobre
el musgoso terreno.

La actriz Diana retomó la canción con un espléndido tono de contralto.

Crueles tiranos de todo pecho tierno,
Seguid durmiendo y a la humanidad dejad descansar Porque, oh, en cuanto vuestros os abráis,
Adiós a todo descanso en el mundo.

Sus acompañantes se unieron con gran armonía al canto mientras conspiraban para arrebatar a Cupido los arcos y las flechas, y llevaban a cabo su misión. Luego se cogieron de las manos y danzaron.

Nuestra victoria es magnífica, Nuestra gloria es completa,
Ya no tenemos que sentir inquietud.
Cantad por lo tanto y regocijaros,
Con un corazón y una voz
¡Pues Cupido está del todo desarmado!

Las ovaciones se oyeron desde varias partes del salón de baile, y los ingeniosos actores repitieron su parte hasta que la gente se la supo suficientemente bien como para unirse al canto.

En la parte delantera del escenario, la actriz que interpretaba a Diana animaba a su coro improvisado exclamando antes que los cantantes las palabras que venían a continuación.

Vosotras ninfas y vosotros mancebos, Que habitáis estas llanuras,
Y habéis sufrido pasiones devotas. Seguros ahora de vuestros corazones,
Reíros de sus dardos, pues
Cupido está del todo desarmado!

Mientras el salón de baile se mecía al compás del ruido, Bey temblaba de risa y hacía oscilar todo el banco bajo los pies de Diana. Ella, riéndose también se agarró a una rama del árbol artificial, agradeciendo que fuera sólida.

-¿Y qué puede tener alguien contra el amor? -quiso saber él-. Pero, ya verás -añadió dirigiéndole una mirada luminosa-, el amor triunfa, cómo no.

Diana se agarró con más fuerza a la rama, pero, si Bey continuaba mirándola de ese modo, no sabía si podría seguir aguantando el equilibrio.

Sus miradas revelaban que estaban conformes en todo, y se aproximaban a un beso cuando una voz masculina irrumpió en la canción. Cuando Diana miró, descubrió que Cupido, tal vez sintiéndose excluido con la tercera repetición, se había puesto en pie. Él también llevaba una máscara sobre todo el rostro, en este caso la de un plácido joven.

-¡Oh, diosa cruel! -cantó, con una voz que era fuerte pero no tan talentoso como la de la actriz Diana-. Pero, rehúso lamentarme. ¡La venganza será mía! -Sacudió su arco dorado.

-Vaya -comentó Diana-. Creo que habría interpretado mejor a Marte que a Cupido, pero claro, este asunto del amor es una batalla, supongo.

Lanzó una mirada burlona a Bey, pero entonces él estaba concentrado en el escenario.

-Aún queda un dardo por romper. -Cupido lo cogió del suelo, y lo ajustó en el hilo de su arco dorado-. Le atravesaré el corazón a... -La inquietante máscara inexpresiva recorrió el público. Luego continuó hablando-: Acercaos, milords, miladies, ¿quién quiere sentir la punzada del amor, quién quiere más amor en su corazón?

El desasosiego ascendió con un hormigueo por los hombros de Diana, y de pronto Bey bajó de un salto y se movió hacia delante. Diana intentó seguirle, pero la multitud le bloqueó el paso tras él. De hecho, todo el mundo empujaba para intentar acercarse más al dios del amor.

Algunos vitoreaban, otros se burlaban, pero todos ellos querían tomar parte en la diversión.

Murmurando una maldición, Diana regresó al banco.

Vio entonces a Bey abriéndose paso con brusquedad en dirección a la alta figura con el casco romano dorado que se hallaba directamente enfrente del estrado. El rey.

¿Problemas?

Toda la sala parecía estar invitando al amor o despreciando la idea, y Cupido les incitaba a todos. Los otros actores se mantenían

al margen, le dejaban a él jugar con la audiencia, mientras su flecha del amor seguía buscando una diana.

Diana de pronto se concentró en la voz gritona del Cupido. Extranjera. Había asumido que era italiana, como la mayoría de cantantes de ópera, pero, ¿podría ser francesa? Y no tenía una voz bien formada.

¿De Couriac?

Bey se encontraba ahora cerca del rey y ella quiso gritar una advertencia. Pero por supuesto que él ya lo sabía. Por eso había saltado de esa manera.

Pero De Couriac quería matarle a él.

Oyó al rey reírse y vitorear con el resto de la concurrencia. Le oyó gritar:

-Dispárame a mí, dios del amor. Nunca será suficiente el amor por mi reina. ¿Qué? ¿Qué?

Mientras la gente ovacionaba, el Cupido volvió obedientemente la flecha en dirección al rey.

Capítulo 33

Diana se percató al instante, por la manera en que el arco se flexionaba, que era real. Fue entonces cuando recordó que ella también contaba con un arco y flecha reales. Sin duda una de las pocas armas que podían emplearse en esta sala abarrotada.

Bey había llegado para entonces hasta el rey. ¿Qué haría? ¿Tirarle al suelo y cubrirle el cuerpo con el suyo?

Con el corazón a punto de estallar, sacó su propio arco y ajustó una de sus flechas de plata, deseando haber practicado un poco más con él, deseando haber tomado más nota de las enseñanzas de Carr sobre tiro en situaciones de tensión.

Las manos le temblaban y le sudaban lo bastante como para que se le resbalara.

¡Maldición! Se las secó sobre el vestido de lino.

El rey estaba allí de pie, invitando el disparo, y Cupido tensó la cuerda hacia atrás un poco más. Se produjo un momento de silencio, como si, de repente, la gente se preguntará tal vez...

Entonces Bey se colocó delante del rey, con los brazos extendidos y sus anillos de luz de estrellas resplandecientes.

-Ya perdonaréis, señor, pero creo que yo tengo más necesidad de amor.

Un murmullo de comentarios de excitación recorrió la sala, atajado por la conmoción. Bey había pegado su espalda al rey con firmeza.

-Aunque, de hecho -continuó Bey con aparente buen humor-, se supone que debéis disparar a la diosa Diana, ¿o no?

-Pero me habéis invitado a dispararos, milord -replicó Cupido.

La máscara alteraba en cierta medida los sonidos y Diana se encontró horriblemente insegura. Sería terrible cometer un error.

Con una pistola podría intentar quitarle el arma de las manos, pero no era tan buena con el arco, y éste apenas había sido usado. Podría alcanzar al hombre en algún lugar, de eso estaba segura, pero eso era todo.

De cualquier modo, tenía que ser De Couriac. ¿Por qué otro motivo Bey iba a proteger al rey de ese modo?

Bey empezó a avanzar hacia delante, con los brazos abiertos, invitando el disparo, eclipsando al rey aún más. Diana le reprendió en silencio, pero por supuesto no podía hacer otra cosa. El rey debía ser protegido por encima de todo, y no se podía permitir que ningún inocente sufriera daño.

Para entonces toda la sala se encontraba en silencio, la gente intuía algo extraño, pero probablemente dudaban si formaba parte de la representación o no.

Mientras Bey se acercaba cada vez más al estrado, habló:

-Pienso que quizá no seáis el dios del amor, señor, sino el dios de la destrucción. ¿Vuestra flecha va dirigida a mí, monsieur de Couriac?

El rey profirió una exclamación y mas personas soltaron un resuello e hicieron preguntas. Un desplazamiento de pánico entre el público, que Diana no se atrevió a mirar, le dijo que las cosas finalmente estaban sucediendo. Pero Cupido ya estaba tirando hacia atrás los centímetros finales de la cuerda de su arco, y Bey estaba tan cerca que no podía fallar.

Y Bey no estaba lo bastante cerca como para atacar y detener el disparo.

Ahora o nunca. Tras un segundo de vacilación aterrorizada, Diana estiró la cuerda completamente hacia atrás, suspiro, y con un ruego al cielo, soltó la flecha. Se clavó con un sonido sordo en el pecho de De Couriac, y la flecha de él voló descontrolada hasta quedarse vibrando en una pared. Con un grito horrible, el hombre se encogió sobre la falsa hierba que había bajo sus pies.

La actriz Diana se desmayó y los cupidos pequeños echaron a correr entre gritos, pero entonces Bey apareció allí, para ocultar a los invitados llenos de pánico el cuerpo que se retorcía. Diana, deslumbrada, vio a Bryght, Elf, Portia y Fort intentando controlar a los invitados que gritaban y daban vueltas, pero algunos ya se apresuraban ilógicamente a escapar del salón de baile.

Alguien iba a sufrir algún daño.

El rey se encontraba tras un muro de protección formado por hombres, pero de repente se adelantó liberándose de ellos, con su casco y peto dorados relucientes bajo las luces.

-Mirad -dijo a viva voz-, era un loco solitario. Y ya se ha terminado. Calma, calma, mi buena gente. Todo está seguro.

Y regresó la calma, todo el mundo se volvió para mirarle.

-Estoy a salvo, como veis, gracias al valor de lord Rothgar... -Entonces pareció titubear, y Diana supo que de pronto se estaba preguntando de dónde había llegado la flecha fatal.

Se apresuró a bajar del banco, pero supo que algunas personas la habían visto.

Oyó la voz de Bey.

-Vuestra majestad, mis disculpas más sinceras por este incidente. La cena está dispuesta en el piso inferior. Tal vez sea lo mejor que todo el mundo se retire allí ahora.

La multitud, tranquilizada, se movió, pero entonces alguien gritó: -¿Quién disparó la flecha?

-¿El verdadero dios Cupido, celoso de su suplantación? -preguntó Bey en un claro intento de disimular, que no podía funcionar.

Diana dijo:

-Yo realicé el disparo.

Ante ella se abrió un camino, luego los invitados volvieron a romper en murmullos. Aquí había rumores como para todo el año. Avanzó hasta el espacio despejado próximo al rey, y Bey se colocó a su lado de inmediato. El templo y la hierba ante ellos volvían a estar despejados, a excepción de una mancha de sangre.

Sangre que había derramado ella...

-¿Sois diestra con el arco y la flecha, condesa? -preguntó el rey, al parecer más asombrado que furioso. De momento Diana recupero la compostura. En esta ocasión no iba a desmayarse.

-Es una afición mía, vuestra majestad.

-¿Tal vez acertasteis por suerte? -sugirió el rey.

Era una oportunidad de escapar, pero no iba a aprovecharla. Con una rápida mirada a Bey, dijo:

-No, señor. Tengo bastante destreza con el arco, pero aún más con la pistola. Puesto que estas habilidades han salvado en dos ocasiones la vida del hombre que amo, no puedo avergonzarme.

Una nueva explosión de exclamaciones entre la multitud.

Bey la cogió de la mano.

-Lady Arradale y yo mantenemos un debate sobre quién debería proteger a quién, señor, pero admito que no puedo

deplorarlo tampoco. Una esposa fuerte, valerosa, diestra en la defensa de sí misma y de los demás, es una perla que no tiene precio.

Diana contuvo la respiración, por la alegría causada por la declaración y por temor al desafío que acababa de lanzar ante el rey. Eran pocos los presentes que sabían que aquello iba en contra de las creencias del rey, pero al rey no le pasó por alto, y su expresión se heló.

Tras un momento, dijo:

-Ya veo, ya veo. Bien, que cada hombre hinque el diente donde más le guste, digo yo, y -continuó, volviéndose de espaldas- vayamos todos a hincar el diente al festín del marqués. ¿Qué? ¿Qué?

Guió la marcha para salir del salón de baile, con su séquito siguiéndole en tropel, cuchicheando ahora especulaciones sobre la posibilidad de que el gran marqués hubiera perdido el favor real. ¿Por pretender casarse con la peculiar condesa?

En cuestión de momentos, Diana y Bey se encontraron a solas bajo la resplandeciente luna llena.

Diana esperaba que hablara él, pero luego se lanzó: -¿Esposa? -preguntó.

De repente él le cogió ambas manos.

-¿Doy demasiado por supuesto? Aún hay riesgo...

-¡La vida es riesgo!

Bey se rió suavemente.

-Creo que alguien más me ha dicho eso recientemente. Y -continuó, ya sin humor- me trajo otro pensamiento sombrío a la cabeza. Que tú des a luz a mis hijos.

-¿Sombrío? -preguntó ella mientras notaba cómo crecía una sensación desagradable. ¿Sería posible que él no aceptara esa posibilidad?

-Tu madre tenía problemas con los embarazos -explicó él.

Diana aspiró profundamente, con alivio.

-Mi madre me dio a luz a mí muy bien, por lo visto. No aguantó los otros embarazos lo suficiente, eso es todo.

-Eso debe de partir el alma por sí solo.

-Y bien -siguió ella-. Yo también tengo algún riesgo. Estoy dispuesta a confiar en las alas y volar.

Bey se llevó lentamente las manos de ella a sus labios.

-No estoy acostumbrado a permitirme indulgencias tan perversas.

Diana acercó sus labios a las manos de ambos unidas y besó la de él mientras las sostenía con fuerza.

-Yo sí. Ríndete a Diana y a la luna.

¿Estaba el paraíso casi en sus manos?

Los ojos de Bey eran oscuros y serenos.

-Me han sermoneado sobre los encantos de la imperfección. Soy, todo imperfección, tuyo, si no te importa.

Diana le miró fijamente con incredulidad aturdida. ¿Era esto verdad? ¿Era él suyo? ¡Si no le importaba!

-Toda una vida -dijo él- con los riesgos que debe tener una vida plena. Pero si los dioses son benévolos, una vida con amor, dicha y ocupaciones fructíferas.

Diana le rodeó con sus brazos y le abrazó cuanto pudo. -Maldito seas, voy a llorar.

Sintió cómo se reía Bey, luego los labios de él sobre su mejilla por debajo de la máscara, besándole las lágrimas. Él se quitó la máscara, luego retiró la de ella, y entonces la besó, primero sondeador, después sereno.

Su beso, con toda la magia que les había aportado desde la primera vez.

Enlazados, se besaron bajo la reluciente luna, esta vez un beso sin trabas de otras cosas. Exploraron las diferentes texturas y sabores, mezclaron almas a través del calor y la humedad, dándose la tranquilidad de ese sí, de que el laberinto se había conquistado, la batalla estaba ganada, se había iniciado ese maravilloso vuelo.

Después, ella se apoyó en el pecho de él, entre sus brazos.

-¿Era eso un sí? -le preguntó Bey, pero un placer profundo y cálido en su voz le reveló que ya lo sabía.

-Quiero que estemos solos -susurró-, juntos, solos, durante días. Semanas. Para siempre.

Diana sintió la cabeza de él frotándose contra la suya.

-En su momento, durante un breve tiempo. Ahora, ay, debemos ocuparnos de las secuelas. Pero, primero -añadió- tengo una estrella para ti, si la aceptáis, milady.

Bey se sacó suavemente un anillo del dedo meñique, y luego estiró la mano.

Diana, temblorosa, dejó su mano izquierda en la de él.

-Me siento como si de verdad pudiera echarme a volar. ¿Deberíamos subir al tejado e intentarlo?

Él se rió.

-Mozuela atolondrada. Incluso con un Malloren, no todo es posible.

-Atolondrada -dijo ella, saboreándolo-. ¿Eres un poco atolondrado ahora, Bey?

-Soy lo que soy, amor, y un poco inexperto con las novedades, pero, como un recién nacido, te necesito como necesito el aire. ¿Puedes soportarlo?

-¿Puedo soportar alguna otra cosa?

-Un milagro entonces -dijo él, deslizándole el anillo por el dedo-. Y eso es imposible. Como una máquina en perpetuo movimiento. 0 volar.

Diana miró el enorme diamante de múltiples facetas, sin duda la joya más grande y más centelleante que él podía encontrar como anillo. Se rió con repentino e inmenso deleite.

-¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti, Bey?

-Dime. -Aunque ya le había visto tierno en una o dos ocasiones, nunca le había visto resplandecer de esta manera.

-Que te gusto como soy. Es así, ¿verdad?

-Te adoro como eres. Te adoro desde el momento en que me pusiste una pistola en la espalda.

-Vaya galanteo más tosco. Quiero una promesa.

-Lo que quieras.

-No intentes cambiar por mí. Te quiero como eres, también-. Él le cogió la mano y le frotó el anillo con el pulgar.

-Pensaba que habías luchado para cambiarme.

-¿Te sientes cambiado?

-Por completo.

-Entonces no está bien.

-Diana - protestó él.

-Lo esencial de ti no debe cambiar -dijo con fiereza, rogando para no estar echando a perder la luna y las estrellas-. Quiero que cambies sólo como todos cambiamos, avanzando en la vida, en armonía con nuestras naturalezas.

Él dedicó un momento a pensar, sin dejar de frotar delicadamente el anillo que le había colocado en el dedo.

-Sí, entiendo. Estás, desde luego, en lo cierto. Tendrás que soportar omnisciencia, omnipotencia, actitud protectora y una voluntad endiabladamente fuerte. ¿Lo puedes soportar?

-Lo adoro -contestó ella, y al detectar cierto zafiro en su mano derecha, se lo pasó a la izquierda, y allí lo besó. Diana anhelaba llevarse a Bey a rastras hasta una habitación y saborearle por completo, pero como bien había dicho él, tenía deberes aquí. Y, recordó en ese momento, ella tenía el periodo.

Diana se volvió para salir con él de la sala, de la mano.

-¿Qué vamos a hacer con el rey?

-Si él quiere sentirse ofendido, pues que así sea. Mi lealtad por encima de todo es para contigo. -La sonrisa que le dedicó fue asombrosa por su ternura-. Espero contar pronto con un mundo propio por el que desvelarme, de modo que Inglaterra puede irse al cuerno-. Ella se rió y sacudió la cabeza.

-Nadie puede cambiar tanto. Estaba pensando... podrías apaciguarle regalándole el muchacho tambor.

Bey levantó sus manos enlazadas y las besó.

-Estamos de acuerdo como siempre. ¿No te importará?

Ella sacudió la cabeza.

-Es una pieza preciosa, pero encierra demasiado dolor. Tal vez hagamos un niño tambor nuestro.

-Ah -dijo él alegremente, guiándola de regreso por la entrada al laberinto-, ¿pero acabará siendo lord Arradale o lord Rothgar? ¿O ambos, pobre criatura? Nuestros problemas no terminarán nunca.

Era una preocupación práctica, pues ella aún quería conservar la independencia de su condado, pero no permitiría que aquello ensombreciera este momento. Mientras emergían al brillante pasillo, dijo:

-Nuestros problemas no son nada, mientras estemos juntos, podemos dominar el mundo.

-No digas eso delante del rey. Vamos. -Tiró de ella para bajar apresuradamente las escaleras-. Enfrentémonos a los leones. Tienes razón, ay. No puedo permitir que Inglaterra se vaya al carajo por ahora, al menos no mientras esté cenando en mi casa.

Encontraron excitadas personas enmascaradas comiendo, bebiendo y reviviendo el acontecimiento del año. Bey y Diana avanzaron a través de las cuatro habitaciones generando aún más excitación al anunciar formalmente su compromiso.

Más de un hombre dijo algo como: «¿No querrás llevarle la contraria a una esposa así, eh, Rothgar?». Diana decidió que estaba bien que le recordaran el mundo real. La mayoría de los hombres aquí presentes se asustarían con sus destrezas y poderes, e intentarían acallarla de alguna manera en caso de que ella les eclipsara. Había encontrado uno de los pocos hombres lo bastante fuerte y justo como para dejarla volar libremente.

Como Bey había dicho, a veces los dioses son muy benévolos.

Un ceño del rey, no obstante, le recordó que él era uno de los hombres tradicionales. Hizo una señal abrupta a Diana para que se acercara, y un atisbo de temor se agitó en su interior. El monarca no podía impedir su matrimonio, pero, si se volvía contra ellos, podría dificultar mucho las cosas.

Una rápida ojeada le reveló que Bey no daba muestras de estar alarmado, pero eso, sospechó, no significaba nada en absoluto. Él la guió hasta el rey, formalmente, de la mano. Ella hizo una reverencia, pero Bey la levantó de inmediato.

-Lady Arradale -dijo el monarca, en la habitación de repente silenciosa-, sois una mujer muy inusual.

-Eso me temo, vuestra majestad.

-Os hablé en una ocasión de los peligros que entraña que las mujeres busquen las habilidades masculinas.

-Lo hicisteis, señor.

El rey frunció el ceño y Diana empezó a preguntarse si de hecho podría arrojarla a la Torre por algún motivo. ¿Usar un arma en presencia real? Podría ser un crimen.

-Aquella vez -continuó él- me indicasteis que a una mujer hay que admirarla por defender a sus hijos, y yo expresé mi conformidad. -Tras un momento añadió-: Lo mismo podría decirse de una mujer que defiende a su marido, ¿qué?

Diana soltó el aire que tenía contenido. Un ofrecimiento de paz, y no era fácil para él. Diana volvió a hacer una reverencia.

-Eso creo yo, señor.

El monarca asintió, pero mientras ella se levantaba, añadió: -Rezo, señora, para que tengáis dos hijos.

Entonces habló Bey.

-¿Nos permitís que conservemos los títulos por separado, señor? Os damos las gracias. Pero, ¿y si sólo tenemos un niño?

Diana le apretó la mano. Estaba pidiendo al rey que accediera a la posibilidad de que otra condesa ostentara el título de Arradale por propio derecho, jugando con la tolerancia del rey en público.

Finalmente el rey hizo un gesto de asentimiento, pero con frialdad.

-Si es la voluntad de Dios.

Bey hizo una profunda reverencia.

-Tenéis nuestro agradecimiento más sincero, vuestra majestad. ¿Puedo recompensaros con un regalo?

-¿Un regalo? -preguntó el rey animándose.

-Lady Arradale poseía un autómata basado en ella misma representada como un niño, pero se estropeó, de modo que me lo dio para que yo me ocupara de él. Ahora nos gustaría regalároslo, señor, como señal de nuestra eterna devoción y lealtad. Si fuerais tan amable de ir al vestíbulo, podremos hacer allí una demostración para que todo el mundo pueda verlo.

El rey se levantó con entusiasmo, y corrió de tal manera la voz que todo el mundo se apretó en el vestíbulo, escaleras arriba, y en torno a los rellanos del piso superior.

Sacaron al muchacho sobre un soporte con ruedas.

-¡Por mi vida, lord Rothgar! -exclamó el rey-. ¡Ésta es una pieza excelente! Veámosla en funcionamiento, ¿qué?

Bey la puso en marcha, y el muchacho dio todos los pasos a la perfección, encandilando al rey y a todos los presentes. Después de darle cuerda tres veces repetidamente, la gente clamaba aún más, pero el rey ordenó que lo recogieran ya, prometiendo pronto más demostraciones en la casa de la reina.

A Diana le satisfizo perderlo de vista. No sólo era un recordatorio de las heridas de su familia, sino que ahora el muchacho le parecía un niño atrapado, como un hijo suyo obligado a hacer una representación limitada, como todas las limitaciones con las que a ella la habían amenazado.

Aquello parecía morboso. Tal vez sólo estuviera cansada. Bey la dejó un momento para escoltar al rey fuera de la casa, y los demás invitados empezaron a marchar, claramente contentos con el evento pese a haberse acabado antes de tiempo.

Sintió la tentación de buscar su habitación, para explorar su felicidad y revivir los peligros y la muerte, pero ansiaba también la compañía de Bey, de modo que esperó, pero retirándose a un lado,

sin querer más ávidas especulaciones. Ay, después de esto probablemente sería siempre un objeto de curiosidad, pero podría soportarlo.

Con Bey a su lado.

Pero un invitado sí se aproximó a ella: una mujer con un precioso vestido rosa concha, que no se había esforzado mucho por disfrazarse, ya que sólo llevaba una estrecha máscara negra.

Antes de poder hablar, Bey apareció y cogió a Diana de la mano.

-Habréis tenido una velada deplorable, monsieur D'Eon.

Capitulo 34

Diana se quedó mirando, fascinada con la visión de feminidad de D'Eon. La pintura y los polvos hacían mucho, pero había adoptado la afectación y los gestos a la perfección. Y por encima de su escotado corpiño, ¡se abultaban sus pechos!

Tal vez simplemente fuera que estaba rollizo, pensó, pero la tensión relegó todo pensamiento vano. Aquí estaba la mano maestra tras los ataques.

D'Eon agitó su abanico de encaje.

-Habría sido más deplorable, señor, si ese loco hubiera logrado su objetivo.

-¿Renegáis de él?

D'Eon se estremeció.

-Enfáticamente.

Bey alzó las cejas.

-¿Esperáis que crea que sois inocente de los varios ataques a mi vida?

D'Eon era una imagen asombrosa de inocencia indignada.

-Nunca he buscado acabar con vuestra vida, lord Rothgar. Nunca.

-¿Qué decís de Curry?

El abanico vibró de nuevo.

-Una herida, no más.

Diana estuvo a punto de manifestar su opinión sobre aquello, pero decidió ser una observadora fascinada de este enfrentamiento verbal.

-Las órdenes de De Couriac en el norte eran las mismas -dijo D'Eon-. No me percaté de que estaba tan desequilibrado.

-¿O que tal vez actuaba a las órdenes de otros? -preguntó Bey. D'Eon apretó los labios.

-0 eso, milord.

-¿Esperáis que acepte sin afronta esos intentos de lesionarme? - C'est la guerra, monsieur le marquis.

-Entonces tal vez seáis un prisionero de guerra, chevalier.

El pequeño hombre entró en tensión.

-No podéis tocar al embajador de Francia.

-El embajador en funciones -le recordó Bey con amabilidad-. Pronto vendrá monsieur de Guerchy, y vuestro manto de protección quedará eliminado.

-Tal vez sí, tal vez no. -La mirada de D'Eon era serena-. Como vos, milord, sirvo a mi rey, y le sirvo bien.

-Los reyes no siempre son fieles a sus sirvientes. Con el tiempo, chevalier, moriréis por implicar a lady Arradale.

D'Eon le echó una ojeada a ella, con aspecto de desconcierto genuino.

-¿Milord? Una molestia, tal vez, pero ideada para llevaros precisamente hasta donde ahora felizmente os halláis. ¿Lo arriesgaríais todo en un duelo por eso?

-Tenéis una noción muy extraña de lo que es molesto.

Ante el gélido tono, D'Eon le miró fijamente.

-¿Qué ha sucedido? Lo único que he hecho ha sido incitar al rey a buscaros pareja. En vista de vuestra intención declarada de no casaros, parecía probable que os distrajera de otros asuntos. Lo admito, esperaba cierto alejamiento durante un tiempo como resultado. ¿Pero no estáis hablando de esto?

Bey le estudió por un momento.

D'Eon juró en francés.

-¡De Couriac! ¿Y el agravio fue importante? -Miró a Diana-. ¿Os encontráis bien, milady?

-Me rescataron -contestó Diana, suponiendo que Bey no quería revelar más detalles.

D'Eon se enderezó una fracción más.

-No ha tenido nada que ver conmigo, milord. Pero admito un error. No maté a De Couriac cuando descubrí el perro rabioso que era. Llegó con órdenes de París. Fue difícil. No obstante, debería haberme percatado cuando afirmó que vos erais el culpable de la muerte de la que hizo el papel de su esposa.

-La encontraron estrangulada, pero no tuvo nada que ver conmigo.

-Oh, no. Él la mató. Eso explicó. Un perro rabioso, como he dicho. Pero un perro francés. Por el honor de Francia, monsieur le marquis, me batiré con vos.

«No -pensó Diana- ¡No permitiré esto ahora! ¡No ahora que tengo todo lo que desea mi corazón!» Pero D'Eon dijo:

-No interfiráis, lady Arradale. A veces un hombre tiene la necesidad de luchar.

Pese a eso, Diana intentó encontrar las palabras, pero él ya se había vuelto a Bey.

-No un duelo hasta una muerte inconveniente, poco diplomática, creo yo, sino un desafío hasta ver sangre. ¿La primera sangre? No os resultará fácil.

Diana se mordió el labio. Recordaba las palabras de Bey cuando ella le ordenó que se mantuviera a salvo. No debería hacerlo a menos que estuviera dispuesta a ser controlada por él de igual modo.

El miedo palpitó, no obstante, y empezó a pensar en que esta noche iba a ser demasiado para ella de todos modos.

¿Dónde estaba Brygh t, o Elf, quienes podrían evitar este peligro?

Bey dijo:

-Tenéis razón sobre mi necesidad de luchar, monsieur. Pero me costaría mucho enfrentarme a vos vestido con faldas.

-Puedo solventar eso. Tiene que ser ahora, creo, que debemos cauterizar esta herida. Vamos, ¿dónde lo hacemos? ¡Defenderé el honor de Francia!

Bey miró a Diana, que se dio cuenta que estaba pensando en ella y que estaba dispuesto a echarse atrás para ahorrarle preocupaciones. D'Eon tenía razón de todos modos. Bey necesitaba esto.

No tenía ni idea sobre si D'Eon actuaba con buenas o malas intenciones pero, en contra de todo instinto, dijo:

-Sólo hasta heridas leves. Por favor.

D'Eon ejecutó una inclinación elegante, florida, que no era ridícula pese a su atuendo femenino.

-No le mataré, condesa. Ni siquiera le ocasionaré daños serios que afecten a vuestro placer. Tenéis mi palabra. -Se volvió para sonreír a Bey. -Debo deciros, milord, que no me han derrotado nunca.

Bey le devolvió la sonrisa.

-En un enfrentamiento serio, a mí tampoco. Vamos, regresemos al salón de baile.

Dirigió la marcha por unas escaleras traseras, y cualquier esperanza que tuviera Diana de tropezar con Bryght o Fort se desvaneció. Mientras seguían, sin embargo, su instinto le decía que esto era lo correcto.

Pero rezó de todos modos. Podían producirse accidentes, y aunque pensaba que D'Eon era honesto en esto, aún era posible que pretendiera la muerte de Bey y que la abordaba de forma sutil.

Dieron un rodeo hasta las habitaciones de Bey para buscar unos estoques, luego entraron en el salón de baile silencioso y desierto, envuelto en negro. La luna y las estrellas aún resplandecían, proporcionando cierta cantidad de luz.

D'Eon se sacó los zapatos de tacón, luego desechó su corpiño y sobrefalda, revelando que llevaba pantalones de satén por debajo. Peculiarmente femenino por encima y masculino por debajo, escogió una espada y la balanceó durante un momento en sus manos. Luego empezó a hacer algunos pases con ella.

Diana se dio cuenta de inmediato de que no había fanfarroneado sobre su destreza.

Bey se quitó los zapatos y se desprendió de su túnica, quedándose en camisa y pantalón. Se quitó todos los anillos excepto el zafiro y se los pasó a Diana.

-¿Es esto prudente? -tuvo que preguntar ella-. ¿Y si planea asesinarte?

-Aun así tendría que acertar. -Se volvió a D'Eon-. Monsieur, ¿y qué me decís de vuestro corsé? Debe de estorbaros.

El francés flexionó los hombros.

-En absoluto, milord. Me permito ciertas vanidades, pero no hasta ese límite. ¿Estáis listo?

Bey hizo una inclinación.

-Estoy completamente a vuestro servicio.

Se dirigió hacia D'Eon, pero Diana tomó una resolución repentina, y habló:

-Señor D'Eon -dijo, y el hombre se volvió para mirarla con sus cejas pintadas bien altas-. Aún tengo mi arco, y unas cuantas flechas. Si detecto juego sucio aquí, os mataré.

Tras un momento quieto, el hombre le sonrió y le lanzó con la mano un beso extravagante.

-¡Magnifique! Desde luego sois merecedora del gran marqués, y si De Couriac no estuviera muerto, yo le mataría por vos.

-No, no lo haríais -dijo Bey-. En garde, monsieur.

Con presteza estremecedora, las hojas resonaron al juntarse, y los dos hombres se concentraron sólo en su adversario. Debería de haber sido un emparejamiento desigual simplemente por la altura y la envergadura, pero Bey nunca había pensado que lo fuera, con razón.

D'Eon era, lisa y llanamente, brillante. Su agilidad era asombrosa, su equilibrio perfecto, y la hoja, aunque le resultara extraña, parecía una fina extensión de su cuerpo.

A Diana le llevó un momento darse cuenta de que Bey era casi tan bueno, pero sólo casi. Eran la altura y la envergadura las que igualaban la disputa y la dejaban nivelada.

¿Demasiado nivelada? Las hojas parecían sisear cerca de la carne con cada movimiento osado.

La disputa desprendía energía, nada que ver con los encuentros que ella tenía con Carr. ¿Luchaba Carr de este modo con hombres diestros, moviéndose a velocidad feroz por una enorme habitación, corriendo riesgos terribles con una rapidez y fuerza descomedidas que podían matar con tanta facilidad?

Pasaron como un torbellino cerca de ella, obligándola a retirarse con rapidez de en medio para asegurarse de que no les distraía. No había posibilidad. Ninguno de los dos tenía ojos para nadie ni nada aparte del otro.

Casi, pensó, como un minueto mortal.

Mientras la contienda continuaba, a Diana le costaba creer que ninguna de las malignas, destellantes hojas hubiera provocado aún sangre. Se dio cuenta de que estaba tomando aliento como ellos debían de hacer.

La peluca empolvada de D'Eon se había desprendido y su pelo estaba revuelto. El pelo de Bey ya estaba suelto desde el principio, pero ahora estaba enmarañado por el sudor.

-¿Qué diablos está sucediendo?

Dio un respiro al oír el bajo murmullo en su oído, y echó una sola mirada a Bryght, quien había aparecido a su lado con Fort cerca. Sin embargo, desplazó de nuevo la vista, rápidamente, presintiendo que sólo su atención se interponía entre esto y el desastre.

-Una contienda amistosa, más o menos.

-Amistosa... -musitó Bryght, pero en aquel momento D'Eon abandonó rápidamente el esquema y bajó su espada, y Bey frenó una embestida.

Se detuvo.

El francés cobraba aliento con dificultad.

-Nos mataremos uno a otro de agotamiento, milord... ¿Estáis satisfecho?

Bey bajó la espada, también, y cuando recuperó el aliento, dijo. -Tal vez. Tenéis razón. Sois extremadamente bueno. Un poco mejor que yo.

D'Eon se inclinó y no le discutió.

-¿De modo que hacemos borrón y cuenta nueva?

Bey devolvió la espada a su estuche.

-¿Decís que no tenéis planes de matarme, señor, pero qué hay de vuestros jefes en Francia? Alguien daba instrucciones a De Couriac.

D'Eon se encogió de hombros.

-Intentaré convencerles de que en estos momentos sería extremadamente inconveniente que un francés causara más estragos en Inglaterra. De todos modos, siempre tendréis enemigos allí.

-Me alegro de eso. La pasión de los enemigos de uno debería calibrar la altura de sus triunfos. Pero, ¿ha habido algún intento serio de matar al rey?

-No, estoy seguro de que no. El rey Luis no tendría el menor deseo. A ningún rey le hace gracia la idea de un regicidio. Creo que estaba ideado meramente para exponeros al ataque. Vuestros instintos protectores son de sobra conocidos.

-Qué consternación ser tan predecible.

-¿Y ahora qué? -preguntó D'Eon-. Tenéis una hermosa dama como prometida, milord, y un futuro lleno de felicidad. ¿Podemos dejar atrás todo esto?

Bey se volvió para encararse a él.

-No del todo, monsieur. Al fin y al cabo, intentasteis perjudicarme. Yo he dispuesto algunas incomodidades para vos como respuesta. -Con una sonrisa, añadió-: Cest la guerre.

Los ojos del francés se entornaron.

Bey continuó.

-No obstante, ofreceré una advertencia amistosa. Tenéis enemigos en Francia, y tal vez no siempre hayáis recibido información precisa. Tened cuidado.

Los rasgos de D'Eon se crisparon, pero se limitó a decir:

-Ya veremos, milord. -Devolvió la espada y recogió sus ropas-. Buenas noches, milady, milords.

-¿Qué incomodidades? -preguntó Bryght mientras el francés salía del salón.

Bey se apartó el pelo de la cara y volvió a dejar la espada de D'Eon en el estuche.

-Su influencia en la corte del rey Luis ya está muy debilitada, como la de su jefe, De Broglie. Guerchy llega pronto, con gran interés por quitar de su sitio a D'Eon. Es más, D'Eon ha sido animado a guardar copia de todos los asuntos relacionados con sus tratos con el rey. Como seguridad de algún tipo, pero es un barril de pólvora debajo de él.

-¡El rey Luis se saldrá de sus casillas! -exclamó Diana-. Nunca volveré a creer nada que lea.

Bey se acercó a ella y la liberó con delicadeza del arco y la flecha que aún agarraba. Pasó las armas a Bryght y la rodeó con el brazo-. Dije que necesitamos un código. Tal vez habas de las Indias.

Despeinado y sudoroso, aún brillaba por el esfuerzo de la lucha. Diana comprendió que aquello había purgado la última marca que perduraba.

-Muy bien. Pero añade escarlata y amapola.

-¿Así que es ahí donde empezó? -preguntó él-. ¿Con la amapola?

Diana miró a su alrededor y descubrió que estaban a solas. -No, empezó, por lo que yo recuerdo, con granos.

-Y pistolas.

-Y galanteo -murmuró ella recordando-, que está un paso más allá del coqueteo, pero es un paso anterior a la seducción.

-Ah. ¿Os apetece coquetear un poco, milady?

Ella se volvió de cara a Bey, apoyando una mano en el pecho de él. -Eso depende, milord, de adónde nos lleva. Tengo el periodo-. Él la besó, pero dijo:

-Bien, me reservo para mi noche de bodas.

Ella se rió, sorprendida de sentirse perfectamente satisfecha con esto por el momento, con estar juntos y conversar. Se apartó un poco para volver a contemplar el salón de baile, donde la gran luna seguía resplandeciendo y las estrellas brillaban

-Es una pena que se haya desperdiciado todo esto.

Bey la cogió de la mano.

-Son restos de otras fiestas. Podemos juntarlo todo de nuevo algún otro día, y desde luego ésta va a ser una de las fiestas más comentadas de toda la década.

-Podemos -repitió ella con una sonrisa-. Me encanta eso. Me siento feliz ahora, aquí, pero, ¿cuánto falta para nuestra boda?

-¿Me estás pidiendo que ponga una fecha? Pues dentro de dos semanas, cuando la luna esté oculta y tus poderes bajo control.

-¿Te doy miedo?

-Un miedo de muerte -dijo él, pero sonriente-. Creo que sobreviviré. Me gustó el tipo de boda que celebraron Brand y Rosa, con familia y amigos. Sin embargo, teniendo en cuenta nuestras posiciones, creo que debería celebrarse a gran escala.

-Después de ver lo que puedes organizar en cosa de días, me muero de ganas de ver qué puedes lograr en semanas.

-Milagros y maravillas. Pero eso ya lo tenemos. ¿Te casarás conmigo en el sur? ¿En Rothgar Abbey?

-Con sumo gusto. Sería una boda demasiado seguida de la de Rosa para celebrarla en mi propia casa, y también quiero formar parte de tu vida aquí.

-Dentro de dos semanas entonces -añadió él mientras la atraía lentamente a sus brazos-. En Rothgar Abbey. Una boda campestre, abierta a todo el mundo.

-Pero convenientemente fastuosa. Rosa y Brand deberán estar presentes.

-Por supuesto. Tendré que enviar jinetes a Escocia para que busquen a Steen, también. Estoy seguro de que Hilda querrá estar presente en mi conquista final.

Ella le tocó la cara.

-¿Te sientes conquistador?

Él le besó la palma de la mano.

-Por completo. Estoy encantado. -Luego le besó los labios, y la arrastró por la mágica noche. Se separaron finalmente y vagaron por la casa ahora silenciosa, charlando, tocándose, besándose.

Por fin llegaron al dormitorio, el dormitorio de la marquesa. Él entró con ella pero continuó hasta la puerta anexa que llevaba a sus propias habitaciones. No obstante, hizo una pausa para decir:

-Debes disponer cualquier cambio que desees aquí.

-Creo que me gustan estas habitaciones tal y como están. Pero tú tienes que pensar un poco en la redecoración del dormitorio de mi esposo.

Una sonrisa arrugó los ojos de Bey.

-No toques nada. Deseo con ansia ser tomado con pasión violenta sobre esa cama virginal.

Capitulo 35

Dos semanas después, los terrenos de Rothgar Abbey se abrieron al mundo, y el mundo acudió: a bailar en los jardines, comer opíparamente los manjares de largas mesas y beber de los cuencos sin fondo de cerveza, ponche y limonada.

En el césped se alzaban seis altos mayos cubiertos de cintas brillante, tan deliciosamente fálicos, había comentado Bey.

Toda una feria medieval ocupó el prado de los ciervos, con juglares, comedores de fuego y diestros prestidigitadores. Había competiciones para todos los gustos, desde el cerdo grasiento hasta concursos de batir manteca, organizados de tal manera que la mayor cantidad posible de lugareños pudieran llevarse un bonito premio. Incluso había concursos para niños, de modo que no se tardó en ver a los pequeños correteando para enseñar cintas, juguetes y campanillas.

Los votos se pronunciaron en una simple ceremonia a la que sólo asistieron los familiares y amigos más allegados. Después, no obstante, Bey y Diana, ambos vestidos de magnífico brocado blanco, los dos con las manos cubiertas de anillos centelleantes, se pasearon para que todo el mundo pudiera verles y desearles felicidad.

Todo era una dicha espléndida, pura, pero de pronto Diana notó que Bey se ponía tenso tras ella. Buscando el problema, le vio mirando hacia donde se encontraba una muchacha frenética con un bulto en los brazos, un bulto que emitía los chillidos en staccato de un recién nacido muy disgustado. La muchacha meneaba el bulto mirando a un lado y otro, y gritaba: «¿Mamá? ¿Mamá?»

Comprendiendo el efecto de esto, Diana vaciló entre llevarse a Bey de allí o intentar detener el ruido. Se apresuró para adelantarse.

-¿Dónde está la madre, querida mía? -preguntó, intentando encontrar una manera de calmar al bebé antes de que Bey saliera corriendo o hiciera alguna otra cosa que luego detestaría.

Entonces él se acercó y cogió al bebé antes de que pudiera hacerlo una de las matronas que se estaban congregando. Diana confió en que no resultara tan obvio a los demás que estaba pálido y sudoroso. El bebé no se calmó por arte de magia, pero por encima de los chillidos furiosos, él consiguió decir:

-Ve a buscar a la madre, niña.

-Gracias, milord -dijo la niña con ojos enormes y salió corriendo.

Una de las mujeres se adelantó entonces.

-Dádmelo a mí. Le daré de mamar hasta que venga la madre.

Bey le tendió el bulto, y la mujer se aflojó el corsé mientras musitaba palabras relajantes. Se llevó la criatura al pecho y, tras un momento o dos, los gritos se detuvieron.

Volvió la paz.

Diana le cogió la mano y le guió suavemente de vuelta a su recorrido.

-¿Estás bien?

Aunque aún se le veía pálido, sonrió.

-Sí. Y es sorprendente. Supongo que a nadie le gusta ese sonido. Pero ahora ya puedo con él. Siempre me ha preocupado la posibilidad de que yo...

-¿Le estrangularas? ¡Bey!

-Sólo que intentara detener ese ruido. -Miró a Diana-. Ahora sé que seré capaz de disfrutar de nuestros hijos, aunque tengan la desvergüenza de gritarme.

Ella le abrazó, allí delante de una multitud observadora e indulgente, y entonces la madre errante apareció corriendo, resoplando, a dar las gracias a la nodriza espontánea, y se colocó al bebé en su propio pecho.

Bey dio a ambas madres una guinea de oro, y luego él y Diana continuaron paseándose. Diana no había pensado que el día pudiera ser tan perfecto, pero entonces se percató de que había tenido una pequeña duda. Aunque jamás se le había pasado por la

cabeza que Bey llegara a hacer daño a un niño, sí se había preguntado si sería capaz de disfrutar plenamente de sus hijos. Ahora sí lo sabía. No sería fácil al principio, pero era posible. Especialmente con un Malloren.

Miró a su alrededor, a los actos festivos, que no parecía que fueran a cesar hasta que cayera la noche.

-No es que quiera sonar ingrata respecto a vuestros maravillosos agasajos, milord, pero ¿cuándo podremos tener un momento en privado?

Bey la miró.

-En el instante que lo deseéis, milady. La casa está tranquila y es toda nuestra.

Intentaron escabullirse, pero Rosa y Brand les descubrieron y empezaron a gritar, de modo que al final tuvieron que correr hasta la casa a través de una tormenta de flores.

Cada miembro de la familia insistió en un abrazo mientras se iban: Bryght, Brand, Hilda y Elf, quien les abrazó dos veces, una por ella y otra por Cyn. Cuando por fin acabaron en el dormitorio de Bey iluminado por el sol, la alfombra floreada recibió un centenar de pétalos nuevos.

Al percibir otro perfume, Diana se volvió para ver un enorme cuenco de flores junto a la cama: una mezcla de habas de la India y amapolas. Cogió una de cada y, con una mueca, se las metió por debajo del escotado corpiño blanco.

Se desvistieron el uno a al otro con lento deleite, y se deslizaron bajo las frescas sábanas para permanecer tendidos un rato, simplemente uno en brazos de otro.

-Piel con piel -dijo ella-. Esto es casi suficiente.

-Pero no del todo -dijo él, y la besó. Hicieron el amor a un ritmo lánguido, delicioso, que les llevó como un río de flujo profundo y suave a donde tanto anhelaban estar.

-Y esto -dijo Bey mucho rato después- es bastante perfecto incluso para mí. Apartó con una caricia un rizo de la frente de Diana-. De verdad, amada mía, los dioses a veces son benévolos en extremo.